

HISTORIA DEL MARXISMO



(6)

EL MARXISMO EN LA ÉPOCA DE
LA II INTERNACIONAL (IV)



EDICIONES
DOSCUADRADOS



Clara Zetkin y Rosa Luxemburg en 1910.

HISTORIA DEL MARXISMO

El marxismo en la época de la II Internacional (IV)

VV.AA. (Ed. ERIC HOBSBAWM)

Edición de
DOS CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados
Revisión y corrección de la traducción: 2Cuadrados

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Julio de 2025

Índice

La antinomia del marxismo clásico: marxismo y filosofía **5**

Andrew Arato

1. El materialismo como concepción general del mundo: Engels, Plejánov y Lenin (6), 2. El materialismo histórico: Labriola y Kautsky (23), 3. «Crítica» y ética: Kant y Marx (34), 4. El destino de la dialéctica en la socialdemocracia (52), 5. Sorel y las antinomias del pensamiento marxiano (64), 6. Un dualismo insuprimible (71)

La cuestión agraria **75**

András Hegedüs

1. Marx y la cuestión agraria y campesina (76), 2. El programa agrícola del socialismo y la I Internacional (81), 3. Intentos de revisión del programa agrario (86), 4. Polémicas acerca de la «imposibilidad de supervivencia» de la pequeña y mediana propiedad campesina (90), 5. El marxismo y la cuestión agraria en Europa oriental (93)

Nación y nacionalidad en los debates del movimiento obrero **99**

René Gallisot

1. La cuestión nacional: una laguna en el análisis marxista (99), 2. Bajo el horizonte de 1848: naciones históricas y pueblos sin historia (104), 3. La excepción irlandesa y la lección de la I Internacional (110), 4. «Capitalcentrismo» y falta de conclusión en los estudios acerca de la nacionalidad (117), 5. El estatalismo nacional y la primera teorización de Kautsky (124), 6. La II Internacional, bajo la pesadilla del nacionalismo (131), 7. Nacionalismo y liberación nacional: de Rosa Luxemburg a James Connolly (133), 8. El compromiso austríaco y el debate en Rusia (1898-1905) (141), 9. Otto Bauer y el desarrollo cultural nacional (157), 10. Centralismo revolucionario y derecho a la autodeterminación, o autonomía nacional y democracia (167)

La cuestión colonial y el imperialismo

185

Franco Andreucci

1. La cuestión colonial, los pueblos oprimidos y el «derrumbe» del capitalismo (186), 2. Política mundial y capitalismo fin de siècle (197), 3. El imperialismo (206)

El debate sobre la guerra

217

Madeleine Rébèiroux

1. Los fundamentos teóricos (217), 2. Un cuerpo teórico en desarrollo: de 1848 a la I Internacional (221), 3. «El verdadero y único partido de la paz» (228), 4. Antagonismos económicos y militarismo (231), 5. En el cambio de siglo: Weltpolitik y guerras de ultramar (236), 6. Stuttgart: la última unanimidad de la Internacional (240), 7. ¿Qué guerra? (246), 8. Guerra a la guerra (251), 9. ¿Guerra o revolución? (254), 10. El fracaso de la Internacional (258)

ANDREW ARATO

La antinomia del marxismo clásico: marxismo y filosofía

El campo de la relación entre «marxismo y filosofía», estructurado por antinomias, es un espectro de alternativas, muchas de las cuales son, asimismo, internamente antinómicas. Tal espectro abarca desde una filosofía de la historia (o incluso una ontología) determinista, que enlaza con el materialismo y con el pensamiento positivo clásico del siglo XVIII, y desde una más reciente, más escéptica y metodológica devoción por la «ciencia», que enlaza con el «neopositivismo», hasta dos variedades de neokantismo, basadas respectivamente en la primacía de lo práctico y en la primacía de lo teórico, y hasta una posición oscilante entre el historicismo de las *Geisteswissenschaften* y el irracionalismo de la *Lebensphilosophie*. La importancia de esta extensión no es meramente documental, pues su antinomia crucial, la antinomia entre necesidad y libertad, remite a todo un conjunto de problemas serios, y no resueltos, de la teoría social marxiana, que sigue siendo nuestro único punto de partida, tanto para una filosofía de la historia al servicio de una práctica de emancipación, como para una teoría genuinamente crítica de las formaciones sociales contemporáneas.

De ahí que intente describir el campo antinómico desde Plejánov hasta Sorel, pasando de la necesidad objetiva a la voluntad, del determinismo cientifista a una autodeterminación mitológicamente concebida. Me propongo mostrar que en la era de la II Internacional no hay ningún intento de consumar un matrimonio entre marxismo y filosofía que escape de las fatales dualidades que marcan el problema en cada uno de sus aspectos. Al completar la descripción del espectro, intentaré igualmente señalar la fuente de la antinomia en la teoría social del marxismo clásico, que ha sido al mismo tiempo la motivación oculta tras las heterogéneas estrategias filosóficas y el secreto de su fracaso. Puesto que mi análisis ha de abordar la filosofía de la praxis del período siguiente de la historia del marxismo, he de admitir que esta filosofía, pese a la agudeza autocrítica con que ha afrontado las

antinomias del pensamiento burgués y del socialista, no ha logrado «superar» la contradicción más profunda.

1. El materialismo como concepción general del mundo: Engels, Plejánov y Lenin

El materialismo marxista como concepción omnicomprensiva del mundo nace de las obras de Friedrich Engels. A él se debe la síntesis habitualmente designada como materialismo dialéctico, que constituyó una fuente central para el pensamiento filosófico de la socialdemocracia alemana y, en mayor medida aún, para el marxismo soviético, bastante más monolítica. El alcance de la influencia de Engels ha sido descrito a menudo,¹ sobre todo después de Lukács; la dimensión objetivista y cientifista de tal influencia ha sido criticada con razón por la mayor parte de los teóricos neomarxistas. En la versión de la teoría de la historia elaborada por Marx y Engels y conocida como materialismo histórico se han señalado recientemente las raíces del «positivismo» engelsiano (las raíces teóricas, no culturales o sociales).² Naturalmente, la historiografía antimarxista (o no marxista) ha puesto frecuentemente de manifiesto la naturaleza determinista de la teoría marxista en su generalidad. De todos modos, esta crítica general (y muchas veces superficial) ha sido refutada precisamente por Lukács, que fue capaz en buena medida de reconstruir la teoría marxista, en particular la crítica última de la economía política –pero también el materialismo histórico–, en torno a una serie de conceptos que representaban una poderosa crítica de cualquier objetivismo y cientifismo.³ El descubrimiento de la antropología filosófica (los *Manuscritos* de 1844) del joven Marx y de la sistemática conexión de los conceptos antropológicos con los conceptos de la economía política (*Grundrisse*) confirma la exactitud histórica de la interpretación de Lukács. Recientemente, Jürgen Habermas y Albrecht Wellmer han podido avanzar más allá de esta interpretación y encontrar un filón positivo en textos juveniles como *La Ideología Alemana*: la reducción de la interacción simbólica al trabajo, que podía convertirse en

¹ G. LICHTHEIM, *Marxism. A historical and critical study*, Nueva York, 1962, pp. 234 y ss. [trad. cast., *El marxismo. Un estudio histórico y crítico*, Barcelona, 1971, pp. 273 y ss.] y H. J. STEINBERG, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor dem I. Weltkrieg*, Hannover, 1969 2, pp. 43 y ss.

² Por otras versiones entiendo la teoría no determinista, no lineal, no continua y no evolutiva de las formaciones sociales, que se encuentra sobre todo en los *Grundrisse*.

³ Cf. AR.no, *Lukács Theory of Reification*, en "Telas", 1971.

una teoría reduccionista del materialismo histórico.⁴ Cualesquiera que sean los méritos de este argumento,⁵ la gradual disolución del concepto de alienación política (un concepto presentado en *La cuestión judía*, en la *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado* y en *La Ideología Alemana*) en el concepto de trabajo alienado fue el primer y más significativo indicio del surgimiento de una teoría que finalmente fijó la política, la conciencia, etc., en una inmensa sobreestructura cuyo movimiento seguía pasivamente (aunque no sin convulsiones) el desarrollo antagónico de las fuerzas y las relaciones de producción.⁶

Tal crítica de Marx aparece confirmada en primer lugar por la autocomprensión (o autoincomprensión) del Marx maduro (compárense los distintos prólogos a las obras más tardías) y sin duda por los términos del desarrollo engelsiano del marxismo, que parte de dicha autointerpretación. De todos modos, es innegable que Engels añadió a esta teoría algunos elementos deterministas y reduccionistas de su propia cosecha. Su famosa modificación del determinismo económico a través de una teoría de las causas o influencias recíprocas⁷ muestra su interpretación mecánica de la teoría de la base y de la sobreestructura en términos de causa-efecto. Aun restableciendo el famoso pasaje de Marx de *El 18 de Brumario*, en el que aparece una interpretación de la base completamente diferente –o sea, no causal y ni siquiera interactiva–, como marco de posibilidades objetivadas y objetivas dentro de cuyos límites los hombres hacen su propia historia,⁸ Engels se siente impulsado a reducir la acción humana al efecto, en última instancia pasivo, de fuerzas objetivas.⁹ De cualquier modo, para ser justos con él, a diferencia de muchos de sus seguidores socialdemócratas (–y en particular estalinistas), Engels restringía su interpretación totalmente determinista a la «prehistoria», al «reino de la necesidad», a la historia

⁴ J. HABERMAS, *Knowledge and human interests*, Boston, 1968, p. 28 y ss. y todo el capítulo 11; A. WELLMER, *Critical theory of society*, Nueva York, 1971, pp. 70 Y ss.

⁵ Tanto Habermas como Wellmer son criticados precisamente por la excesiva identificación de la teoría social de Marx: con su dimensión positivista. Su lectura de los *Grundrisse* y de *El Capital* es de hecho inaceptable.

⁶ Cf. K. MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1966, pp. 7-8.

⁷ Cf. la carta de Engels a J. Bloch y a C. Schmidt del 21 de septiembre y del 27 de octubre de 1890, en K. MARX y F. ENGELS, *Obras escogidas*, Moscú, 1974, vol. 3, pp. 514-521.

⁸ Hemos de reconocer que muchas de las afirmaciones reduccionistas del mismo Marx no pueden interpretarse en los términos de una dialéctica libertad-necesidad.

⁹ Engels a J. Bloch y a C. Schmidt, op. cit.

humana anterior al socialismo, antes de la construcción consciente de la historia «según un plan colectivo».¹⁰ Sin embargo, no es menos cierto que esta argumentación hace muy problemática la transición del reino de la necesidad al reino de la libertad, repitiendo el clásico error de la imagen mecanicista del mundo al buscar un lugar a la libertad. Por tanto no ha de sorprender que Engels, tan rígidamente determinista y racionalista, se vea obligado en este contexto a hablar de un «salto» de la humanidad al reino de la libertad.¹¹ Le tocó a su seguidor Plejánov transformar luego este «salto» en un caso especial de la dialéctica determinista de cantidad y calidad,¹² accesible a la intervención de una tecnología social como partera de la historia.

Una teoría determinista de la historia representa una eliminación indirecta de las últimas trazas de libre subjetividad en el pensamiento y en la acción, ya que en el universo descrito por la física mecánica la historia había de ser (de Vico y Kant en adelante) el último refugio de la libertad. La inclusión de la interpretación materialista de la historia en una metafísica dialéctica de la naturaleza acaba de completar la reducción. En Hegel la dialéctica tiene lugar entre libertad y necesidad: la unidad última de ambas es la autoconsciencia del Absoluto en la filosofía contemplativa. Hegel describió paradójicamente esta unidad como la equivalencia entre la libertad y el conocimiento de la necesidad. Engels y sus seguidores (especialmente Plejánov y Lenin) hicieron suya esta noción de libertad. Naturalmente, para una filosofía que culmina en la contemplación absoluta el concepto de libertad como conocimiento de la necesidad es muy significativa. Desde el momento en que definía la libertad como autodeterminación total,¹³ Spinoza debía situar la libertad humana en la identificación total del individuo con la esencia absoluta –incluso en su disolución en ésta–, una identidad dotada de significado únicamente cuando la mente capta toda la estructura necesaria del mundo en un acto de contemplación última. Esta noción de libertad debería quedar descartada por un marxista que persiga la libertad de la

¹⁰ Ibid. Esta argumentación sigue una definición central del capítulo sobre el carácter fetichista de la mercancía de *El Capital* de Marx.

¹¹ F. ENGELS, *Anti-Dühring*, en *Obras de Marx y Engels* (OME), Barcelona-Buenos Aires-México, 1977, vol. 35, p. 294.

¹² G. PLEJÁNOV, *Fundamental problems of marxism*, Nueva York, 1969, pp. 45-46 [trad. cast. *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, en *Obras escogidas*, Moscú, y edición aparte, México, 1974).

¹³ B. SPINOZA, *Ethica*, parte I, def. VII.

acción y de la autodeterminación social. Para Spinoza incluso las mejores leyes sociales señalan la existencia de algo que nos determina desde fuera (o sea, los objetos de las emociones, que deben quedar delimitados por las leyes); la parte de su *Ética* que se ocupa de ello se titula *De la esclavitud humana*. La adquisición del conocimiento de un orden causal externo no es nunca libertad para Spinoza, hasta que no se convierte en simple contenido, simple significado de nuestra existencia mental, dejando, pues, de ser una necesidad externa. Naturalmente, una teoría histórica de la autoformación humana, objetivamente posible en la sociedad civil que Spinoza tenía ya ante sí y que estudiaba, hubiera podido romper el círculo cerrado de la filosofía spinoziana de la esencia.¹⁴ Así, hay una doble paradoja en la transformación (implícita en Engels y deliberada en Plejánov) de la historia en «esencia» determinista. Incluso desde el punto de vista de la *Fenomenología* de Hegel¹⁵ (es decir, el intento de comprender la esencia como sujeto) el paso a Spinoza representa un serio paso hacia atrás, ya que al final –pero sólo al final– el mismo sistema hegeliano vuelve a la contemplación de una esencia históricamente no desplegada. Engels preparó el camino para este paso atrás, pese a intentar establecer la diferencia entre método y sistema en la dialéctica de Hegel. (Entre otras cosas sostuvo que los hegelianos que se esfuerzan en seguir el método de Hegel son casi sin excepción revolucionarios, y conservadores, en cambio, quienes aceptan su sistema.) Para Engels el método hegeliano era la disolución de todo lo estable y definitivo en procesos, mientras el sistema hegeliano era el movimiento de la autoalienación al autorreconocimiento del Absoluto, culminando en una filosofía dogmática del conocimiento absoluto.¹⁶

Precisamente por esta crítica del sistema hegeliano (y de sus implicaciones conservadoras), la noción de Engels sobre la dialéctica resulta

¹⁴ Cf. A. HELLER, *Spinoza Etikáia* en "Erték és Történelem", Valor e historia), 1969, p. 170.

¹⁵ Desde el punto de vista de la crítica del joven Marx a la "segunda naturaleza" de la alienación (incluida la alienación política), un marxismo spinoziano confina para siempre a la humanidad al terreno de la sociedad civil (a la que ya apuntaban la ética social y la filosofía política de Spinoza), lo cual comporta un rígido dualismo entre ciudadanos (hombre *aquí* racional y comunitario) y súbdito (hombre egoísta e irracional). Para la más importante crítica marxiana de la alienación política, cf. un texto conocido por los marxistas de la socialdemocracia. *La cuestión judía*, parte I, en MARX ENGELS, OME, Vol. 5, pp. 178 y ss.

¹⁶ F. ENGELS, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, cit. vol. 3, pp. 353 ss.

totalmente paradójica. Fuertemente impresionado por los progresos de las ciencias naturales (algunas de las cuales señalaban una dimensión de desarrollo de la naturaleza, como la teoría del universo de Kant-Laplace o la evolución de Darwin), Engels se orientó en dos direcciones contradictorias entre sí. Por un lado excluyó a la filosofía del estudio de la historia y de la naturaleza, confiando en las ciencias empíricas específicas; por otro, «restringió» la filosofía a las leyes del pensamiento: «lógica» y «dialéctica».¹⁷ La primera línea reduce la dialéctica a una metodología, en el sentido que el término tenía a finales del siglo XIX; esta línea es la que, como veremos, conduce a las obras de Labriola, a algunos temas kautskianos, a los empiriomonistas y a Max Adler. La segunda, en el contexto de la teoría materialista engelsiana del conocimiento como reflejo, conduce a Plejánov y a Lenin, o sea a un retorno de la clásica filosofía positivista de la historia. La reducción de la filosofía a las leyes del pensamiento no es de hecho una reducción si la filosofía dialéctica no es «más que el reflejo» de los procesos históricos y naturales en el cerebro.¹⁸ Por eso

la dialéctica quedaba reducida a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto el del mundo exterior como el del pensamiento humano: dos series de leyes idénticas en cuanto a la esencia, pero distintas en cuanto a la expresión, en el sentido de que el cerebro humano puede aplicarlas conscientemente, mientras que en la naturaleza, y hasta hoy también, en gran parte, en la historia humana, estas leyes se abren paso de un modo inconsciente, bajo la forma de una necesidad exterior...¹⁹

Es una cita reveladora, que pone de manifiesto tres características fundamentales del marxismo de Engels: el triunfo de la construcción sistemática, metafísica y especulativa, el triunfo de la naturaleza sobre la historia y el triunfo del objeto sobre el sujeto o sobre la praxis subjetiva. El sistema triunfa porque se define la dialéctica como la ley general del

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ *Ibíd.* La misma contradicción entre concepción de la dialéctica crítico-metateórica y extensivo-metafísica aparece en el *Anti-Dühring*, escrito ocho años antes (1878 y 1886). En la obra de Engels, el triunfo de la concepción extensiva queda explicitado en la *Dialéctica de la naturaleza*, publicado póstumamente, verdadero manual para el futuro marxismo soviético.

¹⁹ *Ibíd.*, p.381.

movimiento absolutamente para todo, porque la dialéctica (cosa que nunca se había producido en el mismo Marx) se convierte en una *Weltanschauung* totalmente general. La relación entre el sistema de Engels y el de Hegel y Spinoza está llena de significativos indicios. Las leyes específicas de movimiento del mundo (transformación de la cantidad en calidad, negación de la negación, etc.) derivan de la *Lógica* de Hegel, en concreto de la primera parte, la *Lógica* de *ser*. Como ha mostrado Alfred Schmidt, Hegel pudo permitirse definir una «lógica ontológica», y por tanto una «dialéctica presubjetiva», porque finalmente habría acabado superando la unilateralidad mediante la «lógica de la esencia» y la «lógica del concepto», que implican la transición de la esencia al sujeto, de la naturaleza al espíritu.²⁰ Sin esta superación, las leyes hegelianas sólo implican una filosofía determinista de la esencia, un retorno a Spinoza. La misma terminología de Engels, en la cita transcrita, choca por su spinozismo. Habla de dos conjuntos de leyes (del mundo exterior y del pensamiento humano) que son «idénticas en cuanto a la esencia». Como ya hemos recordado, Spinoza dedujo con claridad todas las implicaciones de una filosofía de la esencia, y desde el punto de vista marxiano una de estas consecuencias es la imposibilidad de una praxis social que vaya más allá de la sociedad civil, la «esclavitud humana»: Engels no pareció comprender nunca esta implicación y este peligro: en lugar de utilizar el concepto de historia para romper el cerco de la esencia o de la naturaleza spinoziana, identificó naturaleza e historia en los términos de un conjunto común de leyes «dialécticas», unificadas en un solo concepto, el del «mundo material exterior». Desde nuestro punto de vista, el hecho de que a propósito de la historia deje abierta la posibilidad de aplicar conscientemente las leyes es sólo un agravante. Como mostraremos, tal aplicación reduce la política a una tecnología social. En una filosofía de la esencia, la exterioridad de las leyes en cuanto tal constituye precisamente la fuente de la no libertad.²¹ Para Spinoza, mientras siguen habiendo leyes fuera de nosotros y que nosotros hemos de aplicar, estamos escindidos entre razón y emociones, y, para emplear la terminología de la filosofía política de la sociedad civil, entre ciudadano y súbdito (para Marx, *citoyen* y *bourgeois*). La alienación del yo que caracteriza a la «sociedad civil» se transforma en eterna, con este planteamiento. Desde

²⁰ A. SCHMIDT, *Il concetto di natura in Marx*, Roma 1969, pp. 46 y ss.

²¹ Dentro del mundo social no hay ninguna intervención consciente que pueda modificar el hecho de que las leyes sean externas. Para Spinoza la interiorización se obtiene solamente a costa de la disolución del individuo en la esencia universal.

Machiavelli, Hobbes y Rousseau, el descubrimiento de la alienación política ha dado lugar o bien a diversas versiones del *bourgeois* o bien a la política jacobina. En los seguidores de Engels, Plejánov y Lenin, la segunda asumirá una versión tecnológicosocial. Con Bernstein y algunos kantianos de la socialdemocracia volvemos atrás, a la política del primero.²²

El triunfo de la naturaleza o de la esencia en el esquema de Engels (que corresponde a la tendencia a la unidad de las ciencias en torno a la física, en el marco del cientifismo de la segunda mitad del siglo XIX) y la incapacidad para distinguir entre «dialéctica» de la naturaleza y de la historia tienen por ello claras implicaciones políticas. Lo mismo puede decirse de las implicaciones del triunfo del objeto en su sistema. La «teoría del reflejo» o el «realismo ingenuo» de los dos conjuntos de leyes que se reflejan recíprocamente comporta consecuencias rígida y fuertemente dualistas, y es tal vez esto lo que el materialista Engels intentó evitar recurriendo a la esencia spinoziana. Pero de nuevo se despreocupó de seguir todas sus implicaciones. En la coherente teoría de Spinoza el pensamiento puede reflejar completamente la estructura del mundo porque existe una plena identidad, pero ningún género de interacción, entre el pensamiento (mientras se trate de ideas apropiadas, verdaderas) y el mundo: Esta posición es inadmisibles para el materialista histórico. Mientras puede colocar las interacciones en la naturaleza objetiva misma, modificando así las filosofías mecanicistas del materialismo del siglo XVIII, Engels parece admitir una forma mecánica de interacción (que no corresponde al significado que tiene la dialéctica ni en Hegel ni en Marx) entre teoría y práctica, sujeto y objeto. Si a este planteamiento añadimos la premisa materialista de Engels sobre la absoluta prioridad causal del mundo de la existencia material y sobre todo social, hasta la coherencia de la teoría puede quedar rota (y la «verdad» de cualquier teoría puede ponerse en duda), pero ninguna alternativa, ni la filosofía de la esencia ni el materialismo mecanicista, modifica la noción de subjetividad contemplativa y pasiva resultante.

²² Debo esta caracterización de la escisión en la política y en la ética socialdemócrata, según el modelo del *citoyen* y del *bourgeois*, a Agnes Heller y a Mihaly Vajda. Naturalmente, el concepto marxiano de "revolución total" tendía a superar el dualismo, pero basar la revolución total en una clase lleva de nuevo a la antinomia. La obra de Jean Cohen proporciona sobre este tema muchas de las críticas tomadas del mismo Marx.

La filosofía de Engels, con su mezcla de cientifismo y de metafísica materialista y con su visión comunista («reino de la libertad»), condujo a numerosas y distintas alternativas filosóficas en el ámbito de la socialdemocracia. Sin embargo, no es casual que ninguna de estas alternativas modificara seriamente la teoría social determinista derivada del sistema de Engels (aunque no siempre de sus investigaciones históricas concretas). La exposición más coherente de este aspecto de su pensamiento es sin duda la de Plejánov y Lenin, que insertaron la teoría social determinista, respectivamente, en una filosofía tecnológica de la historia determinista y en una epistemología materialista, ambas enraizadas en una metafísica materialista evolucionista.

G. V. Plejánov es sin duda el representante máximo del polo materialista determinista en nuestro espectro de la relación entre «marxismo y filosofía». En la tradición marxiana no hubo nadie que manifestara mayor respeto por el poder de explicación general de la ciencia objetiva;²³ nadie se esforzó tanto por insertar los resultados de la ciencia en un sistema materialista omnicomprendivo.²⁴ Es además innegable que, pese a su rechazo de las proyecciones ontogénicas en la historia (o filogénesis) y a su resistencia, algo incoherente, al biologismo, a la física o a la fisiología social, su obra tuvo cierta afinidad con las filosofías de la historia clásicamente positivistas. Sólo en sus artículos primerizos (todavía populistas) revelaba su lenguaje rasgos del pensamiento de Comte;²⁵ pero en definitiva interpretó el proceso necesario de la especie humana en los términos, algo incoherentes, de un materialismo determinista, evolucionista, y del surgimiento de una tecnología social capaz de controlar tanto los procesos naturales como los interhumanos. Ciertamente estuvo convencido de haber evitado las interpretaciones dualistas y circulares de la historia de Saint-Simon y de Comte, explicando la difusión del saber por el cambio tecnológico y el cambio tecnológico por la difusión del saber, a través de un determinismo tecnológico coherente. En su esquema, la misma difusión del saber se convierte en técnica social. Mientras en un principio (1895) había situado el

²³ Plejánov sólo pretende que los pensadores piensen correctamente desde el punto de vista de la ciencia de su tiempo: G. PLEJÁNOV, *K voprosu o razvitii monisticheskogo vzgliada na istoriu* [trad. cast. *La concepción materialista de la historia*, en Obras escogidas, cit., y aparte, México, 1973]

²⁴ Cf. L. HAIMSON, *The Russian marxists and the origin of bolchevism*, Harvard University Press. 1955, p. 35.

²⁵ *Ibíd.*, p.33.

determinismo tecnológico en una síntesis algo difícil de materialismo dieciochesco y de aspectos del idealismo alemán, con el resurgimiento del dualismo en sus mismas obras volvió al más rigurosamente monístico y antiteleológico de los sistemas, a un Spinoza materialísticamente interpretado (1908).

La mercedamente famosa *Concepción monista de la historia*, de 1895, sitúa el marxismo en la tradición del materialismo del siglo XVIII, con el intento de demostrar que la herencia de Hegel, el «idealista objetivo», puede enriquecer de forma coherente el materialismo. Más adelante intentaré abordar particularizadamente la cuestión de la antinomia y de la dialéctica, pero ahora me limitaré a señalar que Plejánov enmarca la incoherencia, el dualismo del materialismo dieciochesco (y también del socialismo utópico y del positivismo clásico) en el modelo deliberado de la antinomia kantiana de libertad y necesidad²⁶ (aquí, ambiente y cultura, naturaleza humana y ambiente, naturaleza humana e historia, producción y cultura, utopismo y fatalismo se entienden como argumentos opuestos, y lógicamente restrictivos por igual, en relación a la fundamentación de la historia). Plejánov sostiene además que una antinomia no puede resolverse mediante un recurso a la interacción, sino sólo mediante la demostración de un nivel de desarrollo causante más fundamental, determinante tanto de los dos factores en cuestión como de su interacción.²⁷ La idea absoluta o el espíritu absoluto inaceptablemente mitológicos de Hegel proporcionan el modelo de la explicación.²⁸ Así, el idealismo proporciona al marxismo no sólo los medios con los que hacer más dinámico el materialismo, más capaz de desarrollo, sino también la idea de un sistema omnicompreensivo, plenamente determinado y necesario, que es el producto de la actividad. Ciertamente que la expresión mitológica hegeliana de esta actividad, el Absoluto, es sustituida en el materialismo histórico por la economía; pero, pensando en los problemas encontrados por Engels respecto de la interacción entre base y superestructura, economía y política, Plejánov da un paso adelante, o «más a fondo». Su variable independiente y absoluta es la producción material, o también las fuerzas productivas entendidas como tecnología.²⁹

Cualquiera que sea nuestro juicio sobre el alcance del reduccionismo de Marx y Engels, es un hecho que su noción de la base (o sea, «la anatomía de

²⁶ PLEJÁNOV, *La concepción materialista de la historia*, op. cit., pp.6-7.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 79 y ss.

²⁸ *Ibíd.*, pp. 84 y s., y passim

²⁹ *Ibíd.*, pp. 9-10.

la sociedad civil de Hegel»), a la que son reducidas las otras dimensiones, es en sí misma la unidad (antagónica) de dos grupos de relaciones : entre hombre y hombre (relaciones sociales de producción) y entre hombre y naturaleza (fuerzas productivas). En la mayor parte de sus obras está no obstante claro que ninguno de estos dos momentos puede menospreciarse o quedar reducido al otro; mientras se mantiene esta relación sigue siendo posible considerar la ideología, la política, la ley, la conciencia cotidiana, etc. —que son en sustancia factores inherentes a las relaciones materiales y simbólicas entre hombre y hombre—, como dimensiones significativas y activas de una totalidad social dada. Como muestra de manera convincente Colletti,³⁰ en las obras de Plejánov la base aparece identificada con «una esfera puramente material que no contiene las relaciones interhumanas». En este esquema la producción es técnica productiva o tecnología productiva, y a ella queda reducido todo lo demás. Por consiguiente, según tal razonamiento, un conjunto social puede ser producto fundamentalmente de una política que (con palabras de Saint-Simon) es ella misma la ciencia de la producción,³¹ es decir, una especie de preparación de la tecnología social.

Las cuestiones fundamentales del marxismo (1908) llegan incluso a proporcionar toda una jerarquía causal que liga la tecnología, en la base, con la ideología, en la cúspide, a través de tres niveles causales intermedios: 1) las relaciones económicas (de propiedad) condicionadas por la tecnología; 2) el régimen político-social construido sobre una base económica dada; 3) la psicología de los hombres sociales determinada por los dos estadios anteriores y reflejada a su vez por las ideologías.³² La jerarquía distingue rígidamente (sin lograrlo del todo) lo social de lo económico, y reduce todas las dimensiones a las fuerzas productivas. Sin embargo, Plejánov era demasiado ortodoxo para ignorar las famosas cartas de Engels sobre la interacción o la reciprocidad, por ejemplo entre economía y política. Ya en 1895 interpretó estos temas desde el punto de vista del determinismo tecnológico. Un conjunto dado de fuerzas productivas (la variable independiente) crea las estructuras sociales, políticas y psicológicas necesarias para hacerlo funcionar. Cuando cambia la variable independiente, las viejas «superestructuras» desempeñan un papel retardatario hasta que se generan nuevas estructuras más apropiadas a la

³⁰ L. COLLETTI, *The Marxism of the Second International*, en "Telos", VIII, verano 1971, p. 87.

³¹ PLEJÁNOV, *La concepción materialista de la historia*, op. cit., p-80.

³² Id., *Fundamental problems of marxism*, op. cit., p. 80.

nueva base. Se producirá un conflicto entre ambas, expresado en la forma de la lucha de clases (que a su vez se expresa en el reino de las ideas como un conflicto de ideologías, filosofías, morales, etc.); el nuevo sistema resulta inevitablemente victorioso en cada ocasión. El efecto recíproco del retraso es por tanto temporal; la base técnica determina en última instancia todo el proceso.³³

Vale la pena detenerse algo más profundamente en el significado plejanoviano de la técnica, pues precisamente es esta dimensión la que le permite interpretar al mismo tiempo el marxismo como una ciencia exacta, determinista, y como una filosofía de la acción.³⁴ Las objeciones de Plejánov al materialismo del siglo XVIII se referían a la ausencia de una teoría de la evolución o del desarrollo histórico, aunque también le preocupaba evitar la intrusión, en la teoría social, de una noción biológica de la evolución, al modo de Spencer y sus seguidores (entre los que se contaban no sólo muchos adversarios populistas de Plejánov, sino también algunos socialistas y en cierta medida, como se verá, el mismo Kaustky, indiscutido heredero del marxismo alemán). Los métodos de Marx y de Darwin pueden ser muy afines, según Plejánov, pero el campo de investigación de Marx comienza exactamente donde acaba el de Darwin: en el comienzo de la autohumanización del hombre.³⁵ La especie humana se define más propiamente como la del animal constructor de utensilios, que «transforma su misma naturaleza» al actuar sobre el mundo exterior.³⁶ Los primeros pasos en esta dirección pueden todavía ligarse con la evolución biológica, y en particular con la geografía, pero cuando ya han sido construidos verdaderos utensilios, la biología (piénsese en los «órganos artificiales») y la geografía son a su vez modificadas, aunque sin perder, durante mucho tiempo, su importancia. Todo el proceso tiene lugar sin la intervención de una conciencia o de una razón específicamente humanas, por constituir éstas desarrollos dependientes mucho más tardíos. Por lo menos durante la que Marx denominó prehistoria (o reino de la necesidad) la relación hombre-naturaleza conserva su función independiente, causal. Esta relación es fundamentalmente activa, pero en cuanto es fundamentalmente no consciente, no teleológica, no libre.

³³ Id., *La concepción materialista de la historia*, op. cit., pp- 114 y ss.

³⁴ *Ibíd.*, p. 155-156.

³⁵ *Ibíd.*, p. 153-154.

³⁶ *Ibíd.*, p. 85 y ss.

De todos modos, al menos en 1895, Plejánov intentó establecer una relación diferente, autoconsciente y libre, de la especie humana con la naturaleza. Advirtió la exigencia de vencer el fatalismo histórico del materialismo del siglo XVIII y de Hegel, y buscó la clave en la doctrina spinoziano-hegeliana de la libertad como necesidad consciente. Ante todo dio a la doctrina una interpretación tecnológico-social. La autoconsciencia humana es, en la forma específica de la ciencia, el producto del desarrollo humano desde la sujeción a la naturaleza hasta el dominio de la naturaleza. El pleno dominio de la naturaleza solamente es posible cuando el producto, la ciencia (y la ingeniería) regula conscientemente el conjunto de nuestro intercambio con la naturaleza. Pero en la sociedad clasista tal regulación total no es posible, ya que en general el conjunto de las relaciones sociales antagónicas opera como una interrupción en el pleno despliegue de las fuerzas productivas. Afortunadamente las leyes de la historia están orientadas en el sentido del desarrollo de la producción científica; la sustitución de la anarquía productiva del capitalismo por una sociedad industrial plenamente planificada es el único paso inevitable que queda por dar. En la nueva sociedad, y tal vez en el salto necesario hacia ella, la humanidad se revuelve finalmente contra la necesidad económica.³⁷ Pero esta rebelión contra la necesidad es concebida por Plejánov como el descubrimiento y el uso de las leyes de la necesidad, contra la necesidad ciega y por la necesidad controlada y regulada.³⁸ El conocimiento social que vence la necesidad se basa en la ingeniería y en la tecnología. Por lo demás, a fin de evitar equívocos, dado que la ingeniería y la tecnología pueden tener fácilmente implicaciones creativas, solo la lucha política, iluminada científicamente según Plejánov, puede acelerar el advenimiento por completo necesario de un estadio histórico o abreviar la duración de un estadio ya condenado a la desaparición.

La concepción monista de la historia, de 1895, conserva aún huellas del anterior dualismo populista³⁹ entre voluntad consciente y teoría determinista, que Plejánov resuelve claramente a favor de la segunda. En esa época estaba todavía inmerso en los problemas de la libertad y la necesidad, la práctica y la causalidad. El ligamen entre tecnología social y ciencia social redujo naturalmente la diferencia, pero la antinomia de Saint-Simon (difusión de las luces contra producción), estudiada también por Plejánov,

³⁷ *Ibíd.*, p. 155 y ss.

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ Cf. HAIMSON, *The russian marxists*, op. cit., p. 46.

debió preocuparle. ¿Son la ciencia y la tecnología meros resultados, explicables causalmente, de la producción? Si no es así, a este adversario marxista de toda teleología se le escapaba un elemento de postulación teleológica consciente e independiente. Debió recordar que en el mundo empírico la forma más fundamental de la tercera antinomia kantiana (libertad y necesidad) es precisamente la de teleología y causalidad. Por lo demás, hoy es bien conocida la dimensión teleológica del concepto marxiano del trabajo (*El Capital*, I). El contraste entre el peor arquitecto y la más evolucionada familia de abejas pone de relieve fines humanos que invierten el orden de causalidad natural.⁴⁰ Pero en 1908 la fuente de Plejánov sobre este tema no es Marx sino Spinoza.⁴¹ De ahí que esté dispuesto a admitir solamente que la conciencia humana parece postular fines sobre cuya base actúa. Sin embargo, todos los fines últimos son ilusorios dentro del orden natural en su conjunto. La actividad humana es solamente un eslabón necesario en una cadena causal general. Nosotros hacemos nuestra historia, pero bajo la presión de la necesidad. De hecho, Plejánov prefiere referirse a los niños y a los «salvajes» para probar que los fines que éstos postulan y la libertad que sienten pueden explicarse desde el punto de vista de la biología y la sociología modernas como causados de modo necesario por su fisiología, por la situación geográfica y por el nivel tecnológico. En tal modelo de historia, hasta una tecnología social conscientemente aplicada acaba revelándose como una ilusión. Se trata de una lección que el ex seguidor de Plejánov, Lenin, nunca aprendió.

Aunque en la época (1908) en que escribió y publicó su única obra filosófica, *Materialismo y empiriocriticismo*; Lenin era un adversario político de Plejánov, las luchas fraccionales tanto en el ala menchevique como en el ala bolchevique hicieron que ambos hombres se aproximaran provisionalmente. El libro de Lenin se dirige de hecho contra adversarios más inmediatos: el grupo de izquierda de los bolcheviques que intentaba fundar la práctica explícitamente voluntarista de los bolcheviques en una posición filosófica que rompiese con el materialismo determinista. Como se sabe, la teoría política del mismo Lenin consideraba esencial el elemento organizador, consciente y voluntarista, que podía y debía forzar la historia. Por otro lado, la razón principal de su adopción del materialismo determinista habría que buscarla probablemente en las implicaciones políticas centralizadoras (antifraccionarias) y burocráticas del voluntarismo

⁴⁰ Cf. COLLETTI, *The Marxism*, op. cit., p. 85.

⁴¹ Cf. SPINOZA, *Ethica*, parte I, apéndice.

organizativo que lo caracterizaba. A causa de una combinación de razones políticas y teóricas en el debate sobre el materialismo, Lenin fue más lejos que Plejánov (el cual fue su fuente anterior, en el decenio de 1890, en lo concerniente a las cuestiones teóricas generales) y se esforzó en presentar la versión más extremada posible de la epistemología y la metafísica materialista. Y al igual que hiciera Plejánov en 1895, medió entre su voluntad revolucionaria y el determinismo histórico apelando a la tecnología social. En realidad, esta última elección era coherente con su teoría de la organización, considerada desde el principio como instrumentalización revolucionaria (jacobina) de las masas por parte de Axelrod, Luxemburg, Trotski e, incoherentemente, el mismo Plejánov.⁴² Sin embargo, lo que de momento nos interesa aquí es *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin, un libro que evita cuidadosamente el contexto político del debate. Los faros filosóficos de Lenin son Plejánov (a regañadientes), Feuerbach, Engels, algunas veces Dietzgen y en uno o dos casos Marx directamente. Podemos dividir los aspectos positivos (o sea no polémicos) de la argumentación en una premisa metafísica, cierto número de premisas epistemológicas en parte dependientes de aquélla, y una conclusión tecnológico-social de mayor peso.

La principal premisa metafísica de Lenin es la no condicionada prioridad y la temporal y lógica independencia del objeto externo del conocimiento: la existencia natural y la social. Da a entender, aunque sin fuerza, que esta posición no es metafísica porque representa el punto de vista instintivo de la mayor parte de los pensadores.⁴³ El mundo es en sí un conjunto uniforme de materia en movimiento. Causalidad, ley, espacio y tiempo son caracteres independientes, externos, objetivos y absolutos de este mundo, copiados o reflejados más o menos exactamente por la descripción del mundo desarrollada por la mecánica clásica, newtoniana, en la interpretación dada

⁴² Hay que advertir que la primera oposición de izquierda en la historia bolchevique, dirigida por Bogdánov (contra el que iba dirigido *Materialismo y empiriocriticismo*), se unió a este coro de voces antiburocráticas durante el debate con Lenin, que procedió a su depuración. La idea parcialmente sindicalista de Bogdánov del "Proletkult" es un producto de la lucha, así como su abandono del concepto leninista de partido. Cf. HAIMSON, *The Russian marxists*, op. cit., pp. 182 y ss.; E. H. CARR, *Historia de la Rusia soviética*, vol. 1: La revolución bolchevique (1917-1923), Madrid, 1972, pp. 33 y ss.; R. V. DANIELS, *The conscience of the revolution*, Nueva York, 1960, pp. 12 y ss.

⁴³ V. I. LENIN. *Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria*, en *Obras completas*, Buenos Aires, 1969, Vol. XIV, pp. 43 y ss.

por el materialismo del siglo XVIII.⁴⁴ En contraposición con las teorías del conocimiento neokantianas o machianas, Lenin extrae dos consecuencias epistemológicas del presupuesto materialista ya citado: la prioridad del mundo exterior sobre el conocimiento y la identidad entre niveles «nouménicos» y «fenoménicos» de la realidad.⁴⁵ Siguiendo la «refutación» engelsiana de la doctrina kantiana de la incognoscibilidad de la cosa en sí, Lenin identifica en seguida el conocimiento científico con la transformación de la desconocida cosa en sí en la conocida cosa para nosotros.⁴⁶ El movimiento que va de lo desconocido a lo conocido es definido por él como «el aspecto dialéctico» del conocimiento. El reconocimiento dialéctico consiste en que el conocimiento exacto no se completa ni se forma nunca reactivamente, sino que se construye gradualmente (como proceso) desde la ignorancia y la inexactitud. Para Lenin sólo la falsedad y la ideología acaban teniendo una historia, mientras que el desarrollo de la verdad es lineal, acumulativo y constante. Es una opinión que comparte con el positivismo clásico y moderno.

La teoría de la verdad de Lenin es una simple teoría de la correspondencia, presentada como una teoría de la «imagen (*Abbild*) de la realidad existente fuera de nosotros». Para fundamentarla recurrió incluso a la autoridad de las *Tesis sobre Feuerbach* marxianas, que en realidad representaban un fuerte ataque contra una de las fuentes determinantes de Lenin. La reivindicación de la primera y de la segunda tesis, que afirma claramente que la objetividad social está constituida por la práctica humana, se reduce a afirmar solamente que 1) la objetividad de nuestro conocimiento social refleja las acciones sociales objetivas,⁴⁷ y que 2) pone a prueba en la práctica, verifica (aunque nunca de modo absoluto) el carácter de copia exacta y objetiva de nuestro conocimiento.⁴⁸ En su ansia de refutar a Mach – para el que toda sensación, incluso un sueño, era un hecho como cualquier otro –, Lenin descubría el criterio clave de la teoría de la verdad neomachiana y neopositivista.

Pero a diferencia del Círculo de Viena, Lenin había de armonizar su epistemología con la famosa teoría materialista-histórica de la ideología. El contexto lo proporcionó la aserción psicologista de Bogdánov sobre la

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 123 y ss.

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 116.

⁴⁶ *Ibíd.*, pp. 113.

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 117.

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 138-139.

identidad entre conciencia social y ser social. Exactamente en el espíritu de Marx (y en mi opinión correctamente), Lenin mostró que, aun cuando los hombres «entren» o «tomen parte» conscientemente en las relaciones sociales, no son en general conscientes del tipo de relaciones sociales históricas a que dan lugar con sus acciones. Por tanto, un sistema económico tiene una objetividad que va más allá de la dimensión meramente psíquica de la existencia.⁴⁹ No obstante, de tal argumento deduce dos consecuencias contradictorias y una consecuencia de tecnología social. El recurso a Marx no sirve para la primera consecuencia, según la cual la existencia social es absolutamente independiente de la conciencia social; de hecho, la argumentación sólo funciona porque Lenin (siguiendo a Plejánov) prescinde por completo de los conceptos marxianos de praxis y de trabajo. La segunda consecuencia, según la cual la conciencia social es un reflejo de la existencia social en el sentido de copia o de reflejo, contradice la teoría materialista histórica de la ideología, según la cual la ideología es falsa conciencia, invertida y mixtificada. Por fortuna, Lenin había reintroducido antes el concepto reduccionista de ideología del materialismo histórico, con sus consecuencias relativistas, y con la advertencia implícita de que la doctrina no se aplica al conocimiento científico. La ideología está históricamente condicionada: las dificultades de la ciencia y la lucha de la ciencia con la ideología están históricamente condicionadas; y está también condicionado el grado de conocimiento posible en una época. Pero el conocimiento científico genuino corresponde y copia a un objeto externo, independiente, y sólo un conocimiento semejante «refleja» más o menos precisamente la base social. Aunque no argumentaba coherentemente,⁵⁰ ésta parece ser la posición de Lenin, que sin duda puede recurrir a la autoridad de al menos dos predecesores orientados en un sentido cientifista y objetivista: Engels y Plejánov. El último punto se centra de modo particular en el paso, más bien tímido, hacia la tecnología social, que de hecho representaba un ligamen necesario entre su teoría materialista metafísica y su política generalmente (aunque no siempre) voluntarista.

Las premisas de la tecnología social marxista –extraídas en primer lugar por Engels, de modo bastante forzado, de los contextos originarios hegeliano y spinoziano (en los cuales la interpretación tecnológica hubiera carecido de significado)– son las definiciones correspondientes de libertad y necesidad consciente y de necesidad ciega como ausencia de tal conciencia. Lenin

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 339-342.

⁵⁰ Compárese las pp. 138-139 y la p. 339.

razona del modo siguiente. La necesidad ciega existe objetivamente. El conocimiento y la conciencia son productos de la necesidad; ambos transforman la necesidad no conocida en la necesidad conocida; el conocimiento de la necesidad objetiva conduce al dominio práctico, al dominio de la naturaleza.⁵¹ La misma argumentación vale para el conocimiento científico de la sociedad. «La tarea más alta de la humanidad es abarcar esta lógica objetiva de la evolución económica (de la evolución del ser social) en sus rasgos generales y fundamentales, con objeto de adaptar a ella tan clara y netamente como le sea posible, y con el mayor espíritu crítico, su conciencia social y la conciencia de las clases avanzadas de todos los países capitalistas».⁵²

Desde el punto de vista de nuestra tesis sobre la adopción por Lenin de la posición de la tecnología social, la cita (dada la poca claridad del término adaptación) es en cierta medida ambigua. Pero en nuestro caso no hace falta recurrir a sus posteriores consideraciones sobre el taylorismo, sobre la militarización del trabajo, sobre el capitalismo de Estado, sobre la dictadura del partido, etc. La total identificación filosófica de Lenin con el materialismo histórico y filosófico, su teoría de la ciencia y de la ideología, su reducción de la práctica a la verificación y a la aplicación, dividen, al menos tendencialmente, el mundo humano en pensadores –o en vanguardia de pensadores– y objetos manejados por la ciencia. Sin duda la anterior relación establecida por Plejánov (1895) entre «libertad y necesidad consciente» y transición limitada a los funcionamientos reales de una sociedad planificada representa una formulación más explícita de la misma posición. La mayor timidez de Lenin sobre el tema puede quizá explicarse, tanto por los ataques promovidos anteriormente contra él (un crítico tras otro utilizó la contradicción entre dictadura del proletariado y dictadura sobre el proletariado), como por su voluntad de replantear el elemento voluntarista en el enfrentamiento con los bolcheviques más voluntaristas. También Plejánov, en 1908, atribuyó una importancia secundaria a la componente tecnológico-social de su pensamiento. Pero lo que cuenta es que ninguna otra noción de práctica está presente –al menos hasta los muy posteriores *Cuadernos filosóficos* de Lenin, sobre los que volveremos más adelante– en el materialismo histórico elaborado por los dos marxistas rusos de mayor talla. Los límites internos de su pensamiento sobre el «reflejo» son una teoría de la historia (y de la naturaleza) contemplativa (y en última instancia

⁵¹ *Ibíd.*, pp. 198-201.

⁵² *Ibíd.*, pp. 342.

spinoziana) y una tecnología social activista. Entre sus versiones de *episteme* y *techne* había poco espacio para lo que Aristóteles y Kant, coherentemente, y Marx, con cierta incoherencia, habían entendido por *praxis*, o sea lo político y lo ético entendidos como autodeterminación genuina, teleológica. Sin embargo, sobre tal punto es digno de mención el modo vacilante e incoherente en que casi todas las otras tendencias y alternativas filosóficas de la II Internacional intentaron llenar el vacío. De Kautsky y Labriola a Bogdánov y los kantianos, sólo se refutaron y revisaron en definitiva algunas de las pretensiones metodológicas y la total ausencia de una dimensión teleológica y ética de la metafísica materialista. Únicamente al otro extremo de nuestro espectro, el filósofo del sindicalismo G. Sorel llegó a plantear problemas realmente serios, para «resolverlos» con la abstracta negación mitológica del determinismo científico a través de una filosofía de la voluntad.

2. El materialismo histórico: Labriola y Kautsky

Tanto en el *Anti-Dühring* (1878) como en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1886), Engels transmitió dos concepciones diferentes de la filosofía a sus herederos de la II Internacional. Por una parte insistía en el fin de toda filosofía especulativa, general, esencialista, y en su sustitución, bastante parcial, por la ciencia o por la teoría del pensamiento mismo, la lógica formal y la dialéctica; por otra, identificaba la dialéctica con una nueva (y, en mi opinión, especulativa) filosofía, o «ciencia de las leyes generales del movimiento y del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento».⁵³ Mientras el materialismo de Plejánov y de Lenin se basaba en esta última posición, Karl Kautsky⁵⁴ y especialmente Labriola emprendieron una crítica del marxismo (o como mínimo tomaron distancias del mismo) como filosofía general y universal, aunque materialista. Labriola pretendía proporcionar una alternativa metodológica, que en realidad era una síntesis original entre la primera posición de Engels (la dialéctica

⁵³ Cf. ENGELS, *Anti-Dühring*, op. cit., pp. 20 y ss., y 141-142.

⁵⁴ K. VÖRLANDER, *Kant und Marx. Ein Beitrag zur Philosophie des Sozialismus*, Tübingen, 1926, pp. 227-228. Para un apoyo parcial a la tesis de Vörlander, que intenta ligar también las posiciones de Kautsky con la crítica del conocimiento de los neokantianos (Marburgo), cf. las observaciones a la primera crítica kantiana del mismo Kautsky, en *L'etica e la concezione materialistica della storia*, Milán, 1958, pp. 32 y ss.

limitada al «pensamiento sobre el pensamiento») y su personal filosofía de la práctica y del trabajo.

En *Socialismo y filosofía* (1898), Labriola recuerda su aversión (que se remontaba a más de veinte años) hacia la filosofía sistemática o filosofía en cuanto tal («hiperfilosofía») y hacia el empirismo («la no-filosofía».⁵⁵ Desde un principio entiende el marxismo como un vehículo de liberación de esa falaz alternativa. Cita específicamente el *Anti-Dühring* de Engels como la necesaria restricción de la filosofía que no obstante le garantiza un campo conceptual específico: el pensamiento en torno al pensamiento (o el trabajo sobre el pensamiento) y la autocorrección crítica del conocimiento científico.⁵⁶ Pero Labriola reconoce el peligro de que el materialismo dialéctico acabe vengándose: «El pasaje de Engels (...) podría dar lugar, sin embargo, a curiosas deducciones; como si alguien a quien se le ha ofrecido un dedo tomara toda la mano. Dado que se admite que la lógica y la dialéctica continúen subsistiendo autónomamente, ¿no se presenta de este modo una ocasión propicia –podría alegarse– para reconstruir de nuevo toda la enciclopedia filosófica?». ⁵⁷ Labriola afirma que su tarea es cerrar el camino al «escolasticismo marxista» proporcionando una alternativa, sin hacer demasiadas concesiones a su contrario, el cientifismo no filosófico.

Labriola reconoce la atracción ejercida por la «ciencia» en su época, la tendencia a subsumir o absorber por entero la filosofía en una ciencia unificada concebida monísticamente. Admite la función positiva de un monismo científico, o sea el deseo de comprender todos los aspectos de la realidad empírica. Pero el crecimiento y la diferenciación de las ramas de la ciencia empírica se han visto acompañadas, como es justo que sucediera, por el crecimiento paralelo del conocimiento metodológico y lógico, que equivale a una necesaria autocritica de la ciencia.⁵⁸ Ni el alcance ni los límites de sus descubrimientos y métodos son accesibles ni siquiera para los más grandes sabios. Por eso debe conservarse la distinción transitoria entre filosofía y ciencia, a fin de garantizar la autocrítica del conocimiento. La dimensión filosófica del materialismo histórico debe entenderse

⁵⁵ A. LABRIOLA, *Discorrendo di socialismo e filosofia*, a cargo de B. Crece, Bari, 1939, pp. 84 y 95 [trad. cast. *Socialismo y filosofía*, Madrid, 1969].

⁵⁶ *Ibíd.*, pp. 80 y 152.

⁵⁷ *Ibíd.*, pp. 83. En efecto, Engels ofrecía el dedo y la mano.

⁵⁸ *Ibíd.*, pp. 74-75.

exactamente en este sentido, como una «tendencia crítico-formal» (aunque incompleta, y tal vez no completable) al monismo.⁵⁹

¿Qué es entonces el materialismo histórico? Labriola nos da, dos esquemas tripartitos ligeramente diferenciados,⁶⁰ que confrontaremos a continuación. 1) Como «ciencia» o «ciencia crítica», el materialismo histórico es en la primera versión una «crítica de la economía, que posee modos de procedimiento reducibles a leyes sólo porque representa una determinada fase histórica»; en la segunda representa una renovación del «rumbo de la historiografía, capaz de reconducirla al terreno de las luchas de clases y de la combinatoria social resultante de ellas, según la estructura económica correspondiente». 2) Como filosofía, el materialismo histórico es en la primera versión una «panorámica general de la vida y del mundo»; en la segunda versión es un «tratado de los principios rectores» metodológicos; 3) finalmente, como política, el materialismo histórico es, en ambas versiones, la investigación de las situaciones históricas específicas de los diversos partidos proletarios para adaptar la estrategia socialista «a las causas, las promesas y los peligros de la complicación política».

Labriola tenía una sensibilidad poco común en su época para las intenciones y los métodos del primer libro de *El Capital*, al que consideraba con razón como el único ejemplo de ciencia crítica llevada a cabo por Marx hasta el fondo. Interpretaba la teoría del valor no como una premisa empírica, sino como una premisa de construcción lógica destinada a poner de manifiesto «la estructura morfológica de la sociedad capitalista». De igual modo, interpretaba el concepto de «crítica» no como el simple equivalente de ciencia positiva, ni siquiera en el «sentido subjetivo de la palabra», sino como un método que «extrae la crítica del movimiento antitético y por tanto contradictorio de las cosas mismas». Pero al no preguntarse sobre la relación entre la teoría y su objeto «antitético» e internamente contradictorio, pudo interpretar el resultado sustancialmente en el sentido de una explicación causal empírico-analítica, nomológica. Por consiguiente, como todos los marxistas contemporáneos suyos, no llegó a ver ninguna diferencia sistemática entre la crítica de la economía política y el método materialista de investigación de explicaciones causales en la

⁵⁹ *Ibíd.*, pp. 83-84.

⁶⁰ *Ibíd.*, pp. 19 y 73.

historia, sobre la base del análisis de clase, dada la primacía última de la economía.⁶¹

Labriola se aleja de su propio punto de vista en lo referente a la segunda dimensión, *filosófica*, del materialismo histórico. Parece volver al dilema de Engels (lo que no sorprende, dada su enorme admiración por el *Anti-Dühring*): la filosofía general del «ser» contra la metateoría de la ciencia. La solución de Labriola es la siguiente: interpreta «la vida», «el mundo» o «la ciencia» desde el punto de vista del materialismo histórico como trabajo o «praxis». Las dos interpretaciones aparentemente diferentes del materialismo histórico en cuanto filosofía se reducen por tanto a una: la filosofía del trabajo o de la praxis. En *Socialismo y filosofía* apenas encontramos algo acerca de la posibilidad de enlazar eficazmente la que es en realidad una filosofía de la historia con cuestiones metateóricas, pues Labriola se concentra únicamente en la primera. Pero aquí los resultados son interesantes. Para Labriola la filosofía de la praxis rompe con todas las versiones del materialismo naturalista y también con el rígido determinismo y reduccionismo económico.

La premisa clave de la filosofía de la praxis de Labriola parece acercarlo a Plejánov: «en el proceso de la *praxis* está la naturaleza, o sea la evolución histórica del hombre... porque, en otros términos, la historia es la historia del trabajo».⁶² Pero resulta evidente la diferencia de su pensamiento con la interpretación tecnológica y antiteleológica de la producción por parte de Plejánov. Para Labriola (como para Marx) todo trabajo es inseparable de la actividad mental y de su dimensión social. Por ello, en el trabajo los seres humanos no sólo están determinados sino que determinan: claro que no en circunstancias escogidas con autonomía, sino en condiciones que son el producto del trabajo anterior.⁶³ Pero Labriola es ambiguo en muchos puntos esenciales. Rechaza el materialismo naturalista, pero interpreta el proceso de

⁶¹ *Ibíd.*, pp. 21-22. En este contexto, sólo el ensayo de Lukács de 1919, *El cambio de función del materialismo histórico*, y otras partes de *Historia y conciencia de clase*, han llevado a una interpretación genuinamente nueva de Marx, la cual, pese a la continuación de la publicación de los *Grundrisse* (que la corroboraron), ha encontrado poco eco entre los marxistas. Para todos los "ortodoxos", la crítica de la economía política continúa siendo la aplicación de los modelos base-sobreestructura y fuerzas-relaciones de una versión evolucionista del materialismo histórico a un objeto específico, la sociedad capitalista.

⁶² LABRIOLA, *Discorrendo*, op. cit., p. 40.

⁶³ *Ibíd.*, p. 57.

la historia humana como absolutamente objetivo; considera la «mente» como un producto de la historia, pero la define como «un proceso de creación perpetua». En ciertos aspectos la solución se asemeja a la de *La Ideología Alemana*, no publicada todavía en esa época, pero de cuya existencia tenía conocimiento Labriola. La historia es ciencia objetiva para el historiador; la abstracta mente filosófica puede ser un producto de la historia, pero es la actividad consciente (Marx distinguía entre *Bewusstersein* y *Bewusstsein*) la que posee siempre algo de la ciencia experimental, la que produce artificialmente y teleológicamente lo «natural», y la que lleva a la satisfacción de las necesidades y a la creación de las nuevas condiciones sobre las que va a actuar la generación siguiente.⁶⁴ Así, es trabajo el autodesarrollo del hombre; «la experiencia es enriquecimiento humano y lo que llamamos el progreso del espíritu no es sino una acumulación de energías de trabajo».⁶⁵

Si la historia es el autodesarrollo de la humanidad a través del trabajo, la historia ha sido hasta ahora la «tragedia del trabajo». Para la gran mayoría de los que trabajan, la historia social del trabajo sólo ha traído opresión y privaciones. Sin embargo, sin ningún plan preconcebido, ese mismo desarrollo ha creado esa productividad del trabajo que constituye el fundamento de una participación general (futura, pero ¿necesaria?) en los productos del trabajo, incluida la cultura superior.⁶⁶ El derecho a la existencia del socialismo científico se basa en este hecho (¿esta necesidad?), según Labriola, y no en un postulado moral, cualquiera que sea. En estos últimos puntos parece volver a acercarse a la interpretación determinista del materialismo histórico. Labriola señala ciertamente la imposibilidad de hacer derivar del desarrollo económico las ideas creativas, por ejemplo la filosofía, el arte o la misma religión (que son para él sustancialmente trabajo mental). Pero ¿acaso no debería valer también este punto para el socialismo científico y sus proyecciones sobre el futuro? Por otra parte, según Labriola, nos es dada solamente la posibilidad del progreso,⁶⁷ sólo su premisa objetiva (los productos del trabajo ya realizado), y su realización depende de la obra

⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 62-64.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 87.

⁶⁶ *Ibíd.*, pp. 108-109.

⁶⁷ El concepto, según Labriola, contiene un juicio de valor, a diferencia del de desarrollo. Cf. VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., p. 224.

política práctica de la lucha de clases proletaria.⁶⁸ Esta interpretación aproxima Labriola a Marx (dejando de lado las distorsiones sucesivas de Engels y Plejánov), el cual escribía: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado».⁶⁹

Mucho hay en Labriola de esta posición, pero en compensación parece explicar la posibilidad-probabilidad sólo como medida de nuestra ignorancia. La lucha de clases está determinada por circunstancias objetivas: las ideas de una época pueden hacerse derivar, en principio, si no únicamente de la economía, de todas las dimensiones socialmente relevantes. Y lo que es más importante; su interpretación del marxismo como política diferencia claramente este concepto del práctico-normativo y lo subordina a la ciencia. De hecho, define también la «verdadera moralidad» como conciencia del determinismo. A propósito de esto –la relación entre ética y ciencia también Karl Kautsky, que fue más ortodoxo que Labriola, se esforzó en profundizar; cierto que –según admitió explícitamente– durante un período (1906) en el cual el desafío neokantiano a la socialdemocracia hacía ineludible la cuestión. Vorlander nos dice⁷⁰ que Labriola, a pesar de su convicción acerca de que la socialización de la producción debe ser entendida como un proceso histórico inmanente, necesario, desvinculado de una libre elección o de la prosecución de un objetivo, experimentó cierto interés por la solución kantiano-socialista del problema, hasta tal punto que orientó a un estudiante, Alfredo Poggi, hacia fuentes de este tipo. Para Labriola, todos los «retrocesos» filosóficos de los marxistas eran sospechosos. Con Spinoza y el materialismo del siglo XVIII se pierde, según él, la especificidad de la historia, la idea del devenir. Kant aporta la «insoluble antinomia entre razón práctica y razón teórica», un imperativo categórico teñido de religiosidad y una teoría (burguesa) del derecho natural.⁷¹ Según Labriola, el marxismo clásico era decididamente filosofía, aunque requería ser desarrollada. Lo que él no veía era que precisamente este desarrollo conducía a un enfrentamiento con

⁶⁸ Cf. G. D. H. COLE, *Historia del pensamiento socialista*, vol. III: *La Segunda Internacional* (1899-1914), parte II, México, 1957.

⁶⁹ K. MARX, *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, en MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, cit., vol. 1, p. 230.

⁷⁰ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., pp. 225-226 y ss.

⁷¹ LABRIOLA, *Discorrendo*, op. cit., p. 96 nota.

todas las doctrinas que él intentaba evitar, particularmente con la antinomia.

Si Labriola fue más allá del materialismo metafísico, en especial en el campo metodológico, la contribución del seguidor de Engels, generalmente más ortodoxo, Kautsky, consistió en el intento –no logrado– de auxiliar a la ética y a la teología, o mejor aún, de socorrer al materialismo histórico ante el desafío promovido por el socialismo de inspiración ética. Sólo incorporándolo parcialmente podía hacer frente a este desafío.

El materialismo histórico de Kautsky representaba una mezcla de determinismo biológico y determinismo tecnológico. Su primer acercamiento al marxismo se realizó a través de Darwin;⁷² paradójicamente, fue una interpretación más bien teleológica de lo biológico la que convirtió en más flexible su esquema general, respecto a los de Plejánov y Lenin. Así, encontró un lugar en su sistema para la vida ética, no «basando» lo «práctico» en la libertad, la autoconciencia o la autorreflexión, sino en la necesidad biológica. Según Kautsky, «nos sentimos» criaturas libres, que actúan de acuerdo a fines, que eligen. De todos modos, este sentimiento sólo está basado en nuestra ignorancia acerca del futuro. Desde un punto de vista rigurosamente científico, el cual extrapola el movimiento del pasado y del presente al futuro, la libertad aparente se revela como resultado necesario de la necesidad; la teleología y la elección quedan, pues, reducidas a la rígida causalidad.⁷³ Hay una sola esfera de lo empírico en la cual los objetivos, la finalidad, existen realmente: el mundo orgánico. «Todos los seres orgánicos están contruidos y estructurados de un modo más o menos finalista (...). El fin reside en cada individuo: sus partes están formadas y dispuestas de manera que sirvan al todo, al individuo».⁷⁴ En el caso de la vida humana organizada (orgánica), la finalidad de los individuos (las partes) es la conservación de la sociedad (el todo). Kautsky afirma que hay un «instinto social»,⁷⁵ definible como una intención altruista latente en los seres humanos (incluso en las especies animales). El instinto social es poderosamente reforzado por los fenómenos humanos fundamentales del lenguaje y de la división del trabajo, pero en igual medida es debilitado por gran parte de la historia humana. A pesar de todo, en el esquema

⁷² STFINBERG, *Sozialismus*, op. cit., p. 48.

⁷³ KAUTSKY, *Ethica*, op. cit., pp. 49-54.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 60.

⁷⁵ *Ibíd.*, pp. 75 y ss.

determinista de Kautsky, basado en una generosa dosis de fe ilustrada en la necesidad del progreso, el *telos* biológico está destinado a triunfar.

En esta teoría, la evolución biológica conduce a un continuo reforzamiento del instinto social, en el contexto de la lucha por la existencia y de la necesidad de adaptación. Ya marxista, Kautsky abandonó sus primeros planteamientos, extremadamente utópicos, fundados en los anteriores argumentos, y rechazó de manera explícita deducir de la biología el proceso real de la historia. También el Hombre de Kautsky se define como *homo faber*, como animal fabricante de utensilios.⁷⁶ En cuanto seres «morales» (poseedores de instinto social), los seres humanos son meras partes del mundo animal, pero la producción de instrumentos conduce a la humanización del hombre, a un proceso que no tiene paralelo en la naturaleza: la tendencia a aumentar los poderes del hombre por encima de los límites impuestos por la naturaleza. La interpretación que da Kautsky de la definición del hombre llama la atención a –causa de su afinidad con la de Plejánov: «el progreso técnico constituye, de ahora en adelante, la base de todo el desarrollo de la humanidad». La diferencia aparente entre ambas concepciones está en la afirmación de Kautsky de que cada paso del desarrollo técnico es consciente e intencional. Pero esta diferencia tiende a anularse cuando Kautsky trata la conciencia como órgano animal de adaptación.

El determinismo tecnológico es la piedra angular del materialismo histórico de Kautsky, especialmente como teoría de la historia documentada. «Toda sociedad está formada por el aparato técnico de que dispone».⁷⁷ Kautsky advierte que no se deben confundir condiciones técnicas y modo de producción: es notorio que las técnicas de la agricultura campesina existen en condiciones sociales y políticas muy diferentes. La simplicidad de la respuesta nos conduce directamente a Plejánov (más que Labriola, el cual, en concordancia con su interpretación de *El 18 de Brumario* de Marx, subrayaba la naturaleza activo-creativa del proceso de trabajo). La combinación de la misma técnica con condiciones geográficas diferentes conduce a modos de producción diversos.⁷⁸ Para ser precisos, Plejánov y Kautsky son deterministas tecnológico-geográficos a la manera del materialismo del siglo XVIII; de todos modos, Kautsky rechaza al menos asumir la posición, típica del siglo XVIII, sobre la relación entre desarrollo tecnológico y

⁷⁶ *Ibíd.*, pp. 101-104

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 113.

⁷⁸ *Ibíd.*, pp. 144-147.

desarrollo cultural-moral. En este contexto sigue el segundo discurso de Rousseau, que Engels ya había propuesto como interpretación auténticamente dialéctica del desarrollo humano: «Nada es más erróneo que la creencia en que la civilización progresiva y el aumento del poder comporten necesariamente un superior sentido de humanidad».⁷⁹ Para mayor exactitud, Kautsky atribuye al Rousseau de los dos primeros discursos una posición convencida de la necesidad última del progreso, ajena al propio Rousseau. El resultado era una posición tan antigua como Vico, pero derivada de Marx y, sobre todo, del Engels de *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, que implicaba una revisión de la interpretación de Rousseau acerca del desarrollo técnico (y de la propiedad privada) como necesariamente portador de la decadencia moral. Ahora bien, esta decadencia moral sólo representaba una transición necesaria para el triunfo, también necesario, de la más alta ordenación humana. Desarrollo técnico y división del trabajo conducen (a través del excedente engelsiano) a la propiedad privada, la cual, a su vez, produce dos resultados. Por una parte, todas las formas (¿sobre todo las occidentales?) de propiedad privada se convierten en poderosos instrumentos de posterior desarrollo técnico; por otra, la propiedad privada conduce a la competición, al conflicto intersocial, al egoísmo, al vicio, y en particular a la desigualdad económica y a la progresiva rigidez de la estructura de las clases sociales. Pero la combinación entre el nuevo desarrollo técnico que empuja el proceso hacia la conquista humana de la naturaleza, y el objetivo animal, que se presume subsiste a la solidaridad social, ofrece, según Kautsky, un hilo conductor del progreso necesario, que ninguna decadencia moral, ninguna inhumanidad, o ningún sufrimiento puede romper del todo. Un gran número de fenómenos sociales lleva consigo un doble significado, positivo y negativo. Por ejemplo, el cristianismo, que expresó tendencias económico-sociales esenciales, realizó algunos pasos hacia una creciente universidad, hacia una interdependencia de la especie humana, aun cuando condujo al mismo tiempo a la lucha religiosa, al dogmatismo y a la persecución. El capital crea sobre todo «la base material de una moral universalmente humana» y, por lo tanto, de una auténtica interdependencia y universalidad humanas; «pero sólo la crea pisoteando continuamente dicha moral».⁸⁰ La justa esperanza (o mejor aún, la necesidad) de la universalidad y de la solidaridad de la especie está en la socialdemocracia y en la clase que ésta representa: el proletariado.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 123.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 135.

En el concepto kautskiano de interés autónomo proletario convergen las derivaciones sociológicas y biológicas de la moral.⁸¹ El desarrollo capitalista –que comporta la aparición del egoísmo competitivo y del tipo humano que le corresponde– debilita de modo decisivo el funcionamiento concreto del instinto social. En este contexto, sólo el interés de las clases «explotadas, oprimidas y ascendentes» representa el interés humano general.⁸² ¿Por qué? En este caso Kautsky hace referencia directa al joven Marx y a la identificación hegeliana que éste lleva a cabo entre la negatividad y la universalidad. «Las clases dominantes están a menudo divididas internamente» a causa de la competencia intrínseca de la propiedad capitalista; por el contrario, «cuanto más desposeídas están las clases ascendentes [el proletariado], cuanto más tienen que contar exclusivamente con sus propias fuerzas, con tanta mayor fuerza sienten todos sus miembros la solidaridad contra las clases dominantes, con tanto mayor vigor se desarrollan sus instintos sociales con respecto a su propia clase».⁸³ El proletariado representa, por lo tanto, la presunta solidaridad animal de la especie humana –una especie que la astucia de la razón, bajo la forma del cristianismo y del capitalismo, han hecho universal– a causa de su deshumanización, en una sociedad en la cual la humanidad está representada por la propiedad. Así, el sueño del buen salvaje reaparece con vestiduras marxistas.

Pero hay aquí una clara regresión, bastante instructiva, de Kautsky con respecto a Rousseau. Para el Rousseau del segundo *Discurso*, el punto de vista de la necesidad histórica implica la aparición de una forma de civilización (basada en la propiedad y en una institución ilegítima de la sociedad), que representa un retroceso moral-cultural frente a una naturaleza humana hipotética (estado natural) y a un período neolítico analizado de modo más histórico (período de transición entre estado natural y sociedad civilizada). Para el Rousseau del *Contrato social*, la reconstrucción de la sociedad como forma legítima de asociación (según él, una combinación entre el modelo de la antigua *polis* y algunas conjeturas contractuales deducidas en la teoría del «derecho natural») no es obra de la naturaleza, necesidad histórica, sino producto de la autodeterminación, de la *praxis* en el sentido aristotélico. El recurso de Rousseau a un místico legislador (o educador, en el *Emilio*) y la

⁸¹ Sobre el problema de la "derivación" del valor, de las normas, etc., cf. A. HELLER, *Toward a marxist theory of value*, en "Kinesis V", Carbondale, 1972, n. 1.

⁸² Kautsky, *Ethica*, op. cit., pp. 146-147.

⁸³ *Ibíd.*, p. 147.

ausencia de un análisis histórico propio en el *Contrato social*, presentan su sistema como un andamiaje antinómico de necesidad histórica y libertad político-moral. Pero incluso un sistema tan rígidamente antinómico revela la intuición fundamental, olvidada por Kautsky, de que una sociedad, al autodeterminarse, no puede constituirse si no es gracias al impulso del instinto biológico o de la necesidad histórica. ¿Por qué el instinto social del proletariado no habría de conducir a una sociedad no sólo colectivista, sino también totalmente autoritaria, tal como aquella que el Rousseau del segundo *Discurso* denominaba igualdad bajo la forma del despotismo universal?

El concepto que Kautsky atribuía a los kantianos (y de forma implícita al Rousseau del *Contrato social*), el concepto de «ideal moral», nos aclara quizás la pregunta que nos hemos planteado. Definido como «una enérgica voluntad para algo distinto de lo que existe»,⁸⁴ el ideal moral no es reducible a lo natural, a lo animal: «Solamente el hombre es capaz de proponerse ideales y de aspirar a ellos».⁸⁵ Esto no puede derivarse ni siquiera del antagonismo de clase, del interés de clase, ya que los individuos pueden elegir un nuevo ideal moral desvinculado de su origen o de su situación de clase.⁸⁶ De todas formas, el contenido del ideal moral (en contraste con su forma, es decir, con su pura negatividad) es específico de clase (piénsese en los diferentes significados históricos de las reivindicaciones de libertad e igualdad), y un nuevo ideal moral no puede ser eficaz hasta no recibir un contenido de clase.⁸⁷ Mientras que estas observaciones parecen devolver un mínimo de significado independiente de la teleología moral, de la libertad moral,⁸⁸ que Kautsky en términos generales niega, el concepto del «ideal moral» está subordinado a la necesidad y a la ciencia de un modo coherente con la posición general de Kautsky. Sin el auxilio de la ciencia los ideales morales del pasado sólo han llevado a consecuencias político-sociales no intencionales. Con la ayuda de la ciencia, es decir del materialismo histórico, el ideal moral en su aspecto puramente negativo, de oposición, es comprendido como instrumento necesario, emotivo, en la lucha de clases, y

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 166.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 87.

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 168.

⁸⁷ *Ibíd.*, pp. 166-168.

⁸⁸ Es cierto que Vörländer, al tender a encontrar un kantiano en todo socialdemócrata, interpreta el concepto del ideal moral de este modo: cf. VÖRLÄNDER, *Kant und Marx*, op. cit., p. 230.

al mismo tiempo pierde todo poder con respecto a la política inmediata. En otras palabras, el ideal moral es un instrumento, un arma, un medio en manos de la «ciencia», a la cual toda «ética» se halla subordinada. La ciencia es por lo tanto el reconocimiento de la necesidad, y sólo de la necesidad económica son deducibles el triunfo del proletariado y los parámetros de la nueva sociedad.⁸⁹ La discusión sobre el «ideal moral» inaugura la posterior distinción, famosa, entre la ciencia necesaria para predecir y «parir» el futuro y la ideología necesaria para movilizar y dirigir las «bases de masas» de esta transformación. Para Kautsky existe una armonía preestablecida entre las predicciones del materialismo histórico y los ideales del proletariado, pero, aún: cuando él no explicita la relación, esta «armonía» puede depender por parte del proletariado sólo del espúreo argumento de la unidad entre un instinto social fundado biológicamente y el interés de clase. De hecho, el concepto del «ideal moral» retrocede por completo frente a la presión de la ciencia económico-histórica causalmente previsoras. Con estos métodos Kautsky esperaba contener el desafío de los kantianos en la socialdemocracia; a la obra de estos últimos nos referimos a continuación.

3. «Crítica» y ética: Kant y Marx

La crítica neokantiana del materialismo dialéctico naturalista y de un materialismo histórico inadecuado desde el punto de vista de la autorreflexión ideológica y de la ética, tenía dos puntos de partida obvios, representados ambos por las dos primeras críticas de Kant. Realmente, la ortodoxia, tanto de Plejánov como de Kautsky, adolecía tanto de la ausencia de una dimensión moral adecuada, como de la presencia de fundamentos epistemológicos más o menos dogmáticos (o más bien metafísicos). Vorländer, Woltmann, Tugan-Baranovski, Staudinger y otros han atacado al materialismo determinista desde el punto de vista de una teoría socialista edificada sobre bases morales. Bernstein perteneció a este grupo de pensadores, aunque con reservas recíprocas. Por otra parte, el grupo denominado de los austro-marxistas, Max Adler, Otto Bauer y, en menor medida, Rudolf Hilferding, así como el «empiriomonista» Bogdánov, se proponían reconstruir por entero los contenidos del materialismo histórico (que, a diferencia de los miembros del primer grupo, no ponían en duda) sobre los fundamentos de una epistemología crítica. En tanto que el primer grupo necesitaba del método crítico de Kant a fin de relacionar de forma

⁸⁹ KAUTSKY, *Ética*, op. cit., pp. 170-176.

adecuada ciencia y ética, muchos miembros del segundo grupo podían incluso no hacer derivar la política socialista (en cuanto contrapuesta a la ciencia socialista) de la creación de una teoría de la sociedad constituida bajo la categoría de causalidad, aunque al final tuvieron que hacer algunas concesiones a la ética kantiana. A pesar de esto, los austromarxistas y Bogdánov se mantuvieron más ortodoxos, en la teoría y en la política, que el grupo encabezado por Vorländer y Woltmann, que se inclinó hacia una teoría y una práctica revisionistas.

En el contexto cultural del que estamos hablando, la noción de una base ética del socialismo hizo su primera aparición en las obras de F. A. Lange y Hermann Cohen. Para nosotros, el último es más importante, ya que muchos socialdemócratas fueron seguidores suyos. Fundador de la escuela de Marburgo, Cohen sostenía que el imperativo categórico de Kant, la regla de no tratar nunca a otro como un medio, como una cosa, representaba la exigencia de la creación de una comunidad socialista. Cohen pensaba incluso que un socialismo basado en la moral no podía tener ninguna relación con ningún tipo de materialismo, y por lo tanto con el marxismo. Sus seguidores, Vorländer y Woltmann, no habrían llegado nunca tan lejos, conscientes de que aun el más elevado ideal de socialismo habría sido un puro sueño si no hubiese tenido en cuenta las condiciones económicas y políticas.⁹⁰ Por otra parte, estaban todos más o menos de acuerdo con Tugan-Baranovski y Bernstein acerca de que el ideal socialista nunca se llevaría a cabo como resultado de la necesidad histórica objetiva. Ludwig Woltmann, en 1900, apoyándose en Bernstein, sostuvo en su *Der Historische Materialismus* que el derrumbe histórico del capitalismo era muy poco probable, ya que las condiciones económicas exigidas por la teoría marxista faltaban y, quizá, cada vez en mayor medida. Así, proseguía Woltmann, la posibilidad del socialismo puede depender sólo de la voluntad moral de las masas y de un movimiento socialista que reaccione contra las injusticias del capitalismo.⁹¹ De forma análoga, Tugan-Baranovski, que elaboró argumentos mucho más sistemáticos que los de Bernstein para sostener la tesis de la imposibilidad de un derrumbe puramente económico del capitalismo, subrayó, en los *Fundamentos teóricos del marxismo* (1905), el hecho de que la efectiva contradicción del capitalismo es moral y no económica. Por eso, el socialismo puede ser solamente resultado de la consciente actividad moral del

⁹⁰ STEINBERG, *Sozialismus*, op. cit., pp. 98-99.

⁹¹ L. WOLTMANN, *Der Historische Materialismus* (1900), en *Der Marxismus. Seine Geschichte in Dokumenten*, Munich, 1967, pp. 255-257

hombre.⁹² Ya antes Bernstein había sacado conclusiones análogas, si bien los neokantianos pudieron señalar justamente que, debido a la comprensión errónea de la ética kantiana, en la cual se apoyaba con frecuencia, la idea moral de Bernstein era puramente utilitaria.⁹³ Desde un punto de vista kantiano ortodoxo, la argumentación de Woltmann contra la teoría determinista del socialismo era la más aguda: señalaba que, incluso si el capitalismo se desmoronase, debido a la lucha de clases o a la crisis económica, no le sucedería necesariamente la creación de una sociedad socialista. El progreso objetivo naturalista puede quizá _conducir a un «*Formwechsel der Knechtschaft*», pero nunca al «*Abschaffung der Klassenherrschaft*». Sólo la libre acción moral del proletariado, que representa conscientemente a la humanidad, puede crear la comunidad superior que exige la ética kantiana, y ya que el proletariado no está aún preparado para su libertad, la labor del movimiento socialista debe ser, en primer lugar, la educación moral y la instrucción. El desarrollo económico y sus elementos potenciales no pueden, según Woltmann, ser ignorados, pero sólo un paralelo desarrollo moral de los hombres puede transformar la materia prima económica en auténtico progreso humano.⁹⁴

Como señala Vorländer, la argumentación de Woltmann constituye la formulación más coherente de un programa político reformista.⁹⁵ A diferencia de Bernstein, gran parte de los neokantianos reformistas hizo un esfuerzo para esclarecer su relación con la teoría marxista considerada globalmente. Allí donde Bernstein tendía a eludir la cuestión relativa a la posibilidad de una ciencia social determinista, Vorländer, Staudinger y Woltmann elaboraron una formulación coherente de la causalidad y de la libertad, sosteniendo que la realidad puede ser considerada desde el punto de vista de la causalidad, pero el análisis causal no puede producir el socialismo. En este contexto, el lado ético de los esfuerzos para una síntesis entre Kant y Marx acabó por presentar una amplia gama de opiniones. Establezcamos ante todo el punto de acuerdo. Woltmann, Staudinger y Vorländer (los tres socialistas que experimentaron más el influjo de Cohen y de la Escuela de Marburgo), así como el menos kantiano y más ortodoxo Conrad Schmidt, coincidían con Bernstein en el punto más determinante, en

⁹² M. TUGAN-BARANOVSKI, *Theoretische GrundLagen des Marxismus* (1905), en *Der Marxismus*, op. cit., pp. 253-254.

⁹³ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., p. 189.

⁹⁴ WOLTMANN, *Der Historische Materialismus*, op. cit., p. 257.

⁹⁵ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., p. 207.

el hecho de que la esencia del ideal socialista puede originarse en la tradición del derecho natural de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII. Es en este sentido, según ellos, que el imperativo categórico kantiano y la idea rousseauiana de soberanía popular, garantizada contractualmente, implican una sociedad en la cual ningún ser humano es reducido a simple medio para los demás y en la que el contrato social no se limita al subterfugio de la propiedad privada.⁹⁶ Cuando Tugan-Baranovski intentó basar el futuro en las visiones de los grandes socialistas utópicos del siglo XIX fue severamente criticado por Vorlander.⁹⁷ También Max Adler, mucho más radical, trató de interpretar la defensa kantiana de la sociedad civil en términos de una sociedad en la cual cada individuo es un *bürger* (es decir, un ciudadano) con iguales derechos. Se trataba ciertamente de uno de los aspectos de la concepción kantiana; el otro la relacionaba con las premisas típicas del derecho natural, las cuales se fundaban en el carácter sagrado de la propiedad privada, la conveniencia de la competencia y la supresión del deseo. Sin atender a la duplicidad del contacto en Kant, Adler (sin duda contra sus propias intenciones) coincidía con Bernstein, quien, más revisionista, intentaba representar de igual manera al proletario y al burgués, cómo *bürger* en la lucha política por la ampliación de la democracia.⁹⁸

Naturalmente, ninguno de los kantianos de la socialdemocracia se esforzó por volver a la posición de H. Cohen, la cual se reasumía en la reconstrucción del socialismo sólo bajo el imperativo categórico (con sus implicaciones sociales).⁹⁹ El acuerdo sobre la ética kantiana (y sobre la teoría del derecho natural) como piedra angular del proyecto socialista, se rompía cuando se planteaba el problema de su relación con la otra piedra angular: el materialismo histórico. En algunas ocasiones, Bernstein atacó de forma global el determinismo del materialismo histórico e intentó corregirlo mediante una política de inspiración ética autosuficiente. Tugan-Baranovski, que era un economista bastante creativo, sostuvo que una teoría económica determinista sólo es capaz de probar la invencibilidad del

⁹⁶ Cf. los ensayos de Woltmann, Schmidt y Staudinger en H. J. SANDKÜHLER y R. DE LA VEGA, *Marxismus und Ethik*, Frankfurt am Main, 1970.

⁹⁷ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., p. 207.

⁹⁸ Sobre este punto, cf. ARATO, *Reexamining the Second International*, en "Telos", XVIII (invierno 1973-1974), p. 11.

⁹⁹ Sobre esta cuestión cf. los capítulos de VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., dedicados a Bernstein, Tugan-Baranovski, Woltmann y Staudinger, y su conclusión.

capitalismo, y que una ruptura de esta necesidad depende de la voluntad consciente y organizada del proletariado. Al parecer, Woltmann creía que el derrumbe del capitalismo puede ser demostrable por el materialismo histórico en tanto que ciencia determinista, pero no así la creación de un nuevo orden mundial socialista. Por último, Staudinger y Vorlander tendían a adoptar una posición coherentemente dualista, la cual intentaba demostrar que la necesidad fáctica del socialismo puede fundarse en el materialismo histórico ortodoxo, pero no así su valoración y su escala normativa, que pertenecen a la ética kantiana. En el caso particular de Vorlander, la aparición de una postura dualista es instructiva. En su ensayo a propósito de Kant y Marx, que data de 1904, parece adoptar el punto de vista de una base exclusivamente ética del socialismo;¹⁰⁰ pero, después de las críticas de Adler, quien defendía en este debate la pertinencia del materialismo histórico como ciencia del socialismo, Vorlander, criticando a algunos de sus anteriores aliados, se orientó hacia la rígida posición dualista ya mencionada, la cual insistía sólo en la codeterminación del socialismo por obra de una combinación, metodológicamente diferenciada, de ética y ciencia.¹⁰¹ En la misma época, como resultado de su debate con Kautsky y Plejánov, el mismo Max Adler reconoció la necesidad de recurrir a una ética sociológicamente descriptiva¹⁰² para fundar el *Sollen* del socialismo, el cual lo distinguiría de modo decisivo de otras posibles versiones de la sociedad poscapitalista. Es la obra de Max Adler la que mejor demuestra que una posición coherente y rígidamente dualista era la única alternativa para los marxistas kantianos, quienes aprendían de Kant a través de la escuela de Marburg, y Marx a través de Engels y de Kautsky.

Max Adler no creía que Marx modificara a Kant, ya que sostenía que la «sociología» de Marx representaba la culminación de la filosofía clásica alemana fundada, precisamente, por el propio Kant.¹⁰³ La crítica marxista de

¹⁰⁰ Cf. L. GOLDMANN, *Dialektische Untersuchungen*, Berlín, 1966, pp. 216 y ss.

¹⁰¹ VORLANDER, *Kant und Marx*, op. cit. (2.ª ed.), pp. 287-288.

¹⁰² Cf. M. ADLER, *Kant und der Sozialismus* (1904), en *Marxismus und Ethik*, op. cit., pp. 178 y ss.

¹⁰³ Cf. GOLDMANN, *Dialektische Untersuchungen*, op. cit., p. 224. La incapacidad de Adler -o la no voluntad- de no ver más que la diferencia histórica de contenido (y no de función) entre los significados kantiano y marxiano de categoría es ya un paso hacia la interpretación de la crítica como sociología. Para ulteriores observaciones

la economía política —sostenía en 1904— es una crítica en el sentido kantiano del término; contiene la *Erkenntniskritik* y no necesita ser integrada por ella. Los conceptos básicos de la crítica marxista (valor, mercancía, trabajo abstracto, etc.) constituyen el *Denkmittel* gracias al cual la complejidad infinita de los acontecimientos puede ser asida en sus leyes. El vasto reino de los fenómenos no puede ser comprendido por cualquier combinación de inducción y reducción; de allí la necesidad del análisis preciso de las «células» económicas, aisladas *a priori*, de la sociedad civil. En este contexto, Vorlander (siguiendo a Woltmann) trazó también un paralelo entre los métodos de Kant y de Marx, mucho más claro que el realizado por Adler. Según Vorlander, ambas críticas se refieren a los resultados finales de las ciencias, la de Kant a la física newtoniana, la de Marx, a la economía política. Las dos deducen o descubren sus categorías abstractas en el transcurso de la crítica de la ciencia. Una fatal ambigüedad aparece inmediatamente en la posición de Vorlander (así como en Adler, como veremos a continuación): Marx no persiguió el método crítico conscientemente, y en conjunto fue un científico social, por lo tanto, el materialismo histórico, su ciencia, espera aún su Kant.¹⁰⁴ Max Adler, por su parte, no se limitó a esperar un Kant, sino que se esforzó en demostrar cómo Marx representaba un paso hacia adelante respecto a la versión kantiana de la crítica —o sea, una metacrítica histórico-sociológica de la «conciencia en sí» (*Bewusstsein überhaupt*), deducida por vía exclusivamente transcendental, de Kant. Naturalmente, Adler no podía ignorar la historia del concepto de categoría desde Kant hasta Marx, pero la entendió como la historia del concepto del *a priori social*. Adler tendió a subrayar el lado subjetivo de la «deducción transcendental» kantiana, insistiendo en la presencia de las categorías en una conciencia en sí contemplativa y metahistórica. En esta: conciencia, dice Adler, Fichte introdujo la praxis, y Hegel la historicidad; pero sólo en Marx, la conciencia en general o conciencia en sí se hizo plenamente social e histórica, poniendo en primer plano, mediante sus categorías recién conquistadas, las leyes sociales de un periodo determinado de la historia. En este sentido, Adler define a Marx como la culminación de la filosofía clásica alemana. Sin embargo, casi al mismo tiempo caracteriza el marxismo como una ciencia determinista de la sociedad, una sociología; de este modo, las dificultades de un marxismo científico reaparecen, en el peor de los momentos, destruyendo

sobre el problema de la categoría, véase más adelante nuestro examen de la dialéctica en Adler.

¹⁰⁴ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit. p. 278.

todo el análisis precedente. Adler, en definitiva, no conseguía decidirse sobre si Marx había sido el Kant o el Newton del mundo social.

Esta última ambigüedad se presenta también en Vorlander, pero de la posición de Adler aparece el contexto intelectual y cultural por otro camino, el del empiriomonista Bogdánov, que proviene de Mach y Avenarius (y naturalmente de Hume). Bogdánov definía los fundamentos de la objetividad sobre la base de la experiencia colectiva y especialmente de la «experiencia socialmente establecida (...) socialmente organizada».¹⁰⁵ La argumentación vuelve no a Kant, sino al «hábito» y a la «costumbre» de Hume, como únicos fundamentos contingentes de la causalidad, salvo que aquí la «experiencia socialmente organizada» de la ciencia moderna es definida según una rígida causalidad.¹⁰⁶ En el esquema de Bogdánov, Marx aparece como el mayor de los sociólogos,¹⁰⁷ pero Lenin acierta al poner en boca de los «machistas» la opinión empiriocriticista (en este caso, de F. Blei) de que Marx, en la medida en que era materialista, «no ha comprendido la crítica gnoseológica de los conceptos».¹⁰⁸ Aunque intentando utilizar la autoridad de Marx para sostener su propia predilección por la determinación social de la conciencia *contra* la determinación de la conciencia por parte de algo objetivo, externo, Bogdánov no ocultó su convicción de que a un nivel metateórico la «ciencia social» había sido fundada por Mach y Avenarius.¹⁰⁹ La relación entre marxismo y filosofía es explicada a través de la analogía entre Newton (u Ostwald) y Mach, más que entre Newton y Kant. Pero la función de las analogías y la estructura de su ambigüedad interna son exactamente lo mismo. Las consecuencias de esta comparación fueron muy serias para Adler.

En su polémica con Plejánov y Kautsky, por una parte, y con Verlander, por otra, Adler insistía en que el marxismo equivale a una ciencia estrictamente determinista de la sociedad, y que Marx (más que Comte) era el fundador de esta ciencia, la sociología. En este orden de cosas, modificó su concepción de la relación de Marx con la «crítica del conocimiento». La sociología de Marx se transforma entonces en la continuación de la revolución científica del siglo XVII, su extensión al mundo social; Marx se

¹⁰⁵ Cf. LENIN, *Materialismo*, op. cit., p. 130.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 179.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, pp. 229 y ss.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 334.

¹⁰⁹ Cf. S. V. UTECHIN, *Philosophy and society: Alexander Bogdánov, en Revisionism*, a cargo de L. Labedz, Nueva York, 1962, pp. 118-119.

convierte en el Newton de los fenómenos sociales. Debido a esta desvalorización de Marx, la noción misma de crítica kantiana es presentada de una forma menos ambiciosa. La crítica del conocimiento en este término neopositivista se transforma en un mero auxilio metodológico para el marxismo, que obliga a la clarificación de los conceptos y a la investigación del significado y de las limitaciones de los «instrumentos» de la sociología. La crítica del conocimiento, completamente diferente del marxismo, si bien no lo corrige ni lo verifica, puede como máximo implicar un futuro desarrollo de éste, más coherente y completo.¹¹⁰

Si bien es verdad que hay una diferencia de casi diez años en el cambio de Adler desde que subrayó la importancia del marxismo como crítica, hasta que definió un marxismo en última instancia científico, los elementos de ambas interpretaciones se hallan en todas sus obras. Es curioso que intérpretes de Adler tales como Goldmann y Lichtheim mencionen sus dos formas de relacionar a Marx con Kant sin ver la seria dificultad que implican. Por lo menos, en el caso de la presentación de Adler hecha por Vorlander, hay un motivo para la omisión: el problema es común a ambos. Pero, seamos francos: ni desde un punto de vista kantiano ni desde un punto de vista marxista lúcido, crítica y ciencia pueden ser lo mismo. Para Kant, la «crítica» incluye la autorreflexión trascendental sobre la constitución de la ciencia, y la ciencia es lo que se constituye y acerca de lo que se reflexiona. Para Marx, la distinción entre la crítica de la economía política y la ciencia de la economía política es igualmente clara (aunque no del todo análoga). La distinción entre crítica y ciencia es dejada de lado, por una parte, por cualquier interpretación neopositivista de Kant que reduzca la seriedad de la posición trascendental a una simple crítica metodológica y, por otra, por el «socialismo científico». El hecho de que Adler no vea aquí una clara diferencia es señal de su continuidad con el marxismo vulgar.¹¹¹

¹¹⁰ M. ADLER, *Marxistische Probleme*, Stuttgart, 1913, pp. 64-65. Adler no es muy coherente sobre todo lo dicho arriba. En otros contextos habla con frecuencia de la teoría kantiana como una fundación epistemológica y un complemento filosófico del marxismo. Tiene también presente la relación Kant-Newton, pero a veces Marx aparece como Kant y a veces como Newton. Cf. *ibid.*, pp. 138-139. Su relación con Ernst Mach fue muy positiva, pese a que advirtió que los neokantianos incorporaban la desconfianza de Marx hacia toda metafísica y sobre cimientos metodológicos más seguros; cf. *ibid.*, pp. 225 y ss.

¹¹¹ En un artículo muy dependiente de Lukács (*Transzendentaler Marxismus?*, "Die Gesellschaft", VIII, 1931, pp. 304 y ss., reeditado en *Kritische Theorie der Gesellschaft*, IV,

No se trata de que Adler no hubiese iniciado una crítica a la ortodoxia materialista de Kautsky y de Plejánov, crítica que compartió con Bogdánov.¹¹² Argumentó de una forma coherente que el marxismo no tiene ninguna relación con una concepción materialista del mundo, con una metafísica materialista, es decir, que el marxismo no necesita como fundamento ninguna visión del mundo, y menos aún de una visión del mundo materialista. El materialismo es una respuesta a un problema ontológico acerca de la esencia del mundo, una respuesta que afirma dogmáticamente que el mundo está hecho de materia física, el objeto de la ciencia natural. Se trata de una concepción del mundo, coherente pero restringida, que lo reduce todo a la materia en movimiento.¹¹³ Pero, argumenta Adler, la teoría materialista de la historia tiene un concepto de materia totalmente diferente; hablando de las condiciones materiales de vida, el materialismo histórico hace siempre referencia a las condiciones humanas, y por eso *geistige*.¹¹⁴ Según Adler, Marx toma de las ciencias naturales no su concepto de materia, sino su positivismo metodológico, así como la importancia que aquéllas dan a la causalidad y a la ley. Por consiguiente, sostiene que la teoría de la historia de Marx debe ser concebida como un determinismo socio-económico, y así debe ser llamada. Esta nueva denominación no promete nada bueno, pero como veremos más adelante, Adler intenta utilizarla para presentar una concepción diferente del *geistige* y del *psychische* con respecto a las posiciones reduccionistas de los ortodoxos. Ya a nivel de la epistemología (siendo un kantiano) se siente obligado a demoler las teorías puramente pasivas de la conciencia. Al demostrar que una teoría del conocimiento como reflejo puede ser presentada coherentemente por un Spinoza, mientras que un materialista como Plejánov no puede recurrir a ella, subraya con acierto que en Spinoza no puede darse ninguna interrelación entre mente y materia, mientras que ésta es una condición previa para una coherente teoría de la verdad como reflejo. Todo materialismo filosófico debe hablar de una

Frankfurt am Main, s.d.), el joven Herbert Marcuse demostró de manera definitiva el carácter cientista del kantismo y del marxismo de Adler. Desde el punto de vista de la teoría dialéctica de Lukács, de Korsch y del primer Marcuse, la crítica era justa. Pero debemos realizar un análisis diferente de Adler en el contexto de la II Internacional. De todos modos, Marcuse es el único intérprete que ha captado la ambigüedad del ligamen Kant-Marx descrito arriba.

¹¹² Cf. UTECHIN, *Philosophy and society*, op. cit., pp. 118-119.

¹¹³ ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit. pp. 66-67.

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 4.

reducción causal o funcional de la mente a la materia, y desde el momento que la reducción produce una «mente» epifenoménica pasiva, la capacidad de ésta para reflejar la verdadera disposición de la materia es absolutamente misteriosa.¹¹⁵ El materialismo y el spinozismo son, para Adler, dos concepciones del mundo coherentes, exclusivas y dogmáticas, cuya mezcla debe ser internamente contradictoria.¹¹⁶ La teoría engelsiana del reflejo, que se apoya en dicha combinación, debe ser, por lo tanto, descartada. ¿Qué hacer con la famosa premisa materialista acerca de la determinación del pensamiento por el ser? Adler está dispuesto a admitir que, como hipótesis de trabajo, facilitará las explicaciones causales de los fenómenos sociales, por ejemplo, relacionando ideología y economía. Pero considera que toda extensión epistemológica de la premisa es una forma semiarcaica de ingenuidad epistemológica,¹¹⁷ y dado su punto de vista kantiano, esta afirmación no requiere ser demostrada. De todas formas, sus argumentaciones a propósito de la psicología social y de la antropología implican claramente que la premisa materialista sólo tiene importancia si está delimitada cuidadosamente, incluso para la teoría social.

Entre todos los marxistas, sólo Adler tenía una preparación que lo capacitaba para participar en el *Methodenstreit* del mundo académico alemán. En este ambiente, se opuso a los neokantianos de Heidelberg y a Simmel, y sostuvo la unidad de todas las ciencias, basada en la ciencia natural causal. La ciencia social puede tener fines humanos, valores humanos, entre sus objetos de estudio, pero esto no modifica en absoluto el tratamiento causal, nomológico, de esto.¹¹⁸ Detrás de la decisión adleriana a favor de un naturalismo integral está su aceptación de la psicología como ciencia fundamental de la sociedad. El peligro reaparece si se hace una comparación con el empiriomonista Bogdánov. Según éste, la tesis marxiana según la cual la conciencia social depende del ser social, debería ser modificada en el sentido de realizar una identificación entre ambos, ya que toda vida social es vida psíquica consciente.¹¹⁹ Lo que Bogdánov quiere decir es simplemente que un determinismo económico jerárquicamente concebido debe ser sustituido por un determinismo psicosocial concebido

¹¹⁵ Adler hubiera podido apoyar esta tesis apelando a toda la historia del empirismo inglés.

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 70.

¹¹⁷ *Ibíd.*, pp. 82-83.

¹¹⁸ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., p. 253.

¹¹⁹ LENIN, *Materialismo*, op. cit., p. 340

monísticamente.¹²⁰ La desventaja del segundo, como ha señalado Lenin, está en el hecho de que se pierde la importante idea de un sistema económico-social que actúa a espaldas de los individuos conscientes. Por el contrario, por medio de un análisis psicológico de la conciencia individual, la ramificación del sistema socioeconómico, para no hablar de la economía mundial, «no podría ser comprendida en toda su complejidad, ni siquiera por setenta Marx». ¹²¹ En este sentido, el kantismo de Adler revela una cierta ventaja sobre el machismo de Bogdánov. También para Adler todos los hechos sociales, políticos, culturales o económicos, son psíquicos. Temía la hipostatización de la «sociedad» y consideraba al individuo, al individuo socializado, como único agente (*träger*) de la vida social. Naturalmente, se daba cuenta de los problemas que una psicología individualista presentaba para un marxista; en consecuencia, postuló una característica antropológica fundamental del hombre, el valorar y actuar según normas y fines. El más importante de estos valores y normas es el de la vida social (fundamentada en el reconocimiento de los otros como hombres), o sea la unidad con otros hombres; el valor de la sociedad conduce a un antagonismo básico entre lo individual y lo social, ya que las formas históricas de aparición del impulso hacia la unidad (por ejemplo, el deseo de felicidad) traen consigo conflictos y luchas con otros hombres.¹²²

Es de notar que hasta este punto encontramos una semejanza estructural sorprendente entre la concepción de Kautsky acerca de la naturaleza humana (antagonismo entre instinto social e historia) y la concepción psicológico-antropológica de Adler (antagonismo entre los valores sociales y la historia). En esta coyuntura, la solución de Adler revela una sutileza muy superior. Mientras que la creación formal de lo social está en la dimensión de la *Normässigkeit*, su creación real es una función del trabajo finalizado consciente (*zweckbewusste*). A través del trabajo, que, como veremos, se identifica con la praxis en general, las leyes de la vida interior se transforman en causalidad externa y conducen a la realización del valor. Así la causalidad en el reino de la vida social no es ciega, sino que está guiada por ideas y fines.¹²³ Por otra parte, según Adler, la causalidad externa de las relaciones económicas no puede ser ignorada. La posibilidad de las realizaciones de valor depende de la libertad de movimiento ofrecida por el

¹²⁰ UTECHIN, *Philosophy and society*, op. cit., p. 119.

¹²¹ LENIN, *Materialismo*, op. cit., p. 341.

¹²² ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit., pp. 9-11.

¹²³ *Ibíd.*, p. 12-13.

desarrollo objetivo (a pesar de que este desarrollo objetivo sea el mismo que el de los hombres) de la vida económica y de las instituciones. Adler sostiene con énfasis que por sí sólo el desarrollo económico no realiza ningún valor, no crea, no destruye, no cambia, pero determina (es éste el ámbito de validez del materialismo histórico) los límites de las posibilidades evolutivas de la vida social y proporciona los medios para la realización de esas posibilidades. El proceso de producción es la máquina de la vida social, pero la actividad, consciente y persiguiendo fines, es el motor que suministra la energía y la dirección a la máquina. Esta es la interpretación nada ambigua que Adler da a la afirmación marxiana de que somos nosotros quienes hacemos nuestra historia, pero en circunstancias que nosotros no elegimos. En este sentido, se encuentra muy cerca de la filosofía de la praxis de Labriola, pero no superará los límites de ésta. El hecho de que finalmente identifique el significado «marxiano» de conciencia en sí (la noción de crítica) con una ciencia determinista, obstaculiza mucho su análisis. En vez de descubrir una determinación intersubjetiva de una *praxis*, que no es sólo *techne* social, con la teoría como momento de esta praxis, se detiene en los sujetos individuales y particularizados y en la ciencia determinista. De este modo, se ve obligado a interpretar su ser humano consciente de los fines como un ser que causa (únicamente) cuando el mismo es causado, que actúa cuando se actúa sobre él.¹²⁴ Es decir, incluye la teleología dentro de un estrecho sistema de causalidades: el resultado es una serie de elocuentes afirmaciones sobre la práctica, que comienza con la tercera tesis de Marx sobre Feuerbach y termina con la unidad de ciencia y política en una *ciencia aplicada* (*angewandte Wissenschaft*) basada en la *conciencia de la necesidad* de los procesos sociales.¹²⁵ Para Adler, la teleología representa el punto de vista del acto individual, la causalidad, el de la sociología, y la tecnología de la sociedad o la *ingeniería social*, la unidad entre teoría y práctica.¹²⁶ Su interpretación del problema del marxismo y de la ética debe ser entendida en este sentido.

¹²⁴ Ibid., pp. 58 y ss. El texto alemán dice en realidad que el hombre es un ser "auf das nur gewirkt werden kann, indem es selber wirkt". Pero lo que para nosotros cuenta es que la teleología queda inserta en un individuo Por otra parte prisionero de una ineluctable cadena de causalidad. A fin de cuentas, la teleología es casi tan ilusoria en Adler como en Spinoza y en Plejánov.

¹²⁵ Ibid., pp. 58-59.

¹²⁶ Cf. GOLDMANN, *Dialektische Untersuchungen*, op. cit. p. 223.

El punto de vista filosófico general de Max Adler era coherentemente dualista e implicaba una decidida antinomia entre teleología y causalidad, ética y ciencia, *Sollen* y *Sein*. Por más paradójicas que fuesen sus declaraciones a este respecto, se opuso a la primacía de la práctica tanto como de la teoría, a la fundamentación ética de la teoría socialista en la misma medida que a la reducción causal de la ética socialista. Estaba convencido de que su posición particularmente flexible era capaz de integrar la ética en su concepto de ciencia social, sin abandonar el dualismo. En primer lugar, la ética en el esquema de Adler pertenece, en su mayor parte, al campo de la sociología del derecho y de la moral.¹²⁷ La vida ética, la valoración, la voluntad moral, eran para él factores causales immanentes de la historia humana. Dentro de estos límites, pensaba que una sociología rigurosamente causal puede considerar la ética de los individuos (y el resultado de la ética de los individuos unidos en grupos) como fuerzas históricas de gran importancia. Esta era para él la única diferencia entre la causalidad de la sociología y la de la física. Por otra parte, por lo menos en las posiciones sucesivas de Adler (a partir de 1910), ninguna sociología puede valorar los contenidos de valor y las normas, tarea esta que corresponderá a la disciplina práctica y normativa de la ética. Naturalmente, una vez que la valoración se ha realizado y las acciones (en el mundo exterior) la siguen, volvemos a entrar en el dominio de la sociología.¹²⁸ Por consiguiente, Adler combate vigorosamente la noción (de Hermann Cohen y de los jóvenes Vorlander y Woltmann) de que el socialismo pueda ser construido sobre fundamentos éticos: sin embargo, no habrá nunca socialismo sin individuos que lo consideren un valor. El mismo reconocimiento de la necesidad histórica del socialismo no conducirá a nadie a luchar por él. Por otra parte, la voluntad moral de los individuos (que actúa causalmente y es estudiada por la sociología causal) es sólo una causa necesaria pero no suficiente del socialismo; la red causal general implica la causalidad no sólo del desarrollo psíquico sino del institucional y del económico. Solamente cuando las condiciones históricas objetivas hacen necesaria la fusión de las voluntades individuales en un fenómeno de masas, la ética puede convertirse en históricamente causal, y sólo entonces *el Sollen* puede realizarse en el mundo y devenir *Sein*. Cuando habla de la revolución, Adler parece ir más allá del esquema de su dualismo; pero sólo en apariencia, porque una vez más el problema de dicha revolución queda delegado a una sociología causal. La

¹²⁷ ADLER, *Kant und der Sozialismus*, op. cit., pp. 178 y ss.

¹²⁸ *Marxistische Probleme.*, pp. 145-147.

misma secuencia causal puede ser valorada desde el punto de vista de las éticas individuales (valorada positivamente desde el punto de vista del imperativo categórico), pero esto podría ser, una vez más, un modo totalmente distinto y separado de «constituir los fenómenos». Así, Adler intentó desarrollar una síntesis Kant-Marx mucho más coherente que la del joven Vorlander, y sobre todo que las de Woltmann y Tugan-Baranovski, quienes pretendieron elaborar fundamentos éticos para la totalidad de la teoría socialista. Al no estar obligado a renunciar a las dimensiones deterministas del pensamiento de Marx, Adler se propuso demostrar también la importancia de la ética *dentro* de la teoría y llegó a acercarse a la problemática marxiana de la teoría y de la praxis. Al mismo tiempo conservaba una separación kantiana ortodoxa (más «ortodoxa», como veremos, que en el mismo Kant) entre lo práctico y lo teórico. Esta construcción explícitamente dualista le será útil en la polémica que, con Otto Bauer, llevó a cabo contra la total subsanación kautskiana de la ética en una teoría determinista.

La crítica adleriana a Kautsky era exactamente contraria a la realizada a Vorlander. Mientras Vorlander quiso basar una parte de la teoría socialista (para Adler, necesariamente, la ciencia del *Sein* causal) sobre fundamentos morales, sobre una teoría del *Sollen*, Kautsky intentó reducir todo *Sollen* a una teoría causal del *Sein*, es decir al materialismo científico-naturalista. Para Adler, una ética naturalista puede explicarlo todo (es oportuno recordar que, para dicho autor, la ética naturalista está integrada en la sociología), incluso las fuentes históricas de los contenidos de toda ética, pero no puede dar cuenta del poder vinculante de los principios morales y de su validez, de la *forma* auténtica de las proposiciones éticas, de la forma del *Sollen*. Este último implica para Adler una reconstitución de las cosas (dadas antes a través de una experiencia causal) desde el punto de vista de nuestra subjetividad, de nuestra actividad de valoración. El *Sollen* es la forma tanto de nuestro sentido moral (conciencia), como de nuestro «ideal moral». Por eso, Adler sostiene que es inútil pretender derivarlo causalmente del autointerés empírico, de la utilidad, del instinto o de la lucha.¹²⁹ Pero Kautsky hacía derivar el sentido moral de un instinto social, y el ideal moral, en parte, de la lucha de clases. A este respecto, Adler demuestra que aun cuando se pudiese deducir causalmente la moralidad («lo no conocido») del instinto social («algo menos conocido aún») sólo se derivaría la presencia fáctica de un sentido moral y no su cualidad vinculante, que sólo puede nacer de la

¹²⁹ *Ibíd.*, pp. 108-109.

reflexión consciente sobre este hecho como algo dotado de valor.¹³⁰ Viceversa, aun cuando somos empujados a una acción podemos reflexionar sobre ella como valor negativo. Si el instinto social es la fuente que condena a cualquier otro instinto, no se explica por qué un sólo instinto se valoriza por encima de los demás.

Adler demuestra además que la relación entre lucha de clases e ideal moral, que para Kautsky implica una reducción histórica más que biológica de la ética, es completamente paralela a la tratada anteriormente. Ningún análisis de clase sociológico es capaz de producir valores vinculantes e ideales. ¿Cómo distinguir moralmente entre los valores de una clase y los de otra? Si nuestra respuesta se fundamenta en la armonía del ideal con el desarrollo histórico entendido objetivamente, entonces, según Adler, creemos que al menos el desarrollo es incondicionalmente positivo en sentido moral. ¿Pero sobre qué base? ¿Por qué lo que es moral tendría que ser necesariamente realizable? Adler tiende a sostener que sólo sobre la base de un *Sollen*, los hechos biológicos, sociológicos e históricos pueden ser considerados prioritarios. Su argumentación contra Kautsky fue sostenida también por Otto Bauer, quien demostró además que ningún individuo puede recibir indicios morales de la necesidad histórica.¹³¹ Pero, al menos en este punto, Kautsky opone una objeción: es tan difícil recibir indicios morales (en las situaciones reales) del imperativo categórico como de la necesidad histórica.¹³² También es extraño que Bauer y Adler, después de haber refutado a Kautsky, tiendan a contentarse con la reafirmación de –los principios y de los conceptos de una ética kantiana interpretada de forma totalmente formal, a pesar de la insatisfacción de Kant por la rígida dualidad de teoría y práctica y las importantes críticas a Kant de Hegel y otro. Pero en la ética social de Adler hay un aspecto que se intenta ir más allá de un Kant interpretado formalmente. Como hemos visto, Adler consiguió en cierta medida fundir los aspectos éticos con su teoría sociológica, sosteniendo la imposibilidad de derivar un orden *social* moralmente positivo únicamente del desarrollo económico. Argumentando contra Kautsky, Adler y Bauer llegaron a acercarse a sus adversarios kantianos, y paradójicamente a las versiones más extremas del socialismo ético de Woltmann y Tugan Baranovski, al afirmar la posibilidad de un sistema social diferente sobre las bases del hundimiento del capitalismo. En la vieja cuestión entre socialismo

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 121.

¹³¹ Cf. O. BAUER, *Marxismus und Ethik*, en *Der Marxismus*, op. cit., pp. 262-263.

¹³² K. KAUTSKY, *Leben, Wissenschaft und Ethik*, en *Der Marxismus*, op. cit., pp. 270-271.

y barbarie (Adler añade a esta alternativa la nueva concepción del feudalismo industrial) sólo la decisión moral del proletariado a favor del socialismo puede llevar a la realización de esta particular alternativa. Aquí, indudablemente, Adler *parece* dar un fundamento parcialmente ético al socialismo.¹³³ Sin embargo, cuando reinterpreta su argumento en las páginas siguientes, vuelve a una rígida antinomia. Se pregunta qué puede ofrecer la teoría materialista de la historia a la ética, y responde: «todo y nada». Esta respuesta significa que la dimensión de la ética que interviene en la causalidad social no es en realidad ética, sino una parte de la sociología determinista (siendo esta última su interpretación del materialismo histórico). La dimensión moral de la ética no puede tener nada que ver con ninguna ciencia, con ninguna explicación causal, ni con ninguna noción de desarrollo histórico. Sólo la autorreflexión, la crítica de la razón práctica, es decir, la ética kantiana, es capaz de afrontar la dimensión moral de la voluntad y de la conciencia individual, que sigue siendo, para Adler, una existencia irreductible y humana.¹³⁴ Así, su filosofía permanece conscientemente en el terreno de la antinomia kantiana, o mejor aún, neokantiana, entre teoría (necesidad) y práctica (libertad).

El aspecto problemático de la síntesis Kant-Marx de la II Internacional no está, como piensa Colletti, en la fe exclusiva en el Kant de la *Crítica de la razón práctica*. Es necesario señalar la tendencia de las dos alas (particularmente en sus principales representantes: Vorlander y Adler) hacia una posición dualista, rígidamente antinómica, basada en la «combinación» de una *Crítica de la razón pura* interpretada de modo cientifista y de una *Crítica de la razón práctica* interpretada más o menos formalmente.¹³⁵ Los diversos intentos de Kant por superar su antinomia clásica entre libertad y necesidad, práctica y teoría, a través de sus concepciones de la teleología natural, artística e histórica, fueron o completamente olvidados (así como en la literatura examinada, la *Crítica del juicio*) o reinterpretados de forma determinista y drástica (como en el caso de la filosofía de la historia). Kant

¹³³ ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit., p., 134.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 136-137.

¹³⁵ El que una interpretación tan rígida no es inevitable para ninguno de los dos ha sido demostrado de manera particular por estudios recientes de marxistas sobre Kant. Cf. el libro de L. GOLDMANN, *Introduzione a Kant*, Milán, 1972 (el original apareció en 1945), y el ensayo, mucho más riguroso, de 1974 de A. HELLER, *Kant Etikai* (Las éticas de Kant), en *Portrevazlatok az Etika Torténelméből* (Esbozos para una historia de la ética), Budapest, 1976.

estaba aún convencido de que la libertad moral se habría envilecido con la ausencia de significado formal, hasta que el mundo empírico no permitiese la conceptualización de la posibilidad de fines. Esta posición de la *Crítica del juicio* está presente de forma implícita en la *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlichen Absicht* (Idea para una historia universal desde el punto de vista cosmopolita), de 1784, y por lo tanto muy anterior (pero «poscrítica»), aunque de una forma ambigua. El *locus classicus* es el concepto de naturaleza entendido por Kant primero en el sentido de la primera crítica, o sea, la necesidad bajo la ley (la *natura naturata* de Spinoza), y luego, casi inmediatamente pero sin advertencia, en el sentido de la tercera crítica, corno reino o fuente de los fines (*natura naturans*). Kant intenta demostrar que mientras en la historia (interpretada a través de un modelo conflictivo del derecho natural) ningún nivel humano consciente puede ser operante, el proyecto de la libertad humana presupone por lo menos la posibilidad de un fin oculto. Es éste el fin que Kant atribuye a una naturaleza concebida providencialmente y de forma mitológica, e interpreta su contenido como el desarrollo de la especie humana, a pesar del sacrificio de los individuos y del surgimiento de una sociedad civilizada mundial, a pesar del antagonismo entre los Estados y también a causa del mismo. Entre otras cosas, el ensayo, como muchos otros de carácter «histórico» de Kant, intenta relacionar con un razonamiento histórico el papel de la necesidad y de la decadencia cultural en el segundo *Discurso* de Rousseau, y el proyecto de libertad y de una política legítima del *Contrato social*. La transición entre ambos estadios, que es dividida por Kant en términos que nos pueden recordar la distinción marxiana entre «prehistoria» e historia específicamente humana, es presentada de todas formas con ambigüedad: por una parte, introduce un concepto especulativo que –anticipando a Hegel– podría ser llamado la teológica «astucia de la naturaleza»; por otra, nos da a entender que el concepto tiene sólo la función de una idea reguladora, desde el punto de vista de nuestra acción práctica.¹³⁶ Sin embargo, esta nueva antinomia no es en absoluto concebida rígidamente por Kant, ya que la misma razón práctica puede confiar en la presencia empírica de indicios o signos que ponen en relieve, incluso en el presente, la posibilidad (no la necesidad) del desarrollo moralcultural. Estos signos son la ilustración, las recíprocas relaciones en el campo cultural, político y económico entre los Estados, y la necesidad de que cualquier futura revolución comprenda a todos los Estados de Europa. En su famosa *Disputa entre las facultades*, de 1798, la última posibilidad, ahora ya

¹³⁶ Cf. A. HELLER, *Kant Etikái*, op. cit., p. 223.

realizada en Francia, se transforma en el signo más importante, que da sustancia empírica al proyecto práctico de un progreso humano. Kant insiste con gran claridad en el hecho de que la promesa de un tal acontecimiento es indefinida y contingente. El mismo ensayo demuestra fielmente que, a nivel de la teoría, no se puede extrapolar ni el progreso necesario, ni el retroceso, y ni siquiera el movimiento crítico de la especie humana. El *a priori* sintético de la historia es posible sólo si «el adivino crea o inventa los acontecimientos que anuncia anticipadamente». Así, la trayectoria de Kant (que no poseía ningún concepto tal como el espíritu objetivo o la objetivización, para situar la autocreación en el corazón mismo de la alienación) oscila entre la teleología especulativa, semiprovidencial (subrayada en 1784) y la posición última que fundaba un proyecto práctico en la historia basándose en los indicios de lo nuevo. La única cosa que Kant no hizo (excepto en casos aislados) fue utilizar su concepto de tipo teórico-científico-causal para interpretar la historia.

Tampoco llevó a cabo lo que Max Adler y Karl Vorlander harían un siglo más tarde. En este sentido, la relación de éstos con Kant es idéntica a la de Kautsky con Rousseau. Max Adler no admite ni siquiera la presencia de elementos teleológicos en los textos históricos de Kant. Conceptos como *Naturabsicht* y *verbogenen Plan* son entendidos por él como hipótesis provisionales destinadas a conducir a sucesivas explicaciones causales.¹³⁷ La aspiración de la filosofía de la historia kantiana, según Adler, es conducir los acontecimientos –pasados, presentes y futuros– bajo una ley causal, y demostrar la necesidad del antagonismo humano que produce el progreso de la humanidad. Vorlander admite ciertamente una mezcla de explicaciones causales y ético-teológicas en los escritos históricos de Kant, pero sostiene que desde el punto de vista de la ciencia moderna el neokantismo elimina estas últimas –meramente metafísicas– del sistema de Kant. Detrás del velo de la teleología, el neokantismo descubre una «historia de la humanidad concebida de un modo puramente científico-natural».¹³⁸ Para Vorlander, «la ética crítica (...) no excluye una concepción rigurosamente causal de la historia», sino que, al *contrario*, el formalismo de la primera implica la naturaleza exenta de valor de la segunda.

En un ensayo escrito en 1900, L. Woltmann anunciaba su adhesión crítica al «veterokantismo», es decir, al rigorismo ético formal; el autor fue duramente atacado por parte del neokantiano de Marburgo, F. Staudinger,

¹³⁷ ADLER, *Kant und der Sozialismus*, op. cit., notas 175-176 y pp. 166-169

¹³⁸ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit., pp. 7-8.

quien proponía una cierta flexibilidad en la aplicación de la ley moral.¹³⁹ En realidad, en esta cuestión el «veterokantiano» no era Kant sino los principales teóricos de la síntesis Kant-Marx: Vorlander y Adler. Estos escamotearon con habilidad los indicios que, en el maestro, indicaban una superación de la rígida antinomia entre teoría y práctica, entre causalidad y teleología, entre necesidad y libertad. Naturalmente, era el significado clave de la dialéctica en el sistema hegeliano el que enfrentaba y «superaba» esta antinomia. La oportunidad de emplear a Hegel de esta forma, falta no sólo en los marxistas kantianos, sino también en todas las demás tendencias de la socialdemocracia.

4. *El destino de la dialéctica en la socialdemocracia*

Hasta este punto, nuestro análisis ha seguido el recorrido desde el equivalente marxista del materialismo del siglo XVIII a las diversas versiones extremadamente antinómicas de una síntesis entre Kant y Marx; en el ámbito del marxismo de la II Internacional, el paso a Hegel puede ser considerado sólo como el uso de ciertos conceptos hegelianos con el fin de embellecer el determinismo y la antinomia. Naturalmente que, en el contexto hegeliano, la categoría de antinomia es particularmente sugerente; indica el punto de partida de la moderna teoría dialéctica. Desde el punto de vista de la *Fenomenología* hegeliana, la antinomia —en particular la antinomia libertad-necesidad— se explica como mediación hacia la autoconciencia. El uso de Hegel por parte de la II Internacional, aun cuando estaba motivado por las consecuencias antinómicas de la teoría prehegeliana, condujo a la solución ilegítima e internamente contradictoria de la antinomia (o a su reducción) a su polo determinista (Plejánov) o a la reproducción de la misma antinomia (Adler). Hasta los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, que han sido señalados a menudo como la piedra de toque de una recuperación de la dialéctica hegeliana por parte de la teoría marxista, no fueron más allá de una elaboración extremadamente rica de la dialéctica objetivista. En efecto, en la mayor parte de los teóricos de la II Internacional, a pesar de su interés por la filosofía, hallamos una ignorancia casi total acerca del pensamiento de Hegel. Convencidos de que Marx y la ciencia moderna los llevaban más allá de aquél, en realidad, retrocedieron hacia posiciones teóricas prehegelianas,

¹³⁹ L. WOLTMANN, *Die Begründung der Moral* (1900), y S. GUNTER (F. STAUDINOER), *Sozialismus und Ethik*, ambos en *Marxismus und Ethik*, op. cit., pp. 118 y 132-133.

y aun prekantianas. Ya hemos visto que el propio Engels desarrolló a veces formulaciones de un ingenuo realismo epistemológico, y Kautsky (que jamás presumió de ser competente en filosofía) acentuó ulteriormente, con respecto a Engels, la «ciencia de la evolución». Sobre este punto, Vorlander (a pesar de su posición de revisionista y de estudioso de Kant) siguió a Kautsky, al sostener que, dada la teoría científico-natural de la evolución, único núcleo racional de la dialéctica, el resto de Hegel podía ser eliminado y debía serlo.¹⁴⁰ Asimismo, negó que los conceptos de Hegel tuviesen demasiada relación con *El Capital*, a pesar de las afirmaciones de Marx.¹⁴¹ De acuerdo con la mayor parte de sus contemporáneos progresistas –marxistas, neokantianos o positivistas– Vorlander afirmaba con énfasis que Hegel era un filósofo reaccionario de la «restauración», culpable de las más locas especulaciones filosóficas. Por su parte, Bernstein, llegó a asociar a Hegel con el error opuesto: haber introducido ilusiones revolucionarias en la obra de los ignaros Marx y Engels. Interpretando de la forma más vulgar la dialéctica hegeliana, sostuvo que la dialéctica significa la imposición de una estructura de contradicciones explosivas, capaces de autodesarrollo, sobre una realidad que se desarrolla, aunque sólo de modo muy lento; por consiguiente, prosigue Bernstein, Marx y Engels tendían a esperar soluciones revolucionarias con una «autosugestión histórica digna de un perfecto visionario político» e incomprensible «si no se pudiese entrever en ella el producto de un residuo de la dialéctica hegeliana de la contradicción, de la cual Marx (como Engels) nunca se liberó por completo».¹⁴² Dentro de la totalidad de la socialdemocracia alemana sólo dos pensadores parecen librarse de la acusación de «*Hegel-Ignoranz*»: el ruso Plejánov y el austríaco Adler.

En 1896, Kautsky escribió a Bernstein refiriéndose a Plejánov: «Es nuestro filósofo, el único entre nosotros que ha estudiado a Hegel».¹⁴³ Sin embargo, dicho estudio no le impidió transformar la dialéctica en una filosofía prehegeliana de la esencia determinista. Es cierto que Plejánov planteó de forma totalmente explícita el problema de la dialéctica: «la

¹⁴⁰ STEINBERG, *Sozialismus*, op. cit., p. 57; I. FETSCHER, *Das Verhältnis des Marxismus zu Hegel*, en *Marxismusstudien*, Tübingen. 19601, pp. 88 y ss.

¹⁴¹ VÖRLANDER, *Kant und Marx*, op. cit. (I. ed.), p. 64.

¹⁴² E. BERNSTEIN, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Barcelona, 1975, pp. 13 y ss.

¹⁴³ Citado por STEINBERG, *Sozialismus*, op. cit., p. 58. El mismo Steinberg parece estar de acuerdo con este juicio basado en pruebas más bien escasas.

dialéctica (...) sabe conciliar posiciones diametralmente opuestas».¹⁴⁴ Para él, el defecto fundamental del materialismo del siglo XVIII, del positivismo clásico y del socialismo utópico era su incapacidad para superar las diversas formas de la antinomia kantiana entre libertad y necesidad: difusión del saber y ambiente, naturaleza humana e historia, invención consciente y tecnología, psicología y medio social. Siguiendo a este autor, una teoría de la interacción entre los dos factores (antinómicos) no puede proporcionar la solución, sino sólo una explicación de ambos y de su oposición (e interacción) por obra de un tercer nivel fundamental. En este sentido, en contra de la insistencia de Engels sobre el método hegeliano (que el propio Engels transgredió), Plejánov se interesó sustancialmente por la utilización de aspectos deterministas y panlógicos del sistema hegeliano.¹⁴⁵ En su estudio *Zu Hegels sechzigste Todestag*, Plejánov repitió la interpretación engelsiana de la dialéctica de Hegel, basada en la disolución de cualquier elemento estable dentro de los procesos, con una sola reserva importante, que consistía en la aceptación de la piedra angular del sistema hegeliano, la noción de Espíritu absoluto, la cual, al menos para el criterio de Plejánov, constituía el principio unificado e inmutable al cual todo cambio o multiplicidad debe ser reducido necesariamente. Obviamente, Plejánov no quería ninguna relación con «espíritus» y propuso sustituir el absoluto de Hegel por las leyes necesarias de la economía (la evolución económica).¹⁴⁶ Como ya hemos visto, en 1895 Plejánov explica la economía misma, allí donde Engels señalaba una interacción entre «base» y «superestructura», mediante el nivel aún más profundo de la necesidad tecnológica. Es fácil observar que esta solución se limita a repetir lo que Plejánov plantea como el dilema de Saint-Simon: si la producción y la técnica son las fuerzas motrices fundamentales del desarrollo humano, el descubrimiento consciente de la ciencia y de la ingeniería (e incluso de la educación científica y la difusión del saber) no se transforman en un nivel aún más fundamental, al menos en lo que respecta a los estadios más recientes del desarrollo humano.¹⁴⁷ El determinismo tecnológico de Kautsky contiene, con mayor claridad, la

¹⁴⁴ PLEJÁNOV, *La concepción materialista de la historia*, op. cit., pp. 49 y ss.

¹⁴⁵ Puede verse fácilmente que Plejánov había adoptado una posición que chocaba incluso con el Engels relativamente flexible de las cartas sobre el materialismo histórico, y con el Engels objetivista y panlógico de la *Dialéctica de la naturaleza*.

¹⁴⁶ El argumento de este ensayo lo presenta en su conjunto COLLETTI, *The marxism of the Second International*, op. cit.

¹⁴⁷ Cf. PLEJÁNOV, *La concepción materialista de la historia*, op. cit., pp. 23 y ss.

misma paradoja, ya que el cambio tecnológico se produce siempre conscientemente, aunque de él resulten consecuencias no intencionales. Plejánov se coloca claramente a la defensiva, y su solución final fue simplemente la supresión del problema. Una vez que ha llegado a la conclusión de que la antinomia se resuelve automáticamente orientándose hacia un tercer nivel fundamental, está en condiciones de considerar la dialéctica en los simples términos de la explicación de las leyes evolutivas de este tercer nivel, de la transformación de la cantidad en calidad, de la unidad de los contrarios, de la negación de la negación, es decir, en términos de los desechos del sistema hegeliano.

Ya en sus consideraciones de 1891 salta a la vista que, aun cuando rinda homenaje a Hegel, Plejánov piensa en realidad en Spinoza: lo que llamaba sujeto absoluto podía llamarse con mayor propiedad esencia absoluta. Para Plejánov, la dialéctica terminaba por ser simplemente otra denominación del materialismo filosófico concebido sobre un modelo análogo a la filosofía spinoziana de la esencia. *Las cuestiones fundamentales del marxismo* (1908), que son un panegírico de la filosofía totalmente determinista, revelan una sin igual reintegración materialista vulgar de algunas categorías dialécticas. Por ejemplo, baste recordar que la «unidad» del sujeto y del objeto significa para Plejánov que no hay ningún sujeto pensante fuera del cuerpo, y que mientras «yo» soy un sujeto para mí mismo, ese «yo» es un objeto para los demás.¹⁴⁸ Es un argumento que —a parte de representar un concepto psicológico (de hecho «ilusorio») e irrevocablemente atomista de la subjetividad— revela una ignorancia del problema sujeto-objeto en la filosofía moderna, es decir, del contexto que constituía la verdadera *Problemstellung* de buena parte de la filosofía poscartesiana, comprendiendo también los intentos monistas de Spinoza y de los materialistas. Sin insistir en este problema, bastará observar que en las obras de Plejánov no reaparece la teoría dialéctica. La situación es más complicada e interesante en el caso de Max Adler, quien intentó rescatar del naufragio aspectos de la dialéctica en el ámbito de una crítica de la interpretación sistemática o extensiva que de ella habían hecho Engels y Plejánov y que después harían los seguidores soviéticos de éstos.

Max Adler fue el primer marxista que, en defensa de la teoría dialéctica, emprendió una crítica de su interpretación «extensiva» bajo el nombre de dialéctica de la naturaleza y materialismo dialéctico. Tomó en consideración la distinción hegeliana entre método y sistema, y la aplicó contra el sistema

¹⁴⁸ *Ibíd.*, *Fundamental problems of marxism*, op. cit., pp. 35-39.

de Engels. También el sistema de Hegel, basado en la ontologización de los conceptos de la «lógica» dialéctica guardaba un paralelo evidente (a pesar de las críticas de Marx y de Engels al panlogicismo metafísico de Hegel) con el sistema objetivista de Engels, que ya hemos descrito. Para Adler, la dialéctica de la naturaleza engelsiana era una imitación «materialista» del sistema hegeliano, y su teoría del conocimiento como reflejo no era más que una tosca reproducción del «conocimiento absoluto» de Hegel. La diferencia entre el llamado «idealismo absoluto» y el materialismo dialéctico estaba, para Adler, en el hecho de que se basaban en dos clases diferentes de metafísica. Según su opinión, ambas son formas de la filosofía de la identidad, la cual postula dogmáticamente (desde el punto de vista kantiano) la identidad entre pensamiento y ser.¹⁴⁹ Sostiene que dialéctica es un término muy ambiguo, tanto en Hegel como en Engels. En cuanto método, se ocupa de las formas del pensamiento, pero en cuanto metafísica de la identidad, sobrepone las formas del pensamiento al ser (Hegel) o las formas de la existencia social al pensamiento, en última instancia, al ser en su totalidad (Engels). Dando prioridad al aspecto metodológico (Adler llama dialéctica sólo a esto) espera escapar de la filosofía dogmática de la identidad. Esta reconstrucción crítica de la dialéctica se transforma de nuevo en la filosofía crítica de Kant.

Para Adler, la gran contribución de Hegel a la filosofía fue el haber comprendido que los procesos efectivos del pensamiento y del descubrimiento no siguen las reglas de la lógica formal. Tengamos presente que las categorías kantianas son deducidas de las formas de la proposición propias de la lógica aristotélica. En este contexto, es decir en el campo de la autorreflexión crítica del pensamiento, Adler considera que Hegel da un paso adelante respecto a Kant. Hegel, sostiene Adler, entendió que el flujo real del pensamiento se mueve ininterrumpidamente a través de oposiciones, afrontando y superando cualquier limitación lógica impuesta a sí mismo y cualquier unilateralidad que se presente bajo la categoría de totalidad. Adler recupera el original significado hegeliano de contradicción, que consiste no en la abstracta negación esquemática (o sea, A, no A), sino en una negación determinada (determinación y negación) de los contenidos de lo dado –una conservación y una cancelación, al mismo tiempo–.¹⁵⁰ De este modo Adler

¹⁴⁹ ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit., pp. 20-21; pp. 37-39 sobre Engels.

¹⁵⁰ Ibid., pp. 23-25 y 30-33. Adler interpreta el "pensamiento" de un modo psicologista y no desde un punto de vista trascendental: naturalmente no es posible abordar aquí este problema.

restituye sutileza a los conceptos de totalidad y de contradicción. La nueva comprensión de éstos es deliberadamente limitada al pensamiento, y el autor prefiere reunir las oposiciones, los conflictos y las luchas del mundo social bajo el único nombre de «antagonismo» (más que de dialéctica). En definitiva, el concepto de dialéctica en Adler conserva una estructura antinómica entre pensamiento y ser por el motivo contrario que la concepción de Engels: la de Adler era referencia puramente *Gedankendialektik*, sea a la historicidad de las categorías *a priori*, idéntica a su teoría de la historia del *a priori social*, sea al movimiento lógico de este *a priori* como *Forschungsprinzip*. La fuerza de esta posición, y también su debilidad, se ponen de manifiesto en la interpretación adleriana del método de la economía política de Marx. Concentrando su atención en el concepto de categoría, busca la acepción marxiana de la dialéctica en un texto importante, hasta entonces olvidado por los marxistas, *El método de la economía política*,¹⁵¹ en el cual Marx discute el significado de las categorías económicas. Adler consideraba este texto la culminación del desarrollo del concepto de *a priori social*. Marx habla, en realidad, de la investigación de las categorías abstractas, cuya culminación se halla en la síntesis de una *Gedankentotalität*, un *Gedankenkonkretum*.¹⁵² Adler interpreta correctamente este procedimiento como la ruptura de las ilusiones reificadas (*Sachlichen Scheine*) de la economía política y el descubrimiento de sus fundamentos «humano-sociales».¹⁵³ Por el contrario, ignora completamente partes del texto marxiano que contradicen esta interpretación. Por ejemplo, Marx dice:

Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de muchas determinaciones, porque es, por lo tanto, unidad de lo múltiple. En el pensamiento lo concreto aparece, consiguientemente, como proceso de síntesis, como resultado, y no como punto de partida, a pesar de que es el punto de partida real y, en consecuencia, también el punto de partida de la intuición y la representación.¹⁵⁴

¹⁵¹ K. MARX, Introducción (par. 3) a los *Grundrisse*, un texto publicado por vez primera por Kautsky en la "Neue Zeit", XXI, 1903, n. I, y reeditado como apéndice a *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*, Stuttgart, 1907 [trad. cast., *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, OME, Vol., 21, pp. 24 y ss).

¹⁵² MARX, *Líneas fundamentales...*, op. cit., p. 25; cf. ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit., pp. 43 y ss.

¹⁵³ ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit., p. 44.

¹⁵⁴ MARX, *Líneas fundamentales...*, op. cit., pp. 24-25.

De estos dos períodos, Adler se concentra solamente en el primero para presentar una interpretación coherente, quizá suponiendo que el segundo es un residuo de la filosofía de la identidad. Lukács, quien conoció la obra de Adler, demostraría más adelante que era posible una interpretación totalmente diferente de este pasaje, y que esta interpretación rehegelianizante (en cuanto contraria a las interpretaciones kantianas y a las realistas), puede situar la relación teoría-práctica en la crítica de la economía política.¹⁵⁵ Es para nosotros importante que Adler, al observar que Marx critica a Hegel por haber proyectado la síntesis de lo concreto mental en la estructura del ser, retrocede a una posición en la cual lo concreto es *sólo* mental –una posición impensable en Marx. Habría sido más apropiado interpretar la síntesis mental de lo concreto como un paso hacia la liberación de las posibilidades sintéticas de una realidad que se autosupera ya como una totalidad *an sich*, pero no aún totalidad (por ejemplo, una clase para sí) *für sich*. Adler no podía llegar a esto porque no disponía de la categoría hegeliana de superación. Sin ésta (sean cuales fuesen sus límites últimos) no puede fundarse una teoría social en la cual la teoría se convierta en un momento de la *praxis*. Por consiguiente, el *a priori social* de Adler estaba destinado a permanecer frente a la realidad social en una posición contemplativa, que podría haber llevado a una «comprensión» de la realidad social sólo en el mismo sentido en el cual los conceptos abstractos, idealizantes, de la física matemática producen teoría frente a un cosmos infinitamente complejo. Como se ha dicho, Marx se convierte, para Adler, en el Newton del mundo social, y también el propio Adler afirma (coherentemente con el resto de su interpretación) que la dialéctica como *Gedankendialektik* se aplica a las ciencias social y natural.¹⁵⁶

Desde el punto de vista de la dialéctica histórica, cualquier conexión entre naturaleza y dialéctica representa una seria limitación.¹⁵⁷ Por más que

¹⁵⁵ Cf. A. ARATO, *Lukács theory of reification*, y también J. COHEN y A. ARATO, *The whole is false: on the dialectic of the abstract and the concrete*, en "Dialectical Anthropology", 1979.

¹⁵⁶ ADLER, *Marxistische Probleme*, op. cit., p. 36.

¹⁵⁷ Como ya hemos dicho, Kant no intentó nunca interpretar la historia (de hecho se opuso a ello) por medio de las categorías en las cuales está sintetizada la naturaleza (causalidad, esencia); cf. sus diversos escritos sobre los problemas de la historia; para su interpretación de la "dialéctica trascendental" como crítica del naturalismo,

Adler emplee refinadamente los conceptos dialécticos cuando aborda los problemas del desarrollo histórico (por ejemplo, la cuestión de la reforma y la revolución), por más que intente relacionar la dialéctica del pensamiento, por lo menos como *Forschungsprinzip*, con el estudio de las formas del «antagonismo» social, por más que pretenda elaborar una teoría de la praxis, su noción naturalista y contemplativa de teoría desbarata sus proyectos. En sus obras, el desarrollo histórico es siempre determinismo histórico bajo la categoría de causalidad, el antagonismo social es un caso especial de oposición antropológica entre individuo y sociedad, y la praxis es identificada como tecnología social. De este modo, tres conceptos diferentes por naturaleza (determinismo natural, naturaleza humana, tecnología) se han superpuesto en la obra de Adler al desarrollo de los conceptos de una teoría dialéctica de la sociedad. La interpretación de la práctica como tecnología social ha impedido sobre todo el camino hacia una comprensión seria de Hegel dentro de la II Internacional. Viceversa, Hegel ha influido poco sobre Adler o Plejánov, ya que éstos interpretaban la teoría como ciencia natural y la práctica como ciencia aplicada. Los cuadernos leninianos de 1914-1916, acerca de la lógica de Hegel, escritos al final del período que estudiamos, expresan esta misma –dificultad en la que quizás es la más seria confrontación marxista con Hegel hasta Lukács.

Las adquisiciones de Lenin en sus estudios privados sobre Hegel son innegables. En primer lugar, se empeñó en una autocrítica, una crítica de la metafísica materialista, llegando así a la comprensión de la perspectiva desde la cual Plejánov, y él mismo, se batirán contra Kant y el empiriocriticismo, así como contra el «materialismo vulgar», opuesto a la dialéctica, que se debía aún estudiar en Hegel.¹⁵⁸ En segundo lugar, se encontraba a punto para una nueva interpretación de *El Capital* de Marx sobre la base de la *Lógica* de Hegel.¹⁵⁹ En tercer lugar, volvió a valorar muchos conceptos dialécticos (superación, autoposición, la transición categorial, etc.) que condujeron a la elaboración de una dialéctica objetiva mucho más rica que cualquier otra formulación correspondiente en Engels o en Plejánov. Por último, subrayó especialmente el significado de la práctica y de la conciencia en la constitución de la objetividad. Pero sobre el tercer y cuarto puntos el Lenin de *Materialismo y empiriocriticismo* se mostró inamovible. El

cf. *Prolegomena zu einer jeden Künftigen Metaphysik* en Werke, V, Frankfurt am Main, 1958, par. 60, pp. 239-240.

¹⁵⁸ V. I. LENIN, *Cuadernos filosóficos*, en *Obras completas*, cit., vol. XLII, p. 171.

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p. 172.

complemento subjetivo de la dialéctica objetiva se presentaba aún en los términos de una visión cientificista de la teoría del reflejo, y la práctica constitutiva del objeto era entendida aún como tecnología sometida a la necesidad causal, externa. A continuación, nos ocuparemos de estos dos puntos.

Lenin, siguiendo a Hegel, entendió la antinomia como el principal desafío y el principal enemigo de la teoría dialéctica. Por primera vez en la historia del marxismo, buscó una solución desde las dos perspectivas: la autosuperación de la realidad objetiva y el proyecto práctico de la conciencia. Por una parte, el movimiento autónomo de las cosas supera cualquier oposición abstracta, cualquier unilateralidad, cualquier reducción o abstracción cuantitativas, produciendo una «conexión universal, multilateral, vital, de todo con todo».¹⁶⁰ La fuerza motriz de este movimiento, o automovimiento, es la contradicción que en todos los aspectos de la realidad realiza tanto la autodiferenciación como la unificación de los opuestos.¹⁶¹ La cuestión a la que Lenin no respondía con facilidad, o por lo menos sin ambigüedades, era la relación entre conciencia, subjetividad y totalidad objetiva. No dispuesto en absoluto a olvidar su anterior teoría del reflejo, continuaba entendiendo la inversión materialista de Hegel como reflejo del conjunto objetivo del mundo, gracias a conceptos adecuadamente «tallados, trabajados, flexibles, móviles, relativos, mutuamente vinculados, unidos en opuestos».¹⁶² Si la realidad objetiva es definida por las múltiples conexiones de todas las cosas y por las transiciones de cada determinación, calidad, aspecto, lado, propiedad en cada una de las otras, entonces el conocimiento es el proceso sin fin del descubrimiento y de la reproducción (reflejo o copia) de las mismas conexiones y transiciones.¹⁶³ Esta vuelta a la teoría spinoziana de una sola e idéntica sustancia que aparece bajo dos formas que se corresponden es particularmente paradójica si se tiene en cuenta la adhesión de Lenin a la crítica hegeliana del sistema de Spinoza, en el cual «no hay un sujeto libre, independiente, consciente» carece de «*la libertad e independencia del sujeto consciente de sí*».¹⁶⁴ Por otra parte, quizás incoherentemente, Lenin estaba dispuesto a conceder al Hegel de la *Wesenslogik* y de la *Begriffslogik*, así como al Marx de las *Tesis sobre Feuerbach*,

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 141.

¹⁶¹ *Ibíd.*, pp. 215-217.

¹⁶² *Ibíd.*, p. 141.

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 176.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, p. 160.

que la conciencia y la autoconciencia tienen una relación activa e incluso constitutiva con la objetividad. Es más, ya que el comentario de Lenin va desde la «lógica del ser» a la «lógica de la esencia» y a la «lógica del concepto», su acento parece desviarse desde la forma más pura de objetivismo hacia una teoría del conocimiento práctico y conocimiento teórico, y sólo entonces éste corresponde a su teoría spinoziana del reflejo, reproduciendo el objeto «en su necesidad, en sus relaciones multilaterales, en sus movimientos contradictorios *an-und für sich*».¹⁶⁵ El conocimiento práctico, posible gracias al movimiento de la realidad hacia el *ser para sí*, «aferra, coge, se apropia definitivamente de esta verdad objetiva del conocimiento». Llegado a este punto, Lenin está en condiciones de formular la famosa afirmación que representa para muchos de sus intérpretes una ruptura definitiva con la teoría del reflejo: «la conciencia del hombre no sólo refleja el mundo objetivo, sino que lo crea».¹⁶⁶ ¿Qué entiende Lenin por «creación»? 1) La naturaleza independiente del hombre todavía se presupone; 2) la conciencia humana intenta de todas formas «realizarse» y «darse mediante sí misma objetividad en el mundo objetivo»; 3) en el plano teórico, la conciencia está contrapuesta a este mundo, pero se esfuerza en determinarse y «realizarse» según la estructura y el movimiento del objeto; 4) en el plano práctico, el objeto, el mundo en sí, «no satisface al hombre, y éste decide cambiarlo por medio de su actividad».¹⁶⁷ Está claro que no sólo la *Lógica* de Hegel sino también las *Tesis sobre Feuerbach* ejercen una influencia de peso en este contexto. Para el nuevo Lenin «la práctica es superior al conocimiento (teórico)» porque tiende, «mediante la destrucción de lo definido (aspectos, rasgos, fenómenos) del mundo *exterior*» a «*darse realidad en forma* de realidad exterior».¹⁶⁸ A pesar de esto, el conocimiento teórico no puede ser marginado a causa de la independencia del mundo exterior y de los obstáculos que éste interpone en el camino de los proyectos prácticos. Por esta razón, sólo «*la unión del conocimiento y la práctica*» se puede evitar el riesgo de convertir a la práctica en un mero «bien» o «deber ser subjetivo», exterior, incapaz de penetrar la realidad y de garantizar su auténtica autorrealización.¹⁶⁹ Queda aún por preguntarse qué entiende Lenin por el concepto de «práctica» y de «unidad entre teoría y práctica».

¹⁶⁵ *Ibíd.*, p. 200.

¹⁶⁶ *Íd.*

¹⁶⁷ *Ibíd.*, p. 201.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, p. 204.

¹⁶⁹ *Ibíd.*, p. 203.

A partir de Aristóteles, la noción clásica de filosofía práctica comprendió una distinción doble de la *praxis*, del *episteme* (o *teoría*) y del *tecné* (o *poiesis*). La *praxis* es diferente de la *tecné* por cuanto implica una autotransformación, una autocreación situada teleológicamente en correspondencia con normas, valores, hábitos, costumbres, válidos intersubjetivamente. La *tecné* constituye la transformación de objetos externos en base a criterios mucho más limitado, en particular, el uso. El medio de la *praxis* es la política; el de la *tecné*, el trabajo.¹⁷⁰ En la tradición marxiana esta distinción se lleva a cabo con muy poca frecuencia, pero Marx, en la medida en que confió en el idealismo que proporcionaba el «elemento activo», adoptó conceptos kantianos, y sobre todo hegelianos, que suministraban profundas raíces a la idea de una intersubjetividad del fundamento normativo. El concepto kantiano de práctica era definido desde un punto de vista individualista. Sin embargo, los parámetros de la moralidad constituían para él postulados, imperativos que entendían con claridad y que presuponían de un modo ideal, regulador, una comunidad futura. La posibilidad de esta comunidad estaba fundada, para Kant, en una historia interpretada providencialmente y en parte mitologizada. En este contexto, Hegel se esforzó por fundamentar la intersubjetividad en un concepto de espíritu, que implicase a la vez la alienación y la interacción. Marx traduce el concepto hegeliano de espíritu con todas sus características, aunque superficialmente, mitológicas en su noción teleológica de *Vergegenständlichung*, la cual está quizá demasiado cercana al concepto de trabajo. De todas formas, el concepto de objetivación permitió fundar a Marx la posibilidad filosófica de su proyecto político en la realización de la especie, simbólica y material, en medio de la alienación.¹⁷¹ Para Engels, Labriola, Plejánov, Kautsky y Lenin, en cambio, la práctica es simplemente el trabajo, la *praxis* se reduce a la *tecné*. En el caso de Lenin su subestimación del concepto hegeliano de espíritu como mero misticismo¹⁷² proporciona el primer indicio a este respecto. Su concepto de intención y de finalidad proporciona el segundo: «En realidad, los fines de los hombres son engendrados por el mundo objetivo y lo presuponen –lo encuentran como algo dado, presente–. Pero al hombre le *parece* como si sus fines fuesen tomados de fuera del mundo, como si fuesen independientes del mundo

¹⁷⁰ Sobre este problema véanse los trabajos de J. Habermas, K. O. Apel, A. Wellmer y, pese a su desastrosa interpretación de Marx, Hannah Arendt.

¹⁷¹ A este propósito véanse los trabajos de Agnes Heller, Ferenc Fehér y György Márkus.

¹⁷² *Cuadernos filosóficos*, op. cit., p. 193.

("libertad"))». ¹⁷³ Se vuelve a Spinoza, se vuelve a Plejánov. Al abandonar el concepto de teleología, partiendo de la descripción hegeliana de la «técnica mecánica y química», reduciendo toda teleología a la causalidad, Lenin, en *Materialismo y empiriocriticismo*, vuelve a su definición de práctica: «El hombre con su *práctica* demuestra la corrección objetiva de sus ideas, conceptos, conocimiento, ciencia». ¹⁷⁴ Pero entonces el concepto de praxis es reabsorbido en una causalidad omnicomprensiva, y su dimensión activa se presenta exclusivamente bajo los términos de una anticipación tecnológica de la causalidad y de la adaptación a ella.

La posición de Lenin acerca del problema de la práctica era ambigua; su voluntarismo político era manifiestamente poco apropiado para un determinismo omnicomprensivo (de ahí sus concesiones al aspecto creativo de la conciencia) y sus inclinaciones centralistas no le permitían acceder a una noción de práctica concebida de manera intersubjetiva: de ahí su desconfianza hacia la teleología y hacia el concepto de libertad. La solución definitiva de este problema era para Lenin la tecnología social, pero la evidente fascinación que sobre él ejercían los argumentos muy diferentes de Hegel, interfería con dicha solución. Así, por ejemplo, siguiendo los pasos de Hegel, sostenía que la «ley» —contrariamente a toda la tradición socialdemócrata— era el reflejo puramente inmediato, «fijo» (*ruhige*), del mundo fenoménico, y que su absolutización era su fetichización. ¹⁷⁵ Y aún subvalorando la argumentación de Hegel para la cual este reflejo fijo es «el fenómeno esencial», Lenin va más allá, hasta sostener que «ley y esencia son conceptos del mismo tipo (del mismo orden)» que «expresan la profundización del conocimiento, por el hombre, de los fenómenos, del mundo, etc.». Allí donde Hegel sostiene que la ley es unilateral y que el momento de la forma que ella mueve representa un nivel más profundo de realidad, Lenin insiste en la naturaleza omnicomprensiva de la ley. ¹⁷⁶ De forma análoga, al comentar un pasaje de Hegel acerca de la «negatividad» interna de la subjetividad, definida aquella como fuente dinámica, y «la negación de esta negación» como «el momento más íntimo y objetivo de la vida y del espíritu, en virtud del cual un sujeto, la persona, lo libre, existe», Lenin llega a la conclusión más extraña, definiendo la dialéctica de la negatividad «1) como automovimiento, la coincidencia de los conceptos del

¹⁷³ *Ibíd.*, p. 180.

¹⁷⁴ *Ibíd.*, p. 181.

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p. 146.

¹⁷⁶ *Ibíd.*

sujeto (el hombre) con la realidad, 2) como objetivismo en el más alto grado».¹⁷⁷ Mientras que Hegel intentó caracterizar la intersubjetividad más objetiva como el origen de la persona libre, que se determina a sí misma, Lenin habla de «objetivismo en el más alto grado». Y ni aun esto le impide, un poco más adelante, subrayar mediante una enfática nota, la afirmación de Hegel: «lo más rico es lo más concreto y lo más subjetivo».¹⁷⁸

La ambigua interpretación leniniana del concepto de práctica, tan ambigua como la futura revolución bolchevique, lo sitúa claramente en el contexto de la irresuelta antinomia que se extiende entre el materialismo mecánico de Plejánov y la filosofía de la voluntad de Sorel. Aparte de Plejánov, sólo Sorel produjo una «solución» genuinamente monista del problema planteado por la relación entre «marxismo y filosofía».

5. Sorel y las antinomias del pensamiento marxiano

Georges Sorel representa la alternativa a la tradición que hemos examinado hasta el momento. No sólo es el más alejado de la metafísica materialista, de la que hasta ahora hemos tratado, sino que en algunos aspectos se contraponen al conjunto de la II Internacional y a su espectro de filosofías. Su inspiración no proviene, en efecto, de la teoría dialéctica, sino de sus predecesores románticos y de sus sucesores neorrománticos. Muy hostil a la Ilustración del siglo XVIII, con la que estaban estrechamente relacionados todos los demás marxistas, Sorel se opuso, durante la última y más significativa etapa de su obra, a la idea de una ciencia social.¹⁷⁹ De todas formas, el «anticapitalismo romántico»¹⁸⁰ que elaboró, y muchos de sus elementos constituyentes, pertenecen a la problemática de la rica y contradictoria obra que Marx produjo a lo largo de su vida y legó a sus herederos. Por otra parte, su solución claramente mitológica de las antinomias del marxismo esclarece notablemente la profundidad del problema y la importancia del peligro con que se enfrentaban todos los que se dedicaban al conjunto de la obra marxiana durante el siglo XX.

¹⁷⁷ *Ibíd.*, p. 217.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, p. 219.

¹⁷⁹ Sorel está unas veces contra toda ciencia social y otras solamente contra la ciencia social en el sentido fuerte, predictor y determinista.

¹⁸⁰ Sobre esta categoría hay un ensayo importante de F. FEHÉR, *A Romantikus Kapitalismus Választóján*, parcialmente editado en "New German Critique", 1979.

Sorel opone a sus adversarios no sólo una crítica filosófica, sino también una versión muy elaborada de la crítica de la ideología¹⁸¹: interpreta deliberadamente el materialismo histórico no como un determinismo económico, sino como una teoría de la ideología, que fundamenta la función y la influencia de las ideas (¡no su origen!) en el interés de clase, particularmente en el interés político de clase. Así, pone en contacto todas las tradiciones intelectuales de la Ilustración con los intereses políticos, ya sea de la burocracia absolutista, ya de las capas medias económicamente en ascenso, es decir, con los poseedores y controladores del Estado del siglo XVIII o XIX.¹⁸²

Para Sorel, la noción ilustrada de progreso implicaba, ya la idea de ciencia «como receta para obtener ciertas ventajas»,¹⁸³ ya la proyección de los presuntos métodos de la ciencia natural en el mundo social. La ciencia en cuanto tal es conocimiento en sí mismo, y el presupuesto de las ciencias naturales y matemáticas, es decir, la construcción de leyes totalmente generales, está ausente del mundo social. Por consiguiente, la previsión, o sea la extrapolación del pasado y del presente en el futuro, es imposible. Para este autor, sólo la idea opuesta —que el pasado asume retrospectivamente una estructura racional, que el presente es un estado de flujo y desorden y que el futuro es sólo objeto de acción y no de conocimiento— se adecuaba a las aspiraciones revolucionarias y antiestatalistas del proletariado (el movimiento sindical). Esperaba encontrar una base adecuada a su oposición radical a cualquier concepción necesaria del progreso histórico en la filosofía antiilustrada, y en cierta medida antirracionalista, de Bergson. Por otra parte, la relación de Sorel con Bergson es evidente a la luz de dos argumentos: la especificidad del ambiente cultural francés en el cual Bergson representaba el papel de defensor de la humanidad contra la irrupción destructora de la civilización mecanizada, y el deseo de Sorel de fundar la posición sindicalista en la «acción directa». No necesitaba una nueva —y quizás dualista— teoría de la ciencia, sino una nueva teoría de la acción.¹⁸⁴

¹⁸¹ La mejor monografía en lengua inglesa sobre Sorel es la de I. L. HOROWITZ, *Radicalism and the revolt against reason*, Southern (Ill.), 1968, que ve correctamente esta crítica de la ideología como una sociología política del conocimiento.

¹⁸² SOREL, *Les illusions du progrès*, París, 1908.

¹⁸³ Id., *Considerazioni sulla violenza*, Bari, 1970, p. 199 [trad. cast. *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, 1915].

¹⁸⁴ Cf. a este propósito el cap. II de HOROWITZ, *Radicalism*, op. cit., y en particular las pp. 21-52.

Según Sorel, la teleología del culto positivista de la ciencia representaba el final de la filosofía; sólo una forma de acción que fuese en dirección contraria a la ciencia podía salvar a la filosofía.¹⁸⁵ La obra juvenil de Bergson proporcionaba esta anticencia que le era necesaria. Tres elementos de la filosofía de este autor impresionaron a Sorel: la concepción de la experiencia integral, holística, la insistencia sobre el conocimiento intuitivo de las partes más esenciales de la realidad, y la visión de la acción genuinamente creadora. Lo que rechazaba era la experiencia ordinaria, fragmentada, del yo en la vida cotidiana, y su complemento, un conocimiento meramente analítico que confunde el autoconocimiento humano con la mecánica, es decir, con el conocimiento de los objetos externos. Tal psicología y epistemología no puede aprehender las bases creativas de lo nuevo en la profundidad de la experiencia y de concentración auténtica y no dividida. En un terreno, Sorel iría, casi inmediatamente, más allá que su maestro filosófico: se interesaba, en definitiva, no en el individuo sino en el sujeto colectivo de la acción. La psicología, la epistemología y la ética de la acción bergsonianas se transferían, de esta forma, a un contexto absolutamente nuevo, el proyecto político del sindicalismo revolucionario. La concepción soreliana del mito se orientó explícitamente hacia ese fin. Tanto para Bergson como para Sorel, el futuro no podía ser previsto ni por los individuos ni por los grupos. De todos modos, no es posible actuar sin imágenes, sin fines imaginados. Sólo la anticipación del futuro en forma de mito proporciona estas imágenes, sin la falsa y peligrosa esperanza de la extrapolación y de la predicción científica.¹⁸⁶

Sería demasiado fácil malinterpretar la inclinación de Sorel hacia Bergson, y especialmente su concepto de mito, declarándolo totalmente extraño al marxismo. Una breve ojeada a los componentes más importantes de su teoría social y una comparación con importantes teorías de la ortodoxia marxista y del mismo Marx, bastarán para evitar dicha tentación. El paralelo nos mostrará que si bien el marxismo y Sorel se contraponen en casi todos los puntos fundamentales, estas oposiciones están en la base de la obra de Marx.¹⁸⁷

¹⁸⁵ SOREL, *Considerazioni sulla violenza*, cit. p. 202.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 177.

¹⁸⁷ Sobre la naturaleza fundamentalmente antinómica de la teoría global de Marx, cf. A. HELLER, *La teoria marxiana del bisogno in Marx*, Milán, 1978, y recientes trabajos de C. Castoriadis, como *On the history of the working movement*, en "Telos", XXX, 1976-1977. Sobre las antinomias de sus mejores discípulos, Rosa Luxemburg y Gyorgy

Sorel representa, por ejemplo, un punto de vista antiilustrado, tendente a rechazar el concepto de progreso. Nada parece más extraño a la concepción marxista del mundo. Será oportuno evitar una posible interpretación errónea de la posición de Sorel: éste aceptó la noción de progreso técnico, y rechazó únicamente la relación, habitual en el siglo XVIII y en el materialismo histórico, entre este último y el progreso político-cultural: su distancia de la ortodoxia de Kaustky, Plejánov, etc., es clara; pero es más difícil esclarecer el problema con respecto a Marx. Evidentemente, las afirmaciones metateóricas de éste sobre el materialismo histórico, en particular la *Introducción* de 1857 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, habían determinado en especial la interpretación ortodoxa. Su teoría de la alienación, en cambio, que tenía un origen romántico, conducía a una lectura muy diferente. Según el testimonio de los *Grundrisse*, dado que el capitalismo representa la culminación de la alienación de los individuos en el marco del gran desarrollo de la especie, sería grosero presentarlo como progreso sin considerar todo el problema desde el punto de vista de la especificidad social del comunismo, aún inexistente.¹⁸⁸ Si examinamos por separado las categorías de alienación, comunismo y necesidad económica, Sorel representa un aspecto de la teoría marxiana, que se ha perdido en las obras del materialismo histórico ortodoxo. Dado que obviamente Sorel no conoció los *Grundrisse*, tiene interés el hecho de que las ambigüedades de éste acerca del significado de la futura producción comunista coincidan con las de Marx. Por una parte, como en los *Grundrisse*, Sorel presentó las actividades artísticas y científico-naturales del presente como anticipaciones de una forma de trabajo futuro posible gracias al desarrollo tecnológico que el capitalismo en parte promueve y en parte frena.¹⁸⁹ Asimismo subrayó la posibilidad intrínseca en algunas «fábricas capitalistas de carácter progresista» de reducir al mínimo la jerarquía y aumentar al máximo la polivalencia en la división del trabajo —especialmente en el marco de la educación politécnica general.¹⁹⁰

Lukács, cf. ARATO, *Reexamining the Second International* y *Lukács's theory of reification*, op. cit.

¹⁸⁸ K. MARX, *Líneas fundamentales...*, op. cit., vol. 22, p. 228.

¹⁸⁹ SOREL, *Considerazioni sulla violenza*, cit. pp. 321-327.

¹⁹⁰ Cf. SOREL, *Les illusions du progres*, op. cit. Sobre las dificultades del mismo Marx respecto de la organización del trabajo en el comunismo me remito a mi ensayo en el volumen de J. COHEN, D. HOWARD y A. ARATO, *Marx and the Social Theory*, Telos Press, 1979.

Para Sorel, el comunismo representaba una cultura totalmente nueva, fundada en la abolición del Estado y en la transformación del trabajo. Estaba convencido de que lo nuevo no podía fundarse sobre una extrapolación científica, determinista, del pasado y del presente. Además, reconocía en la lucha de clases, más que en la primacía de la economía, la doctrina central de Marx; en la ética más que en la ciencia, el significado de la política socialista; en la espontaneidad de la clase trabajadora más que en la burocracia protoestatal, el principio de la organización socialista. Con respecto al primer punto, en las obras del mismo Marx la cuestión no está clara¹⁹¹: en algunos textos se considera la lucha de clases como motor de la historia, mientras que en otros la lucha de clases y la lucha política se reducen a las relaciones dinámicas de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Incluso en *El Capital*, la lucha de clases conserva algunas funciones «creativas», especialmente en lo que se refiere a la transición de la apropiación de la plusvalía absoluta a la apropiación de la plusvalía relativa, y de las máquinas a la gran industria. Pero pasajes como éste son relativamente escasos en las obras más sistemáticas de Marx. En cuanto al segundo problema, el testimonio explícito de Marx habla contra Sorel: aquél consideró su obra como una ciencia social determinista. No obstante, los presupuestos normativos de la ciencia de Marx han sido reconstruidos recientemente.¹⁹² Naturalmente los socialistas kantianos han intentado suplir las carencias de la ortodoxia marxista en este aspecto. Pero Sorel fue más lejos que nadie en la tentativa de fundar el socialismo en la ética, ya que rechazó por completo la importancia de la ciencia social en cuanto ciencia. Para ser más precisos, utilizó una sociología histórica de la política sólo para examinar y criticar el pasado; consideró la tarea del presente de forma exclusiva (aunque dualista) en términos de «ética de la violencia» y de «ética de los productores», como etapas necesarias de la autoconstitución, la autoeducación y la automovilización del proletariado. La «ética de la violencia» (con sus resonancias nietzschanas) se origina en el «mito» indispensable para una movilización de grupo destinada a la acción, mientras que la «ética de los productores» tiene que producir las anticipaciones exigidas por la solidaridad de un grupo social que quiere verse a sí mismo como anticipador y realizador del futuro.

¹⁹¹ Sobre las contradicciones de la teoría de las clases en Marx y sobre la naturaleza antinómica de su teoría social en general, cf. el ensayo de J. COHEN, *Class Analysis and late capitalism*, en New School for Social Research, Telos Press, 1979.

¹⁹² HELLER, *Toward a marxist theory of value*, op. cit.

El Estado moderno fue el primer y principal objetivo de la crítica de Sorel. El mismo Marx mantuvo una posición ambigua sobre este punto. En sus obras se puede encontrar tanto el reforzamiento transitorio del Estado, como la necesidad de una extinción casi inmediata de su «carácter de Estado».¹⁹³ Igual ambivalencia muestran los dos ideales de la planificación central y de la cooperación libre de los productores asociados. Si la socialdemocracia tendía a inclinarse hacia la vertiente estatalista de Marx, Sorel representaba en cambio la tendencia anarquizante. Estaba convencido de que la aceptación de la ciencia social, en el sentido fuerte del término, prejuzgaba el problema de la organización en un sentido estatalista-burocrático. Dentro de la tradición marxista no fue el único que temió al «centralismo burocrático»: baste recordar la crítica de Rosa Luxemburg a Lenin. Incluso eran características de la concepción antinómica que Rosa Luxemburg tenía acerca de la teoría social, la aceptación de la idea de ciencia social en el sentido estricto, determinista, predictivo —que implica claramente una tecnología social— y el considerar la autoeducación, la autoconstitución y la actividad autónoma del proletariado, por encima de cualquier otro valor. Agreguemos que durante el brevísimo período en el que Lenin aceptó la idea del «Estado-Comuna», olvidó el papel político del partido centralizado e incluso la ciencia administrativa que discrimina inevitablemente a los burócratas de las cocineras. Así, la exageración de Sorel consistió sólo en representar con coherencia mitológica la vertiente antiestatal de Marx y del marxismo.

Sorel fue consciente de la naturaleza antinómica de las teorías marxistas, en particular acerca de la lucha de clases.¹⁹⁴ Sostuvo que, en la medida en que se atribuye al análisis de clase marxiano una validez empírico-analítica, es necesario admitir que: 1) el modelo de dos clases es falso; 2) que los trabajadores suelen luchar en general por las reformas, no por la revolución; 3) que los trabajadores son influenciados por los demagogos y por los métodos de organización típicamente burgueses; 4) que es falsa la tesis de la pauperización creciente, etc.¹⁹⁵ Aun admitiendo

¹⁹³ Compárense, por ejemplo, el *Manifiesto comunista* y *La guerra civil en Francia*. Los ataques de Bakunin a Marx sólo se refieren a una de estas posiciones. Para una comparación entre el estatalismo del *Manifiesto* y el antiestatalismo del joven Marx véase COHEN, *Class analysis*, op. cit.

¹⁹⁴ Sobre todos los aspectos cruciales de este problema de los que sólo unos pocos han sido abordados por Sorel, cf. COHEN, *Class analysis*, op. cit.

¹⁹⁵ SOREL, *Considerazioni sulla violenza*, op. cit., pp. 192-195.

claramente su deuda hacia Bernstein, Sorel llegó a una conclusión totalmente opuesta a la del reformismo bernsteniano. Todas las hipótesis empíricamente falsas de Marx pueden ser conservadas, y deben serlo, como aspectos de aquel mito (la «huelga general») que está destinado a unir a los trabajadores en la lucha. El hecho de que la idea de la autoorganización se contradiga con la pretensión de que el desarrollo capitalista, a través de las crisis periódicas autodestructivas, concentra, funda y organiza la clase obrera, no preocupó a Sorel. Aunque la teoría marxista de la crisis (y especialmente del «derrumbe») es empíricamente falsa, forma parte del mito que debe organizar a los trabajadores, destruyendo así la ilusión de la invencibilidad del sistema. Así, mientras que a nivel de la ciencia social empírica, la teoría del desarrollo capitalista y de la revolución proletaria son antinómicas, a nivel del mito, son compatibles y, más aún, se refuerzan recíprocamente. El único problema está en el hecho de que el concepto de mito propio de Sorel se escinde en dos partes antinómicas: el mito como parámetro simbólico de la intersubjetividad y el mito como movilización irracional hacia la acción. A pesar de haber comprendido el importante problema de la irracionalidad, la antinomia de Sorel reproduce la de Marx: la autoconstitución de la subjetividad revolucionaria y la instrumentalización de los agentes de la revolución por parte del proceso histórico.¹⁹⁶ Si en Marx, como comprendió Sorel, la mitologización de la ciencia tiende a ocultar la antinomia, en Sorel la mitificación del mito cumple la misma función. Este es el secreto del apoyo de Sorel a Lenin, y no ninguna ilusión acerca del carácter sindicalista de los soviets. Para él, el mito significaba a la vez la autoconstitución intersubjetiva y la acción como fin en sí. En la duda, pareció escoger la segunda, y escudado en el mito pudo evitar admitir su renuncia a la «ética de los productores» a favor de la «ética de la violencia», su renuncia al modelo dialógico, intersubjetivo, de la praxis política, a favor de la instrumentalización revolucionaria de las masas.

6. *Un dualismo insuprimible*

Con Sorel, la exposición de la antinomia del marxismo clásico queda completada. Pero ¿se justifica el empleo de la rigurosa categoría filosófica del idealismo alemán para el heterogéneo conjunto de los dualismos examinados? Creo que sí. Todas las antinomias kantianas de la razón pura

¹⁹⁶ HELLER, *La teoria del bisogni in Marx*, op. cit. (en particular el capítulo sobre las necesidades radicales).

expresan el conflicto interno de la razón a la busca de la totalidad. La tercera en particular –hay «una causalidad para libertad», contra «no hay libertad, todo en el mundo sucede únicamente según las leyes de la naturaleza»– representa la tendencia a sintetizar «la idea de la absoluta totalidad» en el «conflicto de una apariencia».¹⁹⁷ La versión marxista de esta antinomia es exactamente el intento de hacer derivar el socialismo-comunismo de la autoactividad del sujeto y de la legalidad seminatural de un objeto histórico. La dualidades de teleología contra causalidad, ciencia contra ética, comunismo como ruptura contra comunismo como extrapolación del capitalismo, lucha de clases contra primacía de la economía, y también antiestatalismo (basado en la libertad, en la ruptura y en una nueva ética) contra estatalismo (basado en la extrapolación, en la necesidad y en la ciencia) pueden deducirse con facilidad de dicha antinomia fundamental. Pero ¿no es el significado de la dialéctica marxiana (o incluso hegeliana) la solución, la superación de todas las antinomias?¹⁹⁸ Es más, se puede, desde el punto de vista de la teoría marxista-hegeliana de la sociedad civil, volver a conceptualizar el fundamento de la antinomia de libertad-necesidad. En la sociedad civil, que se caracteriza por el sistema de competencia en la producción general de mercancías, el individuo autónomo nace a la vez libre y no libre¹⁹⁹: libre de las relaciones de dependencia personal, pero integrado en un conjunto de necesidades, fetichizado, reificado, transformado en una segunda naturaleza. La libre actividad es posible sólo sobre una base colectiva, pero los individuos en la sociedad civil (dada la falta de comunidad) se encuentran sólo a través de relaciones fetichizadas. En la sociedad civil, todos los representantes de la particularidad, e incluso de las clases, actúan en una trama de necesidad, ya que el mundo social permanece como la consecuencia no intencional de la totalidad de sus acciones. Tanto Hegel como Marx han intentado oponerse a esta tendencia a la heteronomía mediante totalizaciones dirigidas a integrar la sociedad civil en una comunidad ética (Hegel) o a sintetizar al representante y agente de una comunidad futura, ética y universal, más allá de la sociedad civil (Marx). En el caso de Marx, este representante y agente era el proletariado, la presunta

¹⁹⁷ Cf. E. KANT, *Crítica de la razón pura*, Vol. II, pp. 368, 369, 411.

¹⁹⁸ Sobre esta cuestión, cf. M. VAJDA, *The myrh and the reality of mediation*, en "Telos", 1979.

¹⁹⁹ Cf. HELLER, *La teoria del bisogno*, op. cit. Sobre este problema, cf. la caracterización de la época liberal en las obras clásicas de la escuela de Frankfurt y en especial en las obras premarxistas y paleomarxistas de Lukács.

clase universal. Sólo que, en la realidad, el proletariado empírico no tenía las necesidades radicales que le hubieran convertido en representante de la humanidad, sino sólo los intereses particulares que lo vinculaban al presente.²⁰⁰ Desde un principio, la totalización era ambigua en sí y conducía al renacer de la antinomia. En la medida en que perseguía su proyecto filosófico, Marx trabajó toda su vida con aquellas categorías (alienación, objetivación, necesidad y conciencia de clase) que pretendían anticipar la posibilidad de una auténtica autoconstitución del sujeto. En la medida en que perseguía el éxito práctico de su proyecto, concebido en los términos del siglo XIX, buscó fundamentar la emergencia del agente revolucionario en el movimiento seminatural de su objeto «científico», la sociedad capitalista. Esta fue la principal antinomia de Marx. Como lo ha demostrado muy bien Lukács en *Historia y conciencia de clase*, la síntesis de la totalidad, que supera la antinomia sujeto-objeto sobre la base de un sujeto mitológico, conduce a la continua reproducción de las mismas antinomias. El hecho de que la teoría del mismo Lukács lleve a soluciones antinómicas²⁰¹ hubiera debido advertirle que en su concepción del proletariado como identidad de sujeto y objeto, y aún más en su «mito» del partido leninista, actuaba una *Begriffsmythologie*. Una vez liberada de estos mitos, la teoría lukacsiana de la reificación se escinde en una filosofía de la praxis en busca de la subjetividad, y en una teoría social que encuentra pocos indicios de la posibilidad objetiva de lucha, de autoconciencia y de intersubjetividad.

La experiencia que nos proporciona la relación entre «marxismo y filosofía» durante el período de la II Internacional muestra las consecuencias de una derivación de la teoría socialista o de uno de los dos polos de la antinomia, o bien de la estática combinación mecánica de ambos. De todas formas, la superación que procede a través de los extremos no puede pretender descubrir la autosuperación de la realidad, su autototalización según las esperanzas de la filosofía de la identidad.²⁰² Por ello, hasta ahora la única superación posible de la antinomia es la yuxtaposición autoconscientemente, y dualista, por un lado de una filosofía de la historia, con una intención práctica que busca la subjetividad y la emancipación en todas las épocas históricas y en todas las esferas de la realidad, y por otro lado

²⁰⁰ Cf. HELLER, *La teoria del bisogno*, op. cit., y COHEN, *Class analysis*, op. cit.,

²⁰¹ Cf. A. ARATO, *La búsqueda del sujeto revolucionario*, en *The unknown dimension*, a cargo de D. Howard y K. Klare, Nueva York, 1971.

²⁰² Cf. T. W. Adorno, *Filosofia della musica moderna*, Turín, 1973, pp. 29 y ss.

de una teoría crítica que analiza la dinámica oculta de todo lo que es reificado y convertido en natural en las formaciones sociales contemporáneas.

ANDRÁS HEGEDÜS

La cuestión agraria

En el marxismo, la cuestión agraria se presenta en parte como análisis de las relaciones de propiedad y de producción vigentes en el modo de producción agrícola, más o menos diferentes de las de la industria, y basadas en el presupuesto de que el desarrollo de la agricultura, al igual que el de la sociedad, se lleva a cabo bajo el influjo de leyes rigurosas –actuando con la fuerza de las leyes de la naturaleza– que la ciencia debe descubrir. En parte, se presenta también como cuestión campesina, como complemento de investigación de la estructura social. Según este criterio, los campesinos constituyen una clase de transición: por un lado, en el sentido histórico de transitoriedad –los campesinos son una formación económico-social ya desaparecida en Occidente, el elemento creador del feudalismo, pero que aún subsisten en el capitalismo–; por otro, en el sentido estructural de transitoriedad, es decir, que constituyen una clase de transición entre las dos clases fundamentales del capitalismo: la clase obrera y la de los capitalistas. Además, el marxismo analiza la articulación estructural interna de la clase campesina y formula los programas agrarios de los partidos obreros socialistas (o socialdemócratas).

Este doble planteamiento del problema –la cuestión agraria en sentido estricto y la cuestión campesina– aparece sólo gradualmente en la doctrina marxista, a costa de muchas contradicciones y controversias; y contribuyó de modo sensible al hecho de que tomasen forma dentro del marxismo –en un período relativamente corto– teorías o tendencias políticas violentamente opuestas, que eran en parte el producto de la discusión acerca del problema agrario o campesino, y también contribuían a mantener viva la polémica.

De esta forma, la historia de cómo ha sido planteada en el marxismo la cuestión agraria, o campesina, está indisolublemente relacionada con la historia de las tendencias que se formaron en el socialismo y, en especial, en el marxismo europeo. Me propongo seguir paso a paso este proceso, no desde el punto de vista del historiador sino del sociólogo y del ideólogo, hasta la formación del marxismo-leninismo, no sin aludir a la etapa inicial de la escisión entre bolcheviques y mencheviques.

1. Marx y la cuestión agraria y campesina

Cuando era redactor de la *Rheinische Zeitung* y tuvo que ocuparse de la miseria de los viticultores del Moseba, Marx pensó en escribir una serie de cinco artículos sobre la base de un amplio material. Se encontró enfrentado a la cuestión campesina y al problema agrario en el sentido más estricto. De dichos artículos sólo dos fueron publicados y un tercero fue censurado, por lo que Marx no escribió más. En estos escritos, el autor se muestra resuelto defensor de los pequeños productores llevados a la miseria a causa de la caída de precios del mercado y como un crítico severo de las medidas de emergencia del gobierno.²⁰³

Este primer contacto con la cuestión campesina se mostró fecundo para la teoría de la burocracia, ya que le permitió experimentar en la realidad el particularismo de la burocracia, del cual se ocupó a fondo, desde el punto de vista teórico, en la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1844). En su pensamiento de entonces, sin embargo, se contraponen la burocracia estatal, por un lado a «la vida real», a los procesos reales de producción de bienes naturales y, por otro, al pueblo no articulado, como objeto de la burocracia, como material inerte del arbitrio y de los abusos de ésta. Tal arbitrio, tal particularismo, sólo son superables con la ayuda de la prensa libre y, por lo tanto, de los intelectuales.

Algunos años después, en 1848, la cuestión campesina reaparece relacionada con la revolución en Alemania y Francia, de modo completamente distinto, con fuerza, y no ya con el fin de la elaboración o el desarrollo de una determinada teoría, sino bajo el influjo de los acontecimientos histórico-políticos. En aquella época, Marx había cumplido dos etapas fundamentales de su vida, especialmente importantes desde el punto de vista de nuestro tema: junto a Engels, había escrito el *Manifiesto del Partido comunista* y había opuesto sus concepciones a las de Proudhon, siempre lleno de especial simpatía hacia los campesinos.

La precipitación de los sucesos le indujo a escribir, junto con Engels, la proclama *Reivindicaciones del Partido comunista en Alemania*, a la cual hicieron adherir al apenas constituido Comité Central de la Liga de los comunistas; era un programa en armonía con las reivindicaciones democrático-

²⁰³ H. STEIN, *Karl Marx und der rheinische Pauperismus im Vormärz*, en "Jahrbuch des Kölnischen Geschichtsvereins", XIV, 1932, pp. 130-147.

burguesas, en el que se incluía el programa campesino. Las reivindicaciones más importantes desde este último punto de vista son:

Se derogan sin indemnización alguna todas las cargas feudales, todos los tributos, prestaciones personales, diezmos, etc., que gravaban hasta el presente a la población rural. Las propiedades rurales principescas y otras propiedades feudales, todas las minas, yacimientos, etc., serán transformados en propiedad del Estado. En esas propiedades rurales se practicará la agricultura en gran escala y con los recursos auxiliares más modernos de la ciencia para beneficio de la comunidad. Las hipotecas que gravan las granjas campesinas serán declaradas propiedad del Estado. Los campesinos abonarán al Estado los intereses por dichas hipotecas. En las regiones donde esté desarrollado el sistema de arrendamientos la renta del suelo o el arriendo será abonado al Estado en condición de impuesto. El terrateniente propiamente dicho, que no es campesino ni arrendatario, no tiene participación alguna en la producción. De ahí que su consumo sea mero derroche.²⁰⁴

Este es un programa muy importante en relación a los que seguirán, ya que algunos de sus elementos –tales como el objetivo de transformar las grandes propiedades rurales en propiedades estatales, el del ejercicio de la gestión económica racional a gran escala y la renuncia a la división de la tierra– aparecerán casi inalterados en los programas agrarios oficiales de los partidos de la I Internacional, de los partidos obreros socialistas y socialdemócratas. Esta concepción contiene una ambivalencia que puede ser en cierta medida considerada natural: por una parte, tiene un carácter decididamente filocampesino, pero, al mismo tiempo, en cuanto reivindicaciones comunistas, no puede hacer propia la idea de la creación de «una clase de libres propietarios de tierras», si bien Marx y Engels, poco tiempo después, acusarán a la burguesía alemana de haber traicionado –al contrario de lo que hizo la burguesía francesa en 1789– a sus más naturales aliados, los campesinos, sin los cuales se habría demostrado impotente frente a la nobleza.

El fracaso de la revolución europea de 1848 introduce un nuevo elemento en la forma marxiana de considerar la cuestión campesina. Es una persona absolutamente distinta la que reacciona frente a estos

²⁰⁴ *Reivindicaciones del Partido comunista en Alemania*, en OME, vol. 9, pp. 225-227.

acontecimientos, con respecto al periodista-filósofo indignado por la carestía renana y tenazmente antiburócrata: al intervenir como portaestandarte de una ideología revolucionaria —el comunismo— y como representante de los «verdaderos intereses» de una clase obrera que acababa de demostrar sus posibilidades revolucionarias en las calles de París, dirige su crítica a los campesinos franceses que no se han movido durante 1848. Así, llega a la conclusión de que en Occidente la clase campesina no puede ser ya considerada como una fuerza revolucionaria autónoma, a pesar de que la clase obrera necesita que los campesinos la apoyen y la acepten como su natural aliado y guía.²⁰⁵ Considera que esto es muy importante en especial para Alemania, y afirma en una carta a Engels: «*The whole thing in Germany* dependerá de la posibilidad *to back the proletarian revolution by some second edition of the peasants' war*. Entonces todo irá óptimamente».²⁰⁶

Durante los años cincuenta, cuando Marx se dedica intensamente a la creación de la teoría económica, se ocupa cada vez menos no de la cuestión campesina, la cual implica conclusiones políticas inmediatas, sino del problema agrario en sentido estricto, de la caracterización de las leyes de movimiento y desarrollo de la agricultura. En el desarrollo ulterior de su teoría encontramos dos concepciones en cierta medida independientes y particularmente importantes desde nuestro punto de vista: la teoría de la renta de la tierra y el enunciado de la ley de concentración del capital, considerada válida también para la agricultura. La primera no es otra cosa que la incorporación del problema agrario a la economía política marxiana, lo cual proporciona —en especial a través de la tesis de la renta absoluta de la tierra— una sólida base teórica a una de las reivindicaciones fundamentales de los programas agrarios socialistas: la nacionalización de la propiedad agraria. No obstante, esta teoría no tuvo un efecto revolucionario en lo que respecta a la explotación de los obreros, al contrario de lo que sucedió con la teoría del valor, o más bien de la plusvalía.

Además, Marx considera la mayor parte de los tipos de renta diferencial de la tierra como el fenómeno cuya conservación constituye una de las principales garantías de la dinámica de desarrollo de la producción agrícola. Añádase a lo anterior el hecho de que la teoría de la renta de la tierra es uno de los aspectos menos desarrollados del marxismo «clásico», aunque sólo fuese porque parte de la hipótesis teórica de que en la producción agrícola

²⁰⁵ K. MARX, *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras escogidas*, cit., vol. 1, pp. 226 y ss.

²⁰⁶ K. MARX y F. ENGELS, *Opere*, vol. 40, p. 67 (carta del 16 de abril de 1856).

reinan las relaciones de mercado. En la época de Marx y de Engels esto era más o menos cierto en los países de Europa occidental, pero Europa oriental estaba, en cambio, inconmensurablemente lejos. Es el reconocimiento de dicha situación la que induce a Marx, durante la segunda mitad de su vida, cuando ya había elaborado la teoría de la renta de la tierra, a dedicar tanta atención al análisis de las condiciones de Rusia. La exposición más completa de dicha teoría se encuentra en los manuscritos inacabados del tercer libro de *El Capital*, si bien no se encuentran allí indicios de sus estudio acerca de las condiciones agrícolas rusas. En el prólogo a dicha obra, Engels señala lo antedicho del siguiente modo:

Marx había realizado desde 1870 nuevas investigaciones especiales para esta sección relativa a la renta de la tierra. Durante una serie de años había estudiado en los textos originales, copiando largos extractos de los mismos, los datos estadísticos aparecidos en Rusia después de la reforma de 1861 y las ulteriores publicaciones sobre la propiedad de la tierra que amigos rusos le mandaban con gran generosidad; tenía la intención de utilizar todo este material para reescribir la parte en cuestión. Por la multiplicidad de formas tanto de la propiedad de la tierra como de la explotación de los productores agrarios, Rusia debería haber ocupado en la parte dedicada a la renta de la tierra el lugar que ocupa el trabajo asalariado en el primer libro. Sin embargo, no pudo llevar a la práctica su programa.²⁰⁷

Un componente extremadamente importante de la teoría marxiana de la sociedad es la caracterización del proceso de concentración del capital y la inserción de este proceso dentro de su teoría del desarrollo, entre otras cosas porque contribuyó a establecer los fundamentos de la fe en la realidad de la imagen del futuro prevista por el socialismo. De hecho, este proceso constituye el elemento que agudiza al máximo la contradicción entre capital y trabajo, que concentra la clase obrera en grandes unidades productivas y hace posible un alto nivel de organización, de tal modo que los futuros obreros de la gran industria –que serán cada vez más numerosos porcentualmente– servirán de base segura y creciente a la revolución; por otra parte, la existencia de grandes unidades productivas permitirá liquidar la propiedad privada del capital, y establecer la gestión racional y unitaria de

²⁰⁷ K. MARX, *El Capital. Crítica de la economía política*, libro tercero, México, 1971, p. 9.

toda la economía, en cuyo interior habrá sitio para las «libres asociaciones de productores».

La confianza depositada en la producción a gran escala y en su desarrollo posterior y necesario es una de las piedras angulares de la teoría económico-política de Marx. Queda aún por saber si esta tendencia –que sin duda actuaba en la industria ya en el siglo XIX– es válida también para la agricultura. En tiempos de Marx, la agricultura europea –y mucho más la de América del Norte– presentaba un panorama extremadamente diversificado. Las relaciones capitalistas penetraron del modo más profundo en la agricultura inglesa –y aquí fue donde la producción capitalista a gran escala tuvo su inicio– principalmente gracias al sistema de arrendamientos, del que Marx tanto se había ocupado. En Francia predominaba la parcelación de la propiedad; en Alemania, en las regiones industriales, predominaban los granjeros, que se transformaban cada vez más en productores para el mercado, mientras que Prusia se caracterizaba por la presencia de los *Junker*, medianos propietarios; en las vastas extensiones de tierra cultivable en España y en la monarquía austro-húngara reinaban los latifundios semif feudales; la misma situación se daba en Rusia, donde a la vez subsistían aún las comunidades de aldea (*miry* y *obshchiny*). Añádase a esto que en aquella época las estadísticas agrícolas se encontraban en condiciones deplorables y era muy difícil el trabajo para el estudioso que en aquella situación quisiese identificar una tendencia con validez universal. De todos modos, por lo que se refiere a Europa occidental, Marx no dudaba de que las relaciones capitalistas se habían impuesto en la agricultura, así como la concentración del capital, y por ello esperaba que la cuestión agraria fuera más fácil de resolver para la revolución socialista, de forma análoga al problema de la industria.

Dado que en la época de la I y de la II Internacional, hasta la aparición del leninismo, en el marxismo no se produjeron polémicas especialmente significativas en torno a la primera problemática teórica, la «teoría de la renta de la tierra», la discusión acerca de la concentración del capital que tiene lugar en la agricultura hizo las veces de elemento diferenciador entre las diversas tendencias del marxismo.

2. El programa agrícola del socialismo y la I Internacional

Una vez que los movimientos obreros socialistas se organizaron en partidos, ya en los años de la fundación de la I Internacional, la cuestión campesina y agraria salió del marco teórico, para convertirse una vez más en un elemento constitutivo fundamental de los programas socialistas. Al principio, se intentó sobre todo responder a estos dos problemas:

- 1) Después de la transformación socialista de la sociedad, ¿qué sucederá con la propiedad de la tierra, habida cuenta del papel dominante, o por lo menos significativo, que la propiedad campesina desempeña en la mayor parte de los países en cuestión?
- 2) ¿Cómo se producirá la organización de la producción en la agricultura, habida cuenta del hecho que en la mayor parte de los países implicados la gran explotación agrícola no está aún generalizada?

La polémica acerca del programa agrícola comenzó en ocasión de la Conferencia de Londres de la I Internacional, a la que siguió, en 1866, el primer Congreso de la Internacional, que tuvo lugar en Ginebra, y a continuación el II Congreso, esta vez en Lausana, en 1867. Estas conferencias internacionales pueden considerarse como el terreno de violento enfrentamiento y definitiva cristalización de los puntos de vista marxista y proudhoniano.

El criterio marxista –cuyos principales representantes eran Eccarius, Lessner y Stumpf–, que partía de las tesis marxistas tradicionales, es decir de la necesidad y de la eficacia de la concentración del capital agrícola, exigía la nacionalización de la tierra y la formación de grandes unidades productivas. Las delegaciones inglesa, alemana y belga apoyaron esta reivindicación. A ellas se opusieron, con un punto de vista relativamente unitario, los proudhonianos –entre los cuales se contaban Longuet y Tolain– quienes defendían la propiedad privada de las explotaciones campesinas y veían en ésta la garantía de la libertad individual. Esta plataforma contaba con el apoyo no sólo del delegado francés, sino también del italiano.

En esta polémica no estaba solamente en discusión el problema de la racionalidad económica, sino también los valores humanos y sociales en el más amplio sentido. Los marxianos atacaban el modo de producción campesino no sólo a causa de su escasa eficacia, sino porque albergaban serias dudas acerca del resultado ético y espiritual que éste originaba. No olvidemos que en aquella época, frente a los fenómenos cada vez más

evidentes de crisis moral característicos del desarrollo capitalista, muchos pensadores –no sólo los proudhonianos sino también los seguidores de las demás tendencias anticapitalistas– consideraban ideal el modo de vida del campesino; el hecho de que éste produjese su trigo con más trabajo que el empleado en la gran hacienda, perdía para ellos importancia si se comparaba con los demás valores morales de dicho modo de vida. Marx y los redactores de programas en él inspirados fueron, desde un principio, adversos a estas valoraciones y a estos valores, ya que identificaron en ellos una forma del pensamiento pequeñoburgués, ligado a un anticapitalismo romántico y oscurantista. Su exigencia de nacionalización de la tierra nacía del presupuesto ético de que el terreno cultivable pertenece a la humanidad, a la sociedad y, por lo tanto, la renta absoluta de la tierra era totalmente inmoral. Como se demostró imposible llegar a un compromiso, el Congreso de Bruselas (1868) concluyó la discusión con la victoria de los marxianos; sobre esta base el Congreso de Basilea ya pudo adoptar un programa agrario particularizado.

Durante este período, el punto de vista marxista se halla enunciado con mayor precisión en la llamada «Proclama de Ginebra», cuyas conclusiones sostienen que el poder del capital, el influjo de la ciencia, el curso de los acontecimientos y el interés de la sociedad han condenado inexorablemente y de forma irrevocable el modo de gestión económica de los pequeños campesinos. Según los autores de esta Proclama, la solución del problema consiste en la formación espontánea de cooperativas de producción agrícola y en que, allí donde los pequeños propietarios no estén dispuestos a establecer cooperativas, los braceros agrícolas las formen, reivindicando la tierra de los municipios, del Estado y de la Iglesia. Al abolir el dominio de los terratenientes, fundado sobre el principio de autoridad, los braceros de los grandes latifundios realizarán la gestión económica sobre la base de organizaciones democráticas.²⁰⁸

Merecen citarse dos puntos –muy importantes a nuestro parecer– de la deliberación del Congreso de Bruselas, que puso fin a la polémica entre los marxianos y los partidarios de Proudhon:

El Congreso declara que la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad privada de la tierra y del suelo y de transformar en propiedad común la tierra y el suelo. El Congreso declara que en

²⁰⁸ Publicado en diciembre de 1869 en "Der Vorbote", cuyo jefe de redacción era Becker, autor, al mismo tiempo, de la proclama.

interés de la sociedad es necesario transformar en propiedad común la tierra y el suelo.²⁰⁹

El resultado de la votación sobre estos dos puntos es significativo de las relaciones de fuerza vigentes, o más bien, de la solidez de la posición marxista: el primer punto obtuvo 54 votos a favor, 4 en contra y 13 abstenciones; el segundo, 53 votos a favor, 8 en contra y 13 abstenciones (quienes votaron en contra y quienes se abstuvieron eran en su mayoría franceses). El Congreso de Bruselas adoptó el punto de vista marxiano no sólo a propósito de la propiedad privada de la tierra, sino de forma sustancial acerca del modo de producción socialista; sin embargo, sobre este último punto, se mostró mucho más tolerante y no estableció con claridad qué pasaría con la tierra transformada en propiedad común. Al mismo tiempo, no obstante, se declaró decididamente partidario de la gestión a gran escala, que las «leyes de la agricultura» exigen; en lo que respecta a las formas que debían adoptar las grandes explotaciones –si bien el Congreso se pronunció sustancialmente a favor de las cooperativas de trabajadores estatales y agrícolas– no excluyó la posibilidad de que las tierras fueran cultivadas por los municipios e incluso, aunque de modo transitorio, consideró admisible el arrendamiento privado.

Ni Marx ni Engels tomaron parte directamente en la redacción de los programas agrarios de las conferencias y congresos antedichos. A este respecto, durante a finales de los años sesenta y a comienzos de la década siguiente, merece particular atención la obra de Georg Eccarius y de Wilhelm Liebknecht.

Georg Eccarius era un sastre de origen alemán, que vivió en Londres y fue amigo de Marx; expuso sus concepciones sobre la cuestión agraria en un opúsculo que, en aquel entonces, ejerció una notable influencia.²¹⁰ A partir de este autor, a través de Wilhelm Liebknecht y hasta el *Agrarfrage* de Kautsky, es posible encontrar una especie de «línea dura», que puede ser seguida paso a paso, una rígida posición en contra de la economía campesina «condenada a la ruina» y que, como dice Marx, se puede sostener sólo con la barbarie, la inhumana plusvalía y la contención del nivel de consumos; se trata, por lo tanto, de una posición «anticampesina», pero «en interés» de los campesinos. En su trabajo, Eccarius enuncia esta conclusión sumaria:

²⁰⁹ Citado en W. LIEBKNECHT, *Zur Grund und Bodenfrage*, Leipzig, 1876, p. 23.

²¹⁰ G. ECCARIUS, *Elnes Arbeiters Widerlegung der nationallökonomischen Lehre John Stuart Mills*, Berlín, 1969.

La pequeña propiedad campesina es la agricultura del pasado. Pertenece a una formación social y concuerda con un estado de la sociedad en el cual las necesidades de los hombres de cada provincia, de cada pueblo, casi de cada familia son satisfechas por los propios productos de la tierra (...) La agricultura a gran escala produce víveres y materias primas para una población industrial, la pequeña propiedad campesina sólo los produce para los campesinos.²¹¹

Este es un pasaje que refleja el punto de vista típico del obrero, según el cual la nutrición de los trabajadores concentrados en las ciudades depende de las grandes explotaciones, ya que las pequeñas propiedades campesinas producen solamente para satisfacer las necesidades de la familia.²¹² Cuando escribió acerca de las condiciones de los campesinos –en polémica con John Stuart Mill, a quien critica porque ante la miseria urbana, y naturalmente ante la «inmoralidad», idealiza la vida campesina y exhorta a los obreros llegados a las ciudades a regresar a los pueblos y a la agricultura– Eccarius subrayó, no sin exageraciones, la constante miseria, el trabajo pesado hasta el embrutecimiento, y el nivel de vida inhumanamente bajo del campesino, al tiempo que señaló como única solución la transformación de éste en obrero industrial. Para este análisis se sirvió, sobre todo, de experiencias personales, que al parecer confirmaban esta teoría.

Casi en seguida hubo algunos intentos de matizar la rigidez de las resoluciones tomadas en Basilea. En este sentido debe considerarse, por lo menos en cierta medida, el trabajo del Wilhelm Liebknecht, *Zur Grund und Bodenfrage*, publicado en Leipzig en 1876, si bien el autor, en última instancia, se muestra a favor de la que hemos llamado «línea dura» en la cuestión campesina. Este trabajo fue redactado sobre la base de una conferencia que el autor realizó en 1870 y que, especialmente en Alemania, tuvo gran importancia para la formación de la política agraria de los socialdemócratas.

²¹¹ *Ibíd.*, p. 48.

²¹² Ni siquiera con ojos de hoy día podemos reprocharle el no haber sabido reconocer entonces la capacidad de una parte de la propiedad campesina de convertirse en propiedad productiva para el mercado, en activa pequeña explotación familiar: un siglo después, los economistas agrarios de Europa oriental apenas acaban de reconocer -muchos ni siquiera están todavía convencidos- la capacidad de producir para el mercado a las granjas individuales, mucho más pequeños, en cuanto a superficie cultivada que la explotación agrícola mediana.

La aspiración fundamental del autor fue contrarrestar la influencia política negativa que ejerció en los campesinos la deliberación de Basilea, pero, al mismo tiempo, se apropia del juicio de Marx acerca de la economía campesina, y en especial acerca de la pequeña propiedad. Por lo que se refiere a la transición, enuncia en términos muy precisos dos principios que tendrán gran importancia en la planificación de las transformaciones sociales de los países de Europa oriental:

- 1) El municipio, en cuanto forma natural de asociación del lugar, debe conducir gradualmente la propiedad campesina individual hacia la gestión organizada a gran escala;
- 2) Los latifundios estatales deben ser organizados como explotaciones modelo, en las cuales cristalizará la sociedad agrícola futura.

En este libro, que debía servir para tranquilizar a los campesinos, aparece también una declaración que presagia desventuras si se proyecta en el futuro: en ésta se dice que, si el interés común no lo exige de modo imperativo, un Estado (un gobierno) democrático, o socialdemócrata, no utilizará la constricción contra los campesinos.²¹³

Liebnecht opone netamente la agricultura parcelada francesa al sistema inglés de grandes propiedades. Escribe de la primera que «arruina al Estado, al país, al campesino; conduce –si no interviene una política razonable, que aspire al bienestar del pueblo– a la bancarrota general».²¹⁴ Basándose en *El Capital*, critica el sistema inglés ya que, si bien resulta más racional que el francés, todavía mantiene al proletariado agrícola en la miseria y lo explota desmesuradamente; Alemania representa para el autor una combinación de ambos sistemas, variable según la región considerada.

En los congresos de Stuttgart (1870) y de Gotha (1875), la socialdemocracia alemana adoptó casi por unanimidad la «línea dura», apenas atenuada por Liebnecht, de tal forma que el programa agrario marxiano resultó triunfante en el partido obrero más grande y más importante, incluso a nivel internacional.

Muy a menudo se ha señalado, especialmente desde el área burguesa, que el marxismo, en su desarrollo, asumió posiciones decididamente

²¹³ LIEBKNECHT, *Zur Grund und Bodenfrage*, op. cit., pp. 176-177.

²¹⁴ *Ibíd.*, p. 82.

contrarias a los campesinos.²¹⁵ A nuestro juicio, se trata de una aseveración simplista y parcial: no se debe olvidar que Marx consideró los problemas del campesinado desde fuera, en base a una ideología que nace de los intereses de otra clase –el proletariado obrero– y se inspira en valores humanos y socialistas ajenos al tradicionalismo dominante entre los campesinos de los países occidentales. El marxismo considera a los campesinos como un mundo aparte, como una *part-society*, y pone en claro sus intereses a partir de sus propios valores; sobre esta base no sólo no se muestra hostil a ellos sino que se presenta como el único defensor de sus «verdaderos intereses».

3. Intentos de revisión del programa agrario

La reflexión acerca de la concepción agraria original del marxismo, o más precisamente su revisión, fue promovida –y en un cierto sentido impuesta– por un interés específico de partido, que se había formado contemporáneamente al hecho de que los socialistas de Europa occidental habían podido elegir sus propios representantes parlamentarios; por consiguiente, el campesino salía del marco de la *part-society*, y en los nuevos programas agrarios se convertía cada vez más en ciudadano elector, dotado de intereses propios. Esto provocó una revisión para modificar la «línea dura» que se desarrolló en los años noventa, especialmente en la socialdemocracia alemana, cuyo influjo en el conjunto del marxismo era enorme (por otra parte, el partido, en las elecciones de 1893, se colocó en el primer lugar, con casi dos millones de votos).

El programa de Erfurt, de 1891, representa la culminación de las tesis ortodoxas relativas a los campesinos, y vuelve a subrayar que el desarrollo de la sociedad burguesa conduce necesariamente a la ruina de la pequeña explotación agraria. Kaustky –quien tuvo un papel de primer orden en la elaboración de este programa– llegó mucho más allá en una cuestión muy significativa: no sólo enunció una concepción que ejercería gran influencia en la sucesiva política socialdemócrata, según la cual el programa del partido no puede aceptar la defensa de los campesinos, sino que declaró que los propietarios campesinos que no se sienten proletarios no sólo no son recuperables para la causa del proletariado, sino que pertenecen al bando de

²¹⁵ Cf. por ejemplo, D. MITRANY, *Marx against the Peasant*, University of North Carolina Press, 1951.

sus antagonistas más peligrosos.²¹⁶ Kautsky no comparte el punto de vista expresado por Marx después de 1848, no sólo porque no admite la posibilidad de que los campesinos como tales consideren a la clase obrera como su aliado natural y su guía, sino porque pone en duda incluso la consistencia de la consigna de neutralidad, tan de moda en los años setenta. Por otra parte, el punto de vista de Kautsky, que rechazaba la pequeña propiedad campesina, no podía dejar de ser considerado estéril para los nuevos fines de la política del partido, y de este modo, ya en el Congreso de Frankfurt de 1894 el problema agrario se trató como punto separado del orden del día y aparecieron serias dudas acerca de la exactitud de las tesis agrarias de Eccarius, Liebknecht y Kautsky.

En este congreso se mantuvo la tesis de la «necesaria proletarización del campesino», pero, al mismo tiempo, el partido asumió la obligación de defender a los campesinos en su calidad de contribuyentes. Georg Heinrich Wollmar, uno de los redactores de aquel orden del día, señaló el hecho de que el endeudamiento de los grandes propietarios prusianos era mayor que el de los propietarios campesinos; un nuevo elemento de su ponencia consistió en reconocer que en ciertos ramos de la producción –por ejemplo, en la viticultura y en los productos hortofrutícolas– la pequeña propiedad campesina demostraba mayor eficacia que la grande.²¹⁷

El Congreso socialista de Frankfurt de 1894 asumió una posición más articulada incluso con respecto a las grandes exportaciones, dándose cuenta de la contradicción entre la explotación agraria y las posesiones territoriales de los *Junker*, y profetizó la victoria de la primera sobre los segundos. Pero al mismo tiempo no supo ver que aun en el interior de las propiedades campesinas se había formado una diferencia análoga y que al lado de los poderes tradicionales de tipo antiguo –sobre todo en las regiones industrializadas de Alemania– la pequeña explotación agrícola se consolidaba, y que no sólo los arrendatarios seguían ese camino, sino que también lo hacía una parte de la antigua propiedad campesina.

Después del Congreso de Frankfurt quedó constituida la llamada Comisión agraria, de cuyas discusiones surgió el núcleo de la idea del reparto de la tierra, bajo la forma precisa de una reivindicación concreta que exige

²¹⁶ K. KAUTSKY, *Das Erfurter Programm in seinem grundsätzlichen Teil*, Stuttgart, 1892.

²¹⁷ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitags der Sozialdemokratischen Partei. Abgehalten zu Frankfurt am Main von 21-27 Oktober 1894*, Verlag der Expedition des Vorwärts. Cf. También A BEBEL, *Unsere Ziele*, Berlín, 1893.

que los cultivadores que dispongan de poca tierra reciban –haciendo uso de la propiedad del Estado– explotaciones lo suficientemente grandes como para asegurar la subsistencia familiar. No obstante, este proyecto no fue aceptado por la comisión, la cual estaba impregnada de espíritu reformista y sería acusada más tarde de revisionismo. El Congreso socialdemócrata de Bresláu rechazó a partir de aquel momento incluso el programa agrario ya ratificado por la Comisión agraria; en dicho congreso, de hecho, desempeñó un papel muy importante la contraofensiva ortodoxa. La resolución elaborada por Kautsky estigmatizó el programa de la Comisión agraria porque prometía la mejora de las condiciones de los campesinos o el reforzamiento de la propiedad privada. De este modo, el Congreso del partido anulaba, al menos temporalmente, de forma oficial la iniciativa tomada por el Congreso de Frankfurt.

En los partidos socialistas de algunos países de Europa occidental se encuentran movimientos similares a los que se produjeron en Alemania al principio de la década de los noventa; a este respecto, merece particular atención el programa agrario elaborado en Francia por marxistas como Paul Lafargue y Jules Guesde, que fue discutido y aceptado en los congresos de Marsella (1892) y de Nanterre (1894).²¹⁸

Este cambio tempestuoso en la cuestión agraria y campesina, que se produjo en el transcurso de pocos años, despertó serias preocupaciones en los defensores del punto de vista marxista ortodoxo. La contraofensiva se originó con el ensayo de Engels *Die Bauernfrage in Frankreich und Deutschland*, publicado en 1894 en el número 10 de la «Neue Zeit».

Engels considera como centro del problema la formación –sobre la base de una rigurosa posición de principio– de un ligamen entre los partidos socialistas y los pequeños campesinos (quienes cultivan su propia tierra, no emplean trabajo asalariado ni trabajan como asalariados). Señala además que este estrato central de la condición campesina constituye «la reliquia de un modo de producción desaparecido» Y que «el pequeño campesino es el proletario del futuro».²¹⁹ Sobre esta base, critica el programa agrario del partido socialista francés aprobado en el Congreso de Marsella de 1892, observando que es deber del socialismo transformar en propiedad común los medios de producción y transmitirlos a los productores: en la agricultura no puede suceder de otra manera; el programa del partido francés no respondía

²¹⁸ Cf. *Programme agricole du Parti ouvrier français*, a cargo de P. Lafargue, Lille, 1894; véase también J. JAURES, *Socialisme et paysans*, París, 1894.

²¹⁹ MEW, vol. 22, pp. 485-527.

a la pregunta de si la propiedad parcelada del pequeño campesino debía ser conservada, aun cuando el partido admitía explícitamente que estaba condenada a la ruina inexorable.

Engels considera correcto atenerse a los siguientes principios:

- no se debe apresurar la ruina de la pequeña propiedad campesina;
- ésta no se expropia mediante la fuerza, a diferencia de la gran propiedad;
- es necesario ayudarla a ponerse en el camino de la cooperación, con el ejemplo y con las subvenciones sociales.

El partido no podría hacerse peor servicio, a sí mismo y a los campesinos, que prometiendo o dando la impresión de querer conservar de forma estable la propiedad campesina parcelada; lo único que quizá pueda prometer es esto: que no intervendrá con la violencia en las relaciones de propiedad.

En este trabajo, Engels diferencia netamente entre el pequeño campesino, el mediano y el grande, expresando la opinión que le parecería casi una traición si a estas dos últimas categorías el partido les prometiese el mantenimiento estable de la independencia económica; incluso éstos deberán necesariamente sucumbir, como consecuencia de la formación de la empresa capitalista y de la producción de trigo a buen precio, proveniente de ultramar; así, para ellos aparece solamente una posibilidad: la cooperativa. Por lo tanto, el partido no debe apoyarse en estas capas sociales, sino en los trabajadores asalariados. En este escrito de Engels, la principal exigencia del programa agrario, que es esbozado con mucha rapidez, es la expropiación de la gran explotación agrícola y la transferencia del trabajo a las cooperativas bajo el control de la comunidad. Está claro que en este conjunto de ideas no encuentra espacio el concepto de reparto de la tierra, ya que es absolutamente incoherente con esta teoría que forma un todo cerrado.

En la formación del punto de vista marxista sobre la cuestión agraria tuvo un papel nada insignificante el Congreso de la II Internacional celebrado en 1896, que ha pasado a la historia como el congreso de la ruptura total con el anarquismo. Las discusiones que en él se llevaron a cabo fueron preparadas por largos análisis y polémicas que se desarrollaron en diversos países, y en éste intervinieron por primera vez –según su importancia– las peculiaridades de la cuestión agraria en Europa oriental, las cuales la distinguían de la occidental. Incluso la Comisión preparatoria de los delegados reconoció las diferencias que existían entre los diversos países, y en su introducción propuso al congreso que se dejase a cada nación la

facultad de decidir con qué reivindicaciones atraer a la población agrícola. De todas formas, permaneció válido el principio común de la socialización de todo el terreno agrícola cultivable.²²⁰

4. Polémicas acerca de la «imposibilidad de supervivencia» de la pequeña y mediana propiedad campesina

Engels no cerró la polémica acerca de la imposibilidad de supervivencia de la propiedad campesina—entonces apenas en sus principios—ya que, hacia el final de los años noventa, ésta se reanudó debido a los intereses políticos de partido (la conquista de votos campesinos), al reforzamiento de los procesos de polarización interna de la socialdemocracia, y a la publicación creciente de estadísticas agrarias redactadas con seriedad. Precisamente estas últimas provocaron muchas dudas acerca de la validez de las leyes que se deducían de uno de los inamovibles principios de la teoría agraria ortodoxa, el de la pauperización de la pequeña y mediana propiedad campesina. La ortodoxia se refería a menudo a esta tesis, que era considerada una ley objetiva y ante la crítica de la cual, como ya hemos visto, incluso los reformadores de la política campesina de principios de la década de los años noventa se habían detenido, lo que acabó en la contradictoria situación—señalada por Engels—de ofrecer apoyo, ya sea por intereses políticos de partido o por humanitarismo, a la propiedad campesina que, desde un punto de vista teórico, era considerada incapaz de sobrevivir. Por lo tanto, era cada vez más inevitable lo que hasta el momento se había considerado un pecado original: la revisión de la famosa tesis de la imposible supervivencia de la propiedad campesina.

Sobre la base de los nuevos datos estadísticos agrícolas, la ortodoxia tuvo que sufrir algunas correcciones. Es lo que se refleja en el *Agrarfrage* de Kautsky, cuya primera edición, de 1899, suscitó grandes polémicas. El autor extraía a partir de los nuevos datos la conclusión de que en la agricultura no sólo existe concentración de la tierra, sino también parcelación de la misma:

Allí donde es fácil conseguir una ocupación accesoria aparte de la propia explotación, la división de la propiedad aumenta hasta lo

²²⁰ *Verhandlungen und Beschlüsse des Internationalen Sozialistischen Arbeiter und Gewerkschaftskongress zu London*, Berlín, 1896, p. 14. Cf. a este propósito A. VOLGIN (G. PLEJÁNOV), *The Theoretical Basis of Peasantism*, San Petersburgo, 1896.

inconcebible, aniquilando por un momento las tendencias centralizadoras que obraban en sentido contrario.²²¹

Esta fue una importante corrección del punto de vista que se había mantenido hasta entonces, que exageraba el proceso de integración de la propiedad campesina, pero consideraba todavía que la parcelación era un proceso complementario del precedente, que lo sustituye esporádicamente, y que no desmiente, e incluso en cierto sentido refuerza, la tesis de la incapacidad de supervivencia de la propiedad campesina.

Estas dos tendencias opuestas que actúan en distintas regiones, tienen *un carácter* común; en uno y otro caso, el aumento y disminución de la propiedad, se opera a expensas de la *mediana propiedad*. En ambos casos ésta es la *despedazada por los dos lados*.²²²

Así, la convicción de que la pequeña y mediana propiedad campesina eran incapaces de sobrevivir no sólo no fue desmentida por los nuevos datos estadísticos, sino que se vio reforzada por ellos. Kautsky sostiene que la producción agrícola, en la estructura de entonces, era capaz sólo de un desarrollo lentísimo, lo cual era en cierta medida exacto; pero afirma que esto —al menos en la estructura capitalista— es válido en general, y sobre esta base considera perfectamente imaginable o ausplicable, por la vía del capitalismo, una expansión del desarrollo agrícola y una consiguiente aceleración del incremento de la producción. Protesta vivamente contra el hecho de que la socialdemocracia —en su estructura de entonces— pudiera apoyar medidas tendentes a favorecer el desarrollo de la producción agrícola.²²³

Sentadas estas premisas, aparecieron en escena Eduard Bernstein y Eduard David,²²⁴ quienes sostuvieron la tesis —siempre apoyada en datos— según la cual la propiedad campesina en los países de Europa occidental

²²¹ K. KAUTSKY, *Die Agrarfrage*, Stuttgart, 1902, p. 172 (trad., *La cuestión agraria*, París, 1970, p. 183).

²²² *Ibíd.*, p. 171 (trad, p. 185)

²²³ *Ibíd.*, p. 322-324 (348-350)

²²⁴ E. BERNSTEIN, *Die Voraussetzungen des Socialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Stuttgart, 1899 (trad. cast., *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Barcelona, 1975). E. DAVID, *Sozialismus und Landwirthschaft*, Leipzig, 1903.

durante las últimas décadas del siglo XIX se había mostrado capaz de sobrevivir.

Para el tema que aquí se trata es particularmente importante el trabajo de E. David, que analiza los objetivos políticos de la socialdemocracia y acusa a la política agraria ortodoxa de haber actuado de tal manera que los campesinos alemanes, en quienes estaban vivas las tradiciones democráticas, se alinearan en contra de la clase obrera. La redacción del libro de David refleja la influencia de la polémica que se produjo en torno al *Agrarfrage* de Kautsky, en la cual tomó parte activa el propio David. Este, en su crítica aparecida en la «Neue Zeit», cita, en apoyo de su punto de vista, las estadísticas alemanas según las cuales, entre 1882 y 1895, la superficie cultivada de las propiedades entre 2 y 5 y entre 5 y 20 hectáreas había aumentado; excluidas éstas, dicho aumento de superficie sólo se encontraba en las propiedades superiores a 1.000 hectáreas, pero la extensión total de estas últimas no alcanzaba el 5 % de las primeras.²²⁵ En el mismo año, la «Neue Zeit»²²⁶ publicó una serie de estadísticas francesas, las cuales también motivaron dudas acerca de la tesis ortodoxa, al mostrar cómo, entre 1882 y 1892, no se produjo ningún cambio relevante en la subdivisión de la propiedad agraria en base a su extensión; sólo había tenido lugar una ligera parcelación, y había aumentado ligeramente la extensión de las propiedades inferiores a 1 hectárea (del 2,19 % al 2,68 %).

Kautsky respondió en seguida²²⁷ a la crítica de David, pero trasladó la polémica al plano ideológico, acusando a su crítico de no hacer otra cosa que modernizar el proudhonismo, y atribuyendo sus puntos de vista a concepciones pequeño-burguesas y anarco-social-liberales.

En su trabajo escrito durante la polémica y publicado en 1893, David atacaba a la ortodoxia, en primer lugar sobre la base de los análisis realizados sobre las estadísticas agrarias, y hacía las siguientes constataciones:

- no se pueden aplicar al desarrollo de la agricultura las leyes y las peculiaridades del proceso de producción industrial (el autor reducía, al mismo tiempo, la producción agrícola a los procesos orgánicos);
- con respecto a las condiciones de la cooperación simple, la gran explotación dispone de trabajo de valor más escaso y que paga a más alto

²²⁵ Neue Zeit, 1900, p. 229.

²²⁶ *Ibíd.*, p. 448.

²²⁷ K. KAUTSKY, *Zwei Kritiken meiner Agrarfrage*, en «Neue Zeit», 1900, p. 476.

precio que el pequeño propietario; además, debe controlar a sus trabajadores con vigilantes improductivos, lo que encarece la producción;

- la pequeña propiedad campesina puede soportar con más facilidad el ciclo estacional de la producción agrícola; además, los gastos de inversión y de mantenimiento son menos elevados;

- la máquina de vapor no puede ejercer en la agricultura la influencia revolucionaria que tuvo en la industria; quizá se puede esperar algo similar de la energía eléctrica, pero –en su opinión– ni siquiera ésta podrá ocupar el sitio de la fuerza animal, sino sólo complementarla;

- debido a la creciente intensidad de la producción, se puede deducir que se halla en aumento la necesidad de fuerza-trabajo en la agricultura y que, por tanto, la tendencia general en este sector no es la falta de trabajo, sino de fuerza-trabajo.

El pronóstico –como vemos– no se ha realizado, si consideramos los dos últimos puntos, del mismo modo que no se probó la tesis de la ortodoxia –que se consideraba indiscutible– referida a la necesaria ruina de la propiedad campesina. El *Agrarfrage* de Kautsky y el *Socialismus und Landwirtschaft* de David, en su clara oposición, expresan la dicotomía de la actitud socialista hacia la cuestión agraria y campesina, si bien es verdad que ello tuvo relación, indudablemente, con el lugar, con los países de Europa occidental y, sobre todo, Alemania.²²⁸

5. El marxismo y la cuestión agraria en Europa oriental

El centro de atención del programa agrario del marxismo empezó a extenderse hacia Europa oriental, donde las relaciones agrícolas durante la segunda mitad del siglo XIX se diferenciaban en muchos aspectos de las de Europa occidental, no sólo a causa del retraso medible en términos de tiempo, sino también en la fundamental diferencia entre las normas institucionales: concretamente, las comunidades de aldea (el *mir* o la *obshchina*) eran aún una realidad viva durante la segunda mitad del siglo XIX.

²²⁸ Para el debate sobre la cuestión agraria en estos años, cf. F. HERTZ, *Agrarfrage und Sozialismus*, Berlín, 1901; *Sozialdemokratie und Bayerischen Landtage*, 1893, Nuremberg, 1899; J. BOURDEAU, *L'évolution du socialisme*, París, 1901; L. DESLINIARES, *L'application du système collectiviste*, París, 1899; R. CADANNES, *Le Parti socialiste et les paysans*, Báyona, 1907; E. VANDERVELDE, *Le socialisme et l'agriculture*, Bruselas, 1906.

Sobre el terreno de este sistema institucional tomaron forma una importante ideología populista y un movimiento que la apoyaba, los cuales, idealizando las comunidades de aldea, las consideraban un elemento positivo del desarrollo ruso, que se había conseguido salvar para la evolución futura de la sociedad.

También el movimiento paneslavista asumió un punto de vista similar. Durante un tiempo, la concepción populista y la marxista no se diferenciaron con claridad en Rusia, o para ser más claros, el marxismo, tal como sucedía en otros países de Europa oriental, avanzó no sólo gracias a las organizaciones obreras, sino que encontró espacio en el seno de la tendencia liberal, así como en la populista. A esto contribuyó otra peculiaridad del desarrollo capitalista ruso: la industrialización absorbió el excedente demográfico, que con respecto a Europa occidental era notable. Los defensores incondicionales del *mir* hacían referencia a menudo a esto en su lucha contra la propiedad privada individual de la tierra. De esta forma, las masas campesinas, por lo que se refería a su contingente básico, parecían muy estables y desde el punto de vista de los movimientos sociales eran, al parecer, la única fuerza determinante. Los populistas, en sus programas, proponían en parte reivindicaciones de naturaleza material para la defensa de los campesinos (por ejemplo, disminución de los impuestos), y en parte exigían un aumento de la autonomía de las comunidades locales y su conservación como unidades económicas.

Si acerca de la cuestión agraria de la Europa occidental, Marx y Engels se mostraron inamovibles respecto a la perspectiva de fondo, en lo relativo al *mir* propendieron durante cierto tiempo a reconocer la posibilidad de una vía de desarrollo distinto a la occidental, la esencia de la cual consistía en evitar la etapa capitalista. Marx se vio obligado a dedicarse a fondo a este problema como resultado de una carta de Vera Zasulich y de dos de sus camaradas, desde Génova, en la cual, haciendo referencia a la popularidad de *El Capital* en Rusia, se planteaba el problema de si el *mir* tendría allí un futuro, o más exactamente por qué no se podría repetir la disolución de la propiedad común de tipo arcaico, tal como había sucedido en Europa occidental. Al parecer, Marx meditó largamente su respuesta. Escribió cuatro borradores, el último de los cuales coincide con la respuesta enviada (estos borradores y la carta sólo se publicaron en Moscú en 1925, en el primer volumen del *Marx-Engels Archiv*). A la pregunta fundamental, es decir a la segunda, Marx respondía con cautela pero con resolución:

Analizando la génesis de la producción capitalista, digo (*El Capital*, ed., francesa, pág. 325): «En la base del sistema capitalista se encuentra, pues, la separación radical del productor de sus medios de producción...»

La «fatalidad histórica» de este movimiento está, pues, limitada expresamente a los países de Europa occidental (...). El análisis contenido en *El Capital* no ofrece razones ni en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que he hecho sobre ella, para el cual he buscado materiales en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, pero para que pueda funcionar como tal habrá que eliminar primeramente las influencias *deletéreas* que la sacuden por todas partes y luego asegurarle las condiciones normales de un desarrollo espontáneo.²²⁹

Algunos años después, este concepto reaparece en el prefacio que escribió junto con Engels para la segunda edición rusa del *Manifiesto del Partido comunista*, donde a la posibilidad de evitar la vía capitalista de desarrollo se pone una nueva condición:

Si la Revolución rusa se convierte en la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra podrá servir como punto inicial de un desarrollo comunista.

La carta que Engels expidió de Londres a San Petersburgo, el 17 de octubre de 1893 a Nikolai F. Danielson²³⁰ resulta mucho más negativa en lo que respecta a la posibilidad de la propiedad común en Rusia. Discutiendo las oscuras previsiones de Danielson acerca del desarrollo económico ruso, observaba:

Es evidente que el tránsito del comunismo primitivo y agrario al industrialismo capitalista no puede efectuarse sin una terrible dislocación de la sociedad, sin que desaparezcan clases enteras y se

²²⁹ MEW, vol. 35, pp. 166-167 (trad. cast. en MARX-ENGELS, *Sobre el modo de producción asiático*, selección y presentación de M. Godelier, Barcelona. 1969, pp. 171-172).

²³⁰ MEW, vol. 19, p. 296 (trad. cast. en OME, vol. 9, p. 374).

transformen en otras clases; y ya hemos visto en la Europa occidental, aunque en menores proporciones, los enormes sufrimientos y el despilfarro de vidas humanas y de fuerzas productivas que ello implica necesariamente. Pero de eso a la ruina completa de una gran nación dotada de tan altas cualidades media un abismo (...). Una población de más de cien millones de almas habrá de constituir, al fin y al cabo, un mercado interior muy considerable para una gran industria muy respetable. Y en su país, lo mismo que en otras partes, todo terminará por volver a su cauce ... , si el capitalismo dura lo bastante en la Europa occidental.

Pero por ese mismo motivo no juzgaba ya posible la supervivencia de la propiedad común:

Usted mismo admite que «las condiciones sociales en Rusia después de la guerra de Crimea no eran favorables para el desarrollo de la forma de producción que habíamos heredado de nuestra historia pasada». Yo diría aún más: que en Rusia, lo mismo que en cualquier parte, no se hubiese podido desarrollar a partir del comunismo agrario primitivo una forma social superior, a menos que esa forma superior existiese ya en otro país y pudiese servir de modelo. Y como esa forma superior –siempre que sea históricamente posible– es una consecuencia necesaria del modo capitalista de producción y del antagonismo dualista social creado por ella, no puede desarrollarse directamente a partir de la comunidad agraria más que como limitación de un modelo existente en alguna parte. Si la Europa occidental estuviera madura para esa transformación, entonces los rusos serían los llamados a demostrar lo que se podría haber hecho a partir de su comunidad, que en aquella época estaba más o menos intacta. Pero el Occidente permaneció estancado y ni siquiera intentó llevar a cabo esa transformación; y mientras tanto, el capitalismo se desarrollaba con creciente rapidez. Así pues, a Rusia no le quedaban más que dos caminos: o desarrollar la comunidad agrícola para convertirla en una forma de producción de la que estaba separada por varias etapas históricas y para cuyo establecimiento ni siquiera en el Occidente habían madurado entonces las condiciones –una tarea evidentemente imposible–, o elegir el camino del desarrollo capitalista. ¿Qué otra cosa podía hacer más que seguir este último camino?

En esta misma línea, en la conferencia de Londres de 1896, los socialistas rusos, dándose cuenta de la peculiaridad del problema de su país, presentaron una ponencia aparte, pero ésta era ya muy cauta con respecto a una sobrevaloración del *mir* y rompía una lanza a favor del inevitable reforzamiento de las tendencias capitalistas.²³¹

Lenin, cuyo papel dentro de la socialdemocracia rusa fue cada vez más importante, se identificó en un principio con las concepciones de Kautsky en lo que se refiere a la cuestión agraria y, en el prefacio de su estudio sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*,²³² expresa su pesar porque después de haber terminado de escribir su libro le había llegado el *Agrarfrage*, al cual consideraba como la obra más excelente de la literatura socialista desde la publicación del tercer libro de *El Capital*. Lenin, en esta obra, se fijó el objetivo de demostrar que el desarrollo de las relaciones agrarias en Rusia se realizaba por la vía del capitalismo, tanto en los latifundios señoriales, como en las propiedades campesinas, como en las comunidades de aldea, y quiso demostrar, sobre esta base, que no era posible ninguna otra vía de desarrollo diferente de la capitalista, ni una estructura de clase distinta de la originada por esa formación económico-social.

El principal adversario, en su escrito polémico, era la ideología y el movimiento de los populistas y, por lo tanto, el debate sobre la cuestión agraria, al contrario de lo que sucedía en Europa occidental, no se limitó a la socialdemocracia. De esto se deriva esencialmente el hecho de que este escrito no tuvo, en la escisión de la socialdemocracia rusa, una importancia tan grande como en Alemania. A esto contribuyó otra circunstancia fundamental: a la teoría ortodoxa de la socialdemocracia de izquierda no seguía una praxis política tan ortodoxa. Basándose en tesis ortodoxas, no fueron los mencheviques sino los bolcheviques quienes llevaron a cabo una revisión de la rígida práctica en relación con los campesinos. Ya en una carta de 1909, Lenin²³³ reprocha a los mencheviques haber hecho aparecer como reaccionario, al luchar contra los populistas de modo doctrinario, al movimiento de los campesinos. Estos no se habían dado cuenta que en el movimiento populista había un contenido progresista real en la teoría de la

²³¹ *Die Agrarfrage und die Sozialdemokratie in Russland*, en "Neue Zeit", 1896, n. 44, pp. 560-566.

²³² V. I. LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* en *Obras completas*, cit., vol. 3, p. 5).

²³³ *Id.*, p. 274-275.

lucha de masas contra el desarrollo agrario de tipo «prusiano». No se trataba de un cambio aislado, no podía serlo después de la Revolución rusa de 1905. Kautsky, que era un ortodoxo con respecto al problema campesino en Occidente, llegó a reconocer, con respecto al problema agrario, que era necesario hacer una clara distinción entre Europa occidental y oriental. Esto aparece muy claro en una carta suya a «Szocializmus », revista oficial de la socialdemocracia húngara.²³⁴

Los campesinos de Europa occidental (excluida Italia) se han convertido en elementos de la reacción. El campesino propietario – no el pequeñísimo propietario– es el más fanático partidario de la propiedad privada y el enemigo más resuelto de cualquier mejora en la condición de los braceros, ya que esto haría más cara para él la fuerza de trabajo. Ningún programa agrario puede cambiar este hecho. Aquí, la lucha de clase del proletariado sólo puede desarrollarse contra el estamento campesino, y no con su conquista para nuestra causa. Completamente diferente es la situación en Hungría: aquí, como en Rusia, el campesino es un elemento revolucionario. Sólo con la derrota del actual modo de producción, que se sirve de los resabios del feudalismo para los fines de la más despiadada explotación capitalista, y sólo con la destrucción de la aristocracia hoy políticamente dominante, puede mejorar su desesperada situación.

Sin embargo, la socialdemocracia húngara, en lo que se refiere a su praxis política respecto a la cuestión agraria, siguió de modo rígido y acrítico el ejemplo alemán, las nefastas influencias de lo cual aparecieron dramáticamente, sobre todo en la revolución húngara de 1919. La política agraria de los bolcheviques –gracias al reconocimiento de la importancia de las clases campesinas y de la diferencia entre Oriente y Occidente–²³⁵ llegó, en cambio, a la idea del reparto de la tierra, que, según la ortodoxia, era el pecado original de todo programa agrario, y más tarde incluso la puso en práctica. Es precisamente ésta la explicación esencial de los éxitos obtenidos en el transcurso de la revolución de octubre y aún más durante la guerra civil.

²³⁴ K. KAUTSKY, *Nemzetközli elmélet és nemzetli sajátosság (Teoría internacional y peculiaridades nacionales)*, en "Sozialismus", I, 1906, n. 1, p. 4.

²³⁵ Interesantes indicaciones en K. A. WIETH-KNUDSEN, *Bauern-frage und Agrarreform in Russland*, Munich, 1913.

RENÉ GALLISSOT

Nación y nacionalidad en los debates del movimiento obrero

En 1869, el programa de Eisenach de la naciente socialdemocracia alemana, que se inspiraba en Marx y recibió su aprobación, rechazó tratar la cuestión nacional, declarándola un problema exclusivamente burgués. Esta no era, en realidad, una formulación nueva, pues correspondía a la afirmación del *Manifiesto del Partido comunista*: «los obreros no tienen patria», a pesar de las deducciones que se puedan sacar del inciso que afirma: «en su forma la lucha del proletariado contra la burguesía es, por ahora, una lucha nacional».²³⁶ Por el contrario, era un principio al que hacían referencia constantemente los internacionalistas intransigentes, para los cuales el internacionalismo proletario es el criterio fundamental del marxismo. Pero ¿qué es en realidad el internacionalismo proletario?

1. La cuestión nacional: una laguna en el análisis marxista

Quizá nunca se ha prestado suficiente atención al hecho de que, más allá del lirismo que contiene el llamamiento a la unión de los proletarios de todo el mundo, la definición que da Marx del internacionalismo proletario – después de haberse librado, si es que alguna vez lo hizo por completo, de su definición filosófica que reconoce en el proletariado un redentor universal, es decir, en sus análisis económicos (de *Trabajo asalariado y capital* de 1848-1849, a *Salario, precio y ganancia*, de 1865, de los diferentes trabajos preliminares a la redacción de *El Capital*)– es negativa, por lo menos en cuanto que su manifestación positiva queda siempre pendiente. Precisamente a causa de que la clase obrera no tiene propiedades, ésta no se ve perjudicada por los límites del interés privado, y por eso se transforma en una clase capaz de solidaridad; ésta se desarrolla por medio de la comunidad de trabajo, que es sobre todo la condición común de explotación, incluso

²³⁶ K. MARX y F. ENGELS, *OME*, vol. 9, respectivamente, pp. 147 y 154.

antes de ser unión por medio de la vida laboral; además, este acercamiento potencial tiene que superar la competencia por el trabajo, renovada continuamente por la presión de la que en *El Capital* es llamada «superpoblación». Así, la difícil aparición de una conciencia de clase es el núcleo constitutivo del internacionalismo, sin olvidar, no obstante, que dicha toma de conciencia está expuesta a continuos retrocesos, a malformaciones y desviaciones debidas a la división de la clase obrera y a sus jerarquías internas, a las vicisitudes del mercado de trabajo y a las relaciones entre las clases; para no hablar de que el primer ámbito de conocimiento está constituido por funciones sociales colectivas, tales como la familia en lo que respecta a la educación, la comunidad rural en lo que respecta al origen, la cultura de los pobres en las ciudades, y el campo lingüístico y político nacional, que ha sido soslayado por la deducción filosófica y económica marxista, fundado sobre el principio de clase. Por lo tanto la concepción marxista debe situarse en las contradicciones del desarrollo de las clases obreras y de la evolución del movimiento obrero.

En el mismo año 1869, en sus intervenciones en el Consejo general de la Asociación Internacional de los trabajadores (la I Internacional) y en su correspondencia con Engels, con Meyer, con Vogt y sobre todo con Kugelman, Marx observa que en Irlanda el problema no es sólo económico, sino lo que se plantea es la cuestión nacional, y recoge una formulación ya empleada en 1847 a propósito de la división de Polonia: «una nación no puede ser libre mientras oprima a otras». De este modo, la cuestión nacional se hace primordial, aunque no sea más que para liberar a la clase obrera inglesa de la subordinación al modo de pensar de la burguesía de su país, es decir, del oscurecimiento nacionalista de su conciencia de clase: la emancipación de Irlanda es «la primera condición» de su propia emancipación social.²³⁷ Marx y Engels conceden a la cuestión nacional esta preeminencia –aunque no sin vacilaciones– sólo en el caso de dos naciones, Polonia e Irlanda, en las cuales la justificación es fundamentalmente estratégica, ya que Rusia es la potencia reaccionaria por excelencia e Inglaterra es el posible escenario de la revolución obrera.

De todos modos, falta la explicación teórica. Ni Marx ni Engels consideran el problema de la nación en cuanto tal: se hacen partidarios de una u otra nacionalidad, e incluso están a favor o en contra de su existencia,

²³⁷ Cf. carta de Marx a L. Kugelman del 29 de noviembre de 1869, en MARX, ENGELS, KAUTSKY, BAUER, RENNER, LUXEMBURG, LENIN, STALIN, *El marxismo y la cuestión nacional*, Barcelona, 1976, p. 40.

pero siempre se trata de tomas de posición propias de la práctica política. Así, el marxismo carece de un concepto de nación que permita introducir ésta en la lógica de los modos de producción y de las luchas de clases, aun cuando éstas sean consideradas como el fundamento de la historia y, en la visión universal de la revolución proletaria, como su devenir.²³⁸

Este es el problema que la posteridad marxista ha intentado resolver (o negar), ya que la cuestión nacional no ha dejado de plantearse durante el siglo XX, tanto en Europa como en el resto del mundo, hasta el punto de que las únicas revoluciones socialistas triunfantes han tenido lugar en un contexto de guerra internacional y de revoluciones nacionales, y de que el curso de la historia mundial ha estado marcado por grandes enfrentamientos nacionalistas, y hoy los mismos países que se dicen socialistas luchan entre sí en conflictos de poder, en los cuales no es fácil distinguir lo que pertenece a las luchas nacionales de lo que depende de intereses estatales, aunque se exprese en términos de un socialismo universal. Por último, cabe señalar que las justificaciones y las respuestas de los diversos marxismos –ya que no existe un marxismo unívoco– están muy cerca del pragmatismo, en cuanto ilustración de posiciones de partido o de fracción: si esto es particularmente cierto en la actualidad, ya lo era en la época que es objeto de nuestro estudio, la II Internacional antes de la Revolución de octubre.

Las tomas de posición estaban entonces determinadas por las cuestiones irlandesa y polaca, además de los conflictos originados por la característica plurinacional del imperio ruso o del austro-húngaro e incluso del otomano, hasta que empieza a plantearse el problema de Oriente. Es por su mismo carácter excepcional que algunos intentos teóricos que nacen del pragmatismo general, particularmente en el área agitada de Europa central y oriental, adquieren entonces un particular valor no tanto como toma de posición sobre los problemas nacionales o en función de intereses así

²³⁸ Sobre estos problemas véase en particular el estudio de G. HAUPT, M. Lowy y C. WEILL, *Les marxistes et la question nationale* (1848-1914), París, 1974; cf. también F. BLOOM, *The World of nations. A study of the national implications in the work of Karl Marx*. Nueva York, 1941; H. B. DAVIS, *Nationalism and socialism. Marxist and labor theories of nationalism to 1917*, en "Monthly Review Press", 1967; M. RODINSON, *Le marxisme et la nation*, en "L'homme et la société", 1968, n. -7; A. YAARI, *Le défi national. Les théories marxistes sur la question nationale à l'épreuve de l'histoire*, Parfs, 1978; *Socialism and nationalism*, a cargo de E. Cahn y V. C. Fisera, Nottingham, 1978.

llamados, sino como esfuerzo de investigación.²³⁹ No tanto para hacer un balance sumario (del cual resultarían sacrificados, evidentemente, todos los autores que la publicación por parte de una posteridad política no ha promovido al rango de teóricos, mientras que fueron vehículos de ideas y protagonistas de batallas políticas), como para poner de manifiesto una cadena de interrelaciones intelectuales, será oportuno recordar a Karl Kautsky y a Otto Bauer, y, yendo desde Europa central hacia Rusia, a Ber Borojov y Vladimir Medem, Rosa Luxemburg y Lenin, hasta la sistematización de Stalin, quien simplifica el problema con la esperanza de zanjarlo por mucho tiempo.

Kautsky ocupa durante mucho tiempo un puesto central: en sus interpretaciones y en las soluciones programáticas por él preconizadas, se originan las demás investigaciones y propuestas; es el portavoz de la tradición marxista, y el mismo Lenin se formó en muchos de sus escritos. En sus repetidas intervenciones, desde la de 1887 sobre la «nacionalidad moderna», hasta la de 1917 acerca de la «liberación de las naciones», Kautsky se esforzó en sacar de la herencia marxista –fundándose en principios explicativos de carácter económico– el concepto de nación, llegando así al reconocimiento de la imposibilidad de comprender esta formación social: «la nacionalidad es una relación social que se modifica continuamente, asume en condiciones diferentes significados muy diversos; es un Proteo que se nos escapa cuando intentamos aferrarlo, y a pesar de todo, está siempre presente y actúa potentemente sobre nosotros», escribió en la «Neue Zeit» el 18 de enero de 1908.

Esta última observación parece casi como una concesión a Otto Bauer, quien en 1907 había publicado *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, obra que también tiende a convertirse en fundamental en el debate y que justifica la atención dispensada a la autonomía cultural en Austro-Hungría y los intentos de definir la nacionalidad como comunidad extraterritorial; esta interpretación tenía especial significado como solución de la cuestión judía para el Bund. Por el contrario, la demostración constructiva de Borojov, formulada alrededor de 1905-1906, ya había elaborado una respuesta en Rusia, según el análisis marxista de las leyes del desarrollo capitalista, que es, de una forma explícita, desarrollo económico e implícitamente desarrollo territorial y estatal, tal como lo muestra con claridad la opinión de Lenin, sobre las huellas de Plejánov, en un estudio de

²³⁹ Cf. H. MOMMSEN, *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage in Habsburgischen Vielvölkerstaat*, Viena, 1963.

1898 sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Sobre esta base, pero con contradicciones con respecto a la organización del partido e incluso por la voluntad de una superación política en base a una perspectiva de revolución inminente, se distinguen Rosa Luxemburg y el mismo Lenin, cuya reflexión acerca de la cuestión nacional no tomará visos de novedad hasta bastante más tarde, en ocasión de la guerra imperialista, y luego con el traslado de las esperanzas revolucionarias hacia los movimientos nacionales de los pueblos de Oriente o, demasiado tarde en su «última lucha» contra el nacionalismo gran-ruso.

La victoria de la revolución en Rusia –sólo allí y en determinadas condiciones– y sobre todo la reducción de la ortodoxia marxista al marxismo soviético estaliniano, ya con el nombre de leninismo, ya con el de marxismo-leninismo, han transformado en dogma y en *summa* teórica lo que en un principio no fue sino un largo artículo de revista, *La cuestión nacional y la socialdemocracia* (1913), luego un opúsculo titulado *La cuestión nacional y el marxismo* (1914) y finalmente *El marxismo y la cuestión nacional* en las obras de Stalin y como gran contribución suya el marxismo. La yuxtaposición de criterios en una sola definición, así como la claridad de las fórmulas, no son elementos soslayables, a causa de su fuerza de penetración; pero lo que se pierde con la inversión del título y con la sublimación del opúsculo es su significado primario de constituir la única posición bolchevique, incompatible con cualquier otra, ya que pone en primer plano la unidad del partido, lo que Stalin llamaba, en su primera aproximación al tema en 1904, el «centralismo político». Sólo más tarde y bajo el manto de la proclamación abstracta de la autodeterminación, será posible hablar de admiración regional y luego, en 1922, de federación y autonomía. La extrapolación de la concepción estaliniana fuera de la historia, e incluso de su significado en la subordinación al partido, ha hecho creer por mucho tiempo que se había encontrado finalmente la solución marxista, ya que se poseía una llave maestra; se llevó hasta el extremo de perder de vista su parte de validez, que consistía en ser bastante aplicable al desarrollo de la Europa atlántica como «una categoría del capitalismo en ascenso», como por otra parte habían indicado explícitamente ya con anterioridad y más a fondo K. Kautsky y O. Bauer; éste, por otra parte, es también su límite.

La hipérbole estaliniana ha provocado tanto el olvido de la elaboración inicial debida a Kautsky, como la escasa consideración hacia O. Bauer, como el olvido total de Borojov (siempre que se excluya la limitada fidelidad del otro culto restringido al área del pensamiento judío y sionista), mientras que el recuerdo del Bund sobrevivía solamente gracias a la polémica que contra

éste llevó a cabo Stalin. La restauración de este encadenamiento teórico reproduciría el mismo defecto, siempre y cuando se limitase a la rehabilitación de Bauer y de Borojov. Si el marxismo se ha deteriorado a consecuencia de una extrapolación normativa, es necesario devolverlo a la historia, en aquel doble plano del cual G. Haupt señalaba la intersección por medio de la noción de praxis: el plano de la contingencia de los lugares y de las contiendas, es decir de la coyuntura que une y opone movimiento obrero y movimientos nacionales, y el plano de confluencia y surgimiento de las ideas en la lucha política, que es el plano de una investigación marxista siempre inacabada sobre la sociedad y sobre la historia.²⁴⁰ Por el extraordinario fermento de las contradicciones nacionales y –relacionado con este– por el excepcional fervor de las pasiones y de las ideas, la audacia intelectual que renueva la estética y las ciencias, la Europa central y occidental, dentro o fuera de la II Internacional, fue a la vez un gran centro para la historia del marxismo, incluso por lo que se refiere a la investigación acerca de la cuestión nacional. La que hoy es llamada crisis del marxismo –debida en parte a la infravaloración de las coerciones estatales y de la fuerza del nacionalismo, por lo tanto, a la falta de análisis de las realidades nacionales, así como, de forma más grave en los hechos, al influjo del nacionalismo sobre el movimiento obrero y a la alienación del socialismo en ideología de Estado– no hace más que poner en evidencia la gravedad de estos daños. Por lo tanto, será oportuno volver históricamente a la fuente de estos procesos.

2. Bajo el horizonte de 1848: naciones históricas y pueblos sin historia

La herencia del marxismo originario por lo que se refiere a la nacionalidad y a la nación no es resultado, por lo tanto, de una elaboración voluntaria y sintética, sino sobre todo de la conexión de Marx y Engels con el movimiento nacional democrático europeo, especialmente con el de la Europa germánica, «bajo el horizonte de 1848»²⁴¹ y, además, de su compromiso tanto en la I Internacional, como a favor de la causa irlandesa y de la polaca, que revelan las contradicciones de la nacionalidad y del nacionalismo en el mismo movimiento obrero. Su contribución y sus lagunas

²⁴⁰ Cf. la introducción de G. Haupt, escrita en colaboración con C. Weill, en HAUPT-LOWY-WEILL, *Les marxistes et la question nationale*, op. cit.

²⁴¹ G. HAUPT y C. WEILL, *L'eredità di Marx ed Engels e la questione coloniale*, en "Studi storici", 1975, pp. 270-324.

pueden deducirse de su concepción fundamental acerca del desarrollo capitalista, que es el punto de partida de la historia universal y la premisa del socialismo; el trabajo con respecto a este problema fue tan absorbente que les obligó a dejar incompleto el referente a las nacionalidades. El Estado nacional, aceptado implícitamente desde un comienzo, es cada vez más reconocido, hasta el punto que servirá como base para la formación de la II Internacional, constituida por partidos reconocidos en el marco de los Estados existentes, y precisamente en estas condiciones, que establecen de una forma casi definitiva la organización y la estrategia del movimiento obrero, Kautsky intenta antes que nadie dar coherencia a la teoría marxista de la nacionalidad moderna.

«La victoria del proletariado inglés sobre la burguesía inglesa es, por lo tanto, decisiva para la victoria de todos los oprimidos, contra sus opresores», ésta es la conclusión del discurso pronunciado por Marx, en Londres, el 29 de noviembre de 1847, en conmemoración de la insurrección polaca de 1830, durante la manifestación organizada por los Fraternal Democrats.²⁴² Nos encontramos en los días de la redacción del *Manifiesto*, en la víspera de la «primavera de los pueblos» de 1848, y el joven marxismo, que aún se expresa en nombre de un proletariado muy filosófico, intenta conjugar movimiento obrero, siempre en primer plano, con movimiento nacional.

Pero Marx y Engels se entusiasmaron por Polonia y compartieron la pasión democrática de las asociaciones de emigrados de Londres, París y Bruselas, hasta el punto de que, en Colonia, Marx dará preferencia a la adhesión a la Asociación democrática, en menoscabo de la Liga o partido comunista. El primer encuentro con las cuestiones nacionales se produce, por lo tanto, en el momento en que Marx y Engels exaltan la lucha de clases dentro del movimiento democrático alemán, el cual ponía sus esperanzas en una «Gran Alemania», antes de que se produzcan las desilusiones provocadas por la asamblea de Frankfurt y, posteriormente, la dispersión bajo los golpes de la represión contrarrevolucionaria. En la «Neue Rheinische Zeitung» toman posición frente a las insurrecciones nacionales de Europa central y más aún contra la intervención de la Rusia zarista, a la cual conciben como el último gendarme de la Santa Alianza, a favor de la restauración de Polonia, de la conservación de Austria en perjuicio de los checos y de Hungría en perjuicio de los croatas, llegando hasta el punto de auspiciar la desaparición de las nacionalidades eslavas meridionales, «desde hace siglos llevadas a remolque de la historia, en contra de su voluntad..., necesaria-

²⁴² MARX y ENGELS, *Opere*, cit., vol. 6, p. 411.

mente contrarrevolucionaria».²⁴³ Su tono toma acentos de violento desprecio en relación al paneslavismo, el cual, «en su tendencia fundamental, se dirige contra los elementos revolucionarios de Austria y es, por lo tanto, reaccionario a priori».²⁴⁴

Es sobre todo su participación en los sucesos de 1848 la que se encuentra en el origen de la distinción, realizada por Engels, entre naciones «históricas» y pueblos «sin historia», es decir, privados de justificaciones estatales anteriores, condenados a la desaparición. Así como, en términos más generales, su denuncia del nacionalismo, sin llegar, sin embargo, a la ruptura del compromiso democrático, al menos por lo que respecta a Polonia.²⁴⁵

Engels enumera las «grandes naciones históricas netamente definidas de Europa» que son Francia, España, Escandinavia, Inglaterra, Italia, Polonia, Alemania y Hungría, naciones indudablemente «vitales»; sólo las cuatro primeras son estados nacionales ya constituidos, mientras que las restantes merecen acceder a la soberanía plena; Alemania e Italia deben reencontrar, mediante la unificación, el lugar que les corresponde por su pasado, mientras que las otras dos naciones sojuzgadas han sabido resistir la asimilación y son por lo tanto capaces de una existencia nacional independiente. En cambio, otros pueblos han perdido su «vitalidad política»: por ejemplo, los checos, nacionalidad «moribunda», destinados a pertenecer a las naciones sin historia, ya que nunca la tuvieron, ni tuvieron energía necesaria; son nacionalidades «naturales», campesinas, bárbaras, reliquia de pueblos y vestigios etnográficos: a ellas, como a Occitania – incorporada a la Francia del Norte – la absorción por parte de Alemania o de Hungría les ofrecerá, en compensación, «la democracia».

Los atributos calificativos que desvalorizan a los pueblos eslavos meridionales y balcánicos derivan de esta premisa escrita por Engels en la «Neue Rheinische Zeitung»: son pueblos destinados a desaparecer ya que son «el principal instrumento de los contrarrevolucionarios».²⁴⁶ Bajo la discriminación de los pueblos sin historia y la selección, natural de los Estados fuertes, corre otra distinción: la de naciones revolucionarias y de

²⁴³ *Ibíd.*, vol. 8, p. 368 (*El paneslavismo democrático*, en "Neue Rheinische Zeitung", 15 de febrero de 1849) (trad., pp. 13 y ss.).

²⁴⁴ *Ibíd.*, p. 232 (*La lucha de los magiars*, *ibíd.*, 13 de enero de 1849).

²⁴⁵ Cf. R. Rosdolsky, Engels und das Problem der "geschicht-losen" Völker, en "Archiv für Sozialgeschichte", IV, 1964.

²⁴⁶ Marx-Engels, *Opere*, cit., vol. 8, p. 374 (*ibíd.*).

naciones contrarrevolucionarias sólo porque esta última distinción cambia según la coyuntura, se verifican variaciones en lo que respecta a los polos estatales. Marx y Engels reconocerán la limitación de sus conocimientos etnológicos pero aunque aumentará la vacilación por lo que respecta al futuro de los pueblos eslavos y balcánicos, su juicio los seguirá dejando ligados al destino de los «principales Estados».

El rechazo de un futuro para los checos va comprendido en una denuncia más violenta aún, si es posible, del paneslavismo. La reunión de los eslavos daría vía libre a la hegemonía rusa: el ataque tiene como blanco a Bakunin quien, en el Congreso de Praga de 1848, veía en los eslavos a «los esclavos de la tierra» y exaltaba el derecho natural a la existencia y a la insurrección de la nacionalidad, haciendo de todo movimiento nacional oprimido una causa justa; pero la polémica alcanzó a todos los partidarios de movimientos nacionales considerados en posición contrarrevolucionaria o simplemente capaces de riesgos contrarrevolucionarios. Se trata de una posición que distanciará a Engels de todos los movimientos nacionales; como más de treinta años después escribiría «en la medida en que hemos pasado a través del liberalismo, hemos compartido inicialmente esta simpatía por todas las nacionalidades oprimidas, y yo sé cuánto tiempo y cuánto estudio me ha costado librarme definitivamente de ello». Pero en nombre de los intereses del proletariado, la misma carta revela una constancia de juicios y opciones por lo que se refiere a la estrategia revolucionaria:

Nosotros debemos colaborar en la liberación del proletariado de Europa occidental, y todo debe subordinarse a este objetivo. Por más interesantes que puedan ser los eslavos de los Balcanes, etc., pueden irse al diablo si su esfuerzo de liberación entra en conflicto con el interés del proletariado. También los alsacianos están oprimidos, y me alegraría si pudiésemos poder desembarazarnos del problema. Pero si en vísperas de una revolución claramente inminente, intentaran provocar una guerra entre Francia y Alemania, excitando de nuevo las pasiones de estos dos pueblos, y retrasar así la revolución, les diría: ¡Alto! No toleraremos que pongáis palos en las ruedas del proletariado en lucha. Lo mismo vale para los eslavos.²⁴⁷

²⁴⁷ Engels a Bernstein, 22-25 de febrero de 1882, citada en K. KAUTSKY, *Die Befreiung der Nationen*, Stuttgart, 1917, p. 9,

Como resultado de la derrota revolucionaria de 1848 y de 1849, en Praga y en París, como en Budapest, pero también en Colonia y en Frankfurt, la política de Marx y de Engels se aleja de toda idea de alianza con los demócratas, y cualquier movimiento nacional se hace sospechoso, tanto en las grandes naciones como en los países alemanes. El Mensaje a la Liga de los comunistas de marzo de 1850, con intención de revitalizarla, invita a la vigilancia contra los «pequeños burgueses demócratas» y a reconstruir un partido obrero, «lo más organizado posible (...) lo más independiente posible» para «hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales, que (...) por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado». Si el nacionalismo es rechazado, el Estado subsiste como Estado proletario; el objetivo de la revolución consiste en realizar en Alemania no sólo «la República alemana una e indivisible, sino en luchar en esta República por la más resuelta centralización del poder en manos del Estado».²⁴⁸

Son éstos los primeros esbozos de la idea de dictadura del proletariado, la cual se debe realizar en el ámbito de una permanencia del Estado, por lo menos en los países capitalistas desarrollados, y que quedará como un punto central a pesar de las críticas al socialismo de Estado lassalliano. Engels prolongará su estudio *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (1852) con una investigación histórica que trata de la aparición de una nación alemana durante la guerra de los campesinos en el siglo XVI. Siguiendo esta línea, que más tarde tendrá nuevos desarrollos y que no siempre evitará las influencias nacionalistas, probablemente debido a la influencia de la historiografía alemana, se acercará a una visión etnológica de la nacionalidad, a pesar de que en el centro de esta posición siempre permanecerá la subordinación a los intereses del partido revolucionario.

Si la posición adoptada al principio de los años cincuenta nos muestra cómo Marx y Engels tomaron distancias respecto al movimiento democrático, nos puede asimismo explicar cómo pusieron en duda el futuro mismo de Polonia, definida por Engels como «nation foutue».²⁴⁹ Pero pronto volvemos a encontrar tomas de posición favorables: Polonia puede ser la ocasión para la revolución. Ya se aludía a esto en el *Manifiesto*, en el cual se

²⁴⁸ MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, cit., vol. 1, pp. 95, 100.

²⁴⁹ Engels a Marx, 23 de mayo de 1851, *Opere*, vol. 38, p. 290.

hablaba del apoyo de los comunistas al partido polaco «que establece la revolución agraria como condición de la liberación nacional».²⁵⁰ Marx juzga necesaria la existencia de Polonia, y así lo declara en una sesión de la Asociación internacional de trabajadores, apoyando el derecho democrático a la autodeterminación. Así, en 1865, en la Conferencia de Londres, considera urgente «la eliminación de la influencia invasora de Rusia en Polonia», aplicando a este país el «derecho de todo pueblo a disponer de sí mismo» y restaurándolo sobre una base social y democrática. Esta restauración es «un objetivo de la política obrera». Una vez más, la causa polaca es motivo de enfrentamiento con Bakunin, pero el razonamiento conserva el mismo fundamento y confirma la misma tesis acerca de los pueblos sin historia, a los cuales Marx y Engels niegan la aplicación del principio de nacionalidad sobre la misma base que la «gran cuestión del derecho a la existencia nacional de los grandes pueblos históricos», preguntándose qué es el paneslavismo «si no la aplicación por parte de Rusia, y en interés de Rusia, del principio de nacionalidad a los serbios, los croatas, los rutenos, los eslovacos, los checos y otras reliquias de pueblos en Turquía, en Hungría y en Alemania».²⁵¹

El principio de restauración de la independencia polaca es reafirmado, en 1875, en términos geopolíticos:

Otra razón de la simpatía del partido obrero por la resurrección de Polonia es su particular situación geográfica, militar e histórica. La división de Polonia es el cemento que une entre sí a los tres grandes despotismos militares: Rusia, Prusia y Austria. Sólo la restauración de Polonia puede romper este vínculo y liquidar de esta forma el principal obstáculo a la emancipación de los pueblos europeos.²⁵²

En 1892, la evolución económica fue invocada por Engels para su argumentación a favor de la causa polaca (sobre argumentos análogos, Rosa Luxemburg fundamentará, cinco años después, un razonamiento exactamente opuesto): «La rápida evolución de la industria polaca, que ha sobrepujado a la industria rusa, es, no obstante y por su parte, una nueva

²⁵⁰ OME, vol. 9, p. 168. Sobre Polonia, cf. C. BOBINSKA, *Marx und Engels über Polnische Probleme*, Berlín, 1958.

²⁵¹ MEW, vol. 16, p. 159.

²⁵² MEW, vol. 18, p. 574.

prueba de la indestructible fuerza vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su inminente restauración nacional».²⁵³ La concepción vitalista de la existencia nacional no se modifica e incluso se afirma con mayor vigor por influjo del darwinismo; por el contrario, no cambia la duplicidad de la determinación política: ésta se funda, de hecho, en el curso de la revolución y en las relaciones entre Estados. En el caso de Polonia, no obstante, parece dibujarse el principio de una necesaria anterioridad por lo que respecta a la liberación nacional, en cuanto ésta permite el desarrollo del movimiento democrático en el país en cuestión, cuando éste es una «gran nación», y de la revolución obrera en los países opresores, desvinculados de su despotismo conservador.

Marx y Engels no pueden deducir directamente la noción de la realización de la revolución social a través de la liberación nacional, ni de su doctrina económica ni de la concepción histórica del universalismo proletario. En efecto, si a causa de su posición relativamente constante a favor de la independencia polaca (y de modo latente a favor de la unidad alemana, aunque sea Bismarck quien la realice) se nos muestran cercanos a la corriente democrática nacional, se oponen, en cambio, a las manifestaciones y exasperaciones románticas de ésta, que tiende a colocar en el mismo plano todas las reacciones contra la opresión nacional. Demócratas alemanes de tendencia cosmopolita se convirtieron, a causa de su formación intelectual, en apóstoles de la revolución socialista en los «principales» Estados capitalistas. Aquí se origina una contradicción que, en la cuestión irlandesa y en la acción de la I Internacional, rozará los límites de la paradoja.

3. *La excepción irlandesa y la lección de la I Internacional*

El empeño de Marx y Engels en la orientación y en la acción de la Asociación internacional de trabajadores, especialmente en el seno del Consejo general de Londres, se dirigió con frecuencia a favor de las dos cuestiones nacionales consideradas válidas como tales para el movimiento obrero, tal como Engels lo señala a Kautsky en una carta del 7 de febrero de 1882: «Dos naciones europeas tienen, no sólo el derecho sino el deber de ser nacionalistas antes de convertirse en internacionalistas, Irlanda y Polonia. Estas alcanzan el máximo de internacionalismo cuando son genuinamente

²⁵³ F. Engels, prefacio a la edición polaca de 1892 del *Manifiesto*, en MARX-ENGELS, OME, vol. 9, p. 388.

nacionalistas». ²⁵⁴ La fundación de la I Internacional fue anunciada en un comicio en el Saint James' Hall de Londres, convocado para celebrar la insurrección polaca, en julio de 1863, y la proclamación se llevó a cabo en otro comicio en favor de Polonia, que tuvo lugar en el Saint Martin's Hall de Londres en septiembre de 1864.

A partir del otoño de 1867, el problema irlandés reaparece en primer plano, considerado como «la clave para la solución del problema inglés, y la solución inglesa, para la del problema europeo». Marx y Engels estuvieron implicados incluso personalmente en el problema, el primero a causa de la asistencia otorgada por sus hijas a los prisioneros políticos irlandeses, que las llevó a la adhesión a la huelga de hambre de éstos, y el segundo debido a su relación con Lizzie Burns. Marx se vio obligado a llevar al plano práctico el problema de la relación directa entre movimiento obrero y movimiento nacional, entre cuestión nacional y revolución socialista. En el caso de Polonia, la necesidad de «restauración nacional» nacía sobre todo de un principio democrático, y el desarrollo de la democracia es una etapa del capitalismo, tanto en Polonia, como en Rusia, en Austria, en Prusia y en Alemania, cuya evolución política está bloqueada por una situación reaccionaria; la solución del problema polaco hubiera permitido la reanudación del proceso democrático que suele ser contemporáneo al desarrollo del liberalismo económico. Si dicho movimiento conduce finalmente a la revolución proletaria no se debe a una relación causal directa. Por el contrario, la cuestión irlandesa pone en juego la revolución proletaria.

El movimiento obrero, es decir la I Internacional, debe asumir esta tarea nacional, no por razones democráticas, sino porque se trata de una solución vital para su futuro. Por otra parte, se tiene presente que el movimiento nacional irlandés, el fenianismo, es meramente nacionalista y recurre al terrorismo para responder a la tremenda represión que se abate sobre el país; el ejército inglés, como todo ejército colonial, puede descargar su fuerza represiva contra la clase obrera inglesa, pero este motivo es considerado secundario, de la misma forma que lo es el significado social, e incluso socialista, del movimiento, en cuanto expresión del pauperismo irlandés. Marx tiende a adjudicar al fenianismo una tendencia socialista, pero «negativamente», en la medida en que se dirige contra la propiedad privada de la tierra. En efecto, escribe a Kugelmann:

²⁵⁴ K. MARX y F. ENGELS, *L'Irlanda e la questione irlandese*, Roma-Moscú, 1975, p. 314. Cf. también R. LEVRERO, *La questione irlandese*, en "Classe" 1972, pp. 71-112.

Estoy cada vez más convencido –y la única cuestión es llevar esta convicción a la clase obrera inglesa– de que ésta no podrá hacer nada decisivo en Inglaterra mientras no separe definitivamente su política respecto de Irlanda de la política de las clases dominantes; mientras no haga causa común con los irlandeses, mientras no tome la iniciativa de disolver la Unión establecida en 1801, reemplazándola por una libre relación federal. Y esto debe hacerse, no por simpatía hacia Irlanda, sino como exigencia de interés del proletariado inglés. (...) Cada uno de sus movimientos en Inglaterra misma es mutilado por la desunión con los irlandeses, quienes constituyen un sector muy importante de la clase obrera de Inglaterra.

Por otra parte, la solución del problema irlandés daría un golpe decisivo a la hegemonía de la oligarquía terrateniente, la cual tiene precisamente en Irlanda sus «puestos de avanzada, sólidamente fortificados».

Pero una vez que las cosas estén allí en manos del propio pueblo irlandés, una vez que éste se convierta en su propio legislador y amo, una vez que logre su autonomía, la abolición de la aristocracia terrateniente (...) será infinitamente más fácil que aquí, puesto que en Irlanda no se trata de un simple problema económico, sino, al mismo tiempo, de un asunto nacional, desde que los terratenientes de allá no son, como los de Inglaterra, los tradicionales dignatarios y representantes de la nación, sino sus opresores mortalmente odiados.²⁵⁵

El razonamiento marxiano, en cuanto pone de relieve la importancia de las relaciones de clase y de la formación de la conciencia obrera inglesa, se relaciona con la lógica del desarrollo capitalista, tal como es analizada en *El Capital*, y se funda en la situación hegemónica de Inglaterra en el mundo capitalista.

Inglaterra, metrópolis del capital, potencia que ha dominado hasta ahora el mercado mundial, es por el momento, para la revolución obrera, el más importante de los países y, además, el

²⁵⁵ Marx a L. Kugelman, 29 de noviembre de 1869, en MARX-ENGELS, *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Buenos Aires, 1964, pp. 356-357 (también en MARX y otros, *El marxismo y la cuestión nacional*, cit., pp. 39-40).

único país en el cual las condiciones materiales de esta revolución han alcanzado cierto punto de madurez. Por ello, acelerar la revolución social en Inglaterra es el objetivo más importante de la Asociación Internacional de trabajadores. El único medio de acelerarla es independizar a Irlanda. (...) La tarea especial del Consejo Central de Londres es despertar en los obreros ingleses la conciencia de que para ellos la emancipación nacional de Irlanda no es asunto de justicia abstracta o de sentimiento humanitario, sino la condición primera de su propia emancipación social.

En un pasaje anterior de la misma carta, Marx había subrayado «lo más importante»:

Todo centro industrial y comercial de Inglaterra posee ahora una clase obrera dividida en dos campos hostiles: los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. El obrero inglés común odia al obrero irlandés como competidor que reduce su nivel de vida. En relación con el obrero irlandés, se siente miembro de la nación dominante, y se convierte, así, en instrumento de los aristócratas y capitalistas de su país contra Irlanda, con lo que refuerza la dominación de aquéllos sobre él mismo. Abriga prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el obrero irlandés. Su actitud para con éste es muy parecida a la de los «blancos pobres» para con los negros en los antiguos Estados esclavistas de EE.UU. Por su parte, el irlandés le paga, y con creces, en la misma moneda. Considera al obrero inglés como cómplice y estúpido instrumento de la dominación inglesa sobre Irlanda.²⁵⁶

Las posibilidades de emancipación de la clase obrera inglesa y, en lo que respecta al mundo entero, las de la revolución socialista, están unidas a la exigencia de que los obreros ingleses adquieran conciencia de clase. Esta condición no será satisfecha, lo cual constituirá una de las razones del fracaso de la I Internacional; no obstante, en su entusiasmo militante, Marx y Engels conservarán durante mucho tiempo esta esperanza.

Para Marx y Engels, el problema irlandés tiene excepcional valor, asimismo, porque, por primera vez, discuten en este terreno las perspectivas

²⁵⁶ Marx a S. Meyer y A. Vogt, 9 de abril de 1870, *ibíd.*, pp. 363-364, (e *ibíd.*, pp. 42-43).

de la revolución proletaria, que consideran inminente. Así, tocan sin saberlo uno de los nudos esenciales de los acontecimientos futuros: la revolución obrera no estallará en el centro de los países capitalistas, ya que la clase obrera de los países desarrollados se integrará en el Estado –tal como sucedió en la Inglaterra del siglo XIX– y, compartiendo el nacionalismo dominante, se alejará del socialismo revolucionario. No se trata sólo del fenómeno de la aristocracia obrera, señalado por Engels en el prefacio de 1891 a *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y luego recogido por Lenin, ya que la alienación nacional hace referencia en este caso a la totalidad de la clase obrera inglesa: lo que se entrevé es el divorcio entre evolución real del movimiento obrero y teoría revolucionaria.

Ni Marx ni Engels volverán sobre estos problemas relacionados con la formación de la conciencia de clase: sin abandonar la causa irlandesa, ya no la considerarán decisiva, ya que para ellos, el centro de la revolución se ha trasladado a la Europa continental. Por otra parte, si bien el problema irlandés fue definido como colonial, la idea de una necesaria liberación nacional previa no fue traspuesta al caso de las colonias de ultramar. Aunque sean denunciados los horrores de la colonización, la tarea colonizadora, caracterizada por la violencia de la expansión capitalista, está vista en el marco del gran movimiento de progreso de la civilización.²⁵⁷ Ciertamente es que las resistencias a la colonización apenas comienzan entonces a expresarse como movimientos nacionalistas; sin embargo, ya sucede así en el caso de la insurrección del coronel Arabi en Egipto en 1882, hecho que escapa a Engels cuando, en el mismo período, discurre en su correspondencia acerca del aburguesamiento de la clase obrera inglesa, casi por extensión del análisis referente a Irlanda, pero advierte un porvenir independiente para las sociedades coloniales y no para las colonizadas, las cuales constituyen precisamente las verdaderas naciones sometidas, salvo en el caso de una eventual intervención del proletariado metropolitano.

Me pregunta usted –escribe a Kautsky el 12 de septiembre de 1882– qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general: lo mismo que piensan los burgueses. Aquí no hay partido obrero: no hay más que el partido conservador y el partido liberal radical, y los obreros se benefician tranquilamente con ellos del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio de ésta en el mercado mundial. A juicio mío, las colonias

²⁵⁷ Cf. R. GALLISOT, BADIA, *Marxisme et Algérie*, París, 1976.

propiamente dichas, es decir, los países ocupados por una población europea: el Canadá, El Cabo, Australia, se harán todos independientes; por el contrario, los países sometidos nada más, poblados por indígenas, como la India, Argelia y las posesiones holandesas, portuguesas y españolas, tendrán que quedar confiadas provisionalmente al proletariado, que las conducirá lo más rápidamente posible a la independencia.²⁵⁸

Cierto es que Engels añade: «el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria». Una vez más nos encontramos ante la lógica de la anterioridad de la revolución proletaria, respecto a la cual los problemas nacionales deberán ser controlados con posterioridad, ya que son secundarios.

Las contradicciones aparecidas en el caso de la cuestión irlandesa quizás expliquen la vuelta de Marx a la paradoja dialéctica, en el análisis llevado a cabo inmediatamente después de la Comuna de París. A pesar de lo que se pueda decir después de la lectura de Marx o de sus comentaristas, la Comuna fue esencialmente un acto nacional antes que un intento obrero, o mejor dicho, la Comuna ejerció un poder popular inspirado en las posiciones obreras internacionalistas con el fin de asegurar la defensa nacional. Esta experiencia democrática no salió de *los* límites municipales (comunales) y no alcanzó dimensiones nacionales. Marx observa que fue éste su drama. Sin embargo, precisamente por este motivo la Comuna fue una de las últimas grandes manifestaciones de comunismo urbano, al menos en un país capitalista desarrollado. De cualquier modo, el movimiento de la Comuna se movió por un gran impulso patriótico y se nos aparece sobre todo como un acto de espíritu nacional. En los *Mensajes* redactados en nombre de la Asociación internacional de los trabajadores, y más aún en *La guerra civil en Francia*, Marx tergiversa la realidad y toma como pretexto el intento de la Comuna, analizado como conquista obrera del poder, para desarrollar sus apreciaciones acerca del Estado proletario.

No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente Y

²⁵⁸ Engels a Kautsky, 12 de septiembre de 1882, en MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, cit., vol. 3, p. 507.

situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrescencia parasitaria. (...) El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito (...). Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. (...) la Comuna era, esencialmente, un Gobierno de la clase obrera (...), la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.

La guerra civil en Francia desarrolla el marco general de la dictadura del proletariado, que se forma en el ámbito de un solo país, transforma el Estado nacional y pone fin al nacionalismo.

El régimen de la Comuna se ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar en una federación de pequeños Estados, como la soñaban Montesquieu y los girondinos, esa unidad de las grandes naciones que, si bien en sus orígenes fue instaurada por la violencia, hoy se ha convertido en un factor poderoso de la producción social.²⁵⁹

La paradoja del Estado proletario consiste en ser nacional más allá de la nacionalidad y de la nación, así como en serlo sin huella de nacionalismo, en cuanto el proletariado, en una formulación cercana a la sublimación filosófica de los años 1845-1848, a la visión del *Manifiesto*, será «desnacionalizado». Aquí radica el centro de la contradicción marxista acerca de la nación: sin una teoría de la nación, el marxismo debe asumir el Estado nacional, aunque sólo sea para obtener la restitución del Estado a la sociedad civil, deduciéndolo de la desnacionalización de la clase obrera, mediante la conciencia de clase.

Habría que señalar que durante la I Internacional las clases obreras no habían sido todavía «nacionalizadas», ya que estaban en formación en los países capitalistas industriales como consecuencia del éxodo rural y de las migraciones regionales de mayor alcance, el trabajo estaba aún estrechamente relacionado, si no con el artesanado, al menos con la actividad manual y con una especialización profesional. Son los trabajadores cosmopolitas que pasan de un país a otro y los obreros cualificados –sastres, zapateros, montadores metalúrgicos, etc.– más que los obreros industriales (excepción hecha de las grandes federaciones corporativas) los que

²⁵⁹ K. MARX, *La guerra civil en Francia*, en *Obras escogidas*, cit., pp. 234-236.

constituyen las asociaciones obreras, los grupos, las secciones y las federaciones de la I Internacional; ésta no estuvo fundamentada, por buenos motivos, sobre bases nacionales. La primera clase obrera que se nacionalizará, que encontrará un motivo de integración general en el Estado y que se adherirá a su status nacional gracias a su nivel de vida es, no obstante la disparidad interna de regiones y razas, la clase obrera inglesa, tal como en efecto Marx y Engels habían observado en relación con la cuestión irlandesa. No es sorprendente ver entonces las Trade Unions, en contra de las esperanzas de Marx, abandonar antes que nadie la Asociación internacional de los obreros, incluso antes de la derrota de la Comuna; asimismo, la Internacional pierde su base europea debido a la resistencia de las organizaciones suiza y belga contra las directrices del Consejo general, y la principal fuerza que conserva éste le viene de los obreros alemanes emigrados en los Estados Unidos (lo cual explica la propuesta de trasladar el centro de la Internacional a Filadelfia en 1875).

Ya en su discurso de Ámsterdam al día siguiente del Congreso de La Haya de septiembre de 1872, Marx reconoce la necesidad de tener en cuenta las condiciones nacionales:²⁶⁰ la acción del movimiento obrero internacional debía insertarse en el marco de los Estados nacionales. Esta fue la lección que se obtuvo del fundimiento de la I Internacional.

4. «Capitalcentrismo» y falta de conclusión en los estudios acerca de la nacionalidad

Más allá de las tomas de posición coyunturales, que a pesar de todo demuestran una gran constancia de línea y de motivaciones, es necesario remitir el pensamiento de Marx y Engels a su concepción general del desarrollo capitalista: todos los países están destinados a sufrir su ley y sus leyes, pasando por el estadio del capitalismo, al que se reconoce como una fase esencial del progreso de la civilización, capaz de romper la angustia de las barreras nacionales y de acabar con la barbarie de las naciones campesinas, con el bandolerismo y el nomadismo primitivos, con el estado salvaje de las naciones naturales. En este sentido, el nombre «nación», que tiene un débil valor, indica casi exclusivamente la diversidad de los

²⁶⁰ Cf. G. M. BRAVO, *La Prima Internazionale. Storia documentata*, Roma, 1978. p. 834.

pueblos.²⁶¹ Por encima de las barreras feudales, de los vínculos patriarcales, la realidad del mercado mundial, el progreso del libre cambio, abatirán las fronteras nacionales; el capitalismo prepara el fin de las naciones: «la parcialidad y limitación nacionales se forman cada vez más imposibles», afirma el *Manifiesto*.²⁶²

El Capital se sitúa en una perspectiva histórica de unificación mundial: el internacionalismo proletario es la contrapartida del cosmopolitismo capitalista y librecambista. Esta interpretación comete el error de olvidar la función económica del Estado —el gran ausente de *El Capital*— que consigue hacer autónoma la infraestructura económica. Por otra parte, esta subvaloración y esta escisión entre infraestructura y sobreestructura —que intentará llenar en vano la tesis del reflejo— es menos grave que la marginación de las realidades sociales colectivas, entre las que se cuenta la nación, o sea que el aislamiento exclusivo en el ámbito de las relaciones entre las clases sociales.

No sólo el análisis de Marx se concentra en el capitalismo mercantil, que en Inglaterra se ha convertido en industrial, sino que la capacidad explicativa de *El Capital* tiende a hacer girar toda la historia alrededor de esta relación capitalista a considerarla como su precedente. No se trata tanto de eurocentrismo, ya que Marx reconoce el traslado del centro de gravedad capitalista, que transfiere por lo tanto el centro de la revolución, hacia Alemania, y eventualmente —afirma— durante el siglo XX hacia Estados Unidos y Rusia, como de capitalcentrismo, en el que confluye toda la evolución humana. Los modos de producción se suceden «como épocas que marcan el progreso de la formación económica de la sociedad» y «las relaciones de producción burguesas son la última forma que se opone al proceso de producción social (...) Con esta formación social termina la prehistoria de la sociedad humana».²⁶³ Estas perspectivas del final revolucionario y de su agente histórico, la organización de la clase obrera, justifica en último término las decisiones coyunturales acerca de una u otra causa nacional. Es inútil, pues, oponerse a esta progresión de la fuerza natural, al materialismo histórico del capital: defender la especificidad de las antiguas comunidades rurales, las poblaciones atrasadas, las nacionalidades

²⁶¹ Sobre el vocabulario del joven Marx, cf. J. GERTLER, *Zur Bedeutung der Kategorien Volk und Nation in den Frühen Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels*, en *Forschungen zur Osteuropäischen Geschichte*, Berlín, 1973.

²⁶² MARX-ENGELS, OME, vol. 9, p. 140.

²⁶³ K. MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1966, p. 8.

bárbaras que constituyen el deshecho de la demiurgia civilizadora, sería pecar contra la historia y contra las leyes científicas.

Es precisamente esta adhesión a una concepción lineal del progreso la que relaciona al marxismo con el evolucionismo científico del siglo XIX, en términos que pueden hacer pensar en una especie de darwinismo de la selección de los pueblos. Esto es más evidente aún si se considera la insistencia de Engels en transponer las leyes económicas en leyes naturales y en vincular dialéctica histórica y dialéctica de la naturaleza.

Esto no significa que en estos textos fundadores del marxismo no haya una distinción entre nacionalidad y nación, cualesquiera que sean las fluctuaciones del vocabulario utilizado, e incluso una investigación acerca de la nacionalidad; sólo que las encontramos fuera de la obra económica, así como de las exposiciones doctrinales de Engels; esencialmente en los escritos periodísticos dedicados a la cuestión nacional y a los acontecimientos internacionales. La nación hace referencia a la sociedad moderna del Estado capitalista; las nacionalidades pertenecen a un largo pasado de diferenciaciones y de agrupamientos de las poblaciones en pueblos. En la primera etapa del pensamiento histórico de Marx, las formas comunitarias y la historia de las grandes naciones se hallan escalonadas a lo largo de la vía maestra que a partir del modo de producción asiático, si no del comunismo primitivo, y a través del modo de producción antiguo, después esclavista, y más tarde feudal, conduce al Occidente capitalista; esta sucesión no puede menos que hacernos pensar en la marcha de la idea hegeliana, de China a Persia, a Egipto, a Grecia, a Roma y a partir de allí, pasando por las invasiones germánicas, el Sacro Imperio Romano Germánico y los modernos reinos de Occidente, hasta los Estados de la revolución burguesa, iluminada por el estallido de la Revolución francesa. Pero este esquema lineal se rompe gradualmente durante el trabajo de investigación de Marx y Engels. Ya en el período en que redactaba *El Capital*, Marx se dedicaba al estudio de las *Formaciones económicas precapitalistas* tal como lo reveló un siglo más tarde la publicación de los *Grundrisse*. Las comunidades rurales se interpretan allí como formaciones sociales colectivas, que no se vinculan sólo a la estructura de clase, no se reducen a las relaciones de producción, y son étnicamente distintas; son al mismo tiempo el soporte de una evolución social que finaliza nacionalmente o no, se encuentra a veces en las naciones, como Escocia, tal como lo sugieren la desaparición de la comuna germánica o la subsistencia de la rusa.

Más tarde, Marx y Engels se sintieron atraídos por las relaciones de parentesco, tal como lo atestiguan los *Cuadernos etnológicos* de Marx,

recientemente editados por L. Krader, y *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* de Engels (1884). Mientras tanto, la redacción de *El Capital* permanece inacabada ya que Marx, con el fin de precisar la naturaleza de la renta de la tierra, se dedicó a una larga investigación sobre la organización de las comunidades rurales y de las formas precapitalistas, comenzando así un estudio de historia social que va mucho más allá de los esquemas de producción y de reproducción económica. Las realidades comunitarias –de las comunidades rurales y de las comunidades étnicas– llegaban a modificar a fondo la visión del pasado, en aquella historia plurilíneal que se transparenta en los borradores de la carta a Vera Zasulich,²⁶⁴ de 1881. Los apuntes extraídos del trabajo del estudioso ruso Maxim Kovalevski acerca de la propiedad colectiva del suelo, recibido desde Moscú inmediatamente después de publicado, en 1879, demuestran el ensanchamiento del campo histórico en múltiples perspectivas.²⁶⁵

Es de lamentar que mientras hay una vasta literatura acerca del «joven Marx», los temas finales de su pensamiento no hayan sido tan estudiados. En la última etapa de la elaboración marxiana, las diferencias colectivas se convierten en el fondo de la diferenciación entre los «ambientes históricos», a pesar de que esta intuición no se traduce en una visión general más que en la oposición clásica entre Oriente y Occidente. De todas formas, comienza ya a entreverse una distinción entre el modelo de las naciones del «Occidente desarrollado de modo totalmente burgués» y una formación nacional que será diferente en Europa central, en la balcánica y en la oriental. Así, cuando Kautsky interrogará a Engels sobre cuál cree que será el destino nacional de los eslavos meridionales y sobre la posición que deben tomar los socialistas, éste expresa su vacilación, ya que dichos movimientos nacionales están «fuera de nuestro ambiente cultural» (carta del 11 de mayo de 1882), lo cual no le impide pasar más adelante a expeditivas consideraciones de política internacional.

Aparte de estas tomas de posición políticas, el trabajo de investigación acerca de la nacionalidad continúa. Es Engels, más que Marx –ocupado en su gran obra–, quien amplía el campo de trabajo mediante el estudio de las familias lingüísticas, de las migraciones y de las estructuras comunitarias basadas en el parentesco y en la organización rural, y con el reconocimiento final de que históricamente existen formas de relación social que no

²⁶⁴ Cf. K. MARX y F. ENGELS, *Sobre el modo de producción asiático*, Barcelona, 1969, pp. 171-185.

²⁶⁵ Cf. *id.*, *Ecrits sur le tsarisme et la commune russe*, en "Cahiers de l'Isa", 1969, n. 7.

pertenecen directamente a las relaciones de producción, pero que están en el origen de la reproducción social: son, por lo tanto, formas colectivas capaces de convertirse en bases nacionales, por su misma transformación, por su capacidad de asimilación, así como de permanencia cultural.

Con relación a Polonia y a la situación plurinacional de Europa oriental y Europa central, Engels analizó muy pronto los movimientos de las poblaciones así como de las fronteras lingüísticas y territoriales en el curso «de la evolución histórica de los últimos mil años». Resultó una composición plurinacional de todos los Estados y, por lo tanto, de los Estados nacionales modernos: «no hay ningún país europeo que no esté compuesto por diversas nacionalidades bajo un mismo gobierno (...). Y según todas las probabilidades, siempre será así».

Pero sobre todo en la redacción inacabada de su historia de Irlanda (1869-1870), Engels profundiza el estudio de la asimilación étnica y de la conservación de una originalidad cultural nacional, a pesar de las oscilaciones del vocabulario y los usos habituales del lenguaje de la época, que se expresa en términos raciales. Precisamente en este doble movimiento de amalgama y de diferenciación va dibujándose el carácter nacional irlandés.

Si esta asimilación [de Irlanda por parte de Inglaterra] hubiese tenido éxito, su desarrollo se habría convertido en objeto de la historia; habría estado sujeta a su juicio, pero no podría ser invertida. Pero si después de setecientos años de historia esta asimilación no se ha realizado, si, por el contrario, cada nueva oleada de invasores que se dirige a Irlanda es asimilada por los irlandeses, si, aun hoy, éstos están bien lejos de haberse convertido en ingleses, o, como suele decirse en «británicos del oeste», así como los polacos están bien lejos de convertirse en rusos del oeste solamente después de cien años de opresión, si la lucha no ha concluido y no hay ninguna perspectiva de que concluya si no es con el exterminio de la raza oprimida, entonces, ni siquiera todos los pretextos geográficos imaginables podrían demostrar que para Inglaterra la conquista de Irlanda es una misión.²⁶⁶

Engels se dedicó entonces al estudio de la cultura popular, de las leyendas y de las canciones y de la cultura literaria del clero, para encontrar

²⁶⁶ MARX-ENGELS, *L'Irlanda*, op. cit., pp. 155-156.

«a pesar de todas las aportaciones de la sangre germánica» el carácter nacional irlandés.

En su explicación de la formación nacional, subraya, además, la importancia decisiva de la situación colonial, que modifica el curso de la historia irlandesa: a pesar de la opresión lingüística y cultural, que se superpone a la colonización agraria, no se asiste a la desaparición de la nacionalidad; por el contrario, la oposición social impide cualquier asimilación, y la resistencia se convierte en movimiento nacional. Irlanda se convertirá en nación sólo si consigue romper con el dominio colonial. Es de notar el carácter excepcional de este análisis del problema irlandés como cuestión colonial, que no fue extendido entonces a los países colonizados de la época; también lo es el ser anticipador de una visión de los movimientos de liberación nacional, aunque sólo fuese por la relación que se establece con el centro británico, que permanece como el foco capitalista de la revolución obrera.

El punto más avanzado de la investigación de Engels –por lo menos en versión pública explícita, ya que sus investigaciones continuaron posteriormente– está en el prefacio a *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, en el cual se reconoce la función fundamental de la «reproducción social», es decir, de la sucesión de las generaciones humanas dentro de formaciones sociales colectivas, inseparable pero no asimilable a la producción y a la reproducción económica.

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra.²⁶⁷

Cabe observar que la reducción del marxismo a la «naturaleza» simple de las relaciones y de los modos de producción económica, la ortodoxia que

²⁶⁷ F. ENGELS, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en *Obras escogidas*, cit., vol. 3, p. 204.

conducirá a la ordenación de los modos de producción de una forma mecánica, el «capitalcentrismo», destinado a prevalecer en el desarrollo del socialismo como ideología o como conciencia del movimiento obrero europeo, han hecho perder la posible solución, en la teoría marxista, de una confrontación entre la nación y las clases mediante una explicación histórica que aborde precisamente la explicación de la sociedad mediante el análisis económico de las relaciones de clase implícitas en el precapitalismo y mediante la asunción de la reproducción de las sociedades como complejos comunitarios, de la familia a los pueblos, e incluso como comunidades históricas que transforman continuamente sus relaciones económicas internas, y aun en el proceso ininterrumpido de aislación y desasimilación cultural sobre el cual se basa la nacionalidad. El abandono de estos posibles desarrollos se vio favorecido, sin duda, por la eficacia del marxismo en las luchas obreras y por su relativo arraigo en el movimiento obrero intelectual; asimismo, conduce a una reducción economicista tanto más posible en la medida en que las investigaciones inacabadas y los interrogantes historicistas de Marx y de Engels quedarán durante mucho tiempo ignorados, en los textos y borradores manuscritos. El marxismo de la II Internacional se identifica con el Manifiesto y *El Capital*, sobre todo el primer libro, más que el segundo, publicado en 1885, y aún más que el tercero, editado sólo en 1894, que vuelve sobre el problema de la génesis del capitalismo a pesar del incompleto análisis de la sociedad. Se consuma entonces el divorcio entre la etnología y lo que estará destinado a convertirse en la tradición marxista, es decir, el comentario de la obra económica, de los escritos de polémica política y de los tratados de materialismo. Incluso por este motivo se acabará insistiendo en el principio del Estado nacional, tanto más cuanto que los partidos socialistas, y en primer lugar la socialdemocracia alemana, se constituyen como partidos nacionales, reunidos en la II Internacional.

5. El estatismo nacional y la primera teorización de Kautsky

De la experiencia acerca de las cuestiones nacionales, así como de la reflexión de Marx y Engels sobre la nacionalidad, se va delineando una evolución que, por una parte, deja mayores posibilidades de futuro a los pueblos «sin historia» y, por otra, aporta una cierta racionalización y una consolidación creciente del puesto asumido por el Estado nacional, a falta de un real esclarecimiento terminológico. Es difícil agregar algo más sin recurrir

a los textos y al contexto. La validez de las nacionalidades y las realidades plurinacionales están mejor reconocidas, pero los destinos políticos se hallan siempre sometidos al interés revolucionario. Cuando Engels, en una carta de Bernstein del 9 de octubre de 1886, expresa su punto de vista acerca de la crisis balcánica, se muestra favorable a los movimientos nacionales de los eslavos meridionales en el caso de que éstos se opongan a Rusia; por el contrario, si éstos se dirigiesen contra el Imperio otomano, deberían ser considerados contrarrevolucionarios, ya que ofrecerían una posibilidad expansionista al zarismo; naturalmente, si Rusia dejase de ser una potencia reaccionaria, es decir en caso de revolución democrática, en aquel país las nacionalidades podrían cumplir su desarrollo autónomo.²⁶⁸ Del mismo modo, en 1890 admite que la conservación del Imperio austríaco se justifica sólo porque representa una barrera contra el avance ruso sobre Constantinopla; si los imperios desapareciesen, las nacionalidades serían libres.

Los magiares, los rumanos, los serbios, los búlgaros, los griegos, los turcos quedarán finalmente libres para regular sus recíprocas controversias sin la intromisión de una potencia extranjera, para delimitar sus respectivos territorios nacionales, para resolver sus asuntos internos como mejor les parezca. Entonces se verá que el principal obstáculo para la autonomía y el libre reagrupamiento de los pueblos y de las reliquias de pueblos entre los Cárpatos y el Egeo era únicamente el zarismo.²⁶⁹

La lógica no ha cambiado, pero ha desaparecido la distinción entre naciones históricas y pueblos sin historia, de tal modo que la revolución democrática desembocará en la liberación de las nacionalidades.

Por otra parte, para Engels, el problema del nacionalismo comienza a plantearse en términos preocupantes. Cuando se trate de una «verdadera» nación sometida e incluso dividida como Polonia, el nacionalismo puede constituir un fenómeno legítimo tanto más cuanto que, al volverse obsesivo, amenaza con desviar la lucha de clases. También a propósito de Polonia, Marx observó: «Mientras un pueblo vital está encadenado a un conquistador exterior, hace uso necesariamente de todos sus esfuerzos, de todas sus

²⁶⁸ Engels a Bernstein, 9 de octubre de 1886, en MEW, vol. 36, pp. 544-547

²⁶⁹ F. ENGELS, *Die auswärtige Politik des russischen Zarentums*, en MEW, vol. 22, pp. 11-48.

energías contra el enemigo; su vida interna está paralizada, es incapaz de luchar por su emancipación social».²⁷⁰ Engels teme entonces que el proletariado no sea capaz de ir contra corriente. En 1882 escribe a Bebel:

Pienso que una guerra europea sería una gran desgracia. Esta vez sería terriblemente grave, el chovinismo reinaría en todas partes durante años porque cada país lucharía por su propia existencia. Todo el trabajo de los revolucionarios rusos, que actualmente se acerca a la consecución de sus objetivos, resultaría inútil y sería destruido; en Alemania nuestro partido quedaría temporalmente aniquilado por la marea chovinista, y en Francia ocurriría lo mismo.²⁷¹

En 1891, en un artículo en la «Neue Zeit», da la alarma contra los peligros de una guerra entre Alemania, por una parte, y Francia y Rusia, por otra: la primera lucharía por su propia existencia, pero lo mismo le sucedería al partido socialdemócrata, el cual tendría que defenderse hasta el último hombre. Son afirmaciones que el partido socialdemócrata alemán utilizará en 1914 para justificar el apoyo a la causa nacional y la votación de los créditos de guerra. Si la fortuna de la revolución en Alemania está ligada al crecimiento de la socialdemocracia, ¿no es necesario intentar preservar ésta a cualquier precio?²⁷² Las relaciones de fuerza entre los Estados se juzgan como determinantes para una situación revolucionaria, y la potencia estatal amplía el efecto revolucionario; el desarrollo estatal extendería también la capacidad del proletariado.

El modelo nacional, el del capitalismo avanzado y la democracia burguesa, es por lo tanto el Estado nación tal como lo ve Engels. Si el Estado nacional constituye la organización normal de la burguesía dominante, «sin la autonomía y la unidad devueltas a cada nación europea no podrían tener lugar ni la unión internacional del proletariado, ni la tranquila e inteligente cooperación entre estas naciones para fines comunes». En una especie de balance de la evolución de los países europeos tras el año 1848, Engels observa:

²⁷⁰ BOBINSKA, *Marx und Engels*, op. cit.

²⁷¹ Engels a Bebel, 22 de diciembre de 1882, en MEW, vol. 35, p. 416,

²⁷² Sobre el movimiento obrero alemán, cf. H. U. WEHLER, *Sozialdemokratie und Nationalstaat. Nationalitätenfrage in Deutschland, 1840-1914*, Göttingen, 1971, y W. CONZE y D. GROH, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, Stuttgart, 1966.

En ningún país es posible la dominación de la burguesía sin la independencia nacional. De este modo, la revolución de 1848 debió traer aparejada la unidad y la independencia de aquellas naciones que lo han logrado hasta el presente: Italia, Alemania y Hungría; a su debido tiempo, le seguirá Polonia.²⁷³

De ahí que la primera tarea del movimiento obrero fuera la de constituir «potentes organizaciones nacionales».

Para el marxismo no hay, en definitiva, diferencia entre Estado-nación y la generalmente denominada por Marx «sociedad moderna», o sea «la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por las particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada».²⁷⁴ La nación ya establecida o potencial (como el caso de Polonia) es el lugar en el que se desenvuelve la lucha de clases, el marco de la dominación de la burguesía y por consiguiente de la conquista obrera de la dirección política. En la Europa de 1848 la burguesía intentó llegar al poder en Italia, en Alemania, en Austria y en Hungría; la contrarrevolución detuvo su marcha y las distintas burguesías hubieron de centrarse de nuevo en conseguir la unidad nacional. Al llevar a cabo tal empresa, la revolución socialista inicia su obra con la conquista del poder en el marco nacional por parte de la clase obrera.

No ha de sorprender, pues, el hecho de ver al joven colaborador de Engels, Karl Kautsky —que en 1883 había sido uno de los promotores de la «Neue Zeit», la revista teórica de la socialdemocracia alemana—, intentando sistematizar la herencia marxista y esbozar la primera formulación sintética de lo que se denomina la «nacionalidad moderna». Por su origen y por su formación, Kautsky es consciente de la cuestión nacional o, mejor, del problema de las nacionalidades en el imperio austro-húngaro y, en términos más amplios, en la Europa central, oriental y balcánica. Cuando en 1887 redacta su ensayo para la «Neue Zeit», acaba de regresar de Londres, donde ha confrontado sus ideas con las de Engels, en particular sobre la cuestión irlandesa: puede, pues, decirse que al integrar estos dos casos ejemplares

²⁷³ F. ENGELS, *Al lector italiano* (prólogo a la edición italiana del *Manifiesto*, de 1893), en MARX-ENGELS, OME, vol. 9, pp. 389-390.

²⁷⁴ K. MARX, *Crítica del Programa de Gotha*, en MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, cit., vol. 3, p. 22

está en disposición de sistematizar el pensamiento marxista sobre la cuestión nacional. Recoge y completa la explicación de la formación nacional: su génesis en el capitalismo en ascenso, comenzando por el capitalismo mercantil de las ciudades italianas y alemanas en el siglo XV, su generalización a partir de la difusión desigual del capitalismo, que comporta fases de recesión y repliegue en la Europa central y mediterránea y mayor avance en la Europa atlántica, su crisis causada por el librecambio, y hasta su inminente desaparición. «La forma clásica del Estado moderno es el Estado nacional», afirma; pero esta legitimación del Estado nacional implica el reconocimiento de la cuestión de las nacionalidades: «Hoy no existe ningún Estado nacional puro, capaz de abarcar enteramente a la nación o de no integrar completa o fragmentariamente a otras naciones. No ha terminado ni la formación de los Estados nacionales ni la de las mismas naciones». Así, a diferencia de las observaciones marginales de Marx y Engels, que consideran cosa del pasado las nacionalidades, para Kautsky éstas existen por sí mismas y pertenecen al presente. Si denuncia el paneslavismo, es solamente porque «es incompatible con una verdadera vida nacional de cada pueblo eslavo». Podría decirse que su experiencia austríaca le lleva a lo que en él será una práctica constante cuando se trate de abogar por soluciones tendentes a conciliar la organización estatal con las nacionalidades. Si el capitalismo se desarrolla regionalmente, se agudizan los antagonismos nacionales, como ocurre con la cuestión lingüística; queda entonces roto el equilibrio y ha de encontrarse una nueva organización política nacional.

La maduración nacional, que por consiguiente es un efecto del progreso capitalista, se define como un ensanchamiento social: si se sienten amenazadas las clases campesinas y pequeño-burguesas, se refuerzan las clases propiamente capitalistas. En tal movimiento de transformación, todo retroceso del desarrollo nacional pone en peligro al conjunto de la sociedad, y, lo que es aún más grave, en caso de sometimiento o desmembramiento, «es todo el pueblo el que sufre». Hace siglos que tienen lugar luchas provocadas por la aspiración a la unidad y la independencia nacionales: «el sentimiento nacional se ha convertido, por tanto, en una fuerza motriz que actúa de manera independiente, sin lazos con el desarrollo económico, y que en algunos casos puede constituir incluso un obstáculo al mismo».

Aparte del papel atribuido al sentimiento nacional, la aportación más original de Kautsky es probablemente su reflexión sobre la función de los intelectuales en el marco nacional: lo que él denomina «el proletariado de la inteligencia», o sea aquellos para quienes la instrucción constituye el único capital capaz de hacerlos salir de su condición campesina o pequeño-

burguesa, y cuyo futuro social depende de la creación de nuevos puestos de trabajo, hecha posible por la ampliación de las actividades estatales.²⁷⁵ Se trata de un estrato social que acaba siendo portador de una reivindicación nacional, ya que la independencia hace posible su promoción; está incluso dispuesto a lanzarse a la política colonial o a aceptar la exclusión la administración pública de los elementos no nacionales. Puede diluirse la esperanza de llegar a la constitución de un Estado nacional si el desarrollo capitalista tiene lugar con mayor rapidez, y a este propósito Kautsky cree que el movimiento nacional checo está condenado a expensas de un conjunto más vasto.

Esta manera de abordar el problema se caracteriza por centrar la atención en la fuerza del nacionalismo, en sus bases sociales particulares, que en la época se sitúan entre pequeña burguesía y funcionarios públicos, en sus expresiones globalizadoras y en su capacidad de movilización ideológica en las nacionalidades oprimidas. Si el movimiento nacional no desfallece (contrariamente a lo que Kautsky pensaba de los checos), y hasta consigue fundar un nuevo Estado (como muestra hoy la independencia de los países coloniales), su explicación adquiere total validez: «la *intelligentsia* proletaria» ocupa el nuevo Estado, o más simplemente el viejo Estado colonial legitimado por el nacionalismo unitarista, en menoscabo de las nacionalidades colocadas en situación minoritaria o negadas, y a expensas también de los vecinos Estados rivales: triunfa una vez más el estatismo nacional.

Para Kautsky el futuro no está asegurado por estos fenómenos, pues, al igual que Marx y Engels, se ve arrastrado por la ilusión del internacionalismo librecambista.

El mercado interior pierde relativamente importancia con relación al mercado exterior en la medida en que crece la dependencia económica de cada una de las naciones modernas respecto del extranjero.

El mercado territorial se hace demasiado pequeño y caen las fronteras lingüísticas: es el sueño del *Volapük*, la lengua universal. La nación entra ya en crisis. Al recurrir al proteccionismo para poner remedio a la sobreproducción, la burguesía cae aún en el chovinismo y se hace

²⁷⁵ Cf. K. KAUTSKY, *Die Intelligenz und die Sozialdemokratie*, en "Neue Zeit", 1894-1895.

reaccionaria. Le toca al proletariado abolir los límites nacionales y consumir así la obra del capital:

En la medida en que se desarrolla el modo de producción moderno, se hace más profunda la solidaridad internacional de los trabajadores al tiempo que disminuye la solidaridad nacional entre obreros y capitalistas de la misma nación.

Pero el internacionalismo proletario no deja de tener fronteras, al contrario que en el *Manifiesto*: pasa por la «nacionalización» hasta de los proletarios. Kautsky pone de manifiesto la nueva contradicción del movimiento obrero y del marxismo si las mismas clases obreras se convierten en clases nacionales y se sacrifican a su vez al nacionalismo.

Cierto que el antagonismo entre burguesía y proletariado no cesa de crecer, pero al mismo tiempo el proletariado es cada vez más el núcleo de la nación, por el número, la *intelligentsia* y la energía; los intereses del proletariado y los de la nación convergen de manera creciente. Por consiguiente, sería suicida para el proletariado una política hostil a la nación.

Como es lógico, la conclusión de Kautsky intenta conjugar un internacionalismo proletario que tiende a la utopía y la solidaridad de las naciones tendentes al socialismo. La revolución unirá a los Estados nacionales:

La tarea de este siglo consiste en abrir el camino a este desarrollo a través de la supresión de los antagonismos económicos que por un lado separan a las naciones entre sí, y por otro laceran cada vez más a las naciones mismas, y en establecer una vida internacional y al mismo tiempo una vida nacional unida.

Es un ideal de paz entre las naciones que quiere responder a la violencia nacionalista de los Déroulede, de los Katkov o de la «Kolnische Zeitung», o sea al desencadenamiento de lo que en la época se llama patriotismo, manifestado incluso en formas militaristas.

Aun estando directamente vinculada al marxismo original y sobre todo a la evolución de Engels (tras la muerte de Marx) hacia el Estado nacional y la estatalización de la clase obrera, esta primera síntesis marxista sobre la

nación abre una época nueva, la cual, aunque basada sin duda en el desarrollo nacional del movimiento obrero, está también desgarrada entre el liberalismo burgués que sobrevive en Europa occidental y que promete al mismo tiempo un progreso democrático en Oriente, las reacciones nacionales y nacionalistas ante el proteccionismo, y las primeras manifestaciones de formaciones económicas monopolistas. Como Engels, Kautsky cree en la marcha hacia el socialismo en el marco de los grandes Estados capitalistas, a través del avance de la industrialización y la urbanización, junto al del movimiento obrero, ya mayoritario.

Este esquema de Kautsky contiene en germen los términos del debate sobre la nación sobre la base de los cuales se enfrentarán partidos y fracciones socialistas, portavoces de partido, teóricos y doctrinarios: la industrialización, que avanza con mayor rapidez que el movimiento nacional, como afirma Rosa Luxemburg; el federalismo, que puede resolver una situación multinacional, en Austria y en los Balcanes; la importancia del sentimiento nacional, de la lengua o de la cultura en esos países y a propósito de la cuestión judía en Rusia; el modelo del Estado nacional como desarrollo normal de las clases y de la lucha de clases para los marxistas economicistas, para los marxistas legales y para Borojov; la función de los intelectuales y el carácter pequeño-burgués de la ideología nacional para los internacionalistas radicales. Otto Bauer es el único que, volviendo a analizar la historia de la formación nacional, se atreve a intentar otra síntesis, de mucha mayor envergadura. Kautsky pone fin a la marginación, por el marxismo, de la cuestión nacional, originariamente tratada sobre la base de una posición estatalista implícita, y cada vez más explícita al situar el desarrollo del movimiento obrero en el marco del Estado-nación. El problema nacional se convertirá en una cuestión central para la II Internacional, y el nacionalismo será sujeto y objeto de perdición para el movimiento obrero.

6. La II Internacional, bajo la pesadilla del nacionalismo

En el Congreso de Essen del partido socialdemócrata alemán, en septiembre de 1907, Clara Zetkin, la amiga de Rosa Luxemburg y, como ella, situada en la izquierda del partido, habla de la «patria» que el proletariado debe conquistar luchando contra «el enemigo interior»; una patria que debe ser la «patria de todos». Dirigiéndose a la derecha del partido, y especialmente a Noske, que invoca la «solidaridad nacional», recuerda que el capital expolia de su patria a los proletarios; Zetkin intenta al mismo

tiempo replicar a quienes, siguiendo a Gustave Hervé, proclaman: «nuestra patria es nuestra clase». Hacía poco que había publicado en el semanario de las mujeres socialistas, «Die Gleichheit» («La Igualdad»), una serie de artículos sobre «nuestro patriotismo», en los cuales había afirmado que la clase obrera lucha «para hacer del Estado de los explotadores una verdadera patria para los explotados»: el proletariado «se ve obligado ante todo a conquistar su propia patria».²⁷⁶ No estamos lejos de las palabras de Jaures: ¡qué cambio de tono y de lenguaje si pensamos en el que treinta años antes utilizaban Guesde o W. Liebknecht para referirse al proletariado internacional que se levantaba contra la nación burguesa!

También en 1907, Bauer publica *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, donde se lee (en un lenguaje aún más próximo al de Jaurès):

La sociedad socialista realizará el deseo de Fichte: hacer que todos los individuos participen de la cultura nacional (...). El socialismo encuentra su significado en el acceso de todo el pueblo a la comunidad de la cultura nacional, en la conquista de la plena autodeterminación de la nación, en la diferenciación espiritual nacional.

Parece como si la socialdemocracia quisiera arrebatar la «patria» a los partidos burgueses y adoptarla como reivindicación del movimiento obrero. Mientras a finales del siglo XIX y principios del XX los nacionalismos europeos se hacen cada vez más amenazadores y aparecen como portadores de guerra, en la II Internacional, aguijoneada por el espectro nacionalista, aumenta la tensión entre los defensores del «interés nacional», partidarios de identificarse con el Estado nacional, aun burgués, y los fieles del marxismo, que intentan sustituir el Estado nacional por la patria del proletariado y de todo el pueblo. Esta situación, que provoca cambios de posiciones en un proceso lento y frecuentemente contradictorio, puede encontrar un parangón, por una evolución análoga, en el gran viraje del movimiento comunista soviético e internacional que, con mayor brusquedad todavía, integró los «valores nacionales» entre 1934 y 1936 (valores que alcanzaron su clímax tras la agresión alemana en 1941). Por tanto, parece que la amenaza de guerra precipita (en el sentido químico del verbo) la contradicción entre marxismo y nación.

²⁷⁶ G. Badia ha presentado una traducción francesa de estos escritos en "Pluriel-débat", 1975, n. 2.

De todos modos, el parangón no puede llevarse demasiado lejos, incluso porque en la época de la II Internacional los conflictos apenas están comenzando a desarrollarse, aunque a un ritmo muy rápido. Tales conflictos son de dos órdenes distintos y pueden distinguirse en dos sectores. En los países capitalistas avanzados se da un nacionalismo de defensa del Estado existente y, para los obreros, de defensa de la condición obrera nacional; tal nacionalismo conquista a las clases proletarias, llevadas a formas de integración en el Estado, sobre todo a través del sindicalismo. En Europa occidental sólo Irlanda manifiesta la diferencia de desarrollo y el significado distinto de la cuestión nacional: el de liberación. En cambio, sobre todo en la Europa balcánica, en la central y la oriental, se plantea la cuestión de la nacionalidad o, mejor dicho, de las nacionalidades. Para la II Internacional los movimientos obreros nacionales del Este europeo abren una especie de segundo frente, que es también lugar de debate teórico en torno a la realización nacional del socialismo. Los partidos socialistas se dividen, las fracciones se enfrentan, y en este ambiente se desarrolla con fuerza la elaboración teórica. El debate se abre en el Congreso de Londres de 1896, y la causa es Polonia; nacionalistas y nacionalitarios aparecen ya divididos. Luego se prolonga a través del compromiso austríaco del programa de Brno (1899), en el cual se inspiran las discusiones que tienen lugar en Rusia; y asume mayor gravedad tras el estallido revolucionario de 1905; portavoz de esta parte del debate es la obra de Bauer y su diálogo con Kautsky, en espera de que se agudice la controversia sobre la autodeterminación, a cuyo punto álgido se llega con la disputa entre Lenin y Rosa Luxemburg.

Este *crescendo*, que es al mismo tiempo desarrollo teórico, tiene lugar en medio de la crispada polémica sobre la organización, que define la práctica del movimiento obrero y sitúa así en el centro del debate la cuestión del partido y del programa: partidos nacionales o partido revolucionario, autonomía nacional o centralismo. Tal vez esta supremacía de la cuestión del partido provoca el surgimiento de nuevas contradicciones entre marxismo y cuestión nacional: son las contradicciones del comunismo puesto en práctica a través de la misma supremacía del partido, ya presentes en las insuficiencias de la solución bolchevique, aunque enmascaradas por el éxito de ésta en medio del desencadenamiento de los nacionalismos provocado por el estallido de la guerra imperialista.

7. Nacionalismo y liberación nacional: de Rosa Luxemburg a James Connolly

La reconstrucción de una Internacional obrera a partir de 1889 tiene lugar (sin que se haya definido exactamente la regla) mediante el envío de una delegación de cada país a los congresos, formada por representantes de las organizaciones políticas y sindicales, salvo en el caso del partido obrero belga, en que constituyen una misma cosa. El esclarecimiento sobre las formas de representación (en realidad, una selección política que implica el reconocimiento de la necesidad de una acción política autónoma) se produce de manera inversa a como tiene lugar en el anarquismo o en aquellas corrientes para las cuales la lucha obrera es única. Tal es el tema central del Congreso de Londres de 1896; pero precisamente en ese Congreso se abre, en tono menor, el debate sobre la cuestión nacional, por iniciativa de Rosa Luxemburg.

Como por regla general ocurrirá en otras ocasiones, el conflicto es sobre todo organizativo, ya que contrapone al Partido socialista polaco (PPS), que entrega una resolución de la Unión de los socialistas polacos en el extranjero a favor de la independencia polaca, con el pequeño partido del que Rosa Luxemburg es una de las animadoras, la socialdemocracia del reino de Polonia (SDKP), fundada en 1893. El texto propuesto parece adoptar las posiciones de Marx en la I Internacional a propósito de Polonia y, sobre todo, de Irlanda:

Considerando que la opresión de una nación por otra sólo puede beneficiar a los intereses de los capitalistas y los déspotas, y que es tan nefasta para el pueblo trabajador de la nación oprimida como para el pueblo trabajador de la nación opresora; y que en particular el zarismo ruso, al sacar sus fuerzas interiores y su influencia exterior del sojuzgamiento y la división de Polonia, representa un peligro permanente para el desarrollo del movimiento obrero internacional, el Congreso declara: que la independencia de Polonia es una exigencia política indispensable para el conjunto del movimiento obrero internacional y para el proletariado polaco.²⁷⁷

²⁷⁷ Citado en R. LUXEMBURG, *La questione polaca al Congresso Internazionale de Londra*, en "Critica sociale", 16 de julio de 1896: véase en MARX y otros, *El marxismo y la cuestión nacional*, cit. p. 164.

En cambio, Rosa Luxemburg se niega a subordinar el internacionalismo proletario, que debe constituir el fundamento de los partidos socialistas; a la primacía moral del derecho de las nacionalidades oprimidas, convencida de que la cuestión nacional es como cualquiera otra cuestión social y política, la cuestión de intereses de clase. En el caso polaco, la posibilidad de una revolución en el Imperio ruso haría innecesario el objetivo previo de la restauración de Polonia, Kautsky encontró una solución provisional, al modificar la resolución en términos elásticos y ambiguos: la Internacional expresaba de manera general su simpatía hacia «los obreros de todos los países, que se encuentran bajo el yugo militar, nacional o de cualquier otro despotismo»; sin embargo, la moción reconoce también «el derecho de todas las naciones a disponer de sí mismas», según una fórmula (únicamente presente en estos términos en el texto alemán, pues los ingleses y franceses se limitan a hablar de autonomía) que luego utilizaría generosamente Lenin. Esto puede dar ya una idea del carácter marginal que entonces tenía una cuestión sobre la que luego habría tan dura discusión.

Rosa Luxemburg no aborda solamente en Londres, como marxista, la cuestión nacional.²⁷⁸ ya había comentado las posiciones polémicas de su partido (SDKP) sobre estos temas en algunos artículos en polaco; tras ellos había publicado un opúsculo, con el seudónimo de Maciei Rozga, sobre la causa obrera en Polonia (1895). El Congreso de Londres fue para ella la ocasión de preparar algunos artículos y una invitación a la discusión internacional publicada en la «Neue Zeit», que, gracias a Kautsky, se convierte en el punto de referencia para el debate sobre la cuestión nacional.

Rosa Luxemburg rechaza ante todo la organización de la Internacional por nacionalidades: los partidos obreros luchan en el marco político de los Estados existentes, o sea el de Estados que o bien no se corresponden con una base nacional o bien son multinacionales. Aceptar la regla del derecho de las nacionalidades provocaría peligrosas divisiones en el seno del movimiento obrero:

Si los polacos de las tres partes ocupadas se organizan según el principio de las nacionalidades para la independencia política de Polonia, ¿por qué no tienen que actuar de la misma forma las diferentes nacionalidades de Austria?, ¿por qué los alsacianos no se organizan con los franceses, etc.? En una palabra, quedaría la puerta

²⁷⁸ Cf. G. HAUPT, *Dynamisme et conservatisme de l'ideologie: Rosa Luxemburg a l'orée de la recherche marxiste dans le domaine national*, en "Pluriel-débat", 1977, n. 11.

abierta a las luchas nacionales y a las organizaciones nacionales. (...). En lugar de programas políticos basados en los intereses de clase, se elaborarían programas nacionales.²⁷⁹

Así es como saca a la luz la contradicción funcional de la II Internacional: la admisión en los congresos tiene lugar por países, y lo mismo sucederá a continuación con los representantes en la secretaría, el Buró socialista internacional, aunque Camille Huysmans intenta crear a partir de 1905 una red de correspondencia con diversos partidos e incluso fracciones, no sólo en Europa, precisamente con el fin de fundamentar en realidades nacionales las bases de la Internacional.

Las ideas de Rosa Luxemburg —como muestran sus artículos de 1896— apuntan hacia una dirección muy distinta. Rusia ha superado la fase nacional, con su desarrollo capitalista, especialmente la parte polaca del Imperio. Carece de sentido recomenzar en Polonia una nueva insurrección: es el proletariado el que debe estar organizado para la revolución que se va anunciando (la revolución de 1905 parece darle la razón). Para probar esta tesis política se lanza a un gran trabajo, que constituirá su tesis doctoral, sobre el desarrollo industrial de Polonia; presentada en 1897 y publicada al año siguiente, es comparable con el trabajo casi contemporáneo de Lenin sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia (1898) y con los trabajos más generales de Plejánov sobre el fin de la comuna rural rusa, el debilitamiento de la base campesina y el fracaso del populismo. El crecimiento económico se está dando en el Imperio ruso, transformando la situación política y convirtiéndola en revolucionaria. Según Rosa Luxemburg, una serie de cambios profundos imponen el abandono de las posiciones asumidas por Marx, Engels y la I Internacional sobre la cuestión polaca, aun cuando no se prejuzgue lo que pueda ser una nación y una política de nacionalidad tras la revolución socialista, que a su juicio es inminente. Por tanto, no está muy lejos de las ideas de sus camaradas de partido, Warszawski y Marchlewski, que siguen hablando de independencia para después de la revolución; pero ella se inclina sobre todo a seguir la coyuntura, que en ese momento le hace hablar de «absurdistad» de la independencia polaca.

Por otra parte, Rosa Luxemburg pone en tela de juicio las opiniones de Marx y Engels no sólo a propósito de Polonia, y Kautsky aprueba su modo de pensar cuando escribe en 1896:

²⁷⁹ LUXEMBURG, en *El marxismo y la cuestión nacional*, cit., pp. 169-170.

Sobre la cuestión de Oriente, como en el caso de Polonia, soy de la opinión de que la vieja posición de Marx es hoy insostenible, como también sus opiniones sobre los checos. Sería totalmente antimarxista cerrar los ojos ante los hechos y persistir en una posición superada por Marx.

En 1897, Rosa Luxemburg se pronuncia por el desarrollo de los movimientos nacionales balcánicos contra el Imperio otomano; pero la lógica de su razonamiento es siempre la misma: como el Imperio turco se está desmoronando y es económicamente incapaz, es positiva la independencia de las nacionalidades por cuanto permite la constitución de nuevos Estados, que serán centros de desarrollo económico y de crecimiento del movimiento obrero. Rosa Luxemburg cree estar diciendo algo nuevo, pues en esa época desconoce aún los textos de Marx sobre la cuestión de Oriente, que expresan las mismas opiniones y que no se publicarán hasta 1902, en la «Neue Zeit», así como las cartas a Kugelmann. En otras palabras, lo que decide la actitud sobre la cuestión nacional es siempre el grado de madurez del capitalismo o de su crisis.

Por consiguiente, su posición puede ser evolutiva o diferenciada, máxime cuando en esa época lleva a cabo una distinción práctica entre lo que es propio de la lucha política y lo que pertenece al ámbito privado o lo que no debe traducirse, salvo ocasionalmente, en términos políticos, como el problema nacional, que pertenece más bien a la esfera de la cultura. Este planteamiento la lleva a adoptar la solución de la autonomía nacional cultural, y ya en 1893, mientras se declara contra la independencia de Polonia, publica un artículo sobre la «desnacionalización» en el que denuncia la rusificación de Polonia y aboga por la obligación de defender la lengua, manifestando una especie de patriotismo cultural: en su opinión la burguesía no es ya capaz de defender «el patriotismo y sus ideales». El Congreso del partido socialista del reino de Polonia (SDKP), celebrado en Varsovia en 1894, completó su programa auspiciando la transformación del Imperio zarista en una república democrática que aboliera la opresión nacional no sólo dando a la clase obrera los derechos y las libertades políticas, sino también reconociendo a Polonia una autonomía, aunque con un contenido nada precisado. Paradójicamente, mientras Rosa Luxemburg y su partido plantean de este modo los términos del debate sobre la autonomía en la II Internacional, y suscitan la reflexión sobre las nacionalidades, al mismo tiempo denuncian los males del nacionalismo que amenaza con llevar a la derrota al movimiento obrero.

De hecho, lo que Rosa Luxemburg teme sobre todo es no sólo la paralización de la clase obrera por culpa de la cuestión nacional (razón por la que Marx y Engels proponían resolver previamente este problema) sino, todavía más, la perversión del movimiento obrero por parte del nacionalismo. «A través de la aceptación de la resolución [presentada al Congreso de Londres], el punto de vista nacionalista entraría de contrabando bajo la bandera internacional».²⁸⁰ Acusa al partido socialdemócrata polaco de «socialpatriotismo» (como reza el título de un artículo suyo publicado en la «Neue Zeit» de 1896), estigmatiza a los «socialchovinistas» y a los «socialnacionalistas» y es quizá la inventora del término «nacional-socialismo», considerado por ella como traición y vergüenza del socialismo. H. Ströbel recoge todos estos términos en 1915, en el número único «Die Internationale».

Por otra parte, las opiniones de Rosa Luxemburg son las de los marxistas de la época, ya apoyadas por el mismo Engels tras la muerte de Marx e ilustradas por Kautsky: el capitalismo provoca el fin de las naciones y amplía las bases políticas de los grandes Estados, en concomitancia con la ampliación de los mercados (como el del Imperio ruso), que mezclan mercado interior y mercado exterior, integrándose posteriormente en el mercado mundial. Pero esta homogeneización mercantil está determinada por los límites de la producción industrial, como enseña el caso de Polonia. Esta concepción de la preponderancia de las concentraciones capitalistas es una observación novedosa, llena de promesas, que los austromarxistas y Rosa Luxemburg llevarán, a través de Kautsky, hasta la concepción del capitalismo monopolista, divulgada luego por Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

Precisamente por la atención creciente hacia los grandes partidos o, mejor, hacia los países de capitalismo avanzado, puede explicarse un hecho (el más sorprendente por omisión) sucedido en el Congreso londinense de la II Internacional. En dicho Congreso la discusión sobre Polonia fue prácticamente marginal, como total fue el silencio sobre la cuestión irlandesa, precisamente en el momento en que se votaba (aunque casi a hurtadillas) el derecho de autodeterminación. Y sin embargo la delegación inglesa disponía de 475 delegados, frente a los 293 de todas las demás; por añadidura, el alejamiento de los anarquistas acentuó el desequilibrio; en efecto, aparte del comité parlamentario, la Federación socialista democrática y el Partido independiente del trabajo (las débiles

²⁸⁰ *Ibíd.*, p. 169.

organizaciones políticas que serán la base del nacimiento, en 1900, del Partido laborista), el grueso de la presencia inglesa lo constituyen las Trade Unions. Reaparece así la ruptura que Marx había detectado en el movimiento inglés, tendente a corporativizarse sobre la base de los oficios y las profesiones, y a continuar apegado a la defensa profesional incluso en las nuevas federaciones industriales, y a luchar por preservar las condiciones de empleo y de salario amenazadas por la competencia de la mano de obra irlandesa. Hay, pues, segregación en la clase obrera y en los barrios urbanos, y para las organizaciones obreras el factor político está subordinado a la defensa de la condición social. La cuestión irlandesa desaparece ante tal limitación reformista, o, dicho de otro modo, Irlanda está condenada, sin que sea necesario proclamarlo, a sufrir la ley inglesa. Las consecuencias repercuten en la II Internacional, y el Congreso de Londres considera que no han de discutirse ni la cuestión irlandesa ni la de Alsacia-Lorena; la prioridad de intereses se convierte en interés exclusivo para el movimiento obrero de los países avanzados, y ese interés queda asimilado por Bernstein, ese mismo año de 1896, al libre desarrollo de los grandes pueblos de cultura europea altamente civilizados.

De este modo, la lucha obrera irlandesa queda aislada, y aislada es tal vez la posición de su exponente, James Connolly.²⁸¹ En 1896, a su regreso de Escocia, donde se había formado en parte como militante de la Liga socialista, Connolly funda en Dublín el Partido republicano socialista irlandés, cuyo programa se propone unir la lucha nacional y la lucha obrera. Aun no siendo un teórico, explica la superposición de ambos movimientos, nacional y obrero, en la perspectiva de la revolución socialista a través de la revolución nacional:

La libertad nacional y la libertad económica deben obtenerse en la misma dirección, a través de la instauración de una república socialista irlandesa y la consiguiente transformación de los medios de producción y de cambio en propiedad colectiva de la sociedad, gobernada por un Estado democrático en el interés de toda la colectividad.

²⁸¹ Para los textos, cf. J. CONNOLLY, *Socialism and nationalism*, Dublín, 1948; *id.*, *Select writings*, Londres, 1973; *id.*, *Select political writings*, Londres, 1973; *id.*, *Labor in Irish history*, Dublín, t 966. Véase F. BEDARIDA, *Le socialisme et la nation: James Connolly et l'Irlande*, en "Mouvement social", 1965, n. 52.

En la misma línea:

Sólo una mentalidad de capitulación nacionalista puede concebir el nacionalismo sin el socialismo, sin reorganización de la sociedad sobre las bases de una forma más amplia y desarrollada de la propiedad común, similar a la que sirve de base a la organización social de la antigua Erin.

Connolly apela a Marx y Engels, a propósito de la cuestión irlandesa, para justificar lo que puede llamarse un revolucionarismo nacional, ya que la insurrección nacional parece inminente: sufrirá la trágica experiencia de la misma al asumir el mando del Irish citizen army, creado en 1914, y morir como mártir al final de las Pascuas irlandesas de 1916. Su fe socialista no induce a pensar que esta insurrección ha de ser obra de las clases trabajadoras y ha de poner término a la dominación inglesa y a la dominación capitalista: la revolución nacional es al mismo tiempo revolución social.

Se trata de un argumento que toma, también en esta ocasión, de Engels, en quien se inspira para una historia suya de Irlanda, publicada en 1910 con el título de *Labour in Irish History*. En su explicación histórica aparece incorporado un análisis de clase, o mejor, una deducción de la política de alianzas y de rupturas: la burguesía irlandesa traiciona la causa nacional; en cambio, la pequeña burguesía es patriota, pero al no ser revolucionaria no lleva hasta el fondo la lucha nacional; sólo la clase obrera irlandesa posee la capacidad de ser revolucionaria a través de la liberación nacional. Este planteamiento de Connolly, que tiene el mérito de la claridad, enlaza con su experiencia de los Industrial workers of the world, colaborando con Daniel de León; en el momento de su regreso a Irlanda, en 1910, se aproxima a las posiciones del sindicalismo revolucionario. Se convierte entonces en secretario general del sindicato de transportes, y se mantiene a la cabeza del partido socialista irlandés.

El nexo que establece entre movimiento obrero y movimiento nacional se fundamenta en razones obreras, si no obreristas, distinguiéndose por tanto de sus posiciones de 1896-1897, principalmente populistas. Entonces, los pueblos oprimidos quedaban asimilados a los proletarios y a todas las clases víctimas de explotación:

La república que quisiera que mis compatriotas tomaran como ideal debería tener tales características que su solo nombre

constituyera un faro para los oprimidos de todos los países (...): para el campesino aplastado entre la avidez de los terratenientes y la competencia americana (...) para los asalariados de las ciudades, que soportan el yugo del capitalismo esclavista (...) para el obrero agrícola que se consume de fatiga (...) en suma, para todos y cada uno de esos millones de trabajadores cuya miseria constituye el cimiento del edificio aparentemente seductor de la moderna civilización (...). La república irlandesa podría convertirse en un punto de referencia para los rebeldes, en un puerto para el oprimido, en un punto de partida para el socialista dispuesto a entusiasmarse por la causa de la libertad humana.

En esta participación en las miserias de todos los explotados, en la humillación del desclasamiento social, ligado en este caso a la violencia de la dominación colonial, encontramos rasgos de populismo tercermundista colonial que recuerdan a Fanon. El itinerario de Connolly y su acción adoptan en cierta medida formas de sindicalismo nacional características de los movimientos de liberación, así como esos mismos objetivos socialistas de los movimientos de liberación nacional que encontramos en nuestro tiempo. Son precisamente estas anticipaciones las que explican la incompreensión que rodea entonces a su obra.

En el debate abierto en el Congreso de Londres por el enfrentamiento entre Rosa Luxemburg y el Partido socialdemócrata polaco, Kautsky olvida la cuestión irlandesa, al sentirse mucho más atraído por los problemas de Europa central, a causa de su concepción eurocentrista. Por otra parte, y sin saberlo, se aleja en un punto esencial de la actitud de Connolly, quien, al considerar la lucha nacional como fundamentalmente política, no atribuye gran importancia al problema lingüístico. Así, en un artículo de 1898, al hablar del «movimiento por la lengua», observa que la obsesión exclusivista por la lengua gaélica podría conducir a una visión «demasiado egocéntrica de las cosas». Por el contrario, Kautsky confiere importancia a la lengua y piensa que para los eslavos del Sur la cuestión nacional no es tan fácilmente regulable como pretende Luxemburg. Las diferencias nacionales están ligadas a la lengua, y cree que este modo de relación es tan importante en el campo social como las relaciones comerciales lo son en el económico. La nacionalidad es, pues, una realidad cultural en función de la cual hay que adecuar la organización estatal, máxime cuando el progreso capitalista lleva, en beneficio de la misma clase obrera, a Estados de gran extensión. Por ello,

al poner su atención en el debate sobre Europa central, Kautsky plantea no sólo la cuestión nacional sino también la de las nacionalidades.

Tal es el sentido de su respuesta a Rosa Luxemburg en la «Neue Zeit» (1895-1896), en su artículo *Finis Poloniae?*: declara estar de acuerdo con Luxemburg sobre la necesidad de revisar las posiciones coyunturales de Marx y Engels, máxime teniendo en cuenta que «la independencia nacional no tiene una relación con los intereses de la clase obrera suficientemente estrecha como para construir una aspiración incondicional y defendible en cualquier circunstancia». En esta cautelosa fórmula podemos ver ya la conciencia de las implicaciones nacionales para el movimiento obrero. Si bien el derecho de las nacionalidades no es un principio, hay que tener no obstante en cuenta su capacidad política, relacionada a su vez con el fenómeno cultural y el sentimiento nacional. En su opinión, Rosa Luxemburg olvida estos condicionamientos y acaba en la abstracción, «pues la comunidad lingüística constituye un lazo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas».

8. El compromiso austriaco y el debate en Rusia (1898-1905)

En 1848, aparte los coletazos de la aristocracia y las movilizaciones campesinas, los movimientos nacionales de Europa central habían sido esencialmente liberal-burgueses. Al final del siglo los distintos movimientos obreros se definen nacionalmente y forman parte integrante de las luchas nacionales, cuando no se convierten ellos mismos en movimientos nacionalistas. La transformación se manifiesta con particular evidencia en el Imperio austro-húngaro, no sólo por el abanico de nacionalidades existente, sino también como consecuencia de las transformaciones económicas. En las regiones agrícolas surgen centros industriales, como Bohemia y Moravia, mientras las ciudades se convierten en polos de atracción del éxodo rural; la consecuencia es doble: cambia la composición nacional de la población urbana al tiempo que la composición social, y aumentan las disparidades regionales. Precisamente las migraciones internas de trabajadores y desocupados dan nuevo impulso a la cuestión nacional. El desequilibrio económico interregional determina un desclasamiento general en las zonas empobrecidas, que afecta en gran medida a la pequeña burguesía y en su casi totalidad al campesinado; la hostilidad social asume el aspecto de odio nacional, que manifiesta contra los países, las ciudades o los barrios en los que parece concentrarse la riqueza, especialmente de nacionalidad alemana, y contra la capital aristocrática, burguesa, bancaria, burocrática y

cosmopolita. El crecimiento urbano reparte en categorías a la población, en los barrios viejos y miserables y en la periferia, según una zonificación fundamentalmente nacional: «Ser checo en Viena —observa Haupt— significa ser proletario». En contacto con los nuevos inmigrantes, y por una reacción de minoría, hay habitantes que se desalemanizan y vuelven a encontrar su antigua lengua; de ciudad alemana que era, Praga pasa a ser de mayoría checa; una cuarta parte de la población de Viena es checa; aumenta la población eslava de Trieste, y crece la hostilidad contra los italianos, en el sur, contra los húngaros, entre los eslavos, contra la presencia alemana, sin contar el antisemitismo que se desarrolla sobre todo en Viena; se agudiza «la guerra de las razas», en el lugar de trabajo como en el de residencia, en cualquier manifestación colectiva, comenzando por las deportivas.

También en la clase obrera tiene lugar una segregación: su organización, originariamente alemana, se ve amenazada por la entrada, en los sindicatos y más tarde en el Partido socialdemócrata, de una masa obrera en la que están a flor de piel las diferencias nacionales; al mismo tiempo continúan los flujos migratorios y el sur eslavo aparece como una reserva de mano de obra. Estos desplazamientos y estos fenómenos de masas provocan a finales del siglo XIX una fuerte localización austríaca en la oposición entre alemanes y checos, y se generalizan a principios del siguiente siglo, en una fase de prosperidad económica interrumpida por crisis que agudizan posteriormente las tensiones. Evidentemente se repite lo que ocurrió en el momento de la constitución del proletariado en Europa occidental a mediados del siglo XIX, pero en este caso el fenómeno se desarrolla en un clima de contrastes nacionales y con un movimiento obrero ya formado; en cierta medida puede compararse con los conflictos entre inmigrados del continente americano o en sociedades de poblamiento colonial (Australia, Nueva Zelanda, Indonesia y también Corea y Manchuria, Sudáfrica, Argelia, Túnez e incluso Egipto), y llega a anticipar contradicciones y luchas del siglo XX en los movimientos de liberación de los países coloniales y atrasados.

A finales del siglo XIX estos contrastes dentro del movimiento obrero aparecen ya en Rusia, sobre todo en el Cáucaso, donde el censo de 1897 constata los siguientes grupos lingüísticos: turcos, 16 por ciento; georgianos, 14,5 por ciento; armenios, 12 por ciento; alógenos (rusos, alemanes y griegos), 34 por ciento; en el momento en que en la cuenca de Bakú confluyen fuertes migraciones procedentes de Irán y del Imperio otomano (sobre todo kurdos), y en que el Imperio ruso continúa siendo «la prisión de los pueblos», en especial por lo que respecta a finlandeses y polacos. Se propaga además una virulencia antisemita sin precedentes, precisamente mientras se constituyen

los primeros centros de organización obrera entre la población judía, especialmente en Ucrania y los países bálticos.

El fenómeno de urbanización y desclasamiento rural y regional se extiende en los países del Mediterráneo oriental, sobre todo alrededor de las ciudades portuarias, aunque también afecta a otras regiones, como la Italia meridional, Sicilia y Cerdeña, donde se agrava la animosidad contra el continente o el Norte, y hasta contra los mismos obreros del Norte; en España tales fenómenos se superponen a antiguas polarizaciones nacionales ligadas a la industrialización de Cataluña o el País Vasco. Por otra parte, los efectos de la inmigración extranjera se manifiestan también en los Estados europeos occidentales donde se toma por modélica la organización obrera: en Alemania por lo que respecta a los polacos, en Francia por el nuevo flujo migratorio o en Inglaterra por la tradicional condición de explotados de los irlandeses.

Las nuevas concentraciones industriales descualifican la mano de obra y las organizaciones obreras aparecen retrasadas, por su encuadramiento y su mentalidad todavía frecuentemente artesanal, con respecto a los obreros de la industria o de sectores profesionales, que constituyen las federaciones del nuevo sindicalismo; sin duda, el fenómeno es causa de la transformación del viejo anarcosindicalismo en sindicalismo revolucionario o en reformismo, tendente a garantizar legalmente situaciones de privilegio o de status profesional. Esta es la realidad social de la II Internacional en estos años, durante los cuales, al tiempo que se extienden sus bases, se complican en todas partes las tensiones nacionales, incluso en su seno.

En el curso de estas transformaciones profundas del movimiento obrero, el populismo y el obrerismo de 1848 acaban apareciendo como un residuo del pasado, o como una actividad moral y democrática en la que el internacionalismo y la fraternización de los pueblos se identifican con los principios de igualdad del género humano; al mismo tiempo, en los partidos socialistas (los partidos socialdemócratas existentes, asociaciones obreras como el Partido obrero belga, y partidos en formación en la Europa meridional o en Francia, o incluso el laborismo de la Europa nórdica —el Labour Party se constituye en 1900—) aparece, como respuesta al nacionalismo aunque condicionado por él, un nuevo internacionalismo que aboga por la paz entre las naciones y acepta el marco nacional de los Estados. En Australia y Nueva Zelanda el laborismo (que se ha convertido en una fuerza mayoritaria, de gobierno o muy cerca de gobernar antes de que el problema se plantee en Europa occidental), así como en los sindicatos coloniales creados en África del Norte, que hacen referencia al socialismo

internacional, practican la discriminación racial o hacen concesiones a la xenofobia, como en Estados Unidos; en los distintos partidos, sea cual sea su envergadura, arraigan corrientes defensoras de los intereses nacionales, las cuales defienden la superioridad cultural europea y acaban a veces, como no pocos intelectuales originariamente revolucionarios, en posiciones de mero nacionalismo proletario.

Se manifiesta así lo que podría definirse como un doble distanciamiento del marxismo, bien porque la reflexión marxista se aleja de la evolución real del movimiento obrero, incapaz de analizarla o inclinada a rechazarla, bien porque los marxistas se ven arrastrados por el movimiento ideológico nacionalista, es decir, un distanciamiento tanto en la teoría como en la práctica. Pero tal distanciamiento es doble también por el abismo que se abre entre los distintos campos nacionales, con una clara línea de demarcación entre el Oriente y el Occidente europeo que acaba arrastrando al mismo movimiento obrero y produciendo contradicciones entre el socialismo de los Estados nacionales y los movimientos obreros nacionales o ligados a los movimientos nacionales.

Resulta comprensible la inquietud de Víctor Adler al ver cómo crecen las fuerzas que amenazan con descomponer el Estado, comprometiendo las perspectivas de la socialdemocracia austríaca. En el programa votado por el Congreso de Hainfeld, en 1889, este partido había aceptado el marco estatal del Imperio austro-húngaro y había dejado de lado la cuestión nacional, declarando que «los privilegios de las nacionalidades, al igual que los de la cuna y la raza», estaban condenados a desaparecer, y que «la lucha contra la explotación debe ser internacional como lo es la misma explotación». Pero en 1897 en el Congreso de Viena-Wimberg, la socialdemocracia austríaca, presionada por las minorías nacionales (sobre todo los checos, aunque también los eslovenos, los polacos de Galitzia y los rutenos ucranianos), abandona, para salvar al partido de la desintegración, su estructura centralizada y adopta una organización federal que integra seis secciones autónomas: alemana, checa, rutena, polaca, italiana y eslovena. La cohesión de esta pequeña Internacional ha de quedar asegurada por sus instituciones comunes, un comité ejecutivo panimperial y congresos bianuales. Por vez primera un partido de inspiración marxista rompe con el centralismo para organizarse según una distribución nacional. El debate nacional se reinicia a través de una cuestión organizativa, y la solución federal adoptada por el partido quedará trasladada al Imperio. En las elecciones de 1897 entran por vez primera en el Parlamento representantes obreros y diputados de las nacionalidades. Para salvar el marco imperial, el partido se propone definir

su propio programa en el Congreso de Brno (entonces Brünn), previsto para febrero de 1899 y celebrado en septiembre, en una atmósfera de reivindicaciones nacionales.²⁸²

Todas las propuestas tendían a una solución federal, pero este federalismo cubría objetivos bien distintos. La visión federal más general, la más coherente y la que sirve de punto de referencia es la de Kautsky, presentada en la «Neue Zeit»: un Estado federal de las nacionalidades que suprima las fronteras tradicionales internas entre los *Länder*, y reestructure la administración teniendo en cuenta en lo posible las fronteras lingüísticas, llevando a cabo una mejor subdivisión territorial sobre bases nacionales y finalmente garantizando en estos territorios los derechos culturales de las minorías existentes. Se trata de una solución federal a lograr mediante la autonomía territorial y medidas en el terreno lingüístico-cultural. Pero se propone otra solución, de autonomía extraterritorial, procedente en particular del esloveno Etbin Kristan, que se apoya en una propuesta de Kossuth para dar un estatuto liberal a los movimientos de los eslavos meridionales en Hungría en 1848: se trataría de constituir, mediante un estatuto, las nacionalidades en comunidades o corporaciones, según el modelo de los cuerpos y estados del antiguo régimen, confiriéndoles poderes administrativos, sobre todo en el campo judicial y escolar; los ciudadanos serían miembros de la comunidad a título personal y no en función de su residencia; la comunidad administraría autónomamente sus propios asuntos.

Semejante tesis será explicitada por un joven jurista socialdemócrata destinado a asumir –un papel cada vez más importante, Karl Renner, que en febrero de 1899 publica en Viena un bosquejo de su proyecto, con el seudónimo de Synopticus, *Staat und Nation*. Presenta una combinación de comunidades extraterritoriales y un esquema de institución de registros de ciudadanía, con indicación de los derechos comunitarios. Evidentemente Renner toma por modelo, para su estatuto de las nacionalidades, las comunidades religiosas, esas corporaciones de autogestión espiritual y también de gestión de los bienes comunitarios, existentes como minorías religiosas (la religión dominante no tiene necesidad de garantías

²⁸² Además de MOMMSEN, *Die Sozialdemokratie*, op. cit., cf. también A. G. KOGAN, *The socialdemocrats and the conflict of nationalities in the Habsburg Monarchy*, en "Journal of Modern History", 1949, n. 3, y R. GALLISOT, P. TAFFANI y A. ORSINI, *Le Congrès de Brünn, une interprétation*, en "Pluriel-débat", 1975, n. 4.

estatutarias); es probable que este funcionamiento corporativo extraterritorial le fuera sugerido por la organización comunitaria judía.

Etbín Kristan defiende en el congreso la solución territorial, afirmando que «no es posible ninguna solución» sin «la separación de la idea de nación de la de territorio»; reclama el derecho para «cada uno de los pueblos que viven en Austria, sin consideraciones respecto del territorio ocupado por sus miembros, de constituir un grupo autónomo que regule los propios asuntos nacionales (en materia lingüística y cultural) de manera realmente independiente». Las ideas de la dirección del partido, expresadas con moderación por Víctor Adler, chocan con la oposición de la delegación checa, dirigida por Nemec: tales ideas tienden a preservar la estructura del Imperio y la preeminencia de la organización y la lengua alemanas. El proyecto de programa sometido al Congreso sigue las orientaciones de Kaustky y habla de «territorios nacionales autónomos, que se correspondan en lo posible con las fronteras lingüísticas»; para «no reconocer ningún privilegio nacional», se rechaza la idea de una lengua estatal, pero se afirma la necesidad del alemán como vehículo de comunicación.

Esta voluntad hegemónica desencadena controversias en el congreso, y finalmente el texto queda arreglado para llegar a un compromiso aceptable por todos. El texto definitivo mezcla elementos de la propuesta autonomista extraterritorial con el esquema federal de conjunto y hace desaparecer la mención a la lengua alemana. El artículo 2 de la versión definitiva prevé «en lugar de los países históricos de la Corona (...), corporaciones nacionales de autogestión, cuya legislación y administración serán obra de cámaras nacionales elegidas por sufragio universal y directo»; el artículo 3 habla de «territorios autoadministrados por una sola y misma nación, formando su conjunto una unión homogénea que regula de modo perfectamente autónomo todos los asuntos nacionales». Era inevitable que la redacción final adoptase formas jurídicas tortuosas e ilusorias para que resultara unánime el acuerdo del congreso. Esta plataforma, basada en la solución federal, cierra un debate contradictorio sobre la autonomía territorial y los derechos lingüísticos y culturales. Sobre tal texto de compromiso, que es de hecho un vago y oscuro programa, tomarán luego postura los diversos partidos y fracciones socialistas, se enfrentarán, llegando hasta a la escisión, corrientes y dirigentes, y se formularán interpretaciones y extrapolaciones que a su vez provocarán nuevas tesis sobre la cuestión nacional. La plataforma de Brno sirve como punto de referencia, o como ejemplo a rechazar, sobre todo por parte de los bolcheviques, aun cuando en la época aparece como la solución finalmente encontrada, según declara la misma

Luxemburg, que ve en ella «el primer intento, por parte de un partido proletario, de dar una solución práctica a estos problemas».

El programa de Brno sirve sobre todo para trasladar el debate de Austria-Hungría, donde ocupa un lugar central, a Rusia, donde la situación de las nacionalidades es variada, ya que el separatismo es, por así decirlo, periférico, y afecta a países como Polonia, Finlandia y los países bálticos, aunque análoga por el renacimiento de los contrastes nacionales como consecuencia de migraciones, como en el Cáucaso, o por la cuestión judía.

Las violencias antisemitas empujan a la población judía, en su mayor parte empobrecida, a un éxodo que sigue de modo masivo el movimiento de emigración europea hacia América y en pequeñísima parte hacia Palestina, el sueño milenario que mueve a los *hovevé Zion* (amantes de Sión) a finales del siglo XIX. Los que se quedan, y especialmente los trabajadores judíos, forman algo así como el primer frente del militanismo obrero, muy receptivo al marxismo. La Liga de los obreros judíos, el Bund, se crea en 1897 en Viena, y adquiere su máxima capacidad de atracción antes de la revolución de 1905, con una base amplia de obreros de oficio y de trabajadores muy cualificados; este potencial, reforzado por los intelectuales judíos, la convierte en el principal agente de transmisiones de las ideas y los textos socialistas en el Imperio ruso. Su relativo estancamiento tras 1905 se debe sobre todo a la aparición de otras bases obreras, aunque todavía localizadas en la construcción, las minas y las cuencas industriales, que constituirán los elementos básicos del Partido obrero socialdemócrata ruso (POS DR); el sindicalismo será de modo particular el que garantizará, en sus filas, el progresivo avance del bolchevismo.²⁸³

Cuando se constituye el POS DR, en el Congreso de Minsk de 1898, el Bund participa en él como «organización autónoma para las cuestiones concernientes especialmente al proletariado judío». En el agitado congreso clandestino de 1903, Lenin consigue que se acepte –aun temporalmente– su concepción del partido, expuesta en el *¿Qué hacer?*, y crea una vanguardia unificada al margen de toda particularidad nacional. Como consecuencia de ello, se alejan del POS DR el Bund, tras la negativa a reconocerlo como único representante del proletariado judío y a su propuesta de organizar el partido federalmente, y el partido en que milita Rosa Luxemburg, el cual, tras la unificación con la Unión obrera lituana en 1900, se convierte en el Partido

²⁸³ Sobre el Bund, cf. H. J. TOBIAS, *The Jewish Bund in Russia from its origins to 1905*, Stanford U.P., 1972; sobre Rusia, cf. R. PIPES, *The formation of the Soviet Union. Communism and nationalism*, Harvard University Press, 1954.

socialdemócrata del reino de Polonia y de Lituania (SDKPIL). Una vez más, una cuestión organizativa replantea el debate sobre la cuestión nacional: la discusión más importante se centra en el partido, precisamente por estar aún en formación; al centralismo unitario se oponen los partidarios de una asociación federativa; la discusión aborda la cuestión nacional porque el instrumento de la unidad proletaria, que debe ser el partido «bolchevique», rechaza la división por nacionalidades; a estas posiciones se oponen quienes apoyan al mismo tiempo la autonomía política, defendiendo la democracia contra la dirección ejecutiva del partido, y la autonomía nacional para llegar a la unidad de acción proletaria.

Para cubrir el vacío abierto en torno a la cuestión nacional, el congreso o, mejor, el grupo que en aquel momento forma la mayoría, y por ello se define como «bolchevique», inserta en el programa el que será el famoso punto 9: el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, punto que Lenin afirma haber tomado de las deliberaciones del Congreso de Londres de la Internacional. Sobre la base de tal principio se afirma «el reconocimiento del derecho a la autodeterminación para todos los pueblos que componen el Estado». Era tanto más urgente incluir en el programa una toma de posición en forma de argumento irrefutable en la medida en que los socialistas revolucionarios –el partido que disputaba el mismo espacio y que era mucho más influyente– podían resultar beneficiados por haber integrado en su programa de 1903 el federalismo y el principio de la autonomía cultural, es decir, la formulación austríaca, junto al «derecho integral e incondicional a la autodeterminación».

Hasta 1901 el Bund solamente pedía –como expresaba la resolución de su Congreso de Kovno– «la emancipación civil y no nacional», o sea la igualdad de derechos; el IV Congreso, celebrado en Biatystok en 1901, introduce en cambio la propuesta federal de autonomía nacional cultural extraterritorial: «El Congreso considera que Rusia debe convertirse en una federación de naciones con plena autonomía nacional, con independencia del territorio que habitan». Era la solución propuesta en Austria por Renner. Esta orientación hacia una propuesta de Estado federal en el respeto y el ejercicio de la autonomía cultural vuelve a encontrarse y se desarrolla en las corrientes socialistas del Cáucaso, que se disputan la adhesión de los obreros armenios cuando las organizaciones no son algo exclusivo de los trabajadores de esta nacionalidad, como las dos fracciones de la Federación revolucionaria armenia, por otra parte en decadencia. Los bolcheviques se apoyan en la Unión caucásica socialdemócrata, formada en 1903, mientras la Organización obrera armenia socialdemócrata, más importante, y

considerada menchevique, se aleja del POSDR, como el Bund y el Partido socialista polaco, rechazando el programa de 1903 y su punto 9, y reivindicando la autonomía cultural extraterritorial, que responde mejor a la compleja cuestión de las nacionalidades en el Cáucaso, y especialmente en Bakú, frente al nacionalismo georgiano.

Tal es el contexto en que hace su primera aparición Stalin, el cual, tras un período de cárcel, huye de Siberia y llega a Tiflis a principios de 1904, para dirigir la Unión caucasiana. Stalin hace suya la opción bolchevique de 1903 y publica un artículo en georgiano, *¿Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional?* (septiembre de 1904),²⁸⁴ en el que ataca al partido de los georgianos en el exterior (París y Ginebra), o sea al Partido federalista georgiano, formado en torno al periódico «Sakaytvelo» («Georgia»), defensor de una solución federal, un objetivo que le permite condenar las posiciones socialistas armenias como reivindicaciones burguesas, ajenas a un punto de vista de clase.²⁸⁵

Stalin parte precisamente del punto de vista del interés de clase, siguiendo un procedimiento ya adoptado por Kautsky y Rosa Luxemburg: «La cuestión nacional sirve a intereses diversos en tiempos diversos, y adquiere matices diversos según sea la clase que la plantea y cuándo». Su descripción del nacionalismo georgiano se aproxima bastante a la del nacionalismo polaco, denunciado por Luxemburg: la cuestión nacional había sido planteada primeramente por la nobleza, la cual había reivindicado un «nacionalismo monárquico-feudal», y luego por la burguesía, incapaz de conseguir la independencia.

Nuestro desarrollo económico tiende gradualmente un puente entre los grupos avanzados de la burguesía georgiana y «Rusia», liga económica y políticamente a estos grupos con «Rusia» y con ello socava las bases, ya bastante vacilantes, del nacionalismo burgués.

Le toca ahora al proletariado, la nueva clase, «que ha entrado en el escenario de la lucha», afrontar «la nueva cuestión nacional», planteada con *el* acento puesto en el principio de la unidad proletaria:

²⁸⁴ J. V. STALIN, *Obras completas*, vol. 1; 1901-1907, Moscú, 1953.

²⁸⁵ Cf. A. TERMINASSIAN, *Les cas arménien: socialistes et marxistes et la question nationale*. Comunicación al Coloquio *L'expérience soviétique et le problème national*, diciembre de 1978 (Institut national des langues et Civilisations orientales, París).

Para la victoria del proletariado es indispensable la unión de todos los obreros sin distinción de nacionalidad. Está claro que la eliminación de las barreras nacionales y la unión estrecha de los proletarios rusos, georgianos, armenios, polacos, judíos, etc., es una condición indispensable para la victoria del proletariado de Rusia.

¿Cómo abatir al zarismo, que es «el peor enemigo del proletariado», y que al mismo tiempo «opprime de todas las formas a las nacionalidades»? ¿Acaso dividiéndose en «partidos nacionales separados y creando entre ellos una "libre alianza"»? Al contrario, con «la unión de los proletarios en un partido único», teniendo presente que hasta ahora «la cuestión esencial ha sido para nosotros la del acuerdo recíproco entre los proletarios de las nacionalidades de Rusia y de lo que les es común, para construir, sobre la base de estos intereses comunes un único partido centralizado de los obreros de toda Rusia». La contradicción entre ambas líneas es radical: «las diferencias nacionales, secundarias para el centralista, son para el federalista el fundamento de los partidos nacionales». Para que el proletariado pueda resolver la cuestión nacional mediante la revolución socialista solamente se requiere una condición preliminar, la constitución del partido centralista, descrito por Lenin en el *¿Qué hacer?*; en lo demás, Stalin hace suya la lección de Kautsky, tendente a eliminar las barreras nacionales, y comenta el programa del partido, que en el artículo 7 promete «la plena igualdad de derechos de todos los ciudadanos, con independencia del sexo, la religión, la raza y la nacionalidad», mientras el artículo 9 invoca el derecho a la autodeterminación. En el artículo 8 se reivindica «el derecho de la población a recibir la enseñanza en la lengua materna»; pues, en efecto, comenta Stalin, «la lengua es un arma de desarrollo y de lucha (...). El interés del proletariado de Rusia exige que los proletarios de las distintas nacionalidades de Rusia tengan pleno derecho a emplear la lengua en la que puedan recibir una educación con mayor facilidad». Respecto de quienes reivindican la autonomía, Stalin reconoce que es necesaria «para aquellas regiones que se distinguen por sus particulares condiciones de vida y por la composición de la población», pero reafirma igualmente la exigencia del centralismo político por parte de un partido «que se propone dirigir la lucha del proletariado de toda Rusia».

Aunque Stalin deja entrever, detrás de la necesidad centralista de la pedagogía directora de clase, una combinación de nacionalismo georgiano (la lengua) y de nacionalismo ruso (el Estado), no manifiesta tener aún una concepción de la nación que debería surgir de los elementos así

descompuestos. La conclusión práctica de tal postura será, en 1905, la prohibición de aceptar adhesiones nacionales armenias al POSDR, factor que estimularía la defensa de la especificidad armenia («los especificistas») entre las corrientes socialistas del proletariado armenio, en aquel entonces el más numeroso del Cáucaso.

Por su parte, el Bund acentúa su esfuerzo en favor de la autonomía cultural como si la revolución de 1905 hubiera hecho aún más urgente una precisión del programa, la cual tiene lugar en el Congreso de Zúrich de octubre de 1905, por medio de un artículo que habla de «autonomía nacional-cultural». Todas las funciones relacionadas con la cultura (enseñanza, etc.) serán transferidas de la gestión de los poderes locales y regionales a instituciones locales y centrales elegidas por sufragio directo, secreto e igual, en el que participarán todos los miembros de la nación.

Tal plataforma autonomista aparece comentada en un folleto publicado en Vilna en 1906 por Vladimir Medem con el título *La cuestión nacional y la socialdemocracia*. Para explicitar el proyecto, Medem hace referencia a los textos austríacos y traduce, en apéndice, la intervención de Kautsky sobre los problemas del Cáucaso. Justifica la solución autonomista con la situación de los judíos en Rusia, donde, a diferencia de lo que ocurre en Occidente, se ha interrumpido el proceso de asimilación. La opresión sufrida por obra de la autocracia zarista crea precisamente «la especificidad de la condición del pueblo judío». Medem critica a quienes «piensan que su función consiste en garantizar la existencia de la cultura judía», creando una base material mediante la instauración del poder sionista o mediante una territorialización en Rusia, y declara: «Nosotros no negamos el carácter nacional de la cultura; lo que rechazamos es una política nacionalista». Por tanto, defiende la conservación de la cultura nacional judía mediante una acción que se sitúe en el plano lingüístico y educativo; una práctica, a su juicio, perfectamente compatible con las exigencias de lucha unitaria del proletariado, y ajena a cualquier reivindicación territorial. Pese a la ambigüedad de la nación de «pueblo judío», Medem hace un análisis cultural de la nacionalidad, y llega a esta primera definición de nación: «la nación es la suma de todos los individuos que pertenecen a un determinado grupo histórico-cultural, independientemente de su implantación regional». La réplica de Stalin seguirá palabra por palabra, esta definición.

Contra este esfuerzo por disociar la cultura del territorio y la nacionalidad del Estado se alzan los Poalé Zion, los obreros de Sión, el Partido sionista socialista adversario del Bund, y su teórico, Ber Borojov. Se trata sobre todo de grupos de intelectuales y de obreros de las comunidades

bálticas o de la emigración, que rivalizan con el Bund incluso en el recurso a la argumentación marxista y socialista, hasta el punto de que ello provoca no pocas divergencias en su seno. En 1904, los «territorialistas» aceptan el proyecto de una implantación judía en Rusia y renuncian al verdadero sionismo; en 1905, los «seimistas» (de *seim*, Parlamento) reivindican Parlamentos nacionales judíos tomando por modelo la construcción jurídica extraterritorial propuesta por Renner; se distinguen, por tanto, del Bund, cuyas tesis son exclusivamente culturales, en esta perspectiva institucional estatal; los seimistas confluirán en el Partido socialista revolucionario judío (SERP), fundado en Kiev en 1906. Así, Borojov ha de enfrentarse tanto con el Bund como con estos disidentes, intentando dar una justificación marxista a la emigración a Sión, confundiendo dos utopías, la de la ciudad judía y la de la ciudad socialista, y por consiguiente transfiriendo a Sión la construcción del socialismo. Tal es el sentido de su artículo publicado en diciembre de 1905, *La lucha de clases y la cuestión nacional*, que proporciona las bases del que será el programa (*Nuestra plataforma*, de 1906) del Partido de los trabajadores judíos. El pensamiento de Borojov es fundamentalmente territorialista en lo que se refiere a la búsqueda prioritaria de una base de implantación del pueblo judío.²⁸⁶

Su segundo punto de partida es la obsesión del nacionalismo, comprensible por la virulencia que entonces asume el antisemitismo. Su denuncia del nacionalismo ruso lo lleva a examinar las reacciones de violencia provocadas por la competencia entre estratos de la pequeña burguesía urbana, y a diferenciar al máximo la posición social y las profesiones en que están confinados los judíos, cuya condición económica se caracteriza por sus anomalías. También Borojov sigue en lo esencial la línea de Kautsky y de Rosa Luxemburg, o sea la línea económica de la ortodoxia marxista: la nación es sucesivamente noble y burguesa, antes de convertirse en el lugar (Kautsky) o de dejar de ser el lugar (Luxemburg) del antagonismo entre proletariado y burguesía, las dos clases del capitalismo maduro. El desarrollo normal del proceso capitalista lleva a la revolución proletaria, pero precisamente es necesario que tal desarrollo sea normal, hecho que no se produce en el caso de los judíos. Según la opinión de la mayoría de los marxistas coherentes de la época, el nacionalismo es patológico cuando la dominación burguesa se acerca a su fin, por lo que es necesario combatir este

²⁸⁶ Cf., en trad. fr., D. BOROJOV, *La lutte de classe et la question nationale*, París, 1969; publicación parcial en "Partisans", 1970, n. 52. Las obras de Borojov fueron publicadas en hebreo a partir de 1955, en Tel Aviv.

mal; pero Borojov piensa que para superar el nacionalismo judío hay que construir ante todo la nación judía, a través de un proceso de desarrollo tendente a normalizarla. La nación precede a la revolución socialista, por ser «la base estratégica de la lucha de clases». En Rusia los judíos tienden a formar un pueblo-clase, por encontrarse bajo condiciones anómalas de clase, por excrecencia o marginación; la constitución de una nación judía garantizará el desarrollo de las clases y el surgimiento de su antagonismo. La nacionalidad del desarrollo capitalista hace sana la conciencia nacional y permite al proletariado adquirir la conciencia de clase.

Así pues, Borojov encuentra en el marxismo económico los elementos de su demostración constructivista, pero tropieza con dos incógnitas: el origen del pueblo, si sólo se dispone de la referencia de las relaciones de producción, y el vacío de la conciencia nacional, si para fundamentarla no hay más que las clases. Es, por tanto, uno de los primeros en delimitar la contradicción marxista sobre las nacionalidades, resultante de la atención exclusiva que impide comprender los hechos colectivos como modo de relaciones sociales y como fenómenos culturales e ideológicos comunitarios. Claro que observa algunas peculiaridades que distinguen a la clase obrera alemana de la inglesa, francesa, etc., así como al conjunto de las clases. En esos mismos años, también Jaurès observaba en su *Histoire socialiste de la révolution française* esta carencia del marxismo:

La concepción del materialismo económico que explica los grandes acontecimientos mediante las relaciones de clase es una guía excelente (...) pero no agota la realidad histórica (...). Ni siquiera las clases, en cuanto tales, tienen una conciencia de clase.

Por eso Borojov intenta complementar el condicionamiento social por las relaciones de producción con otra determinación fundamental, igualmente ligada en su opinión al materialismo económico: las condiciones de producción. Plantea, pues, una doble división de la humanidad: una división «horizontal», debida a las clases y a las relaciones de producción, y una división «vertical», debida a las diferencias nacionales existentes en las condiciones económicas.

Los grupos en que se divide la humanidad, según las condiciones de producción, relativamente diferentes, se denominan «sociedades», organismos económico-sociales (tribus, familias, pueblos, naciones). Los grupos en que se divide la sociedad, según las

particulares relaciones ligadas a los medios de producción, se denominan «clases» (castas, etc.).

De ahí que «el problema nacional haya de ser definido como un conflicto entre las fuerzas productivas en ascenso y el estado de las condiciones de producción».

Esta oscilación terminológica y conceptual, causada por la distinción entre ambos fundamentos, reaparece en la enumeración de las «condiciones económicas», que son: 1) las condiciones físicas, climáticas y geográficas; 2) las condiciones antropológicas de las razas; 3) las condiciones históricas, a su vez dobles, o sea internas y externas al grupo, y capaces de determinar las relaciones entre grupos. Esta visión ecléctica puede caer en un determinismo geográfico, que sobrevalora el territorio, o en un evolucionismo biológico (las razas); pero Borojov insiste más bien en la diferenciación de las condiciones históricas en el marco de una explicación ecológica que puede aproximarse a las formulaciones de Marx sobre las diferencias de «ambientes históricos». Casi parece que el divorcio, ya consumado, entre marxismo económico y etnología impide a Borojov razonar en términos de reproducción social, llevándolo a aceptar una causalidad aparentemente materialista pero en realidad de origen naturalista.

Firmemente anclado en su teoría de la doble determinación nacional y de clase, Borojov trata de resolver el conflicto de la conciencia de clase. Según el clásico paso de la conciencia en sí a la conciencia para sí, relaciona ambos modos de conciencia:

Una sociedad cuyos miembros han vivido en las mismas condiciones productivas es un pueblo [en sí]; la misma sociedad, cuando accede a la independencia, en una determinada etapa de su desarrollo histórico se convierte en una nación [para sí] (...). En las relaciones comunes de producción, la vida hace nacer la conciencia de clase y el sentimiento de fraternidad de clase. En iguales condiciones productivas, la vida lleva a la toma de conciencia nacional y al sentimiento de parentesco nacional.

En condiciones normales de desarrollo económico, un pueblo accede a la conciencia nacional, la cual evita la perversión nacionalista mediante la formación, igualmente normal, de la conciencia de clase, en especial la proletaria. «Hay que entender que la conciencia de clase no puede

desarrollarse normalmente mientras permanece sin solución la cuestión nacional, en cualquier forma que se presente».

Borojov continuará desarrollando este principio, desde la Plataforma de 1906 hasta la continuación de su estudio sobre la situación de los judíos, que lo lleva a escribir en 1914 el ensayo titulado *El desarrollo económico del pueblo judío*, y hasta las diversas posturas sobre la cuestión nacional elaboradas aun en 1917. Alejado de los ambientes de los Poalé Zion, que en 1907 se constituyen en organización mundial, Borojov aparece aislado, entre otras cosas por haber sido uno de los primeros, o tal vez el primero, en intentar ligar, como marxista, los dos extremos de la cadena, o sea la explicación de las clases y la explicación de los hechos comunitarios, así como en caracterizar como de larga duración, e incluso como de carácter permanente, a la nación, considerada hasta entonces por los marxistas como una categoría transitoria.

Mientras Borojov, centrado en el pueblo judío y en su territorialización, había llegado a superponer totalmente Estado nacional y nacionalidad, llegando a no diferenciar el concepto, Kautsky había ya observado, en su anterior reflexión sobre Europa central, la cualidad polimorfa de la nación y su capacidad de perdurar a través de transformaciones; de ahí que hubiera distinguido entre la nacionalidad (por su implicación cultural, sobre todo lingüística) y la nación, como formación económica y forma política ligada al Estado en el Occidente capitalista, y oprimida dentro de los Estados imperiales de la Europa central y oriental, que debían reformarse para llegar a ser Estados federales de nacionalidades. Las observaciones de Kautsky insisten en esta complejidad máxima cuando los socialistas del Cáucaso lo mueven a considerar la situación nacional en el Imperio ruso, precisamente durante la revolución de 1905.²⁸⁷ En su respuesta rebate la propuesta federal de éstos y aprovecha para hacer más historicista su explicación:

La nación no es, como suponen los teóricos de la raza, una comunidad surgida de la naturaleza, sino un conjunto social que, en las distintas épocas, surge de las más variadas condiciones, asume las más diversas formas y está sometido al flujo constante de la historia (...). Pero, cualesquiera que sean las diferencias entre las naciones, hay una característica común a todas ellas, la comunidad de la lengua.

²⁸⁷ Cf. K. KAUTSKY, *Die Nationalitätenfrage in Russland*, en "Leipziger Volkszeitung", 29 de abril de 1905.

Kautsky insiste en la originalidad de la situación de las nacionalidades «en la península balcánica, en Asia Menor y en Austria», así como en el Cáucaso, donde es imposible separarlas territorialmente. «Se presentan allí problemas nacionales incomprensibles para un europeo occidental y no resolubles con los medios de Europa occidental».

La realidad multinacional se ha complicado ulteriormente por las migraciones en busca de trabajo, que forman ese ejército de reserva, de «masas proletarias todavía incultas» que hacen aún más necesaria la educación internacionalista. «Al proletariado en lucha le interesa directamente que en sus filas reine una total solidaridad internacional». Estas observaciones sobre la inmigración y la conclusión sobre el interés del proletariado serán recogidas por Stalin, aunque para subrayar la indispensable unidad del partido centralista. De igual modo, Stalin tomará de Kautsky, en 1913, la explicación de los efectos provocados por la penetración del capitalismo en el Cáucaso –que destruye el aislamiento local y las barreras locales y regionales, y que hace necesaria para los armenios, como antes para los polacos, la unificación nacional y una única organización estatal– y aplica estas consideraciones a Georgia.

Surge entonces –observa Kautsky– la necesidad de una estructuración democrática del Estado (...) que debe ser al mismo tiempo nacional y democrática [y que] en situación de multinacionalidad no puede encontrar más solución que una federación de Estados nacionales.

Por lo demás, será la revolución la que resolverá en Rusia la cuestión nacional:

Si la Rusia absolutista es sustituida por una Rusia democrática, entonces podrá verse satisfecha la necesidad de independencia de las naciones, aun cuando éstas sigan integradas en el Imperio ruso, a condición de que éste se transforme en un Estado federal, los «Estados Unidos de Rusia».

Esta fórmula será discutida en 1915 por Lenin y Trotsky, e inspirará más adelante la Constitución soviética. La importancia del texto, traducido al ruso en 1906 por Medem, como apéndice a su opúsculo, no reside tanto en el uso que se hará de él (sobre todo por Stalin), como en el hecho de representar,

precisamente en 1905, casi un balance de la reflexión sobre la nacionalidad y la nación, completando el cuadro de una concepción cultural de la nacionalidad, implícita incluso en las contradictorias discusiones sobre la cuestión judía. Los debates sobre la autonomía cultural y la búsqueda de vías nacionales para el proletariado preparan el terreno para una teorización más amplia de la comunidad nacional, emprendida por Bauer. Pero no hay que olvidar que la revolución de 1905 ejerce también una influencia considerable.

9. Otto Bauer y el desarrollo cultural nacional

«En todos los Estados del ambiente cultural europeo, la posición del partido obrero socialdemócrata, a propósito de las cuestiones nacionales, está en el centro de las discusiones». La revolución de 1905 da importancia creciente a la cuestión nacional, observa Otto Bauer, que en cambio no tiene en cuenta las repercusiones del despertar de los pueblos de Oriente. La revolución de 1905 confirma a las corrientes y a los militantes revolucionarios en sus esperanzas revolucionarias. Mientras el proceso de integración y la evolución en la legalidad del movimiento obrero occidental avanzan (como muestran el reformismo sindical y la crisis revisionista de los partidos cuyos progresos electorales parecen abrir perspectivas de gobierno), la revolución parece prefigurarse en el Este. En Occidente, por el contrario, sólo la extrema izquierda internacionalista pone al orden del día la revolución; en la Europa central y balcánica, y especialmente en Rusia, la revolución parece inminente, sea como hija de las heridas nacionales, sea como producto de la cuestión agraria, y va revelando su carácter decisivo, marcando las diferencias, incluso en lo referente a los problemas nacionales, entre el Imperio ruso y el austro-húngaro.

Pero en el origen factual de la Revolución rusa está la guerra ruso-japonesa e incluso la amenaza de una guerra mundial por el enfrentamiento entre grandes potencias en busca de alianza y por la agresividad de los militarismos; en este sentido, 1905 es un ensayo general de 1914. La presión de los nacionalismos se hace sentir con fuerza incluso sobre el movimiento obrero: en 1911, ante el desmembramiento del sindicato único y la disgregación del Partido federal socialdemócrata austríaco, Adler comenta: «El mito según el cual los socialdemócratas seríamos inmunes al nacionalismo ha quedado destruido definitivamente». La observación es sobre todo válida para Occidente, donde el internacionalismo obrero y revolucionario es ya minoritario; aunque el internacionalismo de sello kautskiano y jauresiano, que llama a la solidaridad entre las naciones,

enmascare este retroceso, en realidad el nacionalismo penetra en todas partes, hasta el punto de que en el movimiento obrero la discusión se centra en el patriotismo. Antes de 1905, quienes planteaban explícitamente la cuestión nacional eran minorías (en el sentido propio del término) en la II Internacional, y quienes reivindicaban abiertamente su carácter nacional en los principales partidos socialistas, con excepción de divisiones entre distintos partidos, no estaban institucionalmente en mayoría. A partir de 1905 la cuestión nacional domina en dos aspectos: por una parte, con el problema de las nacionalidades y la inserción obrera en los movimientos nacionales; por otra, con el triunfo o la obsesión de los impulsos nacionalistas. La inversión de sujetos y objetos es total para el movimiento obrero en relación con 1848 y el *Manifiesto del Partido comunista*.

De este modo, 1905 establece un nuevo momento de exacerbación política e ideológica que obliga a los partidos y al pensamiento socialista a situarse nacionalmente. Un doble movimiento lleva entonces la práctica teórica marxista —cuando aparece elaborada— a una teoría del imperialismo que se desarrolla, con algún retraso, a partir de las denuncias del militarismo, o a una teoría de la nación, intentada por Bauer, mientras otros se esfuerzan por encontrar la articulación entre movimiento obrero y luchas nacionales. Sea como sea, a partir de entonces la cuestión nacional y la comprensión misma de la nacionalidad y de la nación pierden su ingenua simplicidad.

Bauer se lanza con audacia juvenil a una descripción marxista de lo que sería la nación, y redacta un voluminoso libro de unas quinientas páginas, farragoso por las repeticiones propias de un pensamiento en proceso de construcción; el libro se publica en Viena en la primavera de 1907 con el título de *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*.²⁸⁸ El mismo Bauer explica su audacia con la exaltación propia del joven austromarxismo, estimulado entonces por la filosofía neokantiana y quizá también por el excepcional florecimiento intelectual de la Viena de esos años. Este neokantismo tiende a la comprensión psicológica de los fenómenos colectivos, y mientras por un lado se orienta hacia una psicología social del consciente y el inconsciente, por otro empuja a Bauer a aferrarse a lo que se denominará la personalidad básica que concreta en el individuo las herencias y los caracteres de la condición social. Como filosofía del conocimiento, el neokantismo dirige la atención de los jóvenes marxistas

²⁸⁸ O. BAUER, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena, 1927 (1924) (trad. cast., *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, Madrid-México-Buenos Aires, 1979).

hacia la consideración de la esfera intelectual y cultural, hacia esa sobreestructura que el marxismo económico se esfuerza, en vano, por atar a la infraestructura. Los jóvenes «se han visto obligados a aprender en la vieja Austria, desgarrada por los conflictos entre las nacionalidades, a aplicar la concepción marxista de la historia a fenómenos complejos que rechazan cualquier aplicación esquemática y superficial del método marxista».

Bauer inicia su contribución exponiendo algunos principios teóricos, como pone de manifiesto la sucesión de las partes de su obra: 1) la teoría de la nación; 2) el problema del Estado nacional, del Estado multinacional y de la autonomía; 3) el programa y la táctica de las nacionalidades en la socialdemocracia de Austria-Hungría. «El núcleo real del libro —observará el mismo Bauer en el prólogo a la reedición de 1924— lo constituye el intento de comprender las naciones modernas, con los instrumentos de la concepción marxista de la historia, como comunidades de carácter formadas por comunidades de destino». En realidad, tal definición es la conclusión de su deducción histórico-psicológica, y precisamente por ello la obra de Bauer se inserta profundamente en el movimiento histórico de las naciones de Europa central a través del análisis de los conflictos sociales e ideológicos.

Sus páginas más novedosas son las que tratan de sociología y psicología social; en ellas se desmonta el argumento del enfrentamiento entre las nacionalidades y del odio racial. Bauer rompe con la concepción lineal del evolucionismo marxista, mantenida aún por Rosa Luxemburg, y su libro se contrapone a *El desarrollo industrial de Polonia*, que ignora tales contradicciones; Bauer expone el despertar nacional de los «pueblos sin historia», y constata la inversión que los hace revolucionarios, partiendo del análisis de lo real y de los hechos de conciencia primaria, y descubriendo, a través del ejemplo de Austria-Hungría, lo que luego confirmará la historia de la liberación colonial.

El obrero es nacional siempre y en todas partes, allí donde el pueblo se levanta contra sus opresores, allí donde las fuerzas dominantes de la sociedad se oponen a la lucha nacional y donde el objetivo de la política nacional se corresponde con el desmantelamiento del régimen dominante.

Al abordar directamente «la lucha de las nacionalidades», trata la nacionalidad en sí misma. El odio racial, que crece sobre todo entre pequeñas burguesías en situación de competencia y de crisis económica, pero que se extiende también a las relaciones de trabajo y de empleo, se explica por la

desigualdad del desarrollo; esbozando ya la tesis del intercambio desigual, Bauer muestra que la realización de la plusvalía difiere entre regiones atrasadas y regiones de capitalismo avanzado, por el coste de la mano de obra o por la disparidad de los precios. Pero, más que los procesos económicos, le interesan las consecuencias sociales de las migraciones y el lugar que la inmigración ocupa en la sociedad; de hecho, es la emigración la que trasporta la cuestión nacional y la hace salir al terreno político dentro mismo de la clase obrera, cuando se encuentra con la segregación en los barrios-ghetto y se ve rechazada por el nacionalismo preponderante. Las transformaciones sociales de Bohemia y Moravia no quedan soslayadas en el libro, que es, pues, una teorización ideológica del esquema clasista capitalcentrista.

Es quizás este estudio de las mentalidades el que anima a Bauer a insistir en el carácter psicológico nacional de su definición global. Ve la nacionalidad como una individualidad social, como un carácter distintivo, dependiente de los caracteres adquiridos y de la voluntad, o, mejor, de la experiencia constitutiva de la personalidad. Pero la repetición de una formulación psicológica –repetición que sin duda cansa– tiene el objetivo de rechazar cualquier afirmación racista del carácter nacional; no forma parte, pues, de un patrimonio filosófico: «Precisamente la diversidad de la comunidad cultural separa rigurosamente a las naciones, pese a la mezcla de sangres». Por lo demás, Bauer muestra indignación por el vocabulario racial propio de la ciencia de su tiempo, e intenta valorar la esencia espiritual contenida en el concepto de comunidad cultural, hasta compartir lo que en el prólogo autocrítico de 1924 llama «el fetichismo de la nacionalidad». El carácter psicológico, esa psique-nacional tan molesta para Stalin, es referido por Bauer a la historia: «la nación es lo que hay de histórico en nosotros»; o «la comunidad de carácter es la historia establecida». En esto consiste el significado combinatorio de lo que es material y de lo que es espiritual en la fórmula «comunidad de destino», que sería mejor traducir –como sugiere Leo Valiani– por «destino común».²⁸⁹

A diferencia del evolucionismo económico del marxismo ortodoxo, Bauer se esfuerza continuamente en mostrar la duplicidad del devenir humano, si bien simplifica las etapas, según la visión de la época. En la transformación de la lengua original y en el enriquecimiento de la cultura oral se va verificando una dilatación de los modos comunitarios, a partir de lo que a su juicio es el comunismo primitivo, al menos el de las comunidades

²⁸⁹ Cf. L. VALIANI, *Histoire du socialisme au XXe siècle*, París, 1948, p. 47.

rurales, como la comunidad de raíz germánica o eslava, o el del grupo pastoril o la comunidad montañesa; estas comunidades contienen las relaciones de producción y las diferenciaciones en clases; de ahí viene la especificidad cultural expresada y transmitida por la lengua.

Bauer se acerca mucho a Engels en el estudio de los grupos y de las derivaciones lingüísticas y recurre a *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. En la civilización oral la cultura es popular, mientras que en el proceso de desarrollo de las clases sociales esa misma cultura queda reservada y apropiada por las clases dominantes; también la escritura se convierte a continuación en una cultura privilegiada. Bauer examina la cultura de la época caballeresca como cultura de élite, mientras los campesinos quedan confinados en sus dialectos; la cultura burguesa sigue siendo selectiva a través del privilegio de la escuela, y sólo el socialismo garantizará el desarrollo pleno de las culturas nacionales, que son efectivamente tales por su formación comunitaria. «Lo que constituye la nación no es ya la unidad de sangre y la unidad de cultura, sino la unidad de cultura de las clases dominantes», y precisamente el socialismo pone fin a esta fase nacional de clase con la realización cultural plena.

Por tanto, esta explicación integra los sucesivos modos de producción y los consiguientes antagonismos de clase en un movimiento de transformación de las estructuras comunitarias que da importancia y duración a la nacionalidad. También Bauer intenta ligar ambos extremos de la cadena cuando escribe: «Son las transformaciones de las formas de trabajo y de las relaciones de producción las que deciden la potencia política y su declive, la muerte y el renacimiento de las naciones». Las relaciones mundiales son propiamente hablando relaciones «internacionales», mientras que la historia es pluralista por la diferenciación de las culturas desarrolladas respecto de las formaciones sociales colectivas. El internacionalismo es sólo un «cosmopolitismo utópico» si no se basa en el reconocimiento de las culturas nacionales.

Como Bauer concibe la cultura en su continuidad, tiende a sustraerla del continuo movimiento de destrucción y renovación, que por otra parte reconoce; parece deslizarse hacia una forma de culturalismo, subvalorando —como le reprochará Kautsky— los efectos de la uniformización capitalista, o difuminando las contradicciones de clase, como ponen de manifiesto los internacionalistas Strasser y Pannekoek, antes que Lenin. Pero al definir la nación por medio de la cultura —pues Bauer no habla en este sentido de nacionalidad—, la distingue como parte del Estado: aquí reside su actualidad en cuanto a los problemas de las nacionalidades, que constituían el punto de

inestabilidad en la organización política de Europa central; igual actualidad tiene hoy respecto de la resistencia cultural de las minorías y de las nacionalidades lingüísticas en Europa occidental. Bauer aborda con lucidez las comunidades de cultura, que son una herencia de la historia y constituyen todavía hoy la ideología nacional, delimitando el campo político de las luchas con su tendencia a una existencia estatal. Si el socialismo no toma en consideración esta autonomía nacional, entonces restaura la opresión del Estado y deja de ser democrático; la autonomía cultural es al mismo tiempo la realización de la democracia política.

Bauer no define la nación, en cuanto comunidad histórica constituida, como un inexplicable *a priori*, sino a través de la génesis de las formaciones comunitarias y de su realización política contemporánea, y por tanto como comunidad que se constituye históricamente y se realiza a través de la cultura. Lo propio de su explicación es mostrar el nexo entre los factores de relaciones: la nación es un conjunto de interrelaciones. La valoración del carácter común tiene por función romper con cualquier interpretación atomístico-individualista de la sociedad, que sería entonces una suma de individuos. Por ello Bauer critica, chocando con la incompreensión de Kautsky, la concepción liberal de la sociedad civil, considerada como suma de ciudadanos, a la que se tiende generalmente a reducir la nación. No sin caer en cierto organicismo social, Bauer recurre a la distinción alemana, de Ferdinand Tönnies, entre sociedad y comunidad; la asociación colectiva es la base del sentimiento de pertenencia del que surge la identidad nacional.

Rechaza igualmente una formulación que resume los criterios existentes fuera del corpus de autores marxistas, como es el caso de los «sociólogos italianos», citados por F. J. Neuman en *Volk und Nation* (publicado en Leipzig en 1888) y utilizados críticamente por Bauer.

Contraponamos ahora a nuestra teoría de la nación los estudios de quienes han establecido cierto número de elementos considerados, por su coincidencia, como constitutivos de la nación. Los sociólogos italianos consideran como tales los elementos siguientes: 1) territorio común habitado; 2) origen común; 3) lengua común; 4) costumbres y hábitos comunes; 5) experiencia común y pasado histórico común; 6) leyes comunes y religión común. Es evidente que esta teoría reúne una serie de características que de hecho no pueden colocarse juntas, pues sólo pueden comprenderse si se encuentran en una relación de dependencia. Abstracción hecha del presunto primer elemento de la nación (el mismo territorio

habitado), del grupo de los otros elementos, destaca el quinto, la historia común.

Stalin seguirá el camino opuesto, partiendo de la fórmula «una comunidad estable, formada históricamente», sin ofrecer una explicación histórica de los modos comunitarios, escogidos entre los caracteres originarios y, yuxtapuestos, declarados uno a uno condición necesaria.

Bauer recuerda a Renner hacia el final del libro, aunque lo deja bastante atrás, pese a la confusión originada por la traducción al ruso y por la crítica de los bolcheviques. La divergencia entre los dos austromarxistas es de fondo: Renner es el jurista que desea la salvación del Imperio austríaco; casi no trata de la nación, que para él pertenece al derecho natural, y todavía menos de la nacionalidad, tan sólo abordada como ciudadanía. La cuestión nacional es para él un problema de equilibrio político, y en sus diversos escritos sobre el tema (por ejemplo, *La lucha de las nacionalidades austríacas por el Estado*, de 1902) adapta, en farragosas construcciones jurídicas, algunos proyectos de reforma de la constitución del Imperio para dar garantías a las minorías. Más que una teoría de la nación, formula una teoría de las nacionalidades concebidas como entidades orgánicas, y Bauer polemiza contra lo que le parece un «Estado atomizado».

Bauer mantenía correspondencia con Kautsky ya durante la elaboración de su libro; la discusión entre ambos aparece luego en las columnas de la «Neue Zeit», y en la revista austromarxista «Der Kampf», y continúa incluso en la posguerra, hasta el prólogo que Bauer redacta para la reedición de 1924, en el que reconoce su matriz neokantiana y la influencia de Tugan-Baranovski. La divergencia entre ambos se manifiesta muy pronto, a propósito de las nacionalidades balcánicas, cuyo empuje confirma la tesis de Bauer, si bien acepta la idea federalista. La anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908 por Austria había provocado gran irritación entre los eslavos del Sur: Bauer desconfía de las combinaciones estatistas y prevé que las nacionalidades seguirán su destino pese a todo; en cambio, Kautsky recurre al viejo proyecto de una «pequeña internacional» de los partidos y de una federación de Estados.

No obstante, Kautsky saluda a Bauer como «el primero en abordar específicamente la cuestión nacional desde un punto de vista marxista», al tiempo que, con una comparación algo malévola, critica en Renner «una visión lasalliana» propia de un jurista que razona desde el punto de vista del Estado, mientras ve en Bauer a alguien que posee «la visión marxista de un economista». La crítica de Kautsky se centra en la concepción de la

comunidad nacional, a la cual Bauer confiere, según él, excesiva consistencia y durabilidad. Al defender su propia definición de la nación, como «relación social transitoria», piensa que el momento histórico de la nación arranca de su organización política, y que sólo la lengua es una realidad cultural de mayor duración. No cree, en cambio, que pueda hablarse de comunidad de carácter, y ni siquiera de comunidad cultural; incluso la nacionalidad lingüística es transitoria, máxime cuando las lenguas tienden a uniformizarse, para llegar a una internacionalización lingüística.

Bauer replica que así se soslaya su distinción entre comunidad y sociedad, al volver a la clásica reducción de la nación a sociedad política, que privilegia el Estado; incluso recogiendo elementos del mismo Kautsky, Bauer habría podido mostrar que esta nacionalización de Estado pasa por la escuela y la lengua de Estado, y también por el nacionalismo de los intelectuales, que se erigen en burocracia de Estado. Y se lamenta de que no sea posible ampliar su trabajo a una sociología de las formaciones sociales, que constituiría la respuesta marxista.

Capta perfectamente el punto central del desacuerdo: insatisfecho con la distinción entre base económica y superestructura, aboga por el estudio de las formas colectivas que mantienen las diferencias entre culturas y las representaciones ideológicas; por el contrario, Kautsky sólo se interesa por las formaciones económicas, las cuales no permiten análisis sociopolíticos. Weber llegará a la misma constatación al volver a la distinción entre comunidad y sociedad y al construir una sociología política que se distancia en parte del marxismo. Otro punto de desacuerdo con el que llama su «venerado maestro» es el de la simplificación de las relaciones sociales y la reducción de la cultura al fenómeno lingüístico: aunque su visión de la cultura comprende la función de la lengua, ésta no puede considerarse como único agente de transmisión sociocultural. En realidad, la divergencia nace del valor atribuido a la cultura nacional, que para Bauer es desarrollada por el socialismo y que en Kautsky queda minimizada por su evolucionismo económico, que hace desaparecer las nacionalidades y que internacionaliza la cultura. Puesto que la nación es algo muy contingente, Kautsky imagina grandes Estados federales que habrían de unirse a los grandes Estados nacionales de Occidente y a los Estados Unidos de Rusia para formar los Estados Unidos del mundo.

Estas críticas de Kautsky –recogidas incluso en los ejemplos referidos a Suiza, Bélgica y Estados Unidos– constituyen la base de la polémica de Lenin, que contrapondrá la concepción «histórico-económica» de Kautsky a la «psicológico-cultural» de Bauer. Este, en efecto, ofrece argumentos a los

partidarios de la autonomía, punto sobre el que precisamente se desarrollará el debate de Rosa Luxemburg y se centrará el rechazo bolchevique:

La tarea del proletariado no es modificar la geografía política de los Estados capitalistas, sino organizarse sobre las bases geográficas y políticas transmitidas por la historia, para alcanzar el poder y crear la República socialista.

Esta declaración de Rosa Luxemburg al Congreso de la Internacional celebrado en París en 1900 muestra claramente su posición. Continúa declarándose convencida de que la independencia de Polonia es un objetivo ya superado, y concentra su energía de militante en la socialdemocracia alemana y en dirigir su partido, el SDKPIL, en la perspectiva de una transformación revolucionaria del Imperio ruso, cuyo derrocamiento abrirá espacio a la autonomía de las nacionalidades. Por tanto, continúa defendiendo la nacionalidad cultural, luchando contra la germanización de los obreros polacos, como antes había combatido su rusificación. Aunque su lucha va dirigida contra todo nacionalismo, comenzando por el polaco (defendido por el PPS), rechaza la desnacionalización de la clase obrera. En 1900 publica en polaco un folleto, *Por la defensa de la nacionalidad*, que le vale la condena de las autoridades prusianas; aboga por los polacos de Silesia, por su derecho a emplear su propia lengua, a tener su propia escuela y su propia prensa, con lo cual llega a provocar inquietud incluso en la misma socialdemocracia alemana.

Desarrolla estas posiciones –tras la lectura de Bauer, al que por otra parte evita citar– en algunos artículos publicados en la revista del SDKPIL en 1908-1909, con el título de *La cuestión nacional y la autonomía*.²⁹⁰ El principio de la autonomía cultural no se basa en una definición de la nacionalidad o en una teoría de la nación, coherentemente con sus posiciones, ligadas a la idea de un único desarrollo de las relaciones de clase. Tras haberse referido de forma indirecta y polémicamente a las tesis de Bauer («suena muy extraño oír siempre hablar de culturas exclusivamente nacionales, y proponer, como objetivo del socialismo, el dotar a las masas populares de una cultura nacional»), observa que Kautsky «formula –creemos que por vez primera en la literatura socialista de los últimos tiempos– una tendencia histórica orientada genéricamente a eliminar las diferencias sustanciales en el sistema

²⁹⁰ Véase una traducción parcial en LUXEMBURO, *Scritti scelti*, a cargo de L. Amodio, Turín, 1975, pp. 259-315 (las dos citas siguientes, en pp. 288-289 y 290).

socialista y a unificar a la humanidad civilizada en una sola nación». La adopción de la autonomía cultural responde, a su juicio, a tres objetivos fundamentales para hacer frente al imperialismo y a la crisis mundial que va agravándose, en una situación revolucionaria cual es la coyuntura tras 1905: 1) la autonomía cultural es el argumento de lucha contra todos los nacionalismos; 2) es también el rechazo del estatismo, relacionado con la concepción nacional que se ampara en el derecho a la independencia y que sospecha que Kautsky apoya; 3) el rechazo del centralismo político, que la fracción bolchevique del POSDR quería imponer con sus estatutos y con el artículo del programa que invoca el derecho a la autodeterminación, volviendo a la crítica hecha a Lenin en 1904 en el artículo de la «Neue Zeit» titulado *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*.

Rosa Luxemburg llega incluso a utilizar a Kautsky contra él mismo, al analizar el recrudecimiento del nacionalismo entre Estados europeos y la virulencia del militarismo. El proteccionismo denunciado por el teórico de la socialdemocracia alemana muestra cómo el nacionalismo burgués se ha convertido en reaccionario y se hace agresivo al traducir el interés estatal en expansionismo imperialista. De ahí la polémica de Luxemburg contra la idealización kautskiana del gran Estado, y, en cambio, su exaltación de la autonomía, fundamentalmente democrática, puesto que rechaza el Estado unificado, que querrían instituir incluso los partidarios de la independencia y del derecho a la autodeterminación. El Estado nacional ya no existe: fue el Estado de la fase de la burguesía en ascenso y no le toca al proletariado resucitarlo. En lo que a Rusia concierne, vuelve a su idea de una República federal que garantice, con la autonomía, la democracia plurinacional. En el Congreso de Estocolmo del POSDR (1906), el Bund y el SDKPIL se aproximaron a la socialdemocracia rusa precisamente porque no se planteaba la cuestión de la autodeterminación ni la del centralismo. La batalla se reinicia, y una vez más, por iniciativa de Luxemburg y también del omnipresente Kautsky, tiene lugar un nuevo desplazamiento del debate a Rusia.

10. *Centralismo revolucionario y derecho a la autodeterminación, o autonomía nacional y democracia*

Ni tuvo continuación la obra de Bauer ni fue grande su difusión, pese al volumen de su libro; si acaso se conocerían extractos, como en la traducción rusa realizada por el partido socialista revolucionario judío (SERP). Por consiguiente, las analogías con otras posturas se consideran fruto de una

evolución paralela más que de un conocimiento directo. Tal es el caso de Jaurès, cuya idea de nación se desarrolla a partir de una consideración historicista de la formación nacional francesa, que tiene lugar durante la gran revolución.²⁹¹ También para él existe la conciencia nacional, hecha de herencia cultural y destinada a convertirse en tradición política. En su *Histoire socialiste de la Révolution française* y en *L'Armée nouvelle* (donde define como «apasionada *boutade*» la frase de Marx «los obreros no tienen patria») nación se confunde con democracia. Este es el sentido de las revoluciones de 1848: «Era imposible combatir la reacción europea sin crear al mismo tiempo, a pesar suyo y en contra suyo, naciones y democracias». La nación no es reducible al liberalismo burgués, pues es una forma válida para todos los pueblos. La identidad colectiva y la vida común conciernen a todas las clases y transmiten un capital cultural al que el proletariado debe tener acceso y que debe valorizar luego. El socialismo, perdido en una multitud de agrupamientos o en el espacio de un vasto imperio, debe «trabajar por crear una patria nueva y superior». La negación de la patria es sólo un refugio en un internacionalismo abstracto; el internacionalismo debe basarse en la igualdad de las naciones.

Aunque Jaurès parece acercarse a Bauer cuando insiste en la pluralidad de las culturas, el paralelismo se acaba cuando su visión del mundo toma conciencia de la irrupción de los pueblos extraeuropeos, ya que Jaurès, como muchos otros socialistas que hablan de nación, no ha pretendido nunca elaborar una teoría, y menos aún una teoría marxista. De todos modos podrían establecerse muchos paralelismos que muestran una vía de síntesis de compromiso entre internacionalismo y patriotismo, en el intento por oponerse al militarismo. Sus ecos se hallan en toda la Internacional: en Christian Rakovski («en cierto sentido, incluso el socialismo más internacionalista procede a través de vías nacionales»); entre los socialistas de los nacientes partidos socialistas de los Balcanes, que crecen precisamente en los años de las crisis bélicas de 1912-1913; en varios partidos de Europa occidental, que intentan resistir al furor nacionalista recurriendo a fórmulas ambivalentes, sin que la reflexión ayude a un esclarecimiento de las contradicciones nacionales. Pero justamente esta debilidad teórica deja espacio a las propuestas de los socialismos de Europa central y oriental. En Austria, más que en Alemania, los internacionalistas radicales (sobre todo Strasser y Pannekoek) intentan construir un frente defensivo contra la

²⁹¹ Sobre Jaurès. cf. S. SANO, *Jaurès et la question nationale*, en "Pluriel-débat", 1977, n. 12.

avalancha del nacionalismo, mientras en Rusia se reinicia el debate marxista sobre la cuestión nacional.

El internacionalismo intransigente se mantiene en posiciones defensivas, como muestran los dos folletos de Joseph Strasser (*El obrero y la nación*) y de Anton Pannekoek (*Lucha de clases y nación*), publicados en 1912 en Liberec (entonces Reichenberg), en Bohemia, en pleno centro de conflictos y de exacerbaciones nacionalistas entre checos y alemanes.²⁹² En ambos casos se trata de una réplica a Bauer, cuya obra está, para Strasser, infestada por el nacionalismo e inspirada en un vulgar culturalismo democrático-socialista, y para Pannekoek en un «oportunismo nacional». En este campo cualquier concesión lleva al abandono del socialismo. Strasser, redactor jefe del diario socialdemócrata de Reichenberg, «Vorwärts!», tiene ante sus ojos, en Bohemia, la división nacional del movimiento obrero: los sindicatos checos rompen la unidad sindical en Austria mientras en Moravia la escisión alcanza a su propio partido. Todo ello le lleva a introducir la discusión sobre la organización federal de la socialdemocracia y a abogar por un partido unitario que «reúna a todas las fuerzas proletarias: la autonomía nacional de que hablan los separatistas es una simple quimera». Ya en 1909 había escrito que «la unidad es el bien supremo del partido». Pero en el fondo su lucha es contra el nacionalismo austro-alemán, contra la tendencia encarnada por el presidente del grupo parlamentario socialdemócrata, Engelbert Pernerstorfer, próximo a Karl Renner, el cual, por su parte, acaba de publicar entonces *El obrero alemán y el nacionalismo. Estudios sobre la grandeza y la potencia de la nación alemana en Austria y sobre el programa nacional de la socialdemocracia* (1910). Strasser muestra fácilmente, contra Renner, que el argumento del interés y la grandeza nacionales encubre una mercancía peligrosa, el nacionalismo alemán; pero en la crítica a Bauer se encuentra con muchas más dificultades y se ve obligado a referirse a los intereses proletarios del *Manifiesto*, para los cuales la nación sólo es una categoría burguesa, salvo en el caso de opresión extranjera. Examina por separado cada uno de los elementos constitutivos, según Bauer, de la comunidad nacional, para mejor eliminarlos: la tierra natal, el sentimiento nacional y el carácter nacional. Respecto de la lengua sus observaciones completan las indicaciones de Kautsky sobre el proletariado intelectual: para los «trabajadores» o «profesionales de la lengua», la reivindicación nacional es en realidad una reivindicación social,

²⁹² Véase la trad. fr.: J. STRASSER y A. PANNEKOEK, *Natioll et lutte de classe*, introducción de C. Weill, París, 1977.

pues le ofrece una salida social: la *intelligentsia* nacional es tendencialmente nacionalista, pues es candidata a las funciones públicas que invisten al Estado, denominado nación por ella con el fin de atraerse el apoyo popular.

También Pannekoek –el «tribuno» holandés, uno de los cerebros grises, con Radek, de la «izquierda de Bremen»– denuncia la sustitución de la nación por el Estado. Acepta la explicación histórica de la nación de Bauer, pero con objeto de convertir ésta en un fenómeno transitorio («para nosotros la nación es un episodio en el proceso progresivo hacia el infinito de la evolución humana»), y para mejor criticar las conclusiones de aquél sobre el devenir de la comunidad de cultura. Su perspectiva es la de la desaparición del Estado, «sustituido por una descentralización y por una autonomía administrativa generalizada»; por algún tiempo subsistirán comunidades lingüísticas, destinadas a su vez a desaparecer. «La unidad económica no es ni el Estado ni la nación, sino el mundo». Pannekoek, que posee una experiencia de europeo occidental, ve en el nacionalismo una ideología de Estado; la burguesía intenta imponer, con el Estado, su propia ideología al proletariado, y siempre impone su política imperialista gracias al Estado. La debilidad de su planteamiento clasista reside precisamente en su negativa a analizar lo que hay de nacional (considerado por el contrario como manifestación nacionalista) en los movimientos nacionales de poblaciones oprimidas y divididas. «El fenómeno nacional no es otra cosa que una ideología burguesa que desaparecerá con el desarrollo de la lucha de clases (...). Como toda ideología burguesa, representa un obstáculo para la lucha de clases». A lo cual replica Bauer:

Lo que hoy necesitamos no es una discusión sobre la esencia de la nación... , sino sobre la cuestión de la actitud que ha de adoptar el proletariado de cara a las luchas nacionales que actualmente tienen lugar en el seno de la burguesía.

En definitiva, Strasser y Pannekoek han proporcionado municiones a Lenin y a Stalin, y Strasser de modo muy particular a Stalin. La polémica sobre la autonomía continúa en Rusia, gracias sobre todo a Rosa Luxemburg, cuya hostilidad hacia el nacionalismo se despliega ante la pujanza del militarismo o (para emplear su expresión) del imperialismo. Pero al abordar la cuestión nacional distingue entre lo que está al servicio de los intereses del Estado, que es justamente el nacionalismo (el Estado es para ella un sistema de centralización opresiva contra el que lucha el proletariado, de signo opuesto a la autonomía, que es el instrumento de la democracia frente al

centralismo estatal), y la nacionalidad, hecho cultural del que cabe preservar la libre expresión y cuyo pleno desarrollo quedará garantizado por la revolución. La autoemancipación del proletariado es condición de la autoemancipación de la nacionalidad, y, al igual que Bauer, está convencida de que solamente el socialismo internacional es capaz de crear naciones libres, iguales e independientes. Al comenzar la guerra, llegará a lamentarse de no haber hecho mejor uso del principio de autodeterminación como instrumento de emancipación (acercándose en esto a la posición leniniana). En el famoso *Juniusbroschüre* sobre *La crisis de la socialdemocracia* (1915) señala el fracaso de la II Internacional, refiriéndose incluso a la capitulación, ante el nacionalismo, de los partidos que la integraban («el tumulto patriótico de las masas»).²⁹³ Sólo el socialismo internacional «puede realizar el derecho a la autodeterminación de los pueblos (...). Mientras existan los Estados capitalistas, mientras la política mundial imperialista determine y configure la vida interna y externa de los Estados, el derecho a la autodeterminación nacional no tendrá nada que ver con su práctica, ni en la guerra, ni en la paz».²⁹⁴

Este era también el sentido de su lucha contra los estatutos y el programa de los bolcheviques, contra el artículo que reivindicaba el derecho a la autodeterminación; aun a costa de su análisis del Estado, Luxemburg forzaba el ataque contra los textos, especialmente contra el centralismo del partido y contra el rechazo de la solución federal, que implica la libre separación en Estados distintos y por tanto centralmente unificados; la autonomía es la base de la democracia. Para ella es también el medio de vadear la independencia de Polonia, objetivo que hace del socialismo polaco un nacionalismo de tono socialista. Lenin está bastante de acuerdo con este discurso cuando sostiene que la actitud marxista consiste en defender la igualdad de las naciones y de las lenguas, pero al mismo tiempo en conservar el principio del internacionalismo y de la lucha intransigente contra la contaminación del proletariado por el nacionalismo burgués.

Por consiguiente, nos parece que antes de la guerra imperialista la posición de Lenin está totalmente motivada por consideraciones estratégicas. El derecho a la autodeterminación es la satisfacción de «principio» dada a los movimientos nacionales burgueses que luchan contra la opresión y que por esa razón tienen un «contenido democrático». Se trata

²⁹³ R. LUXEMBURG, *La crisis de la socialdemocracia*, en *Obras escogidas*, Madrid, 1978, vol. 2, p. 21.

²⁹⁴ *Ibíd.*, pp. 83-84.

de una consigna de agitación que trunca el nacionalismo y especialmente el nacionalismo dominante, como el gran-ruso, olvidado, según Lenin, por Rosa Luxemburg en su polémica contra el socialpatriotismo polaco. Es, pues, un medio para atraer al partido del proletariado a las fuerzas nacionales que, desde Europa oriental hasta Oriente, se levantan contra los regímenes opresores.

La política del proletariado, en el problema nacional (como en los demás problemas), apoya a la burguesía sólo en una dirección determinada (...), La burguesía coloca siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de modo categórico. Pero el proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente, no puede decirse de antemano si la revolución democrático-burguesa terminará en la separación de una nación determinada de otra nación o en la igualdad de derechos con esta nación. Para el proletariado lo importante, en ambos casos, es asegurar el desarrollo de su clase. Para la burguesía lo importante es dificultar este desarrollo, posponiendo los objetivos del proletariado a los objetivos de «su» nación. Por eso el proletariado se limita, por así decir, a la reivindicación negativa del reconocimiento del derecho a la autodeterminación, sin dar garantías a ninguna nación.²⁹⁵

En la polémica con Rosa Luxemburg de la primavera de 1914, ésta le acusa —a propósito del programa ruso de 1903 acerca de la autodeterminación de los pueblos— de caer «en el pecado de abstracción y de metafísica». En efecto, reconoce Lenin, su posición política puede no ser «práctica», pero «los proletarios, hostiles a cualquier nacionalismo, exigen una igualdad "abstracta", la exclusión, como cuestión de principio, del mínimo privilegio». Se trata, en suma, de una declaración de derecho, como la igualdad de los derechos del hombre y del ciudadano, pero su aplicación — como mostrarán la guerra, la posguerra y los movimientos de liberación nacional— sólo será posible con la ruptura de las relaciones de fuerza como consecuencia del resultado de guerras o de luchas insurreccionales. El derecho a la autodeterminación es un arma de la lucha política.

Por lo demás, Lenin no elabora un concepto propio de nación, o al menos la nación tiene para él solamente un valor instrumental:

²⁹⁵ V. I. LENIN, *El derecho de las naciones a la autodeterminación* (abril-junio de 1914), en Id., *Obras completas*, cit., vol. 21, pp. 329-330.

Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen la completa cohesión, la más estrecha unidad de los obreros de todas las naciones; exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nacionalidad. Por ello, los socialdemócratas se apartarían de la política proletaria y subordinarían a los obreros a la política de la burguesía si negaran el derecho a la autodeterminación, es decir, el derecho de una nación oprimida a separarse, o si apoyaran todas las reivindicaciones nacionales de la burguesía de las naciones oprimidas.²⁹⁶

Lenin declara estar en desacuerdo con Rosa Luxemburg y de acuerdo con Kautsky, para el cual «el Estado nacional es la regla y la norma del capitalismo»; su constitución corresponde a una fase del desarrollo político democrático-burgués. Como esta fase no ha tenido aún lugar (ni siquiera en una época de crisis del capitalismo) en los países de Europa oriental y particularmente en Rusia, a causa del zarismo, los movimientos nacionales de Oriente se distinguen positivamente del nacionalismo reaccionario de los Estados imperialistas. En Rusia, la tarea de la socialdemocracia consiste en llevar a cabo al mismo tiempo la revolución democrática y la revolución socialista: esta característica hará que la revolución de 1917 sea ininterrumpida, aunque esta tesis no aparece explicada hasta la primavera de aquel año, moviendo a Lenin (al reflexionar sobre el problema de la revolución democrática) a cuestionar su propia concepción del Estado (en las *Tesis de abril* y en *El Estado y la revolución*).

En el fondo, para Lenin la nación no se distingue del Estado: lo repite con Kautsky, al dar primacía a la realidad de los grandes Estados, que resuelven la cuestión nacional remitiendo a la historia antigua. Al polemizar con exponentes del Bund, que han suscitado «el problema de la asimilación, es decir, de la pérdida de las peculiaridades nacionales», muestra «que el capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional»: una, «el despertar de una vida nacional y de unos movimientos nacionales»; otra, «la destrucción de las barreras nacionales». Cuando condena la asimilación, el Bund se refiere a «la tendencia histórica-mundial del capitalismo a romper las barreras nacionales, a eliminar las diferencias nacionales, a asimilar las naciones: una tendencia que se hace de decenio en decenio más vigorosa y que constituye uno de los principales factores para la

²⁹⁶ *Ibíd.*, p. 344.

transformación del capitalismo en socialismo». Es una toma de posición que servirá para justificar la posición bolchevique del POSDR, en nombre del marxismo:

Los marxistas (...) están en contra de la federación y la descentralización, por el simple motivo de que el capitalismo exige para su desarrollo Estados lo más extensos y lo más centralizados que sea posible. En igualdad de las demás condiciones, el proletariado con conciencia de clase estará siempre por un Estado más grande. Luchará siempre contra el particularismo medieval, y saludará siempre la más estrecha fusión económica de grandes territorios, en los que se pueda desarrollar sobre amplias bases la lucha del proletariado contra la burguesía. (...) Dado que diferentes naciones constituyen un Estado único, los marxistas no propugnarán en ninguna circunstancia el principio federal ni la descentralización. El gran Estado centralizado representa un enorme progreso histórico desde el fraccionamiento medieval hacia la futura unidad socialista de todo el mundo, y no puede haber más camino hacia el socialismo que el que pasa por ese Estado (indisolublemente ligado al capitalismo).²⁹⁷

La contrapartida democrática señalada por el programa del partido en lo que concierne a la reorganización del Imperio ruso, considerado como un marco ideal para el desarrollo económico y político del proletariado, está constituida por la «autonomía regional», basada, no en las nacionalidades, sino en circunscripciones administrativas que permiten el ejercicio de los derechos políticos y la consulta a los ciudadanos. Al criticar la tendencia general a confundir «el centralismo democrático (...) con la arbitrariedad y la burocracia», Lenin afirma que, por el contrario, «el centralismo democrático no sólo no descarta la autonomía local dentro de la autonomía de las regiones que tienen especiales condiciones económicas y sociales, por una distinta composición nacional de la población, etc., sino que, por el contrario, reclama imperiosamente una y otra».²⁹⁸

Esta era la línea adoptada en la *Resolución sobre la cuestión nacional* aprobada por la conferencia del Comité central del POSDR, mejor dicho, por la fracción bolchevique, en mayo de 1913, que al mismo tiempo reivindicaba

²⁹⁷ V. I. LENIN, *Notas críticas sobre el problema nacional* (1913), Ibid., vol. 19, p. 373.

²⁹⁸ Ibid., p. 374.

«la unidad incondicional y la completa fusión de los obreros de todas las nacionalidades en todas las organizaciones obreras, sindicales, cooperativas de consumo, culturales, etc., en oposición a cualquier forma de nacionalismo burgués».²⁹⁹

Hasta más tarde no se decidirá Lenin a pasar al ataque frontal contra las posiciones de Rosa Luxemburg sobre la autonomía, como aparece aún en su réplica de julio de 1916 *A propósito del opúsculo de Junius*; pero, en general, dirige sus críticas contra todos los partidarios de la autonomía nacional del tipo que sea, territorial o cultural, y contra los abogados del federalismo. A partir de 1911 los bolcheviques se separan de los mencheviques en lo que respecta a la cuestión nacional, cuando hasta esa fecha habían estado de acuerdo en rechazar la doble solución federal y autonomista. Ha de tenerse presente la situación creada por las relaciones con los otros partidos socialistas de Rusia y por el debate sobre la cuestión nacional, que en 1912 afecta a la misma IV Duma. En la práctica, para los bolcheviques se trata de atraer a su campo las aspiraciones nacionales y ello explica que en las discusiones habidas entre 1912 y 1914 se concentren en la consigna de la autodeterminación.

Después de la derrota de la revolución de 1905-1906 se había ido afirmando el aislamiento de los bolcheviques, como consecuencia del acercamiento entre el Bund y el Partido socialista revolucionario judío (SERP), y de la posible constitución en Rusia –en relación con la autonomía extraterritorial– de una «pequeña Internacional» de partidos socialistas que podía integrar, además de los dos partidos judíos, el Partido polaco-lituano (SDKPIL), la socialdemocracia letona y una parte de la socialdemocracia armenia; estas agrupaciones políticas, a las que se unía una corriente de socialistas ucranianos favorable a la perspectiva autonomista, hubieran podido unirse con los mencheviques y abrirse incluso a los socialistas revolucionarios. El proyecto se esfumó en 1911-1912, verificándose en cambio cierto acercamiento del Bund y del SDKPIL al POSDR; en este período se advierte una especie de incubación de las ideas puestas en circulación sobre todo por Bauer sobre la cuestión nacional y la autonomía cultural, en concomitancia con un momento difícil para el movimiento obrero, en el marco de la reacción subsiguiente a la revolución de 1905. Hasta principios

²⁹⁹ *Ibíd.*, p. 361. Cf. H. CARRERE D'ENCAUSSE, *Unité prolétarienne et diversité nationales. Lénine et la théorie de l'autodétermination*, en "Révue française de science politique", XXI, 1971. n. 2, (trad. cast. en *Comunistas y/o nacionalistas*, Barcelona, 1977, pp. 59 Y ss.).

de 1912, con el renacer de los movimientos nacionales y de las tendencias socialistas (sin hablar del recrudecimiento nacionalista provocado entre otras cosas por las guerras balcánicas), no vuelven las discusiones y las polémicas, con ocasión de la convocatoria de la conferencia del POSDR en enero de 1912. Los partidos socialistas nacionales no asisten; los mencheviques se separan y son denunciados como «liquidadores»; el Bund rompe sus relaciones con el POSDR. Entonces tiene lugar, en cierto modo, la fundación del partido bolchevique, sobre la base del centralismo del partido y de la condena de la autonomía nacional. Pero al bolchevismo se le escapa el movimiento real de las nacionalidades: no sólo los obreros judíos, sino también la mayor parte del movimiento obrero del Cáucaso, que coordina su propia acción, reuniendo una «conferencia del Bloque» en agosto de 1912. La Unión caucásica, que es la antena bolchevique, toma entonces contacto con la Federación caucásica, en la que se integran las otras corrientes socialistas, y se muestra sensible a las ideas de autonomía nacional, hasta el punto de que dicha cuestión logra introducirse en el orden del día de una nueva conferencia organizativa del POSDR.³⁰⁰

La réplica bolchevique se desarrolla entonces en dos planos: una batalla organizativa y una polémica política. Se manifiesta aquí toda la praxis leninista. En la cuarta conferencia de la socialdemocracia letona, Lenin consigue descartar la reivindicación de la autonomía cultural, y lleva a cabo pareja ofensiva en el seno de la socialdemocracia polaca; mientras, en la «reunión de verano» del Comité central del POSDR, de septiembre de 1913, consigue imponer la resolución sobre la cuestión nacional, que completa el programa de 1903, abogando por el «derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas por la monarquía zarista» en el marco de un Estado centralizado, que es condición de la autonomía regional; se añade también que «el derecho de las naciones a la autodeterminación (...) no debe ser confundido bajo ninguna circunstancia con la conveniencia de que se separe determinada nación». Al mismo tiempo todas las organizaciones del partido, la prensa, etc., son invitadas a «discutir (...) el problema nacional, con el mayor detalle» con el fin de responder a los «intentos de los

³⁰⁰ Cf. C. WEILL. *Les théories austromarxistes et le débat sur l'autonomie culturelle dans la socialdémocratie russe (1912-1914)*. comunicación al Coloquio *L'expérience soviétique*, cit.

socialdemócratas caucasianos, de Bund y de los liquidadores, de anular el programa del partido».³⁰¹

Stalin fue uno de los primeros en responder, precisamente porque estaba envuelto en las contradicciones aparecidas en el Cáucaso y porque había seguido apasionadamente la controversia con el Bund; acababa además de regresar de una breve estancia en Viena, durante la cual había tenido la posibilidad de conocer el folleto de Strasser, del que haría uso sistemático. Pero no fue el único en intervenir. En marzo de 1913, N. Skopina, seudónimo probable de Zinóviev, polemiza con el Bund sobre «Prosveschenie» («La instrucción»), el mensual teórico bolchevique que más tarde publica el artículo de Stalin y a finales del mismo año las *Notas críticas sobre el problema nacional*, de Lenin; en la primavera de 1914 publicaría el artículo *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. La guerra interrumpirá una discusión que se estaba propagando entre todas las corrientes socialistas. El bolchevique armenio S. G. Saumian, que en 1906 ya había publicado un folleto sobre *La cuestión nacional y la socialdemocracia*, relanza la discusión, desde su confinamiento de Astrahán, con los socialistas del Cáucaso, al publicar el folleto titulado *Sobre la autonomía nacional cultural*. Por su parte, Trotski publica en «Borba» («Lucha»), en marzo de 1914, un artículo del menchevique georgiano Jordania, que sostiene, en contra de Stalin, las tesis de Bauer sobre el desarrollo nacional cultural, criticando vivamente toda reducción de la cultura nacional a cultura burguesa. Trotski se limita entonces a una posición de estilo austromarxista: la creación, «en el Estado, de condiciones capaces de garantizar la coexistencia pacífica de las nacionalidades en el territorio común del Estado, y de ofrecer a cada una de ellas la libertad de desarrollo cultural». Cuando en los años siguientes, en el momento de la reunificación de la izquierda socialista rusa, vuelva sobre la cuestión nacional, manifestará su apoyo al Estado nacional con posiciones mucho más próximas de las de Kautsky en lo que concierne a su explicación económica y a su proyecto de Estados Unidos de Rusia y del mundo.³⁰²

Del conjunto del debate sólo ha tenido amplia repercusión el artículo de Stalin, junto con las intervenciones de Lenin, consideradas concomitantes. Aparte su evidente capacidad para simplificar, lo que le permite, ya entonces,

³⁰¹ V. I. LENIN, *Resoluciones de la reunión del verano de 1913 del CC. del POSDR con funcionarios del partido*, en Id., *Obras completas*, cit., vol. 20, pp. 183-186.

³⁰² Cf. en "Pluriel-débat", 1975, n. 4, la traducción presentada por C. Weill del artículo de Trotski, *Nación y economía*.

una exposición de tipo pedagógico en la que aparecen enumerados y diferenciados los caracteres nacionales, hay que separar lo que es original suyo de lo que son sus fuentes, Kautsky y Lenin, o más exactamente, de lo que conoce de los análisis kautskianos a través del escrito traducido por Medem sobre la cuestión nacional en el Cáucaso, y de las citas de autores socialdemócratas austríacos sacadas de artículos del Bund o tomadas de las discusiones de esos años, junto con las posiciones de Lenin y Strasser. Como punto de apoyo fundamental, Stalin parte de la necesidad bolchevique del partido unificado del proletariado. Al partir de este postulado choca inmediatamente con las propuestas de autonomía nacional y aún más con el federalismo, deformando los programas y los argumentos extraterritoriales del Bund e incluso las explicaciones de Bauer, especialmente sobre la cuestión judía. De hecho, el libro de Bauer aborda este problema en dos capítulos distintos y separados, mostrando que la cultura judía es nacional mientras que no lo es el problema judío (o al menos no tiene solución nacional); pero a Stalin se le escapa el sentido de tales contradicciones internas y de tales articulaciones sociales y culturales. Erigiéndose en voz de la socialdemocracia caucásica y de la rusa, expresa la hostilidad hacia cualquier formulación federativa en nombre del proletariado, e insiste una vez más en el derecho a la autodeterminación de las naciones. Obsérvese que en su artículo Stalin habla siempre de naciones, no de nacionalidades: mientras Kautsky distinguía ambos fenómenos, abogando por un «Estado federado de las nacionalidades», Stalin habla de nación y más exactamente, y siempre, de Estado territorial.

Lo que subsiste de Kautsky y de Luxemburg (a la que no menciona), junto al principio de la primacía reconocida a los intereses de clase, es la base común del marxismo de la época: la nación como categoría del capitalismo en ascenso, el alineamiento de la formación social con el desarrollo económico y, naturalmente, el movimiento expansionista del desarrollo económico y, naturalmente, el movimiento expansionista del Estado. Respecto del Cáucaso, Kautsky había mostrado a la vez la división que había golpeado las angustiosas situaciones locales y las contradicciones nacionales introducidas por las emigraciones de mano de obra; Stalin trata por separado la formación social y la inmigración; centra su estudio sobre todo en Georgia, que emerge de una antigua postración para constituirse en nación, reduciendo a minoría a las otras nacionalidades caucásicas. Cuando Stalin recuerda a los emigrantes, lo hace considerándolos como desarraigados, trabajadores y parados que, al no tener tierra, pierden su nacionalidad; son los verdaderos proletarios sin patria, destinados a ser asimilados en el

momento en que se asienten en otro territorio nacional. Kautsky había puesto de manifiesto la situación pluriétnica, siquiera para declararla provisional, y aunque se distancia sin duda del análisis de Bauer sobre las condiciones económicas y los efectos sociales y nacionales de los movimientos migratorios, en Stalin esta condición de apátridas hace pensar en la condición de los judíos.

Al igual que para Bauer, la nación es para Stalin una comunidad, e incluso recuerda «la comunidad de psicología» en que se basa el carácter nacional, pero polemiza con el socialista austríaco afirmando que «Bauer confunde la nación, que es una categoría histórica, con la tribu, que es una categoría étnica».³⁰³ En realidad, para Bauer todas las formas comunitarias son históricas y la nación es la conclusión de un proceso continuo de transmisión y recomposición de las formaciones sociales; pero lo que realmente simplifica Stalin es la discusión sobre la comunidad cultural, al distinguir la cultura nacional según las clases, eludiendo de este modo el problema de la conciencia nacional y de la conciencia de clase, como hacía Strasser al invocar la pureza del internacionalismo de clase. A esta contraposición Stalin superpone otra, entre cultura superior y culturas inferiores, que acaba reforzando las manifestaciones eurocéntricas de superioridad, ya implícitas en la ortodoxia marxista. Stalin justifica el rechazo de las culturas nacionales precisamente por el avance de una civilización superior, de igual modo que un espacio estatal vasto hace desaparecer las culturas atrasadas. La revolución socialista compensará la inferioridad campesina; Stalin observa de hecho, aunque de pasada, que «el eje de la vida política de Rusia no es la cuestión nacional, sino la agraria».³⁰⁴ casi no hay más remedio que pensar que ésta prevalece sobre los intereses del proletariado, o como mínimo que es el fenómeno concordante principal. En este punto, Stalin sitúa la diferencia entre los movimientos nacionales orientales y las naciones occidentales: se trata de hacer salir a Rusia de la barbarie, de acabar con la condición del *mujik*.

Respecto del problema de la lengua (tomado de Kautsky, quien lo convertía en un argumento importante de la discusión con Bauer sobre el futuro de las culturas nacionales), Stalin considera la lengua como una componente de la nación, pero también como una componente del nacionalismo, porque si no hay unidad lingüística (como es el caso de los

³⁰³ J. STALIN, *El marxismo y la cuestión nacional*, en Id., *Obras completas*, cit., vol. 2, p. 321.

³⁰⁴ *Ibíd.*, p. 339.

emigrantes o de los judíos), la nacionalidad desaparece a favor de la nacionalización territorial, y porque ve la lengua como lengua de Estado. Kautsky proponía establecer el Estado federal, en lo posible, sobre la autonomía de los territorios lingüísticos; pero cuando Stalin, al final de su trabajo, aborda la autonomía regional, integrada en el programa bolchevique, la caracteriza como una práctica de administración territorial, incluso para diversas naciones incluidas en el Imperio ruso. Expone con gran claridad el uso que es posible hacer de las lenguas, o sea la compensación que hay que dar a las nacionalidades a cambio de su integración en el Estado centralizado:

La única solución acertada es la autonomía regional, la autonomía de unidades tan definidas como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc. La ventaja de la autonomía regional consiste, ante todo, en que aquí no tenemos que habérmolas con una ficción sin territorio, sino con una población determinada, que vive en un territorio determinado. Además, no deslinda a los hombres por naciones, no refuerza las barreras nacionales, sino que, por el contrario, rompe estas barreras y agrupa a la población para abrir el camino a un deslindamiento de otro género, el deslindamiento por clases. (...) No cabe duda de que en ninguna de las regiones se da una homogeneidad nacional completa, pues en todas ellas hay enclavadas minorías nacionales. Tal ocurre con los judíos en Polonia, con los letones en Lituania, con los rusos en el Cáucaso, con los polacos en Ucrania, etc. Se puede temer, por esta razón, que las minorías sean oprimidas por las mayorías nacionales. Pero este temor sólo tiene fundamento si el país sigue viviendo bajo el viejo orden de cosas. Dad al país plena democracia, y este temor perderá toda base. (...) ¿Qué es lo que inquieta especialmente a una minoría nacional? Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión nacional, sino la falta del derecho a usar su lengua materna. Permitidle servirse de su lengua materna, y el descontento desaparecerá por sí solo.³⁰⁵

En cambio, después de 1934, Stalin cede ante el nacionalismo de la lengua rusa, y este nacionalismo lingüístico se manifestará una vez más en la discusión sobre Marr de 1951 (*El marxismo y la lingüística*): para Stalin la

³⁰⁵ *Ibíd.*, pp. 385-386.

lengua escapa de la sobreestructura, como agente transmisor que atraviesa la sucesión de los modos de producción; de hecho, su continuidad depende de la continuidad del Estado, desde el Imperio ruso hasta la Unión Soviética; una nación es histórica precisamente por la lengua.

Por tanto, también la lengua es un elemento determinante para definir una nación como «comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura».³⁰⁶ Tiene, pues, una base en el pasado, o sea una experiencia histórica que sólo puede estar garantizada anteriormente por un Estado. Se vuelve así a la distinción entre las naciones estatales y los «pueblos sin historia». Probablemente por ello Stalin recurre al término comunidad, tomado de Bauer, pero en este caso referido al pasado remoto, mientras ni Kautsky ni Lenin lo usan, antes al contrario, lo rechazan. La nación es para ellos una figura provisional de la organización política (el Proteo de Kautsky), un momento en la historia del capital, y para Lenin, todavía más que para Kautsky, corresponde a la fase democrática burguesa; de ahí su validez, superada en Occidente, pero no en Rusia ni en los países sojuzgados, los países que constituyen el eslabón débil de la cadena, en los cuales la cuestión nacional sirve para la realización de la democracia y puede valer para la constitución de alianzas para la revolución proletaria si el partido sabe recoger su potencialidad sin caer en concesiones. En la concepción estratégica de Lenin está presente la idea del desarrollo desigual, incluso en la democracia; es éste incluso el sentido democrático del derecho de los pueblos a la autodeterminación. En cambio, Stalin insiste una y otra vez en la consistencia de la nación, que es continuamente sujeto de la historia; y cuando habla del derecho a la autodeterminación, afirma la plenitud de los derechos de las naciones a organizarse como deseen: la nación es soberana.³⁰⁷ En efecto, es comunidad estable, históricamente formada, de territorio, y fatalmente de territorio de Estado.

Si analizamos la definición staliniana de la nación, eliminando cada uno de los criterios que juzga indispensables, el carácter que asegura el nexo esencial y la misma continuidad lingüística es el territorio. Es el único factor cuya ausencia provoca la desaparición de la nación: sin territorio no existe comunidad estable ni, por tanto, Estado nacional. En esto Stalin se expresa exactamente como Borojov: el territorio nacional es la base del desarrollo de

³⁰⁶ *Ibíd.*, p. 316.

³⁰⁷ *Ibíd.*, p. 377.

las clases y del futuro revolucionario; ambos son territorialistas y constructivistas frente al Bund, y fundamentalmente hostiles a la concepción baueriana del desarrollo nacional cultural. En sus críticas al Bund, Stalin recurre a un argumento que se diría tomado de Borojov:

Los judíos no tienen una capa de población extensa y estable ligada a la tierra y que cohesione de un modo natural a la nación, no sólo como su osamenta, sino también como mercado «nacional». De los 5 o 6 millones de judíos rusos, sólo un 3 o 4% se halla vinculado de un modo o de otro a la agricultura. El 96% restante trabaja en el comercio, en la industria, en las instituciones urbanas, y, en general, habita en las ciudades y, además, diseminado por toda Rusia.³⁰⁸

La nación es campesina y territorial o no existe: ¿la tierra es tal vez el fundamento de esos ligámenes psíquicos de los que Stalin habla en términos bastante vagos?, ¿es el inconsciente profundo del stalinismo, ligado a la idea de la revolución para hacer que el viejo país agrario llegue a ser potencia estatal y a la cultura superior? Stalin es constructivista de la nación-Estado a través de la revolución en Rusia.

Su gran apego a la nación da precisamente coherencia y fuerza al discurso staliniano y explica que haya servido a los movimientos de independencia nacional, pues justifica la constitución de un Estado nacional refiriendo su misma existencia al pasado histórico de una misma base territorial, como es costumbre en todo nacionalismo que reconstruye la historia dentro de los límites de un Estado. Siguiendo la explicación ortodoxa kautskiana de la formación económica (la nación es un «todo económico» para el mercado), Stalin inscribe esta visión nacional-estatal en su interpretación del materialismo histórico. Así, la antología *El marxismo y la cuestión nacional y colonial* se convierte en el texto clave, a partir de 1934-1935, de todo el movimiento comunista en sus distintas articulaciones nacionales; tras la recuperación de los «valores nacionales», quedará integrado en la nueva política de cara al nazismo y al fascismo, y será adoptado con frecuencia por los partidos y los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo.

La concepción leniniana de la cuestión nacional está ligada a consideraciones estratégicas e incluso tácticas, por concentrar todas sus energías en la revolución en Rusia y en su instrumento, el partido. Pero sus

³⁰⁸ *Ibíd.*, p. 355.

ideas, que ya lo llevaban a distinguir dos épocas y dos tipos de movimientos en el artículo *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, continúan desarrollándose y profundizan, después de 1914, su interpretación de la guerra y su visión del imperialismo:

El imperialismo significa que el capital ha rebasado el marco de los Estados nacionales, que la opresión nacional se ha ampliado e intensificado sobre una nueva base histórica. (...) Por esta razón, punto central en el programa socialdemócrata debe ser la división de las naciones en opresoras y oprimidas, división que constituye la esencia del imperialismo.³⁰⁹

Recorre así a la distinción que Marx hacía solamente para Irlanda (Lenin no conoce los escritos de Marx sobre Irlanda hasta 1913) y la traslada a las relaciones mundiales. Sobre esta base coloca sus esperanzas en los movimientos nacionales de Oriente y concreta las tareas de la III Internacional. Si bien es inútil buscar en estos escritos una teoría o siquiera una definición de la nación, al menos declara que el internacionalismo está de parte de las naciones oprimidas y de los movimientos de liberación nacional.

Como el derecho de las naciones a disponer de sí mismas ha recibido un contenido a través de la liberación de los países oprimidos y coloniales, la opción leniniana del principio de la autodeterminación contra la autonomía nacional parece haber sido confirmada por la historia. De hecho, lo que era sobre todo un plan estratégico de partido ha cambiado de significado y ha adquirido un sentido en el mismo Lenin a través del análisis del imperialismo y de la importancia asumida, consiguientemente, por los movimientos de liberación nacional. Esta justificación *a posteriori* ha dado nuevo valor a la reflexión leniniana sobre las cuestiones nacionales y también a la teoría staliniana de la nación-Estado, anulando cualquier otra reflexión y elaboración marxistas, y sobre todo corriendo un velo sobre las insuficiencias resultantes de la reducción economicista del marxismo decimonónico y de la simplificación estratégica realizada por el bolchevismo en este terreno. En esta visión se omiten, pues, los grandes hechos colectivos; las formaciones sociales (esos entramados de relaciones comunitarias que

³⁰⁹ V. I. LENIN, *El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación* (1915, aunque no publicado hasta 1927), en Id., *Obras completas*, cit., vol. 23, pp. 40-41.

Bauer había intentado definir), así como cualquier manifestación o actividad cultural, aparecen como doblegadas y deformadas por la realidad de las clases, impuesta como fenómeno único y totalizante, y además como garantía de materialismo. Por otra parte, estas formaciones sociales continúan siendo centros productores de ideología y de consciencia social, y actualmente, al mismo tiempo, de consciencia nacional y política, étnica o religiosa; precisamente en estos sectores de ideologías colectivas se interfieren enfrentamientos, contradicciones y distorsiones ideológicas, y se introducen los efectos de movimientos ideológicos anteriores. Sin un análisis sociopolítico profundo y sin un examen de las contradicciones existentes entre consciencia nacional y consciencia de clase, de la fuerza de las ideologías nacionalistas y de su utilización para legitimar el Estado, incluidos los Estados del «socialismo real», subsiste una doble debilidad sobre la cuestión nacional, que impide la comprensión de la nacionalidad y del desarrollo cultural, vinculando el pensamiento marxista a un estatismo nacional, cuando incluso la misma teoría del Estado continúa llena de lagunas. Pero ésta es ya historia posterior, ligada a la hoy denominada crisis del marxismo, de la que pueden surgir nuevas reflexiones liberadoras.

FRANCO ANDREUCCI

La cuestión colonial y el imperialismo

Una veintena de cuadernos, llenos de apuntes, esquemas, estadísticas, citas, todo lo cual ocupa casi ochocientas páginas impresas, fueron la base del trabajo –labor larga y fatigosa, llevada a cabo en las bien provistas bibliotecas de la libre Suiza– sobre la cual Lenin construyó el opúsculo acerca del imperialismo, que logró filtrar entre las mallas de la censura de guerra entre 1916 y 1917.³¹⁰ A partir de la revolución de Octubre y de la fundación de la Internacional comunista, aquel «ensayo popular», como lo llamó Lenin, se transforma en uno de los textos más conocidos, más leídos y más citados del mundo. La propia palabra «imperialismo» se encontró cargada de un peso semántico que no había tenido hasta entonces y ha llegado hasta nosotros fuertemente marcada por la interpretación leniniana.³¹¹

Las condiciones que hicieron posible dicho ensayo –dejando de lado el problema de las capacidades individuales de Lenin– fueron sustancialmente dos: en primer lugar, el trabajo de estudio y de interpretación realizado por otros, marxistas y no marxistas, antes que él, del cual los *Cuadernos sobre el imperialismo* conservan indicios visibles; en segundo lugar, el hecho de que el estallido de la guerra y la impotencia demostrada por la II Internacional habían realizado una serie de previsiones y de juicios que el mismo Lenin había anticipado en años anteriores.³¹²

No es fácil distinguir todo esto del conjunto de interpretaciones que respecto al *Imperialismo* ejercitaron influencia durante los cincuenta años que siguieron a la publicación de la obra de Lenin: críticos de orientaciones diversas se sobrepusieron a la tradición bolchevique que hizo de Lenin un titán aislado en el mar del oportunismo. Para esto será oportuno ante todo partir de la década de 1880, cuando maduró un conjunto de problemas y juicios que desempeñaría un papel importante en la ulterior discusión sobre

³¹⁰ V. I. LENIN, *Obras completas*, cit. vol. 43 y 44: *Cuadernos sobre el imperialismo*.

³¹¹ Este elemento ha sido infravalorado por R. KOEBNER y D. SCHMIDT, *Imperialism. The story and significance of a political word. 1840-1960*, Cambridge, 1965.

³¹² Cf. W. KETTENBACH, *Lenins Theorie des Imperialismus, I, Grundlagen und Voraussetzungen*, Colonia, 1965.

el imperialismo. Es decir, debemos remontarnos al debate acerca de la «cuestión colonial».

1. *La cuestión colonial, los pueblos oprimidos y el «derrumbe» del capitalismo*

En los años en que el marxismo tomaba cuerpo, durante el exilio en Zurich del grupo dirigente de la socialdemocracia alemana, se afirmaron una serie de orientaciones que representarían la espina dorsal de la ideología anticolonial del movimiento obrero internacional, en un momento en el cual la expansión colonial europea ya no era un aspecto perteneciente al pasado del capitalismo, sino que se había transformado en un problema con connotaciones políticas inmediatas.³¹³

Al comienzo de la década de 1880, los principales países europeos emprendieron una nueva etapa de expansión colonial: países de antiguas tradiciones imperiales, como Inglaterra, estados de reciente formación, como Alemania e Italia, junto a la República francesa, Bélgica y Rusia, se lanzaron a una serie de intervenciones militares, de ocupaciones territoriales y de iniciativas diplomáticas que abarcaron a casi todo el mundo extraeuropeo, desde Egipto a África mediterránea, desde Indochina hasta África negra, del Asia central a las islas del Pacífico.

La «cuestión colonial» entró a formar parte del conjunto de problemas que los jóvenes marxistas de la socialdemocracia alemana debían resolver en términos extraordinariamente complejos.³¹⁴ En efecto, la cuestión no se agotaba en la posición a asumir en lo referente a la política colonial, sino que, por el contrario, se extendía hasta tocar algunos problemas vitales para el movimiento obrero: en primer lugar, se trataba del enfrentamiento de civilizaciones diferentes, del cual surgían no sólo curiosidades etnológicas sino también problemas relativos al juicio sobre las antiguas formas de producción y sobre las relaciones sociales que se encontraban en proceso de desaparición, en el ámbito de la concepción del desarrollo histórico que el marxismo ofrecía al movimiento obrero. Asimismo, era necesario reflexionar sobre los resultados que la expansión colonial producía en Europa, donde se

³¹³ H. SCHROEDER, *Sozialismus und Imperialismus. Die Auseinandersetzung der deutschen Sozialdemokratik mit dem Imperialismusproblem und der "Weltpolitik" vor 1914*, I, Hannover, 1968, pp. 105 y ss. Del mismo autor véase también *Sozialistische Imperialismusdeutung Studien zu ihrer Geschichte*, Göttingen, 1973.

³¹⁴ Cf. F. ANDREUCCI, *Engels, la questione coloniale e la rivoluzione in Occidente*, en "Studi Storici", 1971, pp. 437-439.

apoyaba en la existencia del capitalismo, pero cuyo desarrollo parecía acelerar al mismo tiempo. La acción política de la clase obrera –éste era uno de los problemas centrales– ¿debía favorecer tal desarrollo u oponérsele? Más aún, la dimensión de los nuevos problemas no surgía sólo del tipo de oposición del cual un partido obrero debía hacerse promotor, sino también de la necesidad de conexiones internacionales que las características mundiales del fenómeno requerían. Se trataba sustancialmente de elaborar una nueva política exterior de la clase obrera que tuviera en cuenta las experiencias precedentes del movimiento obrero internacional, pero también de someter a verificación algunos de sus presupuestos, como el juicio sobre Rusia considerada como «principal enemigo», juicio que debía ser reexaminado a la luz de las nuevas relaciones internacionales, de las cuales formaban parte principal tanto los desarrollos del movimiento socialista en Rusia como la agudización de la cuestión de Oriente. Por último, estaban las preguntas que hacían referencia directa a la expansión colonial: ¿cuál era su significado, cuáles sus fuerzas motrices?, ¿el contacto entre civilizaciones diversas implica el derecho de la civilización superior a dominar y a educar a la inferior?

Kaustky fue de los primeros en considerar, en los ambientes socialdemócratas orientados hacia el marxismo, la cuestión colonial.³¹⁵ Esta ocupa un papel relevante tanto en su formación cultural, como en el proceso de su aproximación al marxismo. Interesado en la etnología y en la historia primitiva, fascinado por las teorías malthusianas, sensible a los problemas de la emigración y requerido por Höchberg, el joven mecenas que financiaba algunas iniciativas editoriales al margen de la socialdemocracia alemana, Kautsky dedicó al problema de las colonias algunos de sus primeros escritos, y tanto le interesó el tema, con tal vivacidad lo discutió y tantos motivos de controversia intelectual encontró con el propio Hochberg, a su parecer deseoso de la expansión colonial, que rompió con su amigo y sintió la necesidad de que una autoridad como Engels le esclareciera.

Quisiera hacerle una pregunta –le escribía en mayo de 1882– sobre la que he reflexionado, sin llegar a ningún resultado claro: ¿cómo se comportará el socialismo en relación con las colonias, particularmente en Asia? Por ejemplo, ¿el proletariado inglés liberará a la India? Desde el punto de vista doctrinario debería responderse

³¹⁵ Cf. K. KAUTSKY, *La questione coloniale. Antologia degli scritti sul colonialismo e sull'imperialismo*, a cargo de R. Montcleone, Milán, 1977, pp. 23 y ss.

afirmativamente a esta pregunta; pero, creo, nuestros principios valen incondicionalmente sólo para los pueblos de nuestro ámbito cultural.³¹⁶

En el centro de la atención de Kautsky se encontraba el problema de la relación entre las perspectivas de independencia de los pueblos coloniales, las fases de su desarrollo económico y social y la revolución en Europa. A su juicio, la posesión de la India por parte del proletariado victorioso habría representado una ventaja para el pueblo hindú: abandonado a sí mismo, éste habría sufrido el más férreo despotismo «oriental», mientras que la comunidad campesina hindú, disgregada y disuelta, no habría podido impedir el nacimiento en Oriente de aquella misma burguesía derrotada por la revolución europea. «Bajo la guía del proletariado europeo, por el contrario –añadía Kautsky– la India podría ser conducida muy bien al socialismo moderno, sin tener que recorrer la etapa intermedia, el capitalismo».³¹⁷

No se trataba, ni para Engels ni para Marx, de preguntas nuevas u originales: era, en sustancia, un particular ángulo visual desde el que se propone la misma cuestión del desarrollo hacia el socialismo de áreas dominadas por formas de producción precapitalista, a la que habían respondido en base a las numerosas peticiones de los populistas rusos. De todas formas, Engels no respondió en seguida a la pregunta de Kautsky, si bien encontró la ocasión de tratar el problema desde otro punto de vista. Le dio la oportunidad la publicación en el semanario de la socialdemocracia alemana de un artículo acerca de la cuestión egipcia. En el centro del interés de la política internacional estaba en aquellos meses el problema del significado del bombardeo inglés del puerto de Alejandría. Las simpatías de numerosos partidos y grupos socialistas europeos iban a Arabi Pachá y a las fuerzas nacionalistas que él conducía en oposición tanto a la conducta pasiva del Jedivé, como a las fuertes interferencias anglo-francesas, con el objetivo de llevar el país a la independencia.

El escrito en la «Socialdemokrat» sobre *La socialdemocracia y la cuestión egipcia* transcribía con aprobación el contenido de los llamamientos votados en París durante una manifestación de solidaridad organizada por los guesdistas. En éstos se expresaba el apoyo al partido nacional formado en

³¹⁶ Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky. Zweite durch die Briefe Karl Kautskys vervollständigte Ausgabe von "Aus der Frühzeit des Marxismus", Viena, 1955, pp. 54-57.

³¹⁷ Ibíd.

Egipto como a un partido que se batía por la causa de la independencia y de la soberanía, como había hecho la burguesía europea, y se recibía con entusiasmo la oferta hecha por dos ex combatientes de la Comuna de París de ir a ayudar a los *fellah* en las orillas del Nilo y repetir así la gesta que los «valerosos internacionalistas habían realizado en 1871 para el proletariado en las orillas del Sena».³¹⁸

Frente a esta toma de posición, que ni a Bernstein ni a Kautsky les parecía en absoluto equivocada, Engels expresaba una serie de juicios que tenían un doble origen: en principio, la voluntad de llamar la atención a sus dos jóvenes corresponsales acerca de la necesidad de adoptar una posición fría y distante frente a los problemas de la política:

Apenas en algún lugar se verifica un tumulto, todos los revolucionarios latinos se ponen a delirar, sin ningún distanciamiento crítico (...). En todas las cuestiones de política internacional, los periódicos de partido italianos y franceses, con su sentimentalismo político, deben utilizarse con la mayor de las desconfianzas, mientras que nosotros los alemanes tenemos el deber de confirmar también en este sector, por medio de la crítica, la superioridad teórica, una vez que la tenemos.³¹⁹

En segundo lugar, Engels expresaba algunos puntos de una *Realpolitik* desencantada y severa, fruto de las experiencias de 1848, pero conectada al conjunto de reflexiones que Marx y él mismo habían llevado a cabo acerca de los campesinos de las áreas extraeuropeas y de las características del despotismo y del estancamiento en Oriente. Según Engels, nada autorizaba a valorar a Arabi como un pachá diferente: se trataba simplemente de un adversario militar de los ingleses que, en caso de vencer, habría sustraído a los extranjeros el privilegio de la recaudación de impuestos, con el fin de cobrarlos por su cuenta. En relación con los campesinos egipcios, los *fellah*, no era más que la encarnación de la forma tradicional de explotación, la realizada por los sátrapas o los pachás:

³¹⁸ *Die Sozialdemokratie und die ägyptische Frage*, en "Der Sozialdemokrat", 3 de agosto de 1882.

³¹⁹ *Eduard Bernstein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, a cargo de H. Hirsch, Assen, 1970, pp. 120-121.

Se trata una vez más –escribía– de la eterna historia de los pueblos campesinos. De Irlanda a Rusia, de Asia Menor a Egipto, el campesino de un país campesino se encuentra allí para ser explotado (...). Según mi opinión, podremos perfectamente tomar partido por los *fellah* oprimidos, sin compartir sus momentáneas ilusiones (ya que un pueblo campesino tiene que ser engañado durante siglos antes de que la experiencia lo haga inteligente) y podremos tomar una postura contraria a la brutalidad de los ingleses, sin solidarizarnos por eso con sus adversarios militares circunstanciales.³²⁰

Al escribir a Bernstein, Engels había introducido algunas novedades en la posición acerca del problema de las colonias y de los pueblos «oprimidos», a propósito del cual Kautsky ya había escrito, pero no había respondido aún a la pregunta inicial: «Debo confesar abiertamente –escribía Kautsky el 6 de septiembre de 1882, pidiendo la respuesta de Engels– que sobre este aspecto no he conseguido aún hacerme una idea clara». Los acontecimientos egipcios habían contribuido especialmente a poner de manifiesto la contradicción que a Kautsky parecía dramática entre las férreas leyes económicas, que relacionaban estancamiento con explotación de los campesinos, y la lucha del partido nacional egipcio:

A pesar de lo negativo que pueda ser, simpatizo completamente con la causa de Arabi Pachá, que se levanta contra el capital europeo. Pero no veo ninguna posibilidad para Egipto de realizar una revolución social interna, de modo que me digo, Arabi puede ser más o menos honesto, vencer o ser derrotado, pero la vieja economía de los pachás y la explotación de los *fellah* continuarán.³²¹

Por fin, el 12 de septiembre, Engels decide responder a las repetidas solicitudes de Kautsky: «Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general: lo mismo que piensan los burgueses». Engels pasaba luego a tratar la esencia de la cuestión colonial, enfrentándose en primer lugar al problema de las perspectivas de desarrollo de las colonias: éstas debían ser diferenciadas, antes que nada, entre aquéllas en relación a las cuales se podía aplicar el

³²⁰ *Ibíd.*

³²¹ *Friedrich Engel's Briefwechsel mit Karl Kautsky*, op. cit., p. 59.

principio de independencia y aquellas que deberían ser guiadas en su desarrollo. En caso de una victoria del proletariado europeo –que constituye la premisa de toda la discusión–, las colonias propiamente dichas, es decir Australia, Canadá, El Cabo, se convertirían en independientes, mientras que las posesiones pobladas por indígenas serían confiadas al proletariado y conducidas «lo más rápidamente posible» hacia la independencia.

Es difícil decir –continuaba Engels– cómo se desarrollará este proceso. La India quizás haga una revolución, es incluso probable, y, como el proletariado que se emancipa no puede mantener guerras coloniales, habrá que resignarse a ello (...). Lo mismo puede ocurrir en otros sitios, por ejemplo en Argelia y en Egipto, lo que sería *para nosotros*, lo mejor.

El proletariado victorioso «reorganizaría» Europa y América del Norte, las cuales constituirían un ejemplo tan claro que arrastrarían a todos los países semicivilizados.

Las fases sociales y económicas que estos países tendrán que pasar antes de llegar también a la organización socialista, no pueden, creo yo, ser sino objeto de hipótesis bastante ociosas. Una cosa es segura: el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria.³²²

Se trataba de una serie de posiciones que reflejaban, incluso en la forma, las discusiones contemporáneas sobre el futuro de Rusia, pero que a su vez se remitían a las opiniones expresadas por Engels pocos meses antes a Bernstein, acerca de los eslavos del Sur, pueblos «sin historia», piezas de la política exterior del zarismo ruso, en relación a los cuales este último había manifestado simpatía de la misma manera que Kautsky por el partido egipcio.

Que mi carta no le convenza –escribía Engels a Bernstein, que se declaraba sostenedor de los insurrectos en Bosnia y Herzegovina– visto que usted tiene simpatía por los eslavos meridionales «oprimidos», es muy comprensible. Todos nosotros, en la medida en que hemos pasado a través del liberalismo, hemos compartido

³²² *Ibíd.*, p. 63.

inicialmente esta simpatía por todas las nacionalidades «oprimidas», y yo sé cuánto tiempo y cuánto estudio me ha costado librarme definitivamente de ella (...) Por otra parte tenga cuantas simpatías quiera por estos pueblos primitivos, pero seguirán siendo dependientes del zarismo, y en política las simpatías no sirven.³²³

En el origen de esta serie de opiniones que convergen en subrayar la primacía de la revolución en Occidente y del papel de sujeto revolucionario del «proletariado del Occidente desarrollado desde el punto de vista capitalista» se encontraban dos elementos que sólo parcialmente influirían realmente en Kautsky y Bernstein: por una parte, el señalar la dimensión histórica de los conceptos de «nacionalidad» y «opresión», que correspondía comprender y estudiar a la clase obrera y cuya contradicción ésta debía superar con la victoria revolucionaria; por otra la constante referencia al papel de Rusia (su influencia era clara en los Balcanes, pero su *longa manis* llegaba hasta a Arabi Pachá, según Engels), que en la perspectiva de la revolución proletaria tenía un lugar tan central como contradictorio, en el sentido que seguía siendo el baluarte de la reacción, pero a la vez se entreveían cada vez con mayor nitidez las posibilidades de que Rusia pudiese vivir su «1789».

Las respuestas de Engels, de todas formas, ancladas como estaban en la perspectiva de una inminente revolución en Europa, no ofrecían una solución a aquello que al cabo de poco tiempo se convertiría en un problema cuyas dimensiones superaban en mucho al de los eslavos de Sur o al de los *fellah* egipcios, en una situación que no confirmaba sus previsiones optimistas. A finales de siglo, mientras se ponía en discusión toda la tradición del pensamiento de Marx y Engels con respecto al problema de Oriente y mientras las ocupaciones colonialistas alcanzaban los cuatro ángulos del mundo, dos prestigiosos exponentes del movimiento obrero europeo, E. Bernstein y E. Belfort-Bax, se hacían cada uno representantes de uno de los componentes de la contradictoria opinión de Engels.

No todas las luchas de las poblaciones dominadas contra sus dominadores –observaría Bernstein– son por sí mismas luchas de emancipación (...). Los pueblos incivilizados y enemigos de la libertad no tienen ningún derecho a nuestra simpatía, donde quiera que se alcen contra la civilización (...). Si en el pasado se ha podido

³²³ *Eduard Bernstein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, op. cit., p. 83.

proponer por parte de los socialistas que había que prestar apoyo a los salvajes y a los bárbaros en sus luchas contra los avances de la civilización capitalista, ha sido a causa de supervivencias románticas que resultan claramente indefendibles cuando se sacan sus consecuencias hasta el final.³²⁴

Por su parte, Belfort-Bax se remitía al contenido de sus conversaciones con Engels: «Según cuanto Engels ha repetido más de una vez al que escribe, la única política justa de la socialdemocracia con relación a los pueblos atrasados es, por lo menos provisionalmente, la de *laissez faire*» y continuaba afirmando que la expansión colonial representaba la única ancla de salvación para el capitalismo.

Desde este punto de vista –concluía– todo progreso de la colonialización constituye una regresión para el socialismo. A la vez, y desde el mismo punto de vista, cada derrota de una potencia civilizada en la lucha con poblaciones bárbaras y salvajes debe ser considerada por el partido socialista, si éste quiere ser consecuente, como bienvenida. La causa de los indígenas, considerada bajo este aspecto, es realmente nuestra causa.³²⁵

La fórmula de Bax nos remite a lo que era en realidad el centro del interés por la cuestión colonial, en opinión de Engels y de los marxistas de la socialdemocracia alemana: su conexión con el desarrollo del capitalismo. *El Capital* fue considerado, desde esta perspectiva, la fuente principal de las orientaciones de principios, ya que de la reflexión marxiana se conocía entonces solamente el punto de llegada, mientras que se ignoraba gran parte de los trabajos –como los dedicados a la India y a China– de la década de los 50 y los 60. Especialmente en los años de preparación del texto de Kautsky sobre la doctrina económica de Marx, la relación con *El Capital* es muy clara incluso en los aspectos formales, en especial en la ejemplificación acerca de los desastres de la dominación británica en la India, mientras que en la prensa socialdemócrata el recurso a Marx, y en particular al capítulo sobre la acumulación «originaria», acababa por convertirse en el fruto de consistentes requerimientos de los textos:

³²⁴ E. BERNSTEIN, *Die deutsche Sozialdemokratie und die türkische Wirren*, en "Neue Zeit", XV, vol. 1, pp. 109-110.

³²⁵ E. BELPORT-BAX, *Kolonialpolitik und Chauvinismus*, *Ibíd.*, XVI, vol. 1, pp. 423-424.

Colonización —escribía el «Sozialdemokrat»— significa acumulación de capital: acumulación de capital significa acumulación de la miseria. En resumen, es éste el punto de vista de Marx, y también el de la socialdemocracia, sobre la cuestión colonial. Es el único que puede adoptar el proletariado consciente.³²⁶

La expansión colonial, en sustancia, precisamente por el hecho de constituir una de las connotaciones del desarrollo capitalista, no era, tal como la concebían los representantes del socialismo de Estado, un aspecto de determinada política de reformas sociales capaz de orientar hacia los canales de la emigración a la sobrepoblación relativa que se expresaba en la desocupación, sino más bien un elemento que acababa por estimular «la pauperización de las masas» y por aumentar «el abismo entre pobres y ricos».³²⁷ El problema se complicaba si se tenía en cuenta que todo hacía pensar que la expansión colonial era más bien un aspecto marginal del desarrollo capitalista, como bien demostraba el caso de Alemania.

Engels no tuvo nunca una buena opinión de la Alemania de su tiempo: país filisteo, atrasado en el desarrollo capitalista, vivía, según Engels, la experiencia colonial con el ánimo pudibundo y limitado de su pequeña burguesía: «Con el engaño colonial, Bismarck ha dado un estupendo golpe electoral. El filisteo se lo ha tragado, sin remisión y en gran número».³²⁸ Poco después, de todos modos, se alegraba del hecho de que el «golpe» de Bismarck hubiese fracasado:

Me satisface —escribía a Bebel, en otoño de 1864— que el engaño colonial no tenga éxito. Ha sido la carta más hábil de Bismarck, dirigida justamente al filisteo, repleta de esperanzas ilusorias y con gastos que se realizan sólo lentamente, pero de terribles dimensiones. Bismarck y las colonias me recuerdan aquel chiflado (un verdadero idiota) del último duque de Bernburg, que al principio de los años cuarenta decía: quiero un ferrocarril, incluso si me cuesta mil táleros. Pues bien, entre la imagen de un balance colonial

³²⁶ *Marx über des Kolonialsystem*, en "Der Sozialdemokrat", 10 de julio de 1884.

³²⁷ *Die Maske herunter!*, *ibíd.*, marzo de 1885.

³²⁸ *Eduard Bernsteins Briefwechsel mit Friedrich Engels*, op. cit., p. 296.

presentado por Bismarck y sus filisteos y los costos reales, hay la misma relación que entre mil táleros y el costo de un ferrocarril.³²⁹

Al apoyar las opiniones de los socialdemócratas alemanes acerca de la dimensión de «engaño» de una política colonial que no tenía nada de la cruel grandeza de la británica, Engels contribuyó a consolidar un juicio sobre la expansión colonial que se apoyaba en la identificación de sus fuerzas motrices en las capas parasitarias del ejército y de la burocracia, así como en la instauración de una relación privilegiada con la especulación y la Bolsa. Al mismo tiempo, se afirmaba otro grupo de juicios que pesaría durante mucho tiempo en la valoración marxista de la expansión colonial europea, aquel (de tipo subconsumista) que tenía su centro en el tema de la crisis general del capitalismo.

La relación entre la perspectiva de una crisis del capitalismo y la expansión colonial encuentra expresiones significativas incluso en los juicios del viejo Engels. En el corazón de los mismos se encontraba el problema de China: ésta constituía «el último nuevo mercado», el terreno en el que más ásperas y violentas se presentaban la competencia y la lucha entre las potencias. La idea de que China fuese «la última válvula de seguridad de la sobreproducción», expresada por vez primera en 1886, es formulada por Engels en varias ocasiones, hasta convertirse en una convicción articulada y completa.³³⁰ El mecanismo por medio del cual China conduciría a la *débâcle* del capitalismo tenía su base en la contradicción entre la necesidad expansiva de la industria europea y la instauración de relaciones de producción capitalistas en aquel país. Los ferrocarriles, las máquinas de vapor, la electricidad, el teléfono, que gracias a los capitales europeos conocían un enorme desarrollo en las regiones del Celeste Imperio, eran otros tantos golpes contra las seculares relaciones productivas basadas en el ligamen entre agricultura e industria doméstica en el campo. El fin de la autosuficiencia de las comunidades rurales, determinado por la aparición de los productos de la industria moderna –proceso que se realizaba desde decenios atrás– echaría al mercado de trabajo millones de *coolies*. Y mientras el mismo mercado chino tendería a restringirse, los campesinos desparramados desde Kuantung y Kiangsu hacia las ciudades europeas, americanas y australianas sumirían en el caos a la organización de la

³²⁹ *August Bebel Briefwechsel mit Friedrich Engels*, a cargo de W. Blumenberg, Londres-Gravenhage-París, 1965, p. 190

³³⁰ *Ibíd.*, pp. 26-69.

producción capitalista. Entonces, los obreros europeos y americanos —antes que nadie, los ingleses— sabrían que había llegado su momento; revolución proletaria y crisis del capitalismo representan las dos conclusiones inseparables de la conquista de China:

Se trata una vez más de la magnífica ironía de la historia: a la producción capitalista le queda por conquistar solamente China, y en el momento en que lo haga se hace la vida imposible en la propia patria.³³¹

En el terreno político, como en el del análisis independiente que Kautsky empieza a realizar en las columnas de la «Neue Zeit», la orientación socialdemócrata en relación con la política colonial se expresa de modo más sistemático que en las escasas observaciones de Engels. Los socialistas europeos que se remiten al marxismo son todos —al menos hasta fin de siglo— extremados opositores de la política colonial.³³² Las argumentaciones se refieren sobre todo al papel de provocación desempeñado por la política colonial en las relaciones internacionales; al peso negativo del balance colonial, pobre de frutos concretos, pero que se traduce en impuestos que alcanzan a todos los ciudadanos; al estímulo a los gastos militares que resulta de las empresas de colonización; a la sustracción de una parte del presupuesto del Estado a la política de reformas sociales. Como fondo de todo esto está la intensificación de la contradicción entre el aumento de la producción y la restricción de los mercados:

La sobreproducción —dirá Bebel— se hará crónica, y todos los medios que se quieran utilizar contra ésta no servirán para nada. En la medida en que la sociedad capitalista se desarrolla, la ley de desarrollo que le es inmanente alcanza su punto más alto; las crisis se hacen más largas, las carestías más intensas, mientras que los períodos de prosperidad son cada vez más breves. En la medida en que este proceso de desarrollo no se lleva a cabo sólo en nuestro país, sino de la misma manera en todos los países civilizados del mundo, los territorios de salida se hacen cada vez más estrechos, la competencia más dura, la lucha más aguda y el fin del latino —repito—

³³¹ Friedrich Engels *Briefwechsel mit Karl Kautsky*, op. cit., p. 441.

³³² Cf. *La deuxième Internationale et l'Orient*, a cargo de G. Haupt y M. Réberieux, París, 1967.

será el derrumbe general (...). Entonces llegamos nosotros, la socialdemocracia.³³³

A través de esta argumentación, en la relación entre sistemas colonial y capitalismo adquiriría ventaja el aspecto de la sobreproducción y del «derrumbe», mientras quedaba en la sombra el otro aspecto –que sólo a principios del siglo xx alcanzaría su formulación completa– del papel de la expansión colonial como complemento indispensable de la existencia del capitalismo. Una investigación más intensa acerca de las causas y las características de la política colonial tomaría cuerpo sólo cuando ésta adquiriese una nueva fisonomía en el ámbito de la «política mundial».

2. Política mundial y capitalismo fin de siècle

A pesar de las certezas de Bebel acerca de una inminente crisis del capitalismo, una teoría del derrumbe elaborada sistemáticamente no se encontraba en la obra de Marx y Engels. En esto tenían razón los críticos de Bernstein cuando lo acusaban de utilizar el patrimonio teórico del marxismo para los fines de una polémica ideológica que pertenecía al campo de la previsión política de la socialdemocracia alemana.

De todas formas, había una opción ideológica, un sentimiento difuso, un conjunto de convicciones compartidas por muchos, según las cuales el capitalismo dejaría paso al socialismo sólo en el ámbito de una crisis de enormes proporciones. Particularmente a final del siglo, en correspondencia con las tensiones psicológicas que con frecuencia señalan el traspaso «de un siglo al otro», se afirmaba cada vez con más fuerza la imagen de un capitalismo que parecía no reconocerse en los principios de la libre competencia, y se consolidaba la idea de la decadencia de todo un sistema de valores y relaciones afirmado desde tiempo atrás en un escenario de dimensiones universales.³³⁴

Nunca, en la historia mundial –escribía Hyndman–, ha habido un período a la vez tan extraordinario e inquietante como este en el

³³³ El fragmento pertenece al discurso en el Reichstag del 2 de diciembre de 1892. Cf. *Stenographische Berichte über die Verhandlungen des Deutschen Reichstags*, VIII, *Legislaturperiode*, 2, Session 1892/1893, I, Berlín, 1893, p. 121.

³³⁴ Cf. F. ANDREUCCI, *La socialdemocrazia tedesca e l'imperialismo alla fine del XIX secolo*, op. cit.

que estamos entrando. Europa, Asia, África y América están relacionadas en una gran cadena, y lo que sucede en un ángulo del mundo puede influir seriamente en las relaciones internacionales entre los Estados de todo el planeta.³³⁵

El punto culminante de la «obra maestra» del capitalismo, representada por la unificación del mercado mundial, se llevaba a cabo, sin embargo, en una atmósfera inquietante: los cinco o seis años de finales del siglo XIX y comienzos del xx están repletos de acontecimientos políticos y militares – desde la guerra anglo-boer hasta la intervención de las grandes potencias en China, de la guerra hispano-americana a la crisis anglo-francesa de Fashoda, hasta el conflicto entre Rusia y Japón– que obligan al movimiento socialista internacional a un atento análisis de lo que moría y de todo lo que se renovaba o nacía.

El primer elemento que llamaba la atención era, sin duda, la decadencia de Inglaterra. La potencia que durante un largo período había representado un punto de referencia seguro para el movimiento democrático europeo, el tradicional campeón de la batalla contra el absolutismo, estaba sujeta a transformaciones desde dos perspectivas: por una parte, era ya un hecho la pérdida del monopolio del comercio internacional; por otra, parecía tomar cuerpo una nueva psicología colectiva dominada por el espíritu de violencia y el nacionalismo. Max Beer, el observador más inteligente de política internacional de los que escribieron para la «Neue Zeit», reflexionaba en estos términos acerca de la dimensión histórico-mundial de aquellas transformaciones:

Hasta 1875, Inglaterra ha dominado totalmente el mercado mundial, el comercio y la industria rendían en una medida que hoy nos parece fabulosa (...) La lucha por el Transvaal, cuya conquista debía constituir la piedra fundamental de un potente imperio, representa el quinto acto de uno de los más grandes dramas de la historia mundial (...) Hoy me parece más claro que nunca que la Inglaterra contemporánea no representa la normalidad y la salud, sino más bien el cansancio y la decadencia (...). El progreso social no puede esperar nada más por parte de Inglaterra. No obstante sólo éste puede salvar a los ingleses, quienes han dictado al mundo el

³³⁵ H. M. HYNDMAN, *Indien, China und das Erwachen Asiens*, en “Vörrwärts”, 24 de julio de 1900.

alfabeto de la política y de la industria, de la humillación. Frente a nuestros ojos se están realizando transformaciones de enorme importancia.³³⁶

Uno de los aspectos del problema consistía en el grupo de transformaciones que se estaban consolidando definitivamente en el campo de la política económica de las grandes potencias. En el escenario mundial se asistía a una especie de inversión de los papeles. Los industriales y los grandes comerciantes alemanes se habían convertido en violentos defensores del libre cambio, mientras que en Inglaterra, en donde las doctrinas librecambistas habían sido defendidas «como dogmas religiosos», se verificaba una movilización de la opinión pública para la realización de una «liga imperial» en cuyo interior las mercancías inglesas fuesen protegidas de la competencia de los productos extranjeros. Se trataba del cambio de todo un clima político.

En vez de la exaltación de una era de paz comercial, se pide una expansión más enérgica; en vez de la edulcorada preocupación por la salvación de las almas de los negros de África, se encuentra el afán por llegar cuanto antes a la división de las esferas de influencia en aquel continente; en vez de la dulce lírica sentimental de Tennyson, la poesía cuartelaría de Rudyard Kipling.³³⁷

La «política mundial» o, como era llamada con más frecuencia para caracterizar todos los aspectos de la política de expansión y de provocación internacional, el «imperialismo», había introducido en la situación internacional una nueva y amenazadora dinámica que acababa por alcanzar a todos los sectores de la vida contemporánea: la política, la sociedad y la economía.

Parece que la vieja época de estancamiento esté pasando – escribía Max Beer a Kautsky–. La competencia americana y la invasión de los trusts han hecho mucha impresión en el público

³³⁶ M. BEER, *Betrachtungen über den Niedergang Englands*, en "Neue Zeit", XIX vol. I, pp. 805 y ss.

³³⁷ H. CUNOW, *Handelsvertrags und imperialistische Expansionspolitik*, ibíd., XVIII, vol. II, p. 208.

inglés (...) No puedo evitar concluir que se está verificando una especie de giro total.³³⁸

La guerra anglo-boer fue uno de los acontecimientos que marcaron probablemente con más fuerza la conciencia de los contemporáneos. En Inglaterra, como entonces reveló Hobson en un ensayo que se hizo famoso, el clima político y social había sido profundamente modificado: el espíritu marcial, la exasperación nacionalista, los sentimientos primitivos propios de una guerra de la cual se creía dependiente buena parte del prestigio imperial, se difundieron rápidamente por el país:

La repentina ebullición del odio nacional llamada «jingoísmo», es una forma particular de estos sentimientos primitivos, modificados e intensificados por algunas características de la civilización moderna.³³⁹

Incluso el imperialismo fue considerado inicialmente como una ideología típicamente inglesa y que se originó como respuesta a los problemas de la política mundial victoriana tardía.

Junto al socialismo —observaba Kautsky— ha nacido otra fuerza de los deshechos de la escuela de Manchester, el imperialismo que, movido por las necesidades de las clases dominantes, ha conocido en el pueblo inglés mayor extensión que el socialismo y que actualmente constituye el instrumento más importante para contrarrestar los progresos de éste.³⁴⁰

Se trataba de un verdadero «imperialismo social», que perseguía a la vez dos objetivos: crear una base popular para la política de expansión, presentándose como una alternativa al socialismo, y «rehacer el tambaleante modo de producción capitalista». De aquí la importancia que para Kautsky toma el intento de analizar las bases sociales y las fuerzas motrices de la ideología imperialista.

³³⁸ *Internationaal Instituut vor Sociale Geschiedenis*, Amsterdam, *Kautsky Nachfass*, D.IV. 47.

³³⁹ J. A. HOBSON, *The psychology of jingoism*, Londres, 1901. p. 2.

³⁴⁰ K. KAUTSKY, *Der Krieg in Südafrika*, en "Neue Zeit", XVIII, vol. I, pp. 198-199.

Según este autor, sólo dos protagonistas representaban las fuerzas revolucionarias de la época contemporánea: el proletariado industrial y el capital industrial. Pero también debía ser considerado entonces un nuevo protagonista: el capital financiero. En tanto que los manchesterianos conducían la lucha por la competencia sobre los hombros de los obreros de su país y «defendían no sólo el libre cambio, sino también la paz», los modernos comerciantes, los financieros, los burócratas, las castas militares, todos ellos furiosos proteccionistas, solicitaban el recurso a las armas y una política colonial agresiva; los primeros no necesitaban una política mundial de conquista, sino una política comercial basada en tratados y en el desarrollo pacífico de las comunicaciones. El «capital comercial y financiero» se encontraba en el origen del militarismo moderno, en tanto que los tiempos de la política liberal habían pasado irremediablemente. Sin embargo, Kautsky dedicaba su atención general al conjunto de transformaciones económicas y sociales que le parecían la base de la política mundial contemporánea:

También el capital industrial —escribía— ha sufrido en los últimos treinta años profundos cambios (...). La gran crisis de los años setenta, cuyas consecuencias han continuado advirtiéndose muy profundamente en los años ochenta, no ha llevado al derrumbe del modo de producción capitalista, sino al derrumbe de los ideales de la libre competencia (...). Este espíritu de violencia se reforzará aún más porque las organizaciones de empresarios ofrecen precisamente —con su centralización de la industria, así como con las sociedades anónimas— el medio con el cual las altas finanzas se compenetran con la industria, esas altas finanzas que en el Estado están estrechamente vinculadas a las clases violentas y belicosas y que precisamente obtienen los máximos beneficios de sus armamentos y de sus aventuras. No menos importante es el hecho de que, en la industria capitalista, la industria textil, que en tiempos de Cobden era la industria dominante, está en un segundo plano, mientras la industria metalúrgica ha ocupado su puesto (...). Pero las altas finanzas están interesadas en una violenta política de expansión también por otra razón. En los Estados capitalistas, el ámbito estrictamente nacional resulta en seguida demasiado estrecho para la necesidad de expansión del capital acumulado (...). Precisamente las clases más belicosas y violentas de la sociedad resultan vigorizadas por el desarrollo económico, mientras el mismo

desarrollo económico por un lado incapacita a una parte cada vez mayor de las clases hasta entonces pacíficas para oponer resistencia al espíritu de violencia, y por otro lado, les graba en el pecho el corazón del pirata.³⁴¹

La renovada «internacionalidad de la burguesía», caracterizada por la presencia de nuevos protagonistas como los Estados Unidos (cuya presencia en la escena mundial tuvo uno de los observadores más inteligentes en Rosa Luxemburg) y dirigida «a un nuevo reparto del mundo según los intereses del gran capital», estaba en el origen de la elección imperialista que entonces, durante los primeros años del siglo, era estudiada en toda su complejidad, aun fuera de las orientaciones kautskianas.³⁴²

El intento más meditado y maduro para sistematizar globalmente el tema de la política mundial y del imperialismo fue llevado a cabo, en 1902, en el ámbito marxista, por Max Beer. El imperialismo ya no podía ser considerado simplemente como una ideología o una opción política: en efecto, la investigación de Beer partía de la consideración de que la característica fundamental de la época contemporánea era el rápido crecimiento de las fuerzas productivas más allá de las barreras de los mercados nacionales capitalistas y que los países capitalistas producían más de cuanto consumían. Pero junto a este subrayado, hoy ampliamente conocido, de la relación existente entre las áreas capitalistas y las que no lo son, los elementos que Beer relacionaba eran más amplios y profundos:

Las características económicas de este período son: a) la migración del capital hacia los países extranjeros menos desarrollados y el retorno hacia la madre patria de dividendos e intereses; de ahí la balanza comercial aparentemente desfavorable a los países capitalistas: aumento de las importaciones respecto a las exportaciones; b) el dominio creciente de las finanzas sobre la producción; c) la reunión de la producción en sindicatos y trusts; d) la búsqueda febril de consumidores; e) el comienzo de una atención teórica por la importancia del mercado interior.³⁴³

³⁴¹ Id., *Schippel, Brentano und die Flottenverlage*, ibíd., pp. 750-751.

³⁴² *Das Grossere Britannien*, en "Leipziger Volkszeitung", 7 de noviembre de 1902.

³⁴³ M. BEER, *Imperialistische Politik*, en "Neue Zeit", XXI, vol. I, pp. 389-390.

Entre finanzas e industria, entre capital comercial y capital industrial no existía aquella batalla entre reacción y progreso que algunos marxistas habían indicado. Las fuerzas motrices de la política imperialista eran más bien las grandes concentraciones monopolistas nacidas y desarrolladas no del antagonismo entre capital industrial y capital financiero sino más bien de la compenetración de ambos; de ahí la doble tendencia a la exportación de capitales y a la importación de materias primas. El estudio de Beer incluía asimismo el campo de los modos y de las formas de expansión mundial típicos de la política imperialista; ésta, caracterizada por la lucha por el reparto del mundo, necesitaba de la creación de espacios económicos más amplios, mientras la expansión colonial no debía apoyarse necesariamente en la conquista directa de territorios.

Los dirigentes y los gobiernos de China, de Siam, de Afganistán, de Persia, de Turquía y de África sufren el control cada vez mayor de las clases imperialistas europeas. Los dirigentes asiáticos y africanos han sido amaestrados para engañar a sus pueblos en interés de los europeos, a explotarlos y a sofocar todo intento de regeneración.³⁴⁴

A pesar de que no se trataba de un resultado inesperado, en el sentido de que desde la década de 1890, dentro del movimiento obrero y fuera del mismo, habían aparecido gran número de publicaciones acerca de los procesos de concentración capitalista, el punto tocado por Beer se distanciaba notablemente de una serie de aproximaciones que habían tendido, sobre todo en el ala derecha de la socialdemocracia alemana, a valorar los monopolios, los trusts y los carteles sobre todo desde el punto de vista de los contragolpes que producían en el mercado y a considerar la oposición socialdemócrata como una oposición de «consumidores». Por otra parte, problemas análogos relativos al juicio global acerca del socialismo contemporáneo centraron la discusión sobre las tesis de Bernstein e iluminaron dos posiciones opuestas respecto del problema de la vitalidad o de la decadencia relativa a las nuevas formas de organización de la producción capitalista.

Mientras hombres como Franz Mehring subrayaban en la política imperialista un intento de la burguesía de alejar el momento de la crisis y la

³⁴⁴ *Ibíd.*, p. 390 y ss.

definían como política mundial del capitalismo agonizante,³⁴⁵ —fórmula que repetiría Lenin—, Bernstein ponía de manifiesto los elementos de vitalidad presentes en la más reciente etapa del desarrollo del capitalismo. En contra de los partidarios de «teoremas tradicionales en los cuales un jirón de verdad ha adoptado forma epigramática», Bernstein lanzaba una polémica que había dejado de ser una orientación personal, para convertirse en la divisa de una vasta fracción interna de la socialdemocracia alemana:

Quien cree que el mundo burgués está agonizando —escribía— puede ver fácilmente en cada uno de sus actos únicamente signos de muerte (...). Pero, excepto quizás en las grandes épocas, la historia no se desarrolla según el esquema de los epigramas. Lo que es exacto *sub specie aeternitatis* puede ser un grave error *sub specie diei*. Nuestra vida es, a partir de un momento determinado, una especie de larga muerte, pero nuestra acción sigue siendo durante mucho tiempo, una vez superado aquel momento, una acción de vivos y no de muertos.³⁴⁶

La metáfora no podía ser más clara, ni menos explícitas las consecuencias políticas que Bernstein sacaba de estas premisas. En lo que respecta a la consideración del imperialismo como tendencia política, Bernstein oponía antes de nada el imperialismo democrático inglés («ninguna reducción de los derechos políticos de los obreros ingleses, ni una sola limitación del derecho de asociación, ninguna persecución de las opiniones políticas caracteriza hasta ahora la época de la tendencia imperialista»), el cual tendía a fundar una federación imperial «organizada de modo sistemático, racional», al imperialismo alemán que carecía «del aspecto democrático». Pero, en general, las grandes unidades imperiales que se afirmaban en la escena mundial debían ser más que nunca consideradas «necesarias portadoras del progreso económico». Bajo otro aspecto reaparecía el motivo de la necesidad del progreso económico tan ásperamente recriminada a los «ortodoxos»; pero, en la plataforma de

³⁴⁵ Cf. el capítulo sexto (*Die Weltpolitik des krachenden Kapitalismus*) del opúsculo *Weltkrach und Weltmarkt*, de abril de 1900, reproducido en F. MEHRINO, *Gesammelte Schriften*, a cargo de T. Héihle, H. Koch y J. Schleifstein, VII, *Zur deutschen Geschichte von der Revolution 1848/49 bis zum Ende des 19. Jahrhunderts*, Berlín, 1965, pp. 428-432.

³⁴⁶ E. BERNSTEIN, *Sozialdemokratik und Imperialismus*, en "Sozialistische Monatshefte", IV, pp. 238 y ss.

Bernstein, la contradicción por él criticada en las declaraciones programáticas del movimiento obrero internacional –el «utopismo reaccionario», especie de nuevo ludismo implícito en la voluntad de combatir procesos y fenómenos considerados como premisas necesarias para la realización del socialismo– se resolvía en términos que no sin razón serían llamados «filoimperialistas»: condénense las crueldades de las conquistas coloniales, condénense los peligros implícitos en una desconsiderada carrera de armamentos y en la política mundial, pero no se prive a la clase obrera de aquellas ventajas que están asimismo ligadas a las conquistas y a la expansión del mercado mundial, ni se condene a la impotencia al movimiento obrero privándolo de una política exterior propia de carácter positivo, de una política colonial humanitaria, capaz de corregir las tendencias presentes en un proceso de modernización general del capitalismo, del cual la política, exterior imperialista es un aspecto.

Especialmente en el terreno de la lucha política, las contribuciones a la comprensión del imperialismo se enriquecieron con nuevas connotaciones. Mientras Rosa Luxemburg analizaba la relación estrecha e indisoluble entre la nueva época imperialista y la misión cualitativamente distinta que se imponía a la clase obrera, el coro de la ortodoxia marxista había comenzado a abordar el problema del imperialismo en todas las publicaciones socialdemócratas, en Alemania y en otros países, contribuyendo a trasladar definitivamente el acento desde la reflexión acerca de los aspectos políticos del imperialismo hasta aquélla sobre las características generales de una verdadera nueva fase de existencia de la economía capitalista.

El punto central de la cuestión –afirmó Ledebour en el Congreso de Maguncia de la socialdemocracia alemana– es la entrada de la totalidad del capitalismo en todos los países, en un período caracterizado por la política rapaz, la cual conduce, a su vez tanto al capitalismo europeo como al americano, a los lugares más alejados del mundo (...). Nos enfrentamos con manifestaciones de la historia mundial durante la última etapa del capitalismo (*im letzten Stadium des Kapitalismus*), las cuales, según cuál sea el estadio de desarrollo de los diferentes países, adoptan ora una forma, ora otra, pero que son sustancialmente siempre las mismas, tanto en la Rusia

absolutista como en la constitucional Inglaterra, tanto en la Francia republicana, como en América o en Alemania.³⁴⁷

La semejanza con una fórmula bien conocida no debe hacernos sobrevalorar la expresión de Ledebour; pero al mismo tiempo, la presencia de juicios similares, que aparecerán a menudo en las publicaciones marxistas de la época de la II Internacional, con nuevas acentuaciones, nuevos contenidos, nuevas aproximaciones, no debe ser valorada con suficiencia doctrinaria. Por el contrario, se trataba de una importante fase inicial de la elaboración de los temas concernientes al imperialismo, a la cual, durante el período anterior a la Primera Guerra Mundial seguirían formulaciones nuevas y más profundas.

3. *El imperialismo*

Si bien con acentuaciones diferentes entre ellos y en el curso del desarrollo de sus ideas, Marx y Engels habían dejado a toda una generación de marxistas una imagen del capitalismo, de su pasado, de su presente y de su futuro, como modo de producción que tenía un carácter histórico, no sólo en el sentido de la transitoriedad, sino incluso en el sentido de que podía ser sujeto de transformaciones internas. Es verdad que se trataba de una previsión que ponía especialmente de manifiesto el carácter creciente de las contradicciones; pero, también es verdad que la perspectiva de una crisis general inminente y gigantesca, compartida por numerosos marxistas entre el siglo XIX y el XX, acababa de poner en tela de juicio la posibilidad de transformación del capitalismo y de suavizar o corregir la importancia de sus contradicciones internas.

La discusión acerca del capitalismo de fin de siglo, que se vio enriquecida también por la contribución de numerosos economistas liberales durante el debate sobre las tesis de Bernstein, había dejado bastante claro que el capitalismo de libre competencia estaba en decadencia y que se habían iniciado con decisión los nuevos caminos de la política proteccionista, de la carrera de armamentos y de la expansión colonial.

Durante todo el período que precedió a la Primera Guerra Mundial, esta hipótesis tuvo continuas y repetidas confirmaciones. Los acontecimientos

³⁴⁷ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands Abgehalten zu Mainz vom 17. bis 21. September 1900*, Berlín, 1900, pp. 166-167.

diplomáticos y militares, desde las crisis marroquíes hasta las tensiones y las guerras balcánicas, transformaban cada vez más la imagen del imperialismo de ideología en práctica política, y acababan mostrando las connotaciones de un modo de ser del capitalismo: éste se había transformado, había entrado en una nueva etapa de su existencia, que se caracterizaba por una política exterior agresiva y por el predominio del capital financiero. A través de este camino, a pesar de la variedad de las aproximaciones y de los intentos de juicio, volvía a iluminarse, si bien siempre en conexión con el avance del socialismo, según las previsiones de Marx y Engels, la imagen de la historicidad del capitalismo. En especial después de la revolución rusa de 1905, que contribuyó mucho al avance de los movimientos revolucionarios en Asia, la perspectiva de una revolución de carácter mundial, o por lo menos, de una revolución europea capaz de alcanzar, gracias a su fuerza expansiva, el continente asiático, entraba a formar parte del patrimonio de ideas del movimiento socialista.

La investigación marxista acerca de los caracteres de la época contemporánea, de los procesos de concentración capitalista y acerca de las relaciones entre esta última y el imperialismo, se lleva a cabo sobre todo alrededor de dos núcleos cronológicos, caracterizados por crisis internacionales agudas: los años inmediatamente posteriores a la Revolución rusa de 1905 y el año 1912. Mientras que, por una parte, la agudización de los contrastes de clase adquiría un significado más preciso y definido, en especial después de 1905 y en el ámbito de la discusión acerca de las «acciones de masas», por otra parte se desarrollaba un amplio intento de sustraer el análisis del capitalismo, surgido del siglo XIX con formas muy concentradas y dominado por los grandes monopolios, de la vía sin salida representada por el análisis de la simple contradicción entre sobreproducción y subconsumo. Sin embargo, la mayor parte de los marxistas de la socialdemocracia alemana que abordaron el problema comprendía con dificultad que las nuevas formas de organización de la producción capitalista representaban una serie de transformaciones cualitativas del capitalismo. Contemporáneamente a Rudolf Hilferding y a Rosa Luxemburg, a los cuales se deben los intentos más coherentes de análisis del capitalismo contemporáneo, el marxismo «ortodoxo» repetía — el caso de Parvus es típico de este punto de vista—³⁴⁸ la ecuación sobreproducción-crisis, que se prolongaba incluso en la obra de Kautsky sobre la «vía al poder».

³⁴⁸ PARVUS, *Die Kolonialpolitik und der Zusammenbruch*, Leipzig, 1907.

La cima de la reflexión acerca del imperialismo y de las connotaciones diferenciadoras de la situación económica y política contemporánea fue alcanzada, seguramente, en la discusión que se desarrolló en el seno de la socialdemocracia alemana en 1912, con ocasión del Congreso de Chemnitz. A pesar de que el centro de la discusión lo constituían los temas específicos de la lucha contra el militarismo y por lo tanto sobre la consigna del desarme y sobre las alianzas sociales de la clase obrera, el hecho de que fuese dedicado un punto del orden del día del Congreso al imperialismo contribuyó a la formulación de una serie de juicios que contenían la mayor parte de los temas a los cuales Lenin daría una nueva sistematización cuatro años más tarde.

Haase, a quien se asignó la tarea de presentar la ponencia inicial, precisamente por haberse mantenido en un terreno de neutralidad con respecto a las diversas posiciones presentes –que iban desde las orientaciones fundamentalmente librecambistas de Bernstein, atento a las diferencias existentes incluso entre los empresarios, al grupo de los «radicales» de Bremen–, acababa por ofrecer una imagen del imperialismo que, si bien era resultado de un compromiso, era muy significativa:

Creo expresar la opinión de todos los compañeros –afirmó al concluir la discusión– al señalar nuestra común valoración del imperialismo como manifestación de una etapa de mayor madurez del capitalismo. El imperialismo será el sepulturero del modo de producción capitalista. El capitalismo, alcanzada la cima de su desarrollo, se transforma en socialismo.³⁴⁹

Pero al margen del congreso se había desarrollado la más rica y articulada discusión, en especial en la prensa del partido. La «Leipziger Volkszeitung», que a pesar de los cambios en la redacción continuaba aún influida por la izquierda marxista del partido, dedicó al problema del imperialismo una serie de comprometidos trabajos. El principal intento que se expresó en un grupo de artículos anónimos, quizá debidos a la pluma de J. Marchlewski,³⁵⁰ era el de dar una imagen global del imperialismo: la época histórica que se inicia en la mitad de los años noventa, después del fin de la «gran depresión», estaba marcada, en sus aspectos económicos, políticos e

³⁴⁹ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands Abgehalten in Chemnitz vom 15. bis 21. September 1912*, Berlín, 1912, p. 434.

³⁵⁰ Cf. D. FRICKE, *Die deutsche Arbeiterbewegung 1869-1914*, Berlín, 1976, p. 422.

ideológicos, por la presencia del imperialismo como etapa concreta de desarrollo del capitalismo. Esta etapa adquiriría un carácter inevitable y se encontraba no sólo en el origen de la agresiva política exterior, sino incluso de la exasperación de las contradicciones de clase y del reforzamiento de las tendencias oportunistas en el seno del movimiento obrero. Si bien el periódico del partido, el «Vorwärts», había convenido en que el imperialismo debía ser considerado «la más reciente, la más violenta, pero también la última manifestación de fuerza del capitalismo»,³⁵¹ fue el periódico de Leipzig el que dedicó la más atenta reflexión al problema:

El desarrollo capitalista –se leía el 14 de septiembre de 1912– es la gran fuerza que hace progresar al mundo. Desde hace casi veinte años estamos en el centro de un período de prosperidad sin precedentes, sólo interrumpido un par de veces por breves crisis, durante el cual el capitalismo ha aumentado sus dimensiones y han madurado nuevas formas y nuevas características que definimos con el nombre de imperialismo. Los continentes más lejanos son absorbidos por su torbellino, el mundo entero se transforma en un enorme botín de guerra, mientras la burguesía se lanza eufórica a la política mundial al tiempo que olvida todos sus viejos programas y se prepara para el reparto del mundo gracias a una gigantesca carrera armamentista (...). Estas nuevas formas imperialistas del capitalismo intensifican la contradicción de clase entre burguesía y proletariado y empujan a los obreros a luchas más duras. El socialismo ya no es un deseo ardiente, un sueño lejano de pequeños grupos: se ha transformado en el objetivo práctico inmediato para muchos millones de hombres dispuestos a luchar.³⁵²

Era el mismo tono y el mismo contenido de un opúsculo contemporáneo, de Karl Radek, acerca del imperialismo alemán y la clase obrera. En la base de la obra de Radek, la cual –quizás interese recordarlo– comienza con la misma tabla de datos extraída del texto de Supan sobre la expansión colonial con la cual Lenin comenzará el sexto capítulo de su *Imperialismo*, estaba la síntesis de las valoraciones que de éste se habían elaborado durante la década precedente y que constituirán una de las bases

³⁵¹ Cf. *Chemnitz und die Parteipresse*, en "Leipziger Volkszeitung", 27 de septiembre de 1912.

³⁵² *Ibíd.*

del «ensayo popular» de Lenin. A partir de la contraposición entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el mercado, Radek argumenta la necesidad de exportar capitales a territorios menos desarrollados, ve las fuerzas motrices del imperialismo –la última etapa de desarrollo del capital– en la industria pesada y en el capital financiero y, por último, pone en evidencia cómo de la naturaleza reaccionaria del imperialismo surgen los obstáculos para cualquier política de reformas sociales, al debilitamiento del papel del parlamento y el empeoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera, a causa del control del mercado por parte de los monopolios.³⁵³

Cuando, pocos años más tarde, Lenin preparará su ensayo sobre el imperialismo, todos los temas que deberá tratar habrán sido puestos sobre el tapete por las precedentes discusiones de la socialdemocracia alemana. Entre 1912 y 1916, sin embargo, no sólo se había producido la prolongación del debate acerca del imperialismo: también había tenido lugar el comienzo de la guerra y el 4 de agosto de 1914, hechos ambos que pesarán en gran medida en el desarrollo de su análisis.

La tradición bolchevique, y en particular su versión estaliniana y su difusión en los años de la Internacional comunista, ha influido profundamente en la imagen de Lenin y sus ideas, y continúan ejerciendo influencia en ellas, de modo más o menos importante, hasta nuestros días. A diferencia del pensamiento de Marx, que la misma crítica marxista ha tendido a distinguir del de sus sucesores o de su «epígonos», Lenin ha quedado por lo menos parcialmente implicado en la insuficiente reflexión sobre el problema del estalinismo. En realidad, entender a Lenin significa realizar la misma operación que ha permitido desentrañar el pensamiento de Marx de la maraña de tradiciones políticas, ideológicas y «de partido» que a éste han hecho referencia. No obstante, la figura de Lenin, su pensamiento y el conjunto de su obra están mucho más relacionados con la tradición «marxista-leninista» que Marx con la tradición marxista; asimismo, la envoltura dogmática del pensamiento de Lenin es quizá más espesa que la que cubre las ideas de Marx. Por otra parte –y éste es un tema que nos interesa en especial– a Lenin le fue dedicada una cantidad de estudios científicos incomparablemente menor.

Desde este punto de vista, el caso del *Imperialismo* es ejemplar. Acusado de opúsculo propagandístico o simplemente valorado como una contribución más a la historia del pensamiento económico, la génesis de dicho trabajo ha sido muy poco estudiada, y casi nunca se ha leído su texto

³⁵³ K. RADEK, *Der deutsche Imperialismus und die Arbeiterklasse*, Bremen, 1912.

con un mínimo de cautela filológica: las escasas citas de los *Cuadernos* son una prueba más de este hecho. También en este terreno, la tradición de la III Internacional ha hecho sentir su influencia: al hacer de su obra la obra de un titán, de un gigante en el desierto que contempla a sus predecesores desde lo alto de conquistas teóricas inalcanzables, la interpretación estalinista ha aislado conscientemente a Lenin de las experiencias precedentes del pensamiento marxista. Y sin embargo, más allá de su anecdótica y conocida estima por Kautsky y de la admiración que Lenin sentía por la socialdemocracia alemana como partido perfectamente organizado, el trabajo preparatorio del «ensayo popular» hubiera sido imposible sin la tarea desarrollada por los marxistas alemanes durante la década precedente; la escasez de citas se explica más por el contexto muy polémico en el que la obra fue concebida y redactada. Por último y en estrecha relación con lo anterior, hay un segundo elemento: el *Imperialismo* ha sido aislado del conjunto de los trabajos de Lenin acerca de las tendencias de la economía contemporánea, mientras que su interpretación se ha apoyado más bien en una proyección hacia los años venideros, los de la Revolución de octubre y de la construcción del socialismo. El caso del «ensayo popular» es demostrativo de este conjunto de hipotecas. El simple hecho de rasgar la envoltura que lo circunda es un trabajo difícil y sin precedentes. Intentemos una primera aproximación.

El mismo título de la obra lleva las huellas del tiempo, y éstas se han hecho tan hondas que casi no las percibimos. Cuando la casa editora Paros publicó la primera edición de la obra de Lenin, en 1917, antes de la Revolución de octubre, se titulaba *Imperializm kak noveishi etap kapitalizma* y el subtítulo aclaraba que se trataba de un «ensayo popular». La palabra clave de dicho título es el adjetivo *noveishi*, que significa «última» en el sentido de «más reciente», que retoma el subtítulo de *El capital financiero* de Hilferding; la traducción exacta sería, pues, *El Imperialismo, etapa más reciente del capitalismo*, y no la que conocemos, *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*. ¿De qué modo se ha producido este cambio de *noveishi etap* a *vysshiaia stadia* (fase superior)? ¿Y cuándo? La cuestión no es sencilla.

En efecto, Lenin se refirió explícitamente al problema de la censura zarista a propósito del texto de su opúsculo, pero también hay referencias sumarias a la cuestión del título: en los *Cuadernos*, en ocasión de la redacción de los esquemas de la obra, se encuentran dos formulaciones diversas. La primera, «El imperialismo, etapa superior (actual) del capitalismo»,³⁵⁴

³⁵⁴ LENIN, *Obras completas*, cit., vol. 43, p. 190.

difiere de la segunda, «El imperialismo, fase superior del capitalismo (Ensayo popular). [Título aproximado para la censura: "Características principales del capitalismo moderno (actual, de la etapa actual del)"]»,³⁵⁵ en tanto que, contemporáneamente, en una carta a Pokrovski, que se ocupaba de la publicación, Lenin parecía más preocupado por hacer pasar el sustantivo *imperialismo* que el adjetivo *superior*: «En cuanto al título, si no es oportuno el propuesto, si es conveniente evitar la palabra "imperialismo", pongan entonces: "Las peculiaridades fundamentales del contemporáneo capitalismo"». ³⁵⁶ Pocos meses después, discutiendo con el mismo Pokrovski, que había expurgado del opúsculo la crítica a Kaustky, Lenin no hacía ninguna referencia al título.³⁵⁷

Pero, para complicar las cosas y para hacernos desear una edición crítica del texto, está el hecho de que, bajo el control de Lenin –quien escribió el prólogo a las ediciones francesa y alemana– y fuera de cualquier problema de censura, circularon hasta el final de los años veinte, por todo el mundo, traducciones de la obra que llevan el título original y no el que le fue asignado más tarde. En Italia, la casa editora del PCI publicó la traducción, en 1921, con el título *L'imperialismo come piú recente fase del capitalismo*, y sólo veinte años después se llevó a cabo la sustitución por la expresión *fase suprema*; lo mismo en francés, en castellano, en inglés y en esloveno. Pero el caso más significativo es el del alemán. En esta lengua, la obra apareció por vez primera en 1920 con el título *Der Imperialismus als jüngste Etappe des Kapitalismus*; al año siguiente, con el mismo título, apareció en la «Verlag der Kommunistischen Internationale», en Hamburgo, y en el mismo año, con ocasión de ser publicado en la «Kommunistische Internationale» el prólogo de Lenin a las traducciones francesa y alemana, el título se repetía; así como con ocasión de su reedición, en 1926, en la colección «Marxistische Bibliothek, Werke des Marxismus, Leninismus» (Viena-Berlín).³⁵⁸

Sin un conocimiento adecuado de los manuscritos y de la literatura en lengua rusa (el primer título fue repetido en las ediciones de 1923 y 1925, lo que parece contradecir la nota de la redacción de la cuarta edición de las *Obras*, que afirma que el título fue cambiado ya en la segunda edición de

³⁵⁵ *Ibíd.*, p. 220.

³⁵⁶ LENIN, *Obras completas*, vol. 39: Correspondencia (noviembre de 1912-diciembre de 1916), p. 351.

³⁵⁷ *Ibíd.*, p. 397.

³⁵⁸ Cf. *Lenins Werk in deutscher Sprache. Bibliographie*, Berlín, 1967, pp. 338-339.

1917)³⁵⁹ no es posible sacar conclusiones de un análisis como el que hemos realizado. Si el único resultado que alcanzásemos fuese el de invitar a una mayor precaución y al distanciamiento más razonado de una tradición que nos ha presentado la obra de Lenin de una forma axiomática, apodíctica y, sobre todo, amenazadoramente «catastrófica», sería ya un logro satisfactorio.

Consideraciones similares, capaces de propiciar una lectura más atenta del *Imperialismo*, reciben posteriores confirmaciones si se procede al análisis del texto de Lenin y a los escritos contemporáneos de dicho autor. En realidad, las definiciones de imperialismo dadas por Lenin, a partir del comienzo de la guerra, parecen muy cercanas a la tradición socialdemócrata y son, de todas formas, múltiples, ricas, articuladas e incluso a veces contradictorias: el adjetivo «imperialista» tiene ante todo una serie de sinónimos, o por lo menos de calificativos, con los que se acompaña y cuyo significado completan, en especial con respecto al carácter de la guerra: «guerra burguesa, imperialista y dinástica»; «guerra imperialista (es decir, guerra hecha en beneficio de los capitalistas)»; «guerra imperialista, colonial y de rapiña».³⁶⁰ Pero también «los socialistas alemanes son imperialistas, o sea, chovinistas», «capitalismo imperialista gran-ruso»,³⁶¹ etc.

Más complejas, las progresivas aproximaciones a la definición de la «época» del imperialismo: en principio, durante septiembre de 1914, Lenin habla simplemente del «imperialismo, como última etapa del desarrollo del capitalismo» y añade más adelante que «la época del imperialismo será inevitablemente una época de crisis de todo tipo».³⁶² Una primera definición relativamente completa, pero aún ligada a la anterior tradición socialdemócrata, es de marzo de 1915:

La guerra actual —escribe Lenin— tiene un carácter imperialista. Es producto de las condiciones de la época en que el capitalismo ha alcanzado la etapa superior de desarrollo; en que no sólo la

³⁵⁹ LENIN, *Opere*, vol. 22, p. 366. No me ha sido posible consultar la quinta edición de las obras en lengua rusa. [En la versión castellana de la quinta edición en lengua rusa, *Obras completas*, Buenos Aires, 1969 y ss., que utilizamos en la presente traducción, ha desaparecido la nota de la redacción a que alude F. Andreucci; Cf. vol. 23, pp. 495-496, N. ed.].

³⁶⁰ Cf. *Obras completas*, vol. 22, pp. 83, 192, 307.

³⁶¹ *Ibíd.*, pp. 91, 199.

³⁶² *Ibíd.*, pp. 94, 204.

exportación de mercancías tiene la más esencial importancia, sino también la exportación de capital; en que la cartelización de la producción y la internacionalización de la vida económica han asumido proporciones considerables; en que la política colonial ha conducido al reparto de casi todo el globo terrestre; en que las fuerzas productivas del capitalismo mundial han rebasado el estrecho marco de las divisiones de los Estados nacionales, y en que las condiciones objetivas de la realización del socialismo han madurado por completo.³⁶³

Pocos meses después, al referirse a que «se han repetido miles de veces estas conclusiones en las innumerables publicaciones periódicas de los socialistas de todos los países», consideraba el imperialismo como una «lucha de la burguesía decrepita, agonizante y corrupta, por el reparto del mundo», pero añadía que «el estudio científico exhaustivo del imperialismo (...) no hace más que comenzar».³⁶⁴ Los primeros frutos de este estudio, que el mismo Lenin comenzaba, lo empujaron a profundizar en el tema del oportunismo y de sus conexiones con la aristocracia obrera y el imperialismo; resultaron de ello una serie de consecuencias políticas capaces de apoyar sobre una base de análisis económico-social la escisión en el interior del movimiento obrero.

Mientras que la definición de marzo de 1915 es repetida en diversas ocasiones con variantes marginales, un nuevo elemento se añade al análisis de Lenin, y también él tiene carácter de fundamento de una perspectiva política: la caracterización de la época del imperialismo como «una época de opresión creciente de las naciones de todo el mundo por parte de un puñado de "grandes" potencias».³⁶⁵ Este es uno de los puntos fundamentales de la línea que apunta al reconocimiento de la autodeterminación. Y es en el ámbito de estas premisas que Lenin comenzó a escribir el *Imperialismo*, a principios de 1916. A pesar de que retomase ampliamente los resultados de trabajos precedentes –sobre todo de Hobson y de Hilferding– la obra de Lenin contaba, por lo menos, con dos novedades: en primer lugar, daba un tejido unitario a una serie dispersa de observaciones y llegaba a la conclusión de que el imperialismo era el capitalismo en una etapa determinada, muy avanzada, de su desarrollo (pero incluso en el texto del *Imperialismo*, domina

³⁶³ *Ibíd.*, p. 253.

³⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 307-308.

³⁶⁵ *Ibíd.*, p. 406

la calificación de «reciente», «actual», «muy reciente», «nueva», mientras que el adjetivo «superior» aparece una sola vez), llegando a la definición que ha permanecido, con justicia, como clásica:

El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y el capital financiero; en que ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales; en que empieza el reparto del mundo entre los trusts internacionales; en que ha culminado el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias capitalistas.³⁶⁶

En segundo lugar, el «ensayo popular» –aspecto de gran relieve– no postulaba la necesidad del socialismo sobre la base de una serie de axiomas, sino que ofrecía al movimiento obrero las armas para la lucha política (separación de los «oportunistas», alianza con las nacionalidades oprimidas) fundada en un análisis rico y articulado de la guerra y de su época contemporánea. Nada, en realidad, más distante de las fórmulas que serían repetidas durante los años más oscuros de la Internacional comunista, cuando se afirmaría una visión del imperialismo superficialmente relacionada con las fórmulas de la «corrupción» y la «muerte».³⁶⁷ Por lo tanto, no es improcedente llamar la atención sobre una polémica que Lenin llevó a cabo contra los «simplificadores», precisamente durante los meses en que concluía su trabajo sobre el imperialismo:

No se puede comprender la guerra actual sin comprender la época. (...) Pero cuando se deduce de esta conclusión, como se ha empezado a hacer, que «en la época del imperialismo no *puede* haber guerras nacionales», es un disparate. Es un error manifiesto: histórico, político y *lógico* (pues una época es una suma de fenómenos varios, en los cuales, además de lo típico, *siempre* existe algo más).³⁶⁸

³⁶⁶ *Ibíd.*, vol. 23, p. 387.

³⁶⁷ Cf. en particular el *Programa* de la Internacional comunista aprobado en el VI Congreso (reproducido en A. AGOSTI, *La terza Internazionale. Storia documentaria*, vol. 11 : 1924-1928, Roma, 1976, pp. 986 y ss.).

³⁶⁸ LENIN, *Obras completas*, vol. 39, p. 359.

MADELEINE RÉBÈIROUX

El debate sobre la guerra

En agosto de 1914, la Internacional sucumbió bajo la guerra. Tan evidente es la constatación de este fenómeno que de él se han derivado infinitas interpretaciones cuyo examen particular no corresponde a este estudio. Su objetivo es diferente: a las fórmulas cargadas de verdad, y al mismo tiempo de comicidad involuntaria –se ha dicho que la Internacional estaba hecha para la paz, no para la guerra–, se contrapone la amplitud, la densidad, e incluso la variedad del discurso desarrollado acerca de la guerra por los marxistas hasta aquel trágico verano, así como se descubren las transformaciones que el estallido de aquella tremenda masacre producirá en aquél. Por consiguiente, no es posible –sin menospreciar la amplitud de esta evolución del problema– separar lo que la historiografía de la II Internacional ha llamado el «debate sobre la guerra» de las tomas de posición de Marx y Engels, de las bases teóricas de sus definiciones, del análisis por ellos formulado.

1. Los fundamentos teóricos

No es fácil descifrar el legado de Marx y Engels a propósito del tema que nos ocupa. Su obra desborda de análisis y observaciones dispersos acerca de la guerra. Para comprender el enfoque dado al problema por los fundadores del marxismo desde el comienzo de la década de 1880, es necesario tener en cuenta no sólo los artículos periodísticos –desde los más militantes, redactados en el período 1848-1849 para la «Neue Rheinische Zeitung», hasta los enviados, entre 1851 y 1862, al «New York Daily Tribune»–, sino también su correspondencia, el material escrito por Marx para el Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores y, por último, el *Anti-Dühring* de Engels (1878). El contexto diplomático y el trasfondo político y social son los problemas que absorben su atención cuando estallan las guerras europeas entre 1850 y 1870, ya se desarrollen éstas en Crimea o en Italia, en Austria o en Francia, junto a las operaciones militares, cuyo

meticuloso análisis valió a Engels —el más apasionado de ambos estrategas— el mote cariñoso de «general»; «nuestro Carnot», como dirá Wilhelm Liebknecht. A pesar del carácter fragmentario de las observaciones, trataremos de buscar las grandes líneas de esta reflexión política y teórica.

La mirada que Marx y Engels echan sobre la guerra es profundamente diferente de la de sus contemporáneos burgueses liberales, de los cantores de la paz, como Cobden y Lamartine. En cuanto forma organizada de la violencia, toda guerra es para ellos al mismo tiempo una consecuencia y un momento en la lucha de clases: es expresión del nivel de las fuerzas productivas y medio que las transforma; es continuación de la política, naturalmente, pero también acción gracias a la cual pueden verse modificadas las relaciones de clase. «La guerra fue desarrollada antes que la paz; modo como mediante la guerra y en los ejércitos, etc., se desarrollan ciertas relaciones económicas, como trabajo asalariado, maquinaria, etc., antes que en el interior de la sociedad civil», anotaba Marx en el año 1857.³⁶⁹ Esto se aplica asimismo a las guerras de la Revolución francesa y del Imperio. Vale decir que, ya que la violencia no es «el pecado original de la humanidad» —véanse a este propósito las encendidas páginas de Engels en su polémica con Dühring—, la guerra en sí no constituye ningún mal: es una destructora de riquezas, indudablemente, pero es propio de la esencia de las sociedades clasistas, y en particular de la capitalista, destruir al mismo tiempo que crean; por eso no cabe duda de que «la violencia desempeña (...) en la historia, un papel revolucionario; es la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva; de que es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigidecidas y muertas».³⁷⁰ Por otra parte, toda guerra es una forma enmascarada de guerra civil: de ahí que no pueda desaparecer sino con el fin de las sociedades clasistas, con el triunfo del comunismo. No somos —declara Marx ante el Consejo general de la Asociación internacional de trabajadores, el 13 de agosto de 1867— «los apologistas de la paz a cualquier precio»: el marxismo no es pacifismo, y toda guerra debe ser pesada en la balanza de las luchas de clase.

¿Qué juicio dar, pues, acerca de las guerras de su tiempo, de ese tercer cuarto del siglo XIX en el cual la revolución industrial se consolida mientras «un fantasma» —el del comunismo— «recorre Europa»? El proletariado, actor

³⁶⁹ K. MARX, Introducción (1857) a *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, en OME, vol. 21, p. 33.

³⁷⁰ F. ENGELS, *Anti-Dühring*, en OME, vol. 35, p. 189.

histórico privilegiado del proceso revolucionario que conducirá hasta el comunismo a toda la humanidad, sólo puede existir plenamente a escala mundial. Esta afirmación constituye el fundamento del internacionalismo marxista: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» Esta necesaria universalidad desacreditaría, al parecer, todas las guerras preparadas por las clases dirigentes, decididas por Estados a fin de afirmar sus poderes de manipulación y de reforzar su oposición respecto a los trabajadores; en consecuencia, en el siglo del *Manifiesto* sólo debían haber guerras injustas. En realidad, Marx y Engels no piensan así: los intereses de clases son más complejos. Los obreros –y los socialistas– deben aprender a entender los intereses comunes de la totalidad del proletariado y por consiguiente poder así caracterizar cada guerra en cada caso. Esto implica que en cada etapa dichos intereses pueden ser determinados y confrontados no según las circunstancias que determinan de modo inmediato las guerras, sino de acuerdo con sus fines.

La constitución de lo que Engels llama «los grandes Estados nacionales» está a la orden del día durante el siglo XIX:

Sólo estos Estados representan la normal constitución política de la burguesía dominante en Europa y son al mismo tiempo una condición previa indispensable para la consecución de una armoniosa colaboración internacional de los pueblos, sin la cual no es posible el dominio del proletariado.³⁷¹

Aun cuando deba ser forjado mediante la guerra, un gran Estado nacional es por lo tanto una formación necesaria para el progreso mismo de la civilización y para la afirmación del proletariado. Las revoluciones de 1848 han hecho aparecer en la escena europea la necesidad de las naciones definidas por Marx como «revolucionarias» y a las cuales Engels –utilizando la terminología hegeliana– llama «naciones históricas»:³⁷² Italia, Alemania y Polonia. Aun después del fracaso de las revoluciones de 1848, Marx y Engels no renuncian a colocar en el primer plano de su estrategia la formación de estos Estados: es más, la consideran un objetivo esencial del movimiento obrero, necesario sólo para él, desde el momento que la burguesía ha

³⁷¹ F. ENGELS, *Violenza ed economia nella formazione del nuovo Imperio tedesco*, Roma, 1951, p. 10 ("Neue Zeit", XIV, 1896, n. ° 1).

³⁷² Cf. G. HAUPT y C. WEILL, *Marx et Engels devant le problem des nations*, en "Cahiers de l'Isea", serie s, octubre de 1974.

renunciado a las grandes perspectivas de 1848. Están dispuestos a considerar positivas las intervenciones militares de los Estados en tal sentido. Puede haber en consecuencia guerras justas; las que tiendan a la consolidación de esas naciones que son un factor esencial en la dinámica revolucionaria.³⁷³

¿Qué piensa de esto el proletariado naciente?, ¿su calurosa adhesión a estos objetivos permanece incluso después del ocaso de la «primavera de los pueblos»? No es seguro en absoluto. Sobre todo porque el principio de las nacionalidades es aquello que Marx llama «el sentimentalismo socialista», aun dedicando una atención prioritaria a la causa italiana y polaca durante la década de 1860, tienden a tener presentes todos los pueblos, mientras Marx y Engels invitan a la paciencia a las pequeñas naciones, cuyas reivindicaciones amenazan con obstaculizar las de las «naciones revolucionarias», tal como se ha visto en 1848 en el caso de los checos y de los eslavos meridionales. Engels lo declarará abiertamente en una carta dirigida al joven Bernstein, en 1892: «tenemos que trabajar para la liberación del proletariado de Europa occidental, todo lo demás debe subordinarse a este objetivo».³⁷⁴ La defensa de las naciones se funda, por lo tanto, en su «necesidad» para el futuro del proletariado: es sectorial. Por otra parte, las sociedades obreras adheridas a la Asociación internacional de los trabajadores realizan inicialmente su acción de reclutamiento entre los obreros más calificados, más conscientes de sus intereses inmediatos, sobre los que el pacifismo liberal hace presa a menudo; y las tendencias a la negación de cualquier problema nacional, a la defensa de los intereses universales de los productores, son profundas en el movimiento obrero. De ahí el tercer punto, más propedéutico que teórico (aunque difícilmente puede haber, para Marx y Engels, una teoría sin praxis) de la herencia dejada al movimiento obrero por los fundadores del marxismo: el verdadero internacionalismo se forma superando tanto el obrerismo como una concepción nacionalista. Esto es posible sólo si se llega a una visión global de las perspectivas revolucionarias, centradas en aquel tiempo en Europa occidental, y por otra parte, si se sabe descifrar sistemáticamente la política llevada a cabo por los gobiernos que preparan las futuras guerras. Quizá Marx no ha expresado nunca con mayor claridad esta necesidad que en la

³⁷³ Cf. S. F. BLOOM, *The world of nations. A study of the national implication in the work of Karl Marx*, Nueva York, 1941.

³⁷⁴ Engels a Bernstein, 22-25 de febrero de 1882, en E. BERNSTEIN, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Assen, 1970, pp. 80-83 (Polonia se considera de todos modos como un caso aparte).

conclusión del *Mensaje inaugural* redactada en octubre de 1864 para la Asociación internacional de los trabajadores:

Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo? (...) Las inmensas usurpaciones realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los gabinetes de Europa, han enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan; y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar las sencillas leyes de la moral y de la justicia (...) La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera.³⁷⁵

Sólo bajo esta condición –recordaría Marx en mayo de 1869 en su Mensaje del Consejo general de la Internacional a la National Labor Union– el proletariado «no sale ya al escenario de la historia como un ejecutor dócil, sino como fuerza independiente, consciente de su propia responsabilidad».³⁷⁶

2. Un cuerpo teórico en desarrollo: de 1848 a la I Internacional

Entre 1864 y 1870, durante los días gloriosos de la Asociación internacional de los trabajadores se desarrollan a propósito de la guerra los debates que alimentarán sobre este tema al marxismo de la II Internacional. De todas formas, la primera experiencia militar se remonta a 1848, mientras que hasta después de la muerte de Marx los debates y las mociones congresuales, los artículos publicados en la prensa socialista, las cartas y los discursos de los dirigentes, no permiten acceder –en un mundo que se dirige hacia el imperialismo– a tomas de posición más globales. Se precisan

³⁷⁵ Cf. M. BRAVO, *La I Internazionale. Storia documentaria*, Roma, 1978, pp. 129-130 (trad. cast. en MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, vol. 2, p. 13).

³⁷⁶ *Ibíd.*, p. 346 (trad., p. 166).

entonces las funciones del discurso expuesto a propósito de la guerra por la Internacional. La función metalingüística, tal como ha sido definida por Roman Jakobson,³⁷⁷ tiene por misión, en el curso del primer congreso, hacer explícito el código del lenguaje socialista, a través de un sistema de definiciones que funcionan tanto por equivalencia como *a contrario*. Al delimitar el espacio doctrinal, ésta permite iniciar en los congresos sucesivos un discurso de carácter normativo. En resumen, por medio de la recuperación de viejas oposiciones, su reaparición, los añadidos, las conjunciones, se constituye un repertorio doctrinal en el cual las definiciones alusivas, las referencias al pasado y las citas explícitas acaban por ocupar un sitio esencial. Los debates de la I y la II Internacional suman sus efectos.

Cuando Marx y Engels regresan entusiastas a Alemania en abril de 1848, sus objetivos son claros: la constitución de uno de aquellos vastos espacios nacionales, cuya realización se integra en el mismo sustrato de su pensamiento. La unidad de la nación alemana debe permitir a la clase obrera, aún embrionaria, desarrollarse frente a una burguesía renovada. En 1848, este proyecto hace que durante algunos meses el movimiento obrero y el movimiento democrático nacional sean solidarios. Muchos son los enemigos a vencer, que al final en cambio saldrán vencedores de la revolución: dinastías burocráticas prusiana y bávara, monarquía de los Habsburgo, clases y cuerpos nobiliarios semif feudales, pequeños burgueses de mentalidad estrecha y retrógrada, pero sobre todo la Rusia zarista, el alma de la Santa Alianza, la «mayor reserva de la reacción europea», el único Estado que permaneció inmune a la ola revolucionaria. El temor a la intervención armada por parte de quien es considerado «el gendarme de Europa» es tal que el 7 de junio de 1848 la «Neue Rheinische Zeitung» lanza un llamamiento a «la guerra contra el Este», una guerra preventiva, nacional y progresista. Algunos meses después, a pesar de las derrotas sufridas, el periódico propone para el año 1849 «la insurrección revolucionaria del proletariado francés» y «la guerra mundial» contra la Rusia zarista.

Verdad es que estos llamamientos a la guerra de liberación no están destinados a ocupar un lugar, como tales, en el *corpus* del marxismo de la II Internacional. Pero la hostilidad hacia Rusia continuará en Marx y Engels a causa de los innumerables crímenes cometidos por aquel régimen, contra los intelectuales y los trabajadores, contra la Polonia oprimida y, en una palabra,

³⁷⁷ R. JAKOBSON, *Essais de linguistique générale*, París, 1970. Cf. el agudo análisis de I. MULLER, *De la guerre: le discours de la Deuxième Internationale, 1889-1914*, tesis de licenciatura, Ginebra, 1978.

contra la civilización. Tanto más odiosa se transforma esta potencia debido a su política paneslavista en los Balcanes: si en 1848 contribuyó a la derrota de la revolución, y al año siguiente intervino directamente contra la Hungría insurrecta, ahora mueve a los eslavos a entorpecer las luchas de los demás pueblos, las «naciones históricas». De esta forma, según Marx y Engels, la sola existencia del zarismo hace «imposible la victoria del proletariado europeo», con lo que esta aversión hacia Rusia, tierra de la barbarie oriental, foco de la contrarrevolución, será asumida como una herencia por sus discípulos, en particular por los socialdemócratas alemanes: ¿en qué medida pesará esto en las decisiones de la socialdemocracia en 1914?

Con el nacimiento de la Asociación internacional de los trabajadores, las relaciones de Marx con el movimiento obrero toman nuevas dimensiones. Durante los años febriles que corren a partir de la guerra en Italia (1859) se constituye la unidad de las «naciones históricas» occidentales –Italia y Alemania– mediante sucesivos conflictos militares y bajo la dirección de quienes Engels llama «albaceas» de 1848: Cavour y Bismarck. En el ámbito de la doble monarquía de los Habsburgo, Hungría obtiene si no la total independencia, al menos una amplia autonomía. Sólo queda sometida y dividida Polonia. Se cierra así una época, mientras que con la Internacional, centro de elaboración colectiva de una perspectiva obrera, se inicia otra. El influjo de Marx en la Internacional es indudable: pero no en un solo sentido. El diálogo es continuo y, a menudo, es el movimiento el que incide sobre el pensamiento de Marx. ¿Qué decisiones debe tomar el movimiento obrero entre los clamores nacionales, a menudo chovinistas, la atención por los fenómenos de unificación nacional, las políticas de solidaridad, el deseo de paz y el odio hacia los gobernadores bonapartistas?³⁷⁸ El debate está abierto, tal como lo atestiguan los congresos anuales en los cuales Marx, aunque prepara regularmente el Informe del Consejo General, no participa jamás. El conjunto de tomas de posición sobre la guerra aumenta desmesuradamente y se diversifica: la II Internacional lo utilizará a manos llenas.

La posición de Marx y Engels³⁷⁹ puede ser analizada en cuatro niveles. Ante todo, en el plano de los gobiernos, de quienes dependen las decisiones:

³⁷⁸ Cf. los documentos presentados en el Consejo general y en los Congresos, editados en *La Première Internationale. Recueil de documents*, publicados bajo la dirección de J. Freymond, Ginebra, 1962; respecto de los primeros años, J. JEMNITZ, *The First International and the war (1864-1866)*, en "Acta histórica", Budapest, 1965, núms. 1-4.

³⁷⁹

guerra de los ducados austríaco, prusiano y danés, guerra austro-prusiana e italo-austríaca, guerra franco-alemana. La desconfianza, en un principio desigual, tiende rápidamente a generalizarse: si en 1865 es más el bonapartismo que el régimen prusiano el que es definido como un peligroso «despotismo militar»,³⁸⁰ si el primer *Mensaje* de la Internacional, al principio de las hostilidades franco-prusianas, el 23 de julio de 1870, subraya el «bandidismo» del Imperio francés, aclara a la vez las responsabilidades de Bismarck en las «agresiones francesas» y las miras prusianas puestas sobre Alsacia y Lorena, cuya pertenencia al Estado francés no se discute. Ningún compromiso con Bismarck –puntualiza Engels el 15 de agosto– y ninguna «unión sagrada»: los gobiernos son responsables, la clase obrera no ha participado en sus decisiones. Hacer la guerra no significa desearla; ahí se delinea una práctica política esencial.

En el plano del análisis de los objetivos políticos, la situación es diversa, a pesar de las nuevas tendencias de la Internacional, tales como el pacifismo militante de los estudiantes y obreros franceses, definidos como proudhonianos, o, por el contrario, las que Marx llama «estúpidas simpatías pro italianas de los ingleses».³⁸¹ Ciertamente es que para el Consejo general –en ocasión de la guerra austro-italiana de 1866, que vio enfrentarse dos sociedades en las cuales las fuerzas del proletariado eran todavía embrionarias– los trabajadores deben observar una estricta neutralidad. Otra cosa se dirá en 1870, cuando la guerra franco-prusiana lleve a cabo la contraposición de dos naciones con movimientos obreros ya constituidos: ésta concierne por entero a los trabajadores. Pero los beligerantes no son colocados en el mismo plano. En el *Mensaje* del 23 de julio, la guerra es analizada como momento decisivo para la independencia y la unidad de Alemania; debe llevar a la liberación de ésta y de toda Europa de la amenaza permanente del régimen bonapartista. De este modo, a pesar del régimen prusiano, a pesar de Bismarck, la guerra alemana es considerada una guerra «justa», si bien este término no es utilizado y sólo podemos adivinarlo sobre la base de las consideraciones acerca del carácter histórico y necesario de la nación alemana y de las respectivas cualidades de los movimientos obreros francés y alemán. El 20 de julio de 1870, en una carta a Engels, Marx destaca que, como consecuencia de una victoria prusiana, la consiguiente

³⁸⁰ Engels estuvo absorbido por su actividad en Manchester hasta julio de 1869; hasta septiembre de 1870 no fue cooptado para el Consejo general.

³⁸¹ Cf. F. ENGELS, *Die preussische Militärfrage und die deutsche Arbeiterpartei*, en MEW, vol. 16, pp. 37-38.

preponderancia alemana «trasladaría el centro de gravedad del movimiento obrero de Europa occidental de Francia a Alemania»; en efecto «la clase obrera alemana es superior a la francesa tanto desde el punto de vista teórico como organizativo. Su preponderancia con respecto a la clase obrera francesa en la escena universal representaría al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría con respecto a la de Proudhon».³⁸² En 1869, «los nuestros» –como dice Engels– han conseguido en el Congreso de Eisenach ciertos resultados al unificar, bajo la bandera de la lucha de clases, la unión de las asociaciones obreras y de la Asociación general de sindicatos obreros alemanes. La prioridad otorgada a los intereses nacionales alemanes no se debe ni al régimen político ni al juego diplomático, en el cual Prusia desempeña el papel de víctima, y ni siquiera a la posibilidad que al fin se abre al proletariado alemán la posibilidad de actuar en un territorio unificado: se trata de la superioridad debida a la fundación del Sozialdemokratische Arbeiterpartei y a la ausencia de una corriente proudhoniana. Es una idea destinada a llegar lejos que distingue a los partidos-guía de los demás.³⁸³ En la modalidad extrema que adopta al comienzo de la guerra franco-prusiana, esta idea no prospera demasiado; pero la volveremos a encontrar arraigada en la conciencia profunda de los socialdemócratas alemanes y de numerosos militantes marxistas de otros países.

Si el significado histórico de la guerra de 1870 puede valorarse bajo esa luz, un tercer nivel comienza a aparecer entre la niebla del debate sobre la guerra durante la I Internacional. En lo que respecta a la función de la clase obrera en la lucha contra la guerra, el pensamiento socialista se enriquece como consecuencia de una amplia discusión de la cual son testimonios los congresos de Lausana (2-8 de septiembre de 1867) y de Bruselas (6-13 de septiembre de 1868). En el origen del debate hay una exigencia impuesta desde afuera: la posición a tomar con respecto a los dos congresos que la Liga de la paz y de la libertad organiza inmediatamente después de los de la Internacional, en Ginebra en 1867, y en Berna en 1868. Dos problemas se entrelazan estrechamente: el grado de autonomía de la Internacional obrera con respecto a la Liga, donde el elemento dominante, pero no exclusivo, es el ala pacifista de la burguesía liberal, y la diferente interpretación acerca de las raíces de la guerra. El Consejo general dado como instrucciones a sus

³⁸² K. MARX y F. ENGELS, *Carteggio*, vol. 6: 1870-1883, Roma, 1953, pp. 99-100.

³⁸³ Cf. G. HAUT, *Un partito guida: L'influenza della socialdemocrazia tedesca nel Sudest europeo*, en Id., *L'Internazionale socialista della Commune a Lenin*, Turín, 1978, pp. 185-252.

delegados al Congreso de Lausana no adherirse al Congreso de la Liga, sospechosa de no tener «la intención de combatir las verdaderas causas de la guerra».³⁸⁴ Si bien la Liga tenía en Lausana encendidos partidarios, sobre todo entre los delegados suizos, la autonomía obrera obtuvo la mejor parte: el Congreso subordinó la adhesión de la Internacional a la aceptación de la declaración sobre la guerra que había elaborado,³⁸⁵ y el año siguiente, el Congreso de Bruselas no satisfecho con declinar pura y simplemente la invitación de la Liga, propuso a ésta adherirse a la Internacional.³⁸⁶ De este orgullo obrero se hará eco Marx en el *Mensaje* que ya hemos recordado, de mayo de 1869:

La clase obrera no sale ya al escenario de la historia como un ejecutor dócil, sino como fuerza independiente, consciente de su propia responsabilidad y capaz de imponer la paz allí donde sus pretendidos amos vocean acerca de la guerra.³⁸⁷

¿En qué medida la orgullosa conciencia de la Internacional hacía referencia a una concepción colectiva original de las causas de la guerra? Los debates de Lausana y de Bruselas muestran con claridad que sobre este punto la unanimidad se alcanzaba con dificultad. Para unos, la guerra era un anacronismo, hecho posible por la superstición y la ignorancia en las cuales eran mantenidas las clases populares; para otros, era debida a la arbitrariedad y al despotismo de los gobiernos, que no representan los legítimos intereses de los trabajadores (aquí se escucha el eco de ciertos medios obreros franceses, enemigos jurados del Imperio). En Lausana se afirma la posición de César De Paepe, apoyado por Eccarius: «la guerra tiene como causa primera y fundamental el pauperismo y la falta de equilibrio económico»; para conseguir suprimirla «no es suficiente enviar a casa a los ejércitos, sino que es necesario modificar la organización social por medio de

³⁸⁴ *La Premiere Internationale*, op. cit., tomo I, p. 123.

³⁸⁵ Cf. BRAVO, *La I Internazionale*, op. cit., pp. 224-225.

³⁸⁶ *Ibid.*, p. 323: "Los delegados del Congreso de la Asociación internacional de los trabajadores declaran que la Liga de la paz y la libertad no tiene una *raison d'être* ante los esfuerzos de la Asociación internacional de los trabajadores, e invitan a los miembros de dicha Liga a adherirse a las distintas secciones de la Asociación internacional de los trabajadores en sus respectivos países".

³⁸⁷ *Ibid.*, p. 346 (*Obras escogidas*, cit, vol., 2, p. 166).

una distribución más equitativa de la producción». ³⁸⁸ La primera fórmula, debida a Tolain, ³⁸⁹ a pesar de su vaguedad no sólo hace posible la adopción unánime del *Mensaje*, sino que, al poner el acento por vez primera en las causas sociales y económicas de la guerra, inicia una larga serie de textos más elaborados, como hará con posterioridad sobre todo la II Internacional.

Por último, en el plano de las esperanzas del futuro del movimiento obrero aparecen signos que enriquecen el internacionalismo marxiano y dan alguna coherencia al sueño de un mundo que llegue a ser inmune al chovinismo y a la guerra. Es así como son interpretados las expresiones de hermandad concreta que se intercambian obreros de naciones beligerantes durante los congresos de la Internacional, o incluso las colectas internacionales para el apoyo de huelgas. En julio de 1870, Marx señala un «hecho grandioso, que no tiene paralelo en la historia» en los mensajes de paz y amistad que se intercambian algunos comicios de trabajadores alemanes y franceses:

Esto demuestra que en contraposición a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y su delirio político, está surgiendo una sociedad nueva, cuya ley internacional será la paz, porque su ley nacional será en todas partes la misma: el trabajo. Pionera de esta nueva sociedad es la Asociación internacional de los trabajadores. ³⁹⁰

El 9 de septiembre el Congreso federal, haciendo suyas las expresiones formuladas cuatro días antes por el Partido obrero socialdemócrata alemán, protesta «en el común interés de Francia y Alemania» por la anexión de Alsacia y Lorena, y concluye:

Si los obreros olvidaran su deber, si permaneciesen pasivos, la tremenda guerra presente sería solamente el anuncio de nuevos conflictos internacionales aún más mortales, y llevaría en cada país

³⁸⁸ Véase la enmienda al *Mensaje* del Congreso de Lausana al Congreso de la paz, propuesta por Tolain, en BRAVO, *La I Internazionale*, op. cit., p. 225

³⁸⁹ En Bruselas, el "grupo alemán" se agrupa en torno a un texto minoritario de Becker, no mucho más concreto, que atribuye la causa fundamental de la guerra a las "instituciones económicas actuales", y se distingue del texto de la mayoría sobre todo porque elimina cualquier mención a una huelga general en caso de guerra.

³⁹⁰ BRAVO, *La I Internazionale*, op. cit., p. 438.

a nuevos triunfos de los señores de la espada de la tierra y del capital sobre los obreros.³⁹¹

En esta primera prueba a la que es sometido el joven internacionalismo obrero, los socialistas elegidos para el Reichstag se comportan con honor: los diputados lasallianos se unen a Bebel y a W. Liebknecht para votar el 28 de noviembre contra los nuevos créditos pedidos por Bismarck a fin de continuar la guerra. Arrestados y acusados de traición, entran inmediatamente a formar parte de la leyenda del internacionalismo proletario.

3. «El verdadero y único partido de la paz»

La cuestión de la guerra cambia de significado durante los treinta años que van desde la Comuna de París hasta el nuevo siglo. De hecho, Europa entró en una larga era de paz. Las grandes «naciones históricas» –Engels continuará utilizando esta definición hasta su muerte, en 1895, aunque no sin variaciones–³⁹² han realizado su unidad: Italia, Alemania y en cierta medida, Hungría³⁹³ han entrado en el concierto de las naciones desarrolladas de Occidente y se encuentran empeñadas, si bien de forma desigual, en lo que Alemania llama la era de los fundadores. Por lo demás, hasta la década de los años noventa la despierta diplomacia bismarckiana consigue aislar a Francia de forma que le sea imposible intentar una revancha. Bien es verdad que no todos los peligros han desaparecido y que algunos socialistas son especialmente sensibles a éstos: así, en Francia, los comuneros que regresan entre 1879 y 1880, siguen convencidos durante algunos años de que «la coalición monárquica», dirigida por Bismarck, no considera suficiente la victoria de 1871³⁹⁴ éste es el caso, sobre todo, de los blanquistas, quienes se unen con Vaillant en el Comité central revolucionario. Por otra parte, en los territorios habitados por los eslavos de los Balcanes –«éstos *tom-pouces* de los pueblos», dice Engels sensible a su utilización por parte de Rusia en su

³⁹¹ *Ibíd.*, p. 441-442.

³⁹² HAUPT-WEILL, *Marx et Engels*, op. cit.

³⁹³ "A Polonia le tocará su turno": cf. el prólogo a la edición italiana del *Manifiesto del Partido comunista*, escrito por Engels en 1893, en OME, vol. 9, pp. 389-390.

³⁹⁴ Cf. J. HOWORTH, *La propagande socialiste d'Edouard Vaillant pendant les années 1880-1884*, en "Le mouvement social", julio-septiembre de 1970.

política de expansión—³⁹⁵ se encienden nuevos conflictos que pueden degenerar, como muestra la breve guerra ruso-turca de 1877-1878; de todas formas, hasta final del siglo, las tensiones permanecerán circunscritas. A partir de 1890-1891, la alianza franco-rusa, opuesta a la Triple Alianza, que fue estipulada en 1882, pero renovada con particular solemnidad en 1887, empieza a dibujar una especie de división de Europa en dos campos, que inquieta en gran medida a Liebknecht por cuanto no se esperaba una decisión de este tipo por parte de un gobierno republicano.³⁹⁶

Esta situación, fundamentalmente pacífica, permite en los Estados nacionales constituidos y también, si bien con mayores dificultades, en los plurinacionales, el desarrollo del proletariado, paralelo al de la revolución industrial. El marco nacional dentro del cual se inserta la herencia política y cultural de cada pueblo, de cada clase obrera, se nos revela como esencial: gracias a éste, el movimiento obrero adquiere una dimensión política y, en el marco de los partidos socialistas ya constituidos o en gestación, una influencia sobre los diferentes aspectos de la civilización moderna. Los progresos del movimiento son tales que para la primera generación de marxistas se hace artículo de fe la afirmación que César De Paepe y Eccarius habían rechazado en 1867, durante el Congreso de Lausana de la Internacional cuando se había sometido el proyecto de *Mensaje* a la Liga de la paz: ¡no debía decirse —habían protestado— que la paz es necesaria para la reorganización social! Ahora, los tiempos han cambiado, y la paz trabaja —escribe Engels a Bernstein en 1882— para la «liberación del proletariado de Europa occidental, y nosotros debemos subordinar todo lo demás a este fin».³⁹⁷ La paz hace avanzar la revolución, la cual se considera, si no inminente, por lo menos bastante cercana.

Los congresos socialistas de la Internacional, que vuelven a reunirse a partir de 1889, se realizan con esta estrategia como fondo, que une la paz a la revolución. Sin embargo, no hay ninguno de estos «parlamentos obreros» que no discuta el problema de la guerra. Bien es verdad que en 1889 éste es inscrito en el orden del día del Congreso llamado «de la Sala Petrelle» sólo a

³⁹⁵ Engels a Kautsky, 7 de febrero de 1882, en F. ENGELS, *Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Viena, 1975, pp. 50-53

³⁹⁶ Véanse las declaraciones de Liebknecht al Congreso de Bruselas y la carta de Engels a Lafargue de 10 de febrero de 1891, en F. ENGELS, P. y L. LAFARGUE, *Correspondance*, París, 1959, tomo III, p. 18.

³⁹⁷ Engels a Bernstein, 22-25 de febrero de 1882, en BERNSTEIN, *Briefwechsel*, op. cit., pp. 80-83.

propuesta de la Comisión de organización de París, en la que se encuentran los amigos de Guesde y los de Vaillant, ya que la conferencia preparatoria celebrada en febrero de 1869, así como el Congreso llamado «de la Sala Langry», abordaron sólo problemas corporativos. Pero en 1891 en Bruselas, en 1893 en Zurich, y en 1896 en Londres, el debate cobra nueva fuerza, a veces se repite, otras se renueva. Las mociones votadas, recopiladas con frecuencia, acabaron por formar un corpus autónomo que el Buró Socialista Internacional publica en 1902 junto con todos los órdenes del día y las resoluciones de la II Internacional.³⁹⁸ Confrontadas con los textos de la I Internacional, estas mociones muestran una serie de modificaciones, apenas veladas por la continuidad del vocabulario empleado, por la estructura de las resoluciones y por la continuidad del pacifismo obrero, ahora en armonía con las posiciones marxistas.

El pacifismo se desarrolla de congreso en congreso, en una atmósfera calurosa, rica en frases y gestos simbólicos. De esta forma, en 1891, por vez primera, los socialistas reunidos se autodesignan «partido socialista internacional»: la unidad del locutor se constituye en el plano del discurso, precisamente cuando las estructuras de la organización proceden en sentido contrario y nadie pensaba en aquel momento en transformarlas. No es casualidad que la fórmula se encuentre de nuevo en la moción acerca del militarismo para asimilar «el partido socialista internacional» al «verdadero y único partido de la paz».³⁹⁹ La palabra «unificador» es añadida a actos que los marxistas juzgan especialmente cargados de significados: el carácter internacional del 1 de mayo, decidido como se sabe en 1889, hace de éste –según Kautsky– una auténtica manifestación anual por la paz; otro gesto simbólico, la doble presidencia del francés Vaillant y del alemán Singer durante la inauguración del Congreso de Bruselas. «Es una afirmación clamorosa a favor de la paz internacional de los pueblos», comenta Vaillant, mientras que Singer subraya el hecho de que este gran espectáculo tiene como público a toda Europa.⁴⁰⁰ Finalmente, en Londres, se celebra en el Hyde Park la fraternal reunión de delegados provenientes de países tan diversos, y

³⁹⁸ El volumen será reeditado varias veces, e incluso en 1916 lo reproduce Karl Grünberg en *Die Internationale und der Weltkrieg*; recientemente ha sido reeditado en facsímil, en la serie de documentos sobre la historia de la II Internacional, por el editor Minkoff de Ginebra.

³⁹⁹ *Rapport du Congrès international ouvrier socialiste tenu a Bruxelles du 16 au 23 août 1891*, Bruselas, 1893, pp. 64-65.

⁴⁰⁰ *Ibíd.*, p. 13.

el Comité de organización inglés dedica la primera jornada a la «paz internacional».⁴⁰¹

Por supuesto que el deseo de paz no elimina las tensiones nacionales o nacionalistas. El polaco Mendelsohn explica en el Congreso de Zúrich que en su país es precisamente el sentimiento nacional antirruso y antialemán el que está en la base del socialismo; no obstante, la Comisión de acción política del Congreso de Londres rechaza en 1896 por nacionalista el proyecto de resolución del Partido socialista polaco, que tiende a hacer de la independencia de Polonia una reivindicación política internacional del proletariado.⁴⁰² También el comportamiento de la delegación socialista francesa revela –sobre todo en Zúrich– la hostilidad respecto a los alemanes, aun cuando se trate de socialistas, tal como se pone de manifiesto en la postura del militante obrero Dejeante y de Jaclard, quien redacta el informe para la «Revue socialiste». La delegación francesa no soporta ni la disciplina de los alemanes ni la colocación del retrato de Marx en menoscabo del de Blanqui. Más allá de la fraternidad, persiste el peso de la derrota. Dos años antes, en Bruselas, dos marxistas de la misma generación, Vaillant y Liebknecht, se pusieron de acuerdo para dejar de lado la cuestión de Alsacia y Lorena. «No es un problema socialista», declaró Liebknecht,⁴⁰³ superando con demasiada facilidad el problema.

4. Antagonismos económicos y militarismo

La breve frase de Liebknecht citada anteriormente nos permite, no obstante, saber qué constituía «el carácter socialista» de un problema a los ojos de los militantes: su naturaleza económica. Al «pauperismo» –vago concepto fraguado en 1867, que ponía en discusión la miseria, no el capitalismo– o a la «falta de equilibrio económico», concepto más oscuro aún, se opone una explicación de la guerra, o mejor dicho, de sus riesgos, que estará destinada a formar escuela. Al designar en «Polemos», durante el siglo XIX, «el resultado fatal de las actuales condiciones económicas», que «no desaparecerá por completo si no es con el orden capitalista»⁴⁰⁴ o, en términos

⁴⁰¹ En el Museo Social de París se ha constituido un dossier "prensa" que lo ilustra ampliamente.

⁴⁰² Cf. "Le Peuple" de Bruselas, 24 de agosto de 1896.

⁴⁰³ *Rapport du Congrès international*, op. cit., p. 62.

⁴⁰⁴ *Motion du Congrès international ouvrier socialiste de Paris, 14-21 juillet 1889, en Les Congrès internationaux. Ordres du jour et résolutions*, a cargo del BSI, Gante, 1902, p. 77.

menos restringidos, el resultado de los «antagonismos económicos a los cuales las clases dirigentes de los diversos países se ven empujados por el modo de producción»,⁴⁰⁵ los primeros congresos de la II Internacional legan una contribución decisiva a la formación de la «vulgata» marxista.

Tan viva se ha vuelto la adhesión a la paz —«condición primera e indispensable de cualquier emancipación obrera»—⁴⁰⁶ y tan fuerte es la voluntad común de denunciar el sistema que la pone en peligro, que esos textos, al mismo tiempo teóricos y políticos, terminan por despojar a la guerra de toda posibilidad de desenlace revolucionario. En Bruselas, el holandés Domela Nieuwenhuis formula la idea de que los gobiernos cometerían un acto revolucionario al declarar la guerra y que en tal caso los pueblos tendrían que responder con la revolución;⁴⁰⁷ pero como veremos esto no constituye el centro de su discurso: en este terreno no suscita ni aprobación ni rechazo. Sin embargo, la visión fatalista de la historia a la que se refería la moción de 1889 no será vuelta a confirmar en los mismos términos por los posteriores congresos. Estos se orientan hacia fórmulas que Jaurès, dirigiéndose a los diputados franceses, condensará en una frase que cobrará fama: «Vuestra sociedad, violenta y caótica, aun cuando quiere la paz, aun cuando está en situación de calma aparente, siempre lleva en sí la guerra, como la nube lleva en sí el huracán».⁴⁰⁸ Es ésta una formulación que toma en cuenta al tiempo mismo la conservación de la paz europea (cuando se había temido como consecuencia de la reaproximación franco-rusa el estallido de un conflicto al lado del cual la guerra de 1870 hubiera resultado un juego de niños)⁴⁰⁹ y la extensión de las expediciones coloniales, durante las cuales aparece claramente la competencia entre las mayores potencias occidentales.

Producto de dicha competencia, la guerra es denunciada también a causa de las desgracias que trae al proletariado. A esta denuncia otorga un carácter realista la continua preparación de la guerra, a la que los socialistas

⁴⁰⁵ Moción del Congreso de Londres, 1896, *ibíd.*, p. 79.

⁴⁰⁶ Moción del Congreso de París, 1889, *ibíd.*, p. 77.

⁴⁰⁷ Informe del Congreso de Bruselas, *ibíd.*, p. 68.

⁴⁰⁸ La célebre frase de Jaurès, muy citada, aunque inexactamente. fue pronunciada en el discurso a la Cámara del 7 de marzo de 1895: "Toujours votre société violente et chaotique, meme quand elle veut la paix, meme quand elle est a l'état d'apparent repos, porte en elle la guerre, comme la nuée porte l'orage".

⁴⁰⁹ Engels manifiesta sus inquietudes en la "Neue Zeit", en 1890, con su artículo *Die auswärtige Politik des Zarentums* (en MEW, vol. 22, pp. 11-48).

llaman en un primer momento «paz armada» y, a partir de 1891, «militarismo». En los primeros congresos de la II Internacional, el concepto tiene como punto de mira la existencia de ejércitos permanentes, fundados en el alistamiento de larga duración, encuadrados por oficiales de carrera, de los que se piensa que hacen imposible una democratización real de los gobiernos. Se trata de la «opresión militar» puesta tan a menudo al servicio de las clases dirigentes con ocasión de huelgas. En Francia, en Alemania, en Austria, la brutalidad de la vida militar, el carácter jerárquico que allí asumen las relaciones humanas –en ocasiones el ejército es considerado como una introducción a la disciplina de la fábrica–⁴¹⁰, el alto costo del ejército profesional, son todos factores de un militarismo activo, así como razones para proponer el problema de la guerra a través de la denuncia del militarismo interno.

Pero, en la medida en que se presenta esencialmente como un problema interno específico de cada nación, ¿no debería ser combatido separadamente por cada partido nacional? En tal caso la solución conduce a la construcción paciente de las organizaciones, a la lenta conquista del electorado, al tiempo que rechaza las iniciativas aventureras o, en el mejor de los casos, prematuras. Se funda sobre el rápido crecimiento del consenso de los partidos socialistas, no solamente en Alemania sino también, aunque de modo diverso, en Francia y en Bélgica. Prevalece la tesis, propuesta en Bruselas por Vaillant (si bien en minoría dentro de su delegación), según la cual es necesario dejar «a cada cual la elección de los métodos a emplear a fin de combatir el militarismo».⁴¹¹ En tales tomas de posición se hace sentir el peso de los marxistas alemanes: éstos, apenas salidos de un período de dura represión, y aun cuando condenaban el militarismo, deseaban menos volcarse en una campaña activa en contra de éste, preferían no comprometerse demasiado en el problema, ya que su ruptura con los «jóvenes» socialistas había tenido lugar poco tiempo atrás y a propósito precisamente del mismo problema, en el Congreso de Erfurt. Por otra parte, tal como Plejánov declaró claramente en Zurich, los marxistas rusos y

⁴¹⁰ "Se encuartela a los proletarios para mantener la esclavitud en la fábrica", exclama Vaillant en el Congreso de Bruselas: cf. *Rapport du Congrès international*, op. cit., p. 63.

⁴¹¹ *Ibíd.*, p. 64.

alemanes no tenían intención de debilitar al ejército alemán frente al zarismo, «amenaza perpetua a la paz europea».⁴¹²

Al poner al desnudo la función de los antagonismos económicos en las amenazas que pesaban sobre la paz, la Internacional se definía como la única organización capaz de erradicar la tupida selva de la guerra; por otra parte, al orientar la combatividad de los proletarios de todos los países hacia el militarismo interno, tomaba en consideración el proceso de nacionalización del movimiento al que terminaba por reforzar, al tiempo que rechazaba la preparación de una acción coordinada en caso de guerra. Los marxistas se hallaban empeñados a fondo en este camino, con la socialdemocracia alemana a la cabeza la cual había encontrado el apoyo total de otro; socialistas, como Volders y Jaurès, si bien no el de la gran mayoría de todos los congresos. Los adversarios habían sido aislados; vencidos, tanto aquellos que como ciertos socialistas franceses querían reconocer alguna entidad a la instancia política en la orientación de la política exterior,⁴¹³ como aquellos que por hostilidad hacia los marxistas alemanes, por convicciones pacifistas, por simpatías anarquizantes o a causa de su alejamiento de los grandes campos de batalla europeos sostuvieron que la Internacional hubiera debido responder, como en 1868, a toda declaración de guerra con «un llamamiento al pueblo, con el fin de proclamar la huelga general»,⁴¹⁴ o con «la huelga militar en los países en guerra, que debía combatirse con la huelga general obrera allí donde el movimiento obrero ejercitase alguna influencia».⁴¹⁵ Domela Nieuwenhuis, autoproclamado portavoz de esta posición, había reunido a su alrededor, en Zúrich, a la mayoría de los franceses, de los australianos, de los noruegos y, naturalmente, de los holandeses. Pero los marxistas habían logrado resultados al denunciar el carácter escasamente operativo de esta posición: australianos, noruegos y holandeses no corrían demasiados riesgos de caer en las redes de una guerra europea, y a pesar de

⁴¹² Véase la reseña que el mismo Plejánov hace de su propia intervención, en "L'ère nouvelle" del 1 de septiembre de 1893.

⁴¹³ Gustave Rouanet recoge una enmienda de Prudent-Derviliers: la guerra tiene a menudo como causa "intereses políticos o dinásticos, o incluso pretensiones nacionales ilegítimas" (cf. *Rapport du Congrès international*, op. cit., p. 75).

⁴¹⁴ Tal es la conclusión de la moción presentada por Nieuwenhuis en el Congreso de Bruselas, ibíd.

⁴¹⁵ Véase la breve moción defendida por la delegación holandesa en Zurich, en *Protokoll des internationalen sozialistischen Arbeiterkongresses in Zurich vom 6. bis 12. A11g11st 1893*, p. 20.

la reaparición del tema de la huelga general entre los socialistas franceses más antiparlamentarios y en una parte de los sindicatos,⁴¹⁶ no se observaba en Francia ningún signo importante de agitación antimilitarista para la preparación de una huelga militar.

Tensiones tan extremadas serían en parte insuperables, pero de cualquier modo la Internacional disponía de un conjunto de textos con los que se identificaba la mayoría del movimiento; en los años sucesivos se agregarán e insertarán propuestas «positivas» a este corpus. La primera se referirá a los ejércitos permanentes. Desde 1889, su sustitución por «el armamento general del pueblo» o por «la nación armada»⁴¹⁷ es objeto de un análisis particularizado, fruto del encuentro entre la tradición blanquista y el modelo de las milicias suizas: «A cada uno su fusil y su equipo a domicilio (...) para la defensa de la libertad pública y de la seguridad nacional». Muy pronto, el acceso de numerosos socialistas a los diferentes parlamentos (en 1890 en Alemania, en 1893 en Francia, en 1894 en Bélgica) logra superar las viejas formas de denuncia: la política exterior es entonces elaborada, al menos oficialmente, por las cámaras, y los partidos pueden dar consignas a los elegidos. En el Congreso de Zúrich, Volders preconiza el rechazo del presupuesto militar por parte de «los mandatarios del partido socialista en las asambleas deliberantes»; la fórmula, apoyada por Plejánov, e integrada en la moción «alemana», se transformará en una de las leyes del movimiento. En el Congreso de Londres, cuyos debates son tan difíciles de reconstruir debido a la falta de una memoria oficial y de la propia incertidumbre del texto de las mociones, aparecen dos nuevos temas: la denuncia de los tratados secretos y la propuesta de instituir «tribunales arbitrales encargados de regular pacíficamente los conflictos entre naciones». Si bien la primera proposición no sorprende, la segunda puede resultar curiosa: la creación de un tribunal internacional es preconizada desde tiempo atrás por instituciones decididamente burguesas, tales como la Sociedad para el Arbitraje entre naciones (Frédéric Passy), la Unión interparlamentaria de arbitraje (Randall Cremer), el Bureau internacional para la Paz, de Berna, o el movimiento organizado en Alemania por Bertha

⁴¹⁶ La Fédération des Bourses du travail se constituyó en 1892, tras la escisión de la Federación nacional de sindicatos, de la que fueron alma los guesdistas desde 1886. Las Bolsas del Trabajo hicieron propaganda a favor de la huelga general.

⁴¹⁷ En estos años ambos conceptos se emplean indiferentemente, pero en Londres, en 1896, la corriente marxista hace triunfar "nación armada", ya que "armamento general del pueblo" suena más alemán.

von Suttner. De hecho nos maravilla ver la propuesta sostenida por una comisión presidida por un kautskista convencido como Emmanuel Wurn. En realidad, a partir de 1891, la «regulación de todos los conflictos internacionales por medio de arbitraje» figura en el programa de Erfurt, y Kautsky, en su comentario de 1892,⁴¹⁸ auspicia una ley que obligue a los gobiernos a recurrir al arbitraje en todos los casos de conflicto. Probablemente, más que de la formulación de una solución realista, se trataba de dar forma a la voluntad de paz y de revolución legal expresada durante estos años por los socialistas alemanes. La creación de un tribunal se deducía con normalidad de un proyecto como éste cuando se tendía a conferirle una forma institucional, y en este sentido se comprometerían, a finales de siglo, la mayoría de los marxistas y la totalidad de los socialistas.

5. En el cambio de siglo: Weltpolitik y guerras de ultramar

Había bellos proyectos contra la guerra, en tiempo de paz. Pero la situación se hace tensa con el cambio de siglo: después de Fashoda, cuando el colonialismo inglés y francés por poco no llegaron a un enfrentamiento (septiembre de 1898), aparece, a partir de 1889, la guerra de los bóers, y poco después, en agosto de 1900, a continuación de la revuelta de los bóxers, la expedición internacional encargada de restablecer el orden europeo en China. En Cuba, Puerto Rico y Filipinas se manifiesta el expansionismo de los Estados Unidos, mientras que en el Imperio otomano y en Asia Central, en la península balcánica y en Marruecos, se agudizan las rivalidades entre viejos y nuevos imperialismos. La Alemania de Guillermo II se lanza a la *Weltpolitik*. En 1904 estalla la guerra ruso-japonesa. Así, la cuestión de la guerra, de un problema teórico se transforma en un problema político, si bien su realidad, a pesar de ser tangible, permanece oscura y sólo se advierte de manera confusa. Los campos de batalla están lejos de Berlín, Londres o París, y los socialistas denuncian las expediciones coloniales tan ligeramente como analizan las consecuencias de este total reparto del «mundo exterior»⁴¹⁹ entre las grandes potencias capitalistas. En estos años, en los cuales el debate sobre el revisionismo y el ministerialismo divide a los marxistas, la cuestión de la guerra no ha sido aún tratada con claridad. De todas formas, empiezan

⁴¹⁸ Cf. K. KAUTSKY y B. SCHÖNLANK, *Grundsätze und Forderungen der Sozialdemokratie*, Berlin 1892

⁴¹⁹ Es la expresión empleada por G. Dhoquois y recogida por G. Badia en *Journée d'étude sur l'impérialisme*, en "Les cahiers du Cern", París, 1970, n. 86, p. 119.

a dibujarse diversas posiciones y es necesario analizar las razones de estas divergencias.

Estas se manifiestan en tres sectores que constituyen otras tantas premisas para la aproximación al problema. ¿Cómo se integran los nuevos datos en la reflexión teórica marxista? Hacia el fin del siglo, la elaboración de las primeras teorías acerca del imperialismo es llevada a cabo esencialmente por economistas burgueses, convencidos de la capacidad del capitalismo para crecer pacíficamente gracias a la extensión del mercado y a su renovación. El optimismo de Bernstein, así como el de Kampffmeyer (que había pertenecido al grupo disidente de izquierda de los «jóvenes» y que desde 1897 se relacionó con el consejo de redacción que dio vida a la «Sozialistische Monatshefte»), se funda sobre esta misma confianza en el progreso armónico y pacífico de la producción y del consumo, hasta el punto de plantear a los marxistas las mismas preguntas que a ellos, habían dirigido los economistas burgueses. Entre estos, Hobson será el primero en manifestar en 1902, algunas inquietudes de carácter esencialmente económico, es decir, sin implicaciones políticas. Por parte socialista, la primera reflexión original se debe a Kautsky; después a Rosa Luxemburg, cuyos procedimientos intelectuales, si bien diferentes, acaban por converger con los del teórico indiscutido de la socialdemocracia alemana. En varios artículos que éste publica en la «Neue Zeit» entre 1899 y 1900,⁴²⁰ se muestra inmediatamente consciente de que las guerras lejanas y las expediciones coloniales anuncian el comienzo de un periodo de exasperación de los antagonismos no sólo entre las clases, sino también entre los Estados. A la libre y relativamente pacífica competencia, sucede el monopolio y, con éste, «el ideal del pirata», que la estructura clasista de un país como Alemania amenaza con convertir en particularmente activo; entre las altas finanzas, en busca de mercados para un capital acumulado con rapidez, y los Junker prusianos, agentes tradicionales del más belicoso militarismo, se podía establecer una peligrosa alianza. La *Weltpolitik* puede tener «como última consecuencia, la *Weltkrieg*, la guerra mundial».

La dirección del ataque de Rosa Luxemburg es más directamente política. Desde 1898, durante su primera aparición en la arena socialdemócrata alemana,⁴²¹ asocia muy estrechamente el militarismo con la política arancelaria y colonial, asegurando así el paso de la denuncia del

⁴²⁰ Cf. el óptimo análisis de P. ANGEL, *Eduard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand*, París, 1961, pp. 169-170.

⁴²¹ Cf. P. J. NETTL, *Rosa Luxemburg*, México, 1970, pp. 139 y ss.

militarismo interior, ya clásica, a la lucha contra el militarismo exterior. Dos años después, en el Congreso internacional de París, la relación presentada por aquella funde las conclusiones de dos comisiones –política colonial y militarismo, dos caras de la *Weltpolitik*– comparando sus respectivos análisis.⁴²² Como Kautsky, pero con mayor fuerza, denuncia en el militarismo y en el «marinismo» –es decir, el desarrollo de la marina de guerra– los agentes, no sólo del origen de las desventuras del proletariado, sino también de la conquista de las colonias, los artífices de una situación de constante animosidad internacional, que amenaza con degenerar en una guerra entre los «Estados civilizados». A diferencia de Kautsky, la militante polaca no se limita a estos análisis: frente a la internacionalización del imperialismo en su discurso, y en general en aquel tiempo, este concepto y el de militarismo se identifican sustancialmente– hace un llamamiento a la acción internacional del proletariado, frente a la cual se abre no solamente el campo de las reivindicaciones económicas sino también el de la política.

En este deseo de lucha, acaba por acercarse a su adversario político de entonces, Jaurès, quien también sostiene con ahínco –en contra de los discursos redundantes y de las «declaraciones platónicas»⁴²³ de la gran mayoría de los socialistas– una «política de acción» en favor de la paz. Silencioso sobre este punto en el Congreso de París, donde la defensa del ministerialismo absorbió todas sus energías de militante, hasta hacerlo renunciar al proyecto, formulado pocas semanas antes, de una Liga europea de la paz fundada por los socialistas pero «abierta a todos los hombres de buena voluntad»,⁴²⁴ Jaurès, a pesar de no alcanzar hasta 1905 una clara conciencia de los nuevos peligros,⁴²⁵ y sin recurrir a los instrumentos de análisis empleados por Kautsky y Luxemburg, propone repetidamente iniciativas internacionales concretas. También él pone sus esperanzas en la capacidad del Buró Socialista Internacional, para impulsar acciones

⁴²² Los biógrafos de Luxemburg (cf. también *ibid.*, I, pp. 292 y ss.) olvidan esta contribución suya al Congreso: para tener una información hay que comparar la ponencia alemana con el informe oficial alemán.

⁴²³ Así, Rosa Luxemburg: cf. *Rapport sur la paix des peuples, le militarisme et les armées permanentes*, en *Internationaler Sozialisten Kongres zu paris*, Berlín, 1900, p. 27.

⁴²⁴ Jaurès expone este proyecto en dos artículos en "La petite République", de la que es entonces codirector, el 5 y el 7 de agosto de 1900.

⁴²⁵ En particular en enero de 1903 piensa que es posible formar "una alianza europea por el trabajo y por la paz": cf. M. RÉBERIOUX, *Jean Jaurès: textes choisis*, tomo I, París, 1959.

comunes de todos los partidos. De todos modos, son tan diferentes las culturas en las que se han formado y en las cuales operan, que sus visiones de militantes divergen sobre los objetivos. Para Jaurès, empeñado a fondo en el bloqueo de las izquierdas francesas, se trata de utilizar la relativa tranquilidad en la que aún se halla inmersa Europa, para empezar a construir las instituciones pacifistas a las cuales, en 1896, la Internacional había dado su aval: «¿Cómo preparar el desarme general?, ¿cómo dar credibilidad a las instituciones de arbitraje?»⁴²⁶ –tales son las preguntas que, en 1902, propone profundizar durante el próximo Congreso, en Ámsterdam, y que reaparecerán algunos días después 59 al final de la discusión realizada en el seno del Buró–. Pero los proyectos de resolución preparados por los partidos para el Congreso de Ámsterdam muestran que sólo el Independent Labour Party hace suyas las preocupaciones de Jaurès.⁴²⁷ Las de Luxemburg son diferentes. Arbitraje, desarme: ¿de qué forma obligar a los gobiernos burgueses empeñados en la *Weltpolitik* a someterse a estos principios? Más que en el estudio de las situaciones graduales, ella confía en la agitación antimilitarista y, para llegar a ésta, en la educación y en la organización de los jóvenes: primeras víctimas del militarismo, es a ellos a quien se debe convencer de las nuevas dimensiones del imperialismo y, por lo tanto, movilizar.

La gran mayoría de los partidos socialistas permanece indiferente y se limita a «una condena semifatalista», que tanto Jaurès como Luxemburg desaprueban. Entre los militantes alemanes obtiene mayor resonancia el análisis opuesto, formulado sobre todo por Max Schipel y por Wolfgang Heine. La corriente a la cual pertenecen expresa su convicción sobre el carácter secundario, negociable, del antimilitarismo; en 1898 preconizan una especie de trueque: el voto de los créditos militares en el Reichstag a cambio de la extensión de las libertades. En seguida van más allá: cuentan con la expansión colonial, con la conquista del mercado mundial con objeto

⁴²⁶ "La petite République", 27 de diciembre de 1902. Pocos días después se reúne por segunda vez, en Bruselas, el BSI.

⁴²⁷ *Le Bureau Socialiste international. Comptes-rendus, Manifestes, Circulaires* a cargo de G. Haupt, vol. I; 1900-1907, París-Gravenhage, 1969, p. 64. Jaurès redacta el orden del día, que finalmente es aprobado por unanimidad: "Sería de sumo interés que en el próximo Congreso de Ámsterdam los partidos socialistas presentaran informes sobre la situación internacional, sobre los prejuicios populares o sobre las maniobras gubernamentales capaces de comprometer la paz, y sus mejores medios para resolver los antagonismos y prevenir los conflictos entre los pueblos".

de vincular el movimiento obrero al Estado alemán y curar las plagas sociales; apoyan el ejército permanente para asegurar la grandeza de la patria, invocando la desconfianza expresada en alguna ocasión por Engels en relación a las milicias, y denunciando su ineficacia en la defensa de un país que, como Alemania, se encuentra entre dos grandes potencias como son Francia y Rusia. De la tradición marxista conservan sólo la atención hacia la clase obrera y el Estado nacional.

6. *Stuttgart: la última unanimidad de la Internacional*

La moción sobre el militarismo y los conflictos internacionales votada en el Congreso de la Internacional en Stuttgart (16-24 de agosto de 1907) será constantemente invocada por los socialistas como testimonio de su voluntad colectiva de oponerse a la guerra, y después, por los bolcheviques y sus aliados, como prueba, por el contrario, de la traición de la II Internacional. El interés de este célebre texto, muy extenso («no hemos tenido tiempo suficiente para hacerlo más breve», se excusará Vandervelde, redactor de la moción), reside sobre todo en el debate en el que aparece la conclusión provisional, más que en el hecho de ser la última expresión de unanimidad, alcanzada por otra parte con dificultades, de la Internacional, o en las interpretaciones a las cuales se verá sometida más tarde. De longitud excepcional —ocupa ochenta páginas del acta analítica publicada por la secretaría del Buró e intervienen en él setenta y siete dirigentes socialistas de los más conocidos, portavoces de veinte países— su preparación llevó mucho tiempo, más que por los informes sometidos al Buró, por las discusiones que se llevaron a cabo en los congresos nacionales y en la Organización internacional de la juventud socialista,⁴²⁸ así como en la prensa y, entre 1905 y 1907, en los parlamentos. Hasta el Congreso de Copenhague de 1910, las reacciones socialistas a las amenazas de conflicto no serán sustancialmente modificadas. Por lo tanto, se puede considerar el Congreso de Stuttgart como el punto culminante de la II Internacional como un observatorio privilegiado desde el cual obtener una visión del modo en que esta organización ha respondido entre 1905 y 1910 a los desafíos del militarismo, del nacionalismo y del imperialismo.

⁴²⁸ El informe de la Organización internacional de la juventud socialista, redactado por De Man, figura en las *Notes complémentaires* presentadas en el congreso por C. Huysmans.

Cuando el congreso se reúne, los problemas planteados por el empeoramiento de la situación internacional están a la orden del día desde la reunión del Buró Socialista Internacional del 10 de noviembre de 1906.⁴²⁹ En dicha ocasión Vaillant había insistido en que los socialistas alemanes preparasen un informe sobre la «prevención de los conflictos internacionales», y el holandés Troelstra había hecho añadir «la cuestión del antimilitarismo» que se transformó, en la formulación definitiva, en «del militarismo». No son precisiones superfluas: tanto en Vaillant como en Troelstra había una intención polémica, en relación con los socialistas alemanes el primero, y con los franceses, el segundo. Desde 1905, las guerras lejanas del último período del siglo son sustituidas por tensiones crecientes entre los Estados europeos: Italia y Austria, Suiza y Noruega, pero sobre todo Francia y Alemania, para las cuales la crisis marroquí de la primavera de 1905 había sido el clamoroso detonador. Ahora bien, los socialistas franceses y alemanes no habían reaccionado del mismo modo y en 1907 no se presentaron al congreso con el mismo ánimo militante. De parte francesa se había advertido la gravedad de la amenaza: los artículos y discursos de Jaurès revelan su angustia y el ansia de obtener de los proletariados franceses y alemán una acción que haga imposible «las empresas de la aventura y de la barbarie».⁴³⁰ Mientras tanto, la relación de fuerzas entre el partido francés y el alemán se modifica. En Francia, la realización de la unidad socialista había otorgado a Jaurès —si bien su posición directiva en la nueva formación política, la Sección francesa de la Internacional obrera (SFIO), no era muy segura— un prestigio del cual hasta entonces no disfrutaba. Es más, frente a la amenaza de guerra, había establecido con Vaillant, el viejo blanquista-marxista comunero, que provenía de la otra tendencia del socialismo francés, una sólida alianza que estaba destinada a continuar que adquiriría mucha más importancia en cuanto que la Confederación general del trabajo (CGT) se encontraba entonces, en Francia, en el máximo de su expansión, y el empeño militante de la dirección sindical-revolucionaria encontraba gran eco sobre todo entre los obreros metalúrgicos, con un prestigio que iba en aumento en las organizaciones obreras. Entre 1905 y 1907, Jaurès rompe con

⁴²⁹ *Le Bureau socialiste international*, op. cit., pp. 240-265, acta de la VIII sesión plenaria.

⁴³⁰ La expresión "*les entreprises de hasard et de barbarie*" se encuentra en el discurso del 9 de julio de 1905. *La paix et le socialisme*, publicado en "*L'Humanité*" y en "*Vorwärts*"; este discurso ha sido objeto de un interesante estudio de G. CHAUVEAU, *Analyse linguistique du discours jauresien*, en "*Langages*", diciembre de 1978.

los grupos dirigentes del sindicalismo y con muchos de aquellos que lo habían apoyado en los días del millerandismo, a causa del problema de la guerra y de la paz. No sorprende por tanto que las nuevas propuestas sean francesas; señalan lo que el congreso de Stuttgart confirmará: el prestigio creciente de la SFIO y de Jaurès.

Al mismo tiempo, hay un cierto retroceso del partido alemán, cuya dirección se encontrará a la defensiva. Es verdad que no se trata de la primera vez: había ya sucedido en el momento de la crisis revisionista. Pero entre 1899 y 1904 las cuestiones teóricas planteadas por Bernstein habían suscitado toda una serie de réplicas, no sólo por parte de los marxistas ortodoxos sino también de todos aquellos que, como Jaurès, habían hecho suyos algunos puntos esenciales del pensamiento de Marx,⁴³¹ y la socialdemocracia alemana había reencontrado después del Congreso de Dresde, en 1903, el magisterio que le había conferido la herencia privilegiada de Marx y Engels. Muy diferente era la situación en 1907: las elecciones habían producido un notable descenso de escaños para el partido, bajo la presión del nacionalismo, y habían dado argumentos a la corriente que, alrededor de Vollmar y Noske, se declaraba favorable a una concepción paragubernamental de la defensa nacional y a la posición de Calwer, quien durante la crisis marroquí sostuvo posturas más anti francesas que internacionalistas.⁴³² Eran elementos que afectaban a un partido cuya estrecha asociación con los sindicatos, a partir del Congreso de Mannheim (1906), reforzaba las tendencias a la pasividad política, al obrerismo, a la subvaloración de las nuevas situaciones aparecidas con la formación del imperialismo.

Por reacción muy comprensible a la versión oficial de la Internacional comunista, que por mucho tiempo sobrevaloró el peso de Lenin en la II Internacional y anticipó su ruptura con Kautsky, se han infravalorado las consecuencias sacadas por la izquierda marxista rusa y polaca –de Lenin a Márto y a Rosa Luxemburg– a continuación de la guerra ruso-japonesa: la derrota militar del zarismo había abierto las puertas a la revolución en Rusia y en Polonia. Para los socialdemócratas rusos y polacos, las relaciones entre guerra y revolución habían perdido el carácter abstracto que conservaban en

⁴³¹ Cf. J. JAURES, *Bernstein et l'évolution de la méthode socialiste*, en Id., *Oeuvres*, París, 1961, tomo II, pp. 119-140.

⁴³² La fuente sigue siendo esencialmente el libro de C. SCHORSKE, *German Social-democracy 1905-1917*, Cambridge (Mass.), 1955.

los discursos de los dirigentes alemanes y franceses.⁴³³ «La capitulación de Port-Arthur es el prólogo de la capitulación del zarismo», había dicho Lenin, mucho antes del «domingo sangriento» de San Petersburgo;⁴³⁴ en el transcurso de 1905 los acontecimientos le darán la razón.

Esta es la sustancia de los debates que se desarrollaron en Stuttgart. Por lo menos tres tendencias se dibujaron allí, sin que se pueda asegurar la unidad de cada una de ellas. La iniciativa parte de los franceses⁴³⁵ afirman con mucha energía –tanto Jaures y Vaillant, como Gustave Hervé, cuyos votos permitieron obtener la mayoría en el Congreso decisivo de Nancy a la moción de Vaillant– la especificidad de las nuevas amenazas de guerra. Al negar el carácter repetitivo de la situación internacional, la mayoría de la SFIO pudo hacer suyo el pacifismo de amplios sectores de la clase obrera y de las clases campesinas y afirmar la propia voluntad de encontrar respuestas políticas a los problemas políticos planteados por los conflictos internacionales. La fundamental responsabilidad del capitalismo en esta situación no es en absoluto discutida: «ahora que los grandes pueblos de Europa están constituidos, no hay más que guerras capitalistas», declara Jaurès en Stuttgart.⁴³⁶ Pero «el capitalismo no es un dios encerrado en su santuario»: es posible atacarlo «en todas sus manifestaciones». La lucha dirigida específicamente contra la guerra no es por lo tanto una diversión: en este punto, Vandervelde y Andrea Costa, Karl Liebknecht⁴³⁷ o Henry de Man, apoyan más o menos explícitamente a Jaurès. Bien es verdad que no faltan las divergencias: en el plano teórico, Hervé se basa en la negación de la idea de patria en un régimen capitalista, mientras que para Jaurès, siempre crítico hacia las afirmaciones «antinacionales» del *Manifiesto*, la crisis aparente de dicha idea es sólo una crisis de crecimiento. Por lo que se refiere a las medidas

⁴³³ P. Lafargue escribe en "Le Socialiste" del 25 de julio de 1905 que, como la guerra europea llevaría a la revolución social, es imposible, y la agitación militar en Francia y Alemania no tendría otra finalidad, según él, que la de mantener a la industria.

⁴³⁴ "Vperiod", 1º (14) enero de 1905, en V. I. LENIN, *Obras completas*, vol. 8, p. 44.

⁴³⁵ "El deber de toda nación es consolidarse a sí misma antes de buscar apoyo internacional", declara Jaurès en el Congreso de Nancy: cf. *Quatrième congrès national tenu à Nancy les 11-12-13 et 14 août 1907. Compte-rendu sténographique*, París, 1907, p. 286.

⁴³⁶ *Septième congrès socialiste international tenu à Stuttgart. Compterendu analytique*, Bruselas, 1908, p. 133.

⁴³⁷ Karl Liebknecht no forma parte de la comisión que discute sobre el militarismo y los conflictos internacionales, pero presenta el informe principal en la Conferencia de las organizaciones de la juventud.

a adoptar en caso de amenaza contra la paz, Hervé repite el llamamiento a la huelga militar, sostenida, sin mucho éxito, por Nieuwenhuis, en 1891. Vaillant y Jaurès proponen «todos los medios», desde la intervención parlamentaria hasta la agitación en las calles, de las manifestaciones populares a la huelga general obrera y a la insurrección: los medios del ciudadano y los del proletario. Para ellos, a diferencia de Hervé, el objetivo no debe ser el de «poner condiciones a amigos socialistas como nosotros»,⁴³⁸ es decir, a los socialistas alemanes, sino el de llegar, en el ámbito del congreso, a reglas comunes «libremente discutidas y decididas por todos». Sin embargo, en lo esencial –conciencia del peligro, voluntad de combatirlo, esperanza de vencer– la mayoría de la SFIO, en absoluto aislada, es unánime.

Lo es también, a pesar de los matices, la delegación socialdemócrata alemana, apoyada en la comisión por el austríaco Adler, por el rumano Rakovski; por los guedistas franceses y por sus amigos belgas, mientras que los anglosajones se constituyen en un grupo aparte,⁴³⁹ renunciando, como los suecos, a tener peso real en la moción final. En resumen, los marxistas tradicionales, cuya importancia se redujo notablemente, permanecen agrupados alrededor de sus exponentes alemanes, hasta el punto de que se vislumbra una reconciliación, como en el caso del debate acerca de las colonias, entre los ortodoxos y los revisionistas, entre Bebel y Vollmar. En nombre del corpus antianarquista lentamente elaborado, y por lo tanto, en nombre de la fidelidad al pasado, y de los más altos intereses del socialismo alemán, que puede solamente crecer en el respeto a la legalidad, las posiciones marxistas se trasladan hacia la derecha. En una situación que no es nueva no hay necesidad de nuevas soluciones, afirman; a las eventuales amenazas basta oponer la creciente fuerza parlamentaria del partido, a la que la sola mención de la huelga general pondría en situación de inferioridad. Finalmente, es posible –sólo en este punto las cosas han cambiado en apariencia– distinguir en el siglo xx entre guerra ofensiva y guerra defensiva.⁴⁴⁰ Por lo tanto, cualquier iniciativa que convirtiese la lucha

⁴³⁸ Así, Vaillant en Nancy: cf. *Quatrième congrès*, op. cit., p. 227.

⁴³⁹ Ingleses y americanos intervienen en Stuttgart para evitar tener que defender el armamento general del pueblo, considerado por ellos un atraso, al no existir servicio militar en sus países.

⁴⁴⁰ "El político avisado -declara Bebel- distingue sin demasiada dificultad el hilo conductor del conflicto. Ya no existe la política secreta de los gabinetes". *Septième congrès*, op. cit., p. 118.

obrero contra la guerra en lucha autónoma, se convierte en nefasta, o por lo menos en inútil.

Pero por vez primera la izquierda polaca, rusa y, en parte, la holandesa, interviene en el debate de modo original. Se dibuja una nueva corriente. Sin duda, en el plano táctico se trata de no permanecer solidarios con la moción presentada por Bebel, el gran unificador del partido alemán, aquel partido casi internacional en el cual tantos socialistas de diferentes naciones de Europa central y oriental ocupan posiciones de responsabilidad: se reforzará su moción con enmiendas, en lo esencial se opondrán a Vollmar. Sin embargo, en el plano político, lo que Lenin y Rosa Luxemburg critican es este refugiarse de los marxistas en los esquemas y en el parlamentarismo. «El vital anhelo de recurrir a nuevos métodos de lucha, cada vez más decididos, ha sido plenamente reconocido por el proletariado internacional», comentará Lenin.⁴⁴¹ Estratégicamente, y se trata de un punto importante, la inserción de las revoluciones rusa y polaca en la guerra ruso-japonesa alimenta una perspectiva real, que había permanecido hasta entonces como puramente académica y que no era ni siquiera mencionada por las mociones constitutivas del corpus pacifista a partir de los años noventa. Lenin subraya la aportación que Rosa Luxemburg, «con los delegados socialdemócratas rusos (Lenin y Mártov, que en este caso ambos actuaron en completa armonía)», ha hecho a la reelaboración en la comisión de la moción presentada por Bebel:

En el caso de que la guerra estalle, [los socialistas] tienen el deber de intervenir para hacerla cesar con rapidez y para utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por aquella, a fin de agitar los estratos populares más profundos y de precipitar la caída del capitalismo.

Los comentarios de Lenin⁴⁴² subrayan otro aspecto del éxito obtenido: «el Congreso de Stuttgart puso de relieve el contraste existente (...) entre el ala oportunista y el ala revolucionaria del movimiento socialdemócrata internacional» y ha conseguido dar a aquellos problemas una solución «en el espíritu del marxismo revolucionario». Aislando el herveísmo «semi-anarquista» y «candoroso», que interesa solamente como revelador de una

⁴⁴¹ LENIN, *El Congreso socialista internacional de Stuttgart (octubre de 1917)*. en "Calendario de 1908 para todos", ct. Id., *Obras completas*, vol. 13, p. 93.

⁴⁴² *Ibíd.*, p. 80.

voluntad de lucha, y el oportunismo a la Vollmar, más peligroso, la izquierda marxista contribuye a reforzar la unidad del movimiento sobre las propias posiciones: de Jaurès –del cual Lenin por una vez alaba el comportamiento, en Stuttgart– a Bebel, de los socialdemócratas rusos a los polacos.

Debido a su posición concluyente, la enmienda acentuaba la coloración radical de una moción cuya aparente claridad y unanimidad ocultaban notables ambigüedades. Los rusos y los polacos eran, con toda probabilidad, los únicos que consideraban con seriedad la hipótesis de una revolución. Los alemanes y sus aliados habían aceptado la moción porque no turbaba la práctica política en base a la cual la socialdemocracia contaba reiniciar sus progresos electorales, al no hacer mención de la huelga general y presentar como ejemplos históricos la lucha del proletariado contra la guerra. Los franceses y todos aquellos que los apoyaban habían aceptado la moción porque eran sensibles al tono de activismo con que estaba redactada y al retroceso que constituía –incluso desde el punto de vista del prestigio– para la socialdemocracia alemana. Los ingleses y los americanos la habían votado porque estaban convencidos de que no les incumbía. Moderador de la sesión plenaria, el presidente del Buró Socialista Internacional, Vandervelde, contaba por su parte con que cada partido, al volver a su país, examinaría la posibilidad de modificar su posición. Nada impedía esperararlo.

7. ¿Qué guerra?

La moción de Stuttgart –según el texto propuesto por Bebel– había repetido, en la primera parte, la afirmación de que las guerras entre los Estados capitalistas, cuya sombra había parecido caer sobre Europa en 1905, eran la consecuencia de su competencia en el mercado mundial. Las discusiones que se derivan de esta frase al intentar interpretarla plantean el problema concreto de las guerras que amenazan al mundo.

En el siglo XX, ¿la guerra puede aún estallar por la voluntad de un pueblo de realizar su propia unidad nacional? Es mérito de Jaurès no eludir la cuestión, sobre la cual, los marxistas, considerándola resuelta, no se detenían. Para él, la primacía de la paz radica en la valorización de la civilización europea, enriquecida por todas sus culturas y apoyada en los «grandes pueblos de Europa». Llega así a las mismas concepciones de Engels y de Kautsky: si bien «motivos nacionales han podido ocultar maniobras gubernamentales» en el pasado, en los tiempos de la unificación italiana o

alemana, aquella época ha pasado; ahora sólo hay guerras capitalistas.⁴⁴³ Volverá sobre este tema repetidas veces, en particular durante la primera guerra balcánica: «La era de las grandes guerras de nacionalidad ha terminado»;⁴⁴⁴ la civilización europea ha alcanzado un nivel tal que «la fuerza profunda de los instintos seculares» no puede desencadenar grandes conflictos. Los mismos pueblos balcánicos, cuya mezcla étnica y religiosa prolonga un estado de ánimo propio del pasado, no tienen futuro si no es en la federación que aparece en el programa de los socialistas balcánicos. Sólo «la competencia capitalista» ha lanzado a Italia sobre Tripolitania, con una guerra que ha hecho posible los conflictos en apariencia nacionales que ahora laceran a la península sudoriental. Los pequeños partidos políticos balcánicos iban más allá y denunciaban «el ideal sangriento de las nacionalidades».⁴⁴⁵

La noción de guerra defensiva dejaría de tener significado para aquellos militantes. De modo diverso iban las cosas en Occidente, donde ni el proletariado francés, ni el alemán, y ni siquiera los partidos socialistas, se encontraban en situación de estar acampados como extranjeros en su país. Así, un debate real empieza a dibujarse –pero sólo eso– sobre estos temas. En Stuttgart nadie recoge en este punto la propuesta de Bebel, y el segundo párrafo de la moción Vaillant-Jaurès, sobre el cual el consenso era casi unánime en la SFIO,⁴⁴⁶ desapareció durante la discusión y en la moción final: se refería –al deber, para la clase obrera de una nación amenazada en su independencia de hacer frente a esta amenaza y sugería la necesidad de que los trabajadores de otros países acudiesen en su ayuda. El silencio del congreso revela su embarazo: ¿la guerra capitalista puede por lo tanto ser también una guerra defensiva? ¿Qué sentido tiene para los marxistas una pregunta de este tipo? Más que en Francia, donde la corriente ortodoxa en torno a Guesde no había ocultado su acuerdo con el texto elaborado por los seguidores de Vaillant, la polémica se desarrolla en Alemania, en el Congreso de Essen, en septiembre de 1907.

El punto de partida había sido la declaración de Noske en el Reichstag, según la cual «el pueblo alemán en su totalidad (tiene) interés en las

⁴⁴³ *Septième congrès*, op. cit., p. 133.

⁴⁴⁴ J. JAURÈS, *Guerre et intrigue*, en "L'Humanité", 20 de octubre de 1912.

⁴⁴⁵ Cf. el *Manifiesto de los socialistas de Turquía y de los Balcanes*, en "Bulletin périodique du BSI", n. 9, pp. 5-7. El boletín lo redacta C. Rakovski por mandato del BSI.

⁴⁴⁶ Sólo se había opuesto al mismo la corriente herveísta.

instituciones militares para la defensa de nuestra patria».⁴⁴⁷ ¿Se trataba de una forma de neolasallismo?⁴⁴⁸ o más simplemente, ¿se trataba de la significativa reacción a la integración en el Estado de una fracción del partido? Bebel defiende a Noske, recurriendo a la distinción, formulada en el Congreso, entre guerra defensiva y guerra de agresión. Pero contra esta interpretación se alzan muchos opositores: la oposición pacifista de Kurt Eisner, amigo de Bernstein, para el cual estos propósitos son peligrosos, ya que contribuyen objetivamente a aumentar la tensión internacional; la oposición de principio de Kautsky, cuya inquietud teórica se ha despertado en Stuttgart, quien niega cualquier significado marxista al concepto de guerra defensiva: si hay que tomar una decisión, es sólo en función de los intereses de clase del proletariado;⁴⁴⁹ por último, la oposición más específicamente política, que proviene de la izquierda del partido: Paul Lensch y, menos claramente, Georg Ledebour toman como punto de partida la situación mundial real para afirmar que éste no admite la justificación de ninguna guerra. Pero la discusión se cierra sin decisiones definitivas: los socialistas alemanes renuncian simplemente a tomar una decisión sobre un punto decisivo.

⁴⁴⁷ *Stenographische Berichte der XI. Legislaturperiode*, pp. 1098-1101, cit. en J. ROYAN, *Histoire de la socialdémocratie allemande*, París, 1978, p. 138.

⁴⁴⁸ Es el análisis que hará unos años después C. ANDLER, *Le socialisme imperialiste dans l'Allemagne contemporaine. Dossier d'une polémique avec Jean Jaurès. 1912-1913*, París, 1918.

⁴⁴⁹ Lenin había expresado idénticos principios en "Vperiod", 5 de abril (23 de marzo) de 1905: "Este hecho irrefutable nos revela de modo palpable que inclusive un problema tan 'sencillo' y claro como el de la paz y la guerra no puede plantearse con acierto si se pierde de vista el antagonismo de clases de la sociedad moderna, si se pasa por alto el hecho de que la burguesía, en todo lo que hace y por democrática y humanitaria que pueda parecer, defiende siempre, por encima de todo y antes que nada, los intereses de su propia clase, los intereses de la 'paz social', es decir, los intereses del aplastamiento y el desarme de las clases oprimidas. (...) El proletariado lucha y luchará siempre, sin tregua, contra la guerra, pero sin olvidar ni por un momento que sólo podrá acabarse con las guerras cuando se acabe por completo con la división de la sociedad en clases; que, mientras exista la dominación de clase, la guerra no podrá ser considerada sólo desde el punto de vista sentimentalmente democrático; que en las guerras entre naciones explotadoras se debe distinguir el papel de la burguesía progresista y el de la burguesía reaccionaria de una u otra nación" (LENIN, *Obras completas*, vol. 8, p. 275).

Sin embargo, la discusión había mostrado que las dificultades eran al mismo tiempo de orden teórico y político. Darse cuenta de los riesgos de la guerra, más allá de la coyuntura inmediata, se convertía en indispensable para poder así situarlos en una perspectiva política de clase. Asimismo, era necesario caracterizar la naturaleza y las tendencias de las nuevas contradicciones que se desarrollaban entre las potencias capitalistas, precisando las consecuencias que podían resultar. Será Kautsky quien en 1909, en su libro *El camino del poder*,⁴⁵⁰ intente este análisis. Esta obra, a propósito de la cual Lenin declararía más tarde haber visto en ella por última vez al gran Kautsky, suscitó la inquietud del partido: atrincherándose tras la posibilidad de acciones penales, la dirección pidió y obtuvo modificaciones, con gran irritación de la izquierda. Sin embargo, el libro de Kautsky retomaba y completaba con vigor los artículos de la «Neue Zeit», en los cuales había combatido las tesis de Max Maurenbrecher acerca de la posibilidad de un paso pacífico al socialismo. Según su opinión, la perspectiva abierta al movimiento en el inicio del siglo XX está hecha de tensiones crecientes y de grandes luchas revolucionarias. Estas tienen una seria posibilidad de articularse con la guerra, avento incierto pero no imposible, cuya salida la clase obrera puede entrever mejor que nadie con confianza. Las cosas han cambiado mucho desde que, en 1891, Engels había expresado el temor que una guerra abriese prematuramente la vía a una revolución: el número, la organización, la superioridad moral e ideológica del proletariado son ya tan grandes que «no se puede hablar de una revolución prematura, dado que éste ha obtenido de las instituciones políticas existentes toda la fuerza que podía obtener y dado que una transformación de estas instituciones se ha convertido en una condición para su posterior progreso».⁴⁵¹ A pesar de que las condiciones necesarias para que una guerra imperialista tuviera un desenlace revolucionario se vislumbraban de modo bastante fatalista, la intervención de Kautsky rompía los lazos no sólo con la derecha socialdemócrata y el «apoltronamiento»⁴⁵² de Bebel y del centro, sino también con las orientaciones «civilizadoras» de Jaurès y con el pacifismo

⁴⁵⁰ K. KAUTSKY, *Der Weg zur Macht. Politische Betrachtungen über das Hineinwachsen in die Revolution*, Berlín, 1909 (trad. cast. *El camino del poder*, México, 1968). V. Fay, que dirigió la traducción francesa (*Le chemin du pouvoir*, París, 1969), ha añadido como apéndice una serie de cartas intercambiadas entre Kautsky y algunos dirigentes socialistas alemanes.

⁴⁵¹ *Ibíd.*, cap. II y IX.

⁴⁵² *Ibíd.*, p. 162.

inglés: ya que de la política imperialista surgía un nuevo siglo de revoluciones, no se trataba ya de discutir acerca del carácter defensivo de cualquier nuevo conflicto, sino de reforzar a cualquier precio la autoridad moral de la que el partido socialista internacional era el único poseedor en el mundo, hasta el punto de aparecer como una fuerza indestructible en medio del caos.

De todas formas, debe señalarse que Kautsky no abordaba de modo innovador el análisis de la política imperialista que la socialdemocracia había formulado a partir de los últimos años del siglo XIX: definía aún el imperialismo como la política de expansión y conquistas coloniales, el desarrollo de los armamentos de tierra y de mar. El primer esfuerzo de renovación en gran escala tuvo lugar en 1910 en la escuela marxista de Viena, cuyo primer volumen de los *Marx-Studien* apareció en 1904, con la publicación del estudio de un joven austro-marxista, Rudolf Hilferding, *El capital financiero*.⁴⁵³ Con este voluminoso libro, en la misma línea que su compatriota Otto Bauer,⁴⁵⁴ pero por caminos diferentes, se propone definir el imperialismo como resultado de la evolución capitalista, expresión no, como algunos sostenían, de intereses arcaicos, sino por el contrario, de sus formas más modernas. En la creciente fusión entre capital bancario y capital industrial, pasa a primer plano la exportación de capital sostenida por los Estados que han renunciado definitivamente al liberalismo. La guerra, cargada de «tempestades revolucionarias» puede ser un resultado de la competencia encarnizada, abierta de este modo. Esta hipótesis, formulada por Hilferding, le valdrá los furiosos ataques de Bernstein, en 1911, convencido de que «en toda partes importantes fracciones del mundo de los negocios participan en la resistencia contra la guerra».⁴⁵⁵

A esta argumentación empírica, pronto se contrapondrá otra, sacada directamente de los análisis del estudioso austríaco y mucho más aguda: ¿acaso la estrecha conexión entre capitales de varias naciones imperialistas y el desarrollo de los trusts internacionales no pueden desembocar primero en el freno y después en la desaparición, a escala mundial, de la competencia causante de guerras? Dejando de lado el tema de las relaciones de dependencia formulado por Bauer, se abre el camino a las teorías del

⁴⁵³ La trad. francesa de *Das Finanzkapital* (París, 1970) lleva un importante prólogo de Y. Bourdet.

⁴⁵⁴ *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena, 1907.

⁴⁵⁵ E. BERNSTEIN, *Das Finanzkapital und Krisen*, en "Sozialistische Monatshefte", 1911, p. 954; cf. ANGEL, *Eduard Bernstein*, op. cit., p. 350

ultraimperialismo, a la justificación económica de la inevitabilidad de la guerra. Volveremos a estas hipótesis, pero después de una necesaria disgresión.

8. Guerra a la guerra

Entre 1911 y 1912, cuando a consecuencia del golpe de Agadir estalla la segunda crisis marroquí, y a continuación la guerra de Libia, que incendia el polvorín balcánico, comienza una búsqueda afanosa y angustiada, por una parte, de iniciativas susceptibles de localizar los conflictos, por otra, de respuestas de masas capaces de mostrar la fuerza del socialismo en la movilización del mundo del trabajo. Georges Haupt ha reconstruido cómo fueron aquellos años febriles,⁴⁵⁶ mostrando –sobre todo en base a los documentos del archivo del BSI– de qué modo después de Stuttgart el comportamiento de la mayoría de la SFIO continuaba diferenciándose del de la socialdemocracia alemana,⁴⁵⁷ y cómo la Internacional, en cuanto institución, así como su activo centro de dirección, se encuentran en el corazón de las tensiones que oponen a los dos grandes partidos.

Las diferencias franco-alemanas se hacen gradualmente más graves y precisas hasta el Congreso de Basilea. Como en 1905, éstas tratan sobre todo acerca de la importancia de las amenazas de guerra: en julio-agosto de 1911, el delegado alemán en el BSI, Hermann Molkenbuhr, y el mismo Bebel, no ven en el envío de la cañonera *Panther* a Agadir más que una maniobra diversiva del gobierno alemán para influir en las elecciones legislativas. Dos meses después, en el caso de la agresión italiana a Tripolitania, la dirección del partido alemán considera que el problema «no presenta, por el momento, ningún interés». Ni siquiera en agosto de 1912, cuando señales inquietantes se multiplican en los Balcanes, la socialdemocracia alemana no encuentra ningún motivo por el que agitarse. En cambio, cada uno de estos acontecimientos es vivido de modo febril por Jaurès y Vaillant. Por otra parte, el desacuerdo entre las direcciones de los dos partidos va más allá de los análisis de política internacional: se descubre su naturaleza al examinar las

⁴⁵⁶ G. HAUPT, *Le congres manqué. L'Internationale a la veille de la premiere guerre mondiale*, París, 1965. La trad. inglesa lleva un capítulo suplementario sobre el hundimiento de la II Internacional, Oxford, 1972).

⁴⁵⁷ Cf., además del estudio, hoy superado, de M. DRACHKOVICH, *Les socialismes français et allemand et le probleme de la guerre, 1870-1914*, Ginebra, 1953, el sólido trabajo de C. PINZANI, *Jaurès, l'Internazionale e la guerra*, Bari, 1970.

propuestas francesas rechazadas por los alemanes. Para Jaurès y Vaillant, la Internacional no es sólo la suma de los partidos nacionales que la constituyen; el prestigio, del que es depositaria en cuanto instancia simbólica del proletariado, debe ser transformado por ella en poder político al servicio de la paz. Los congresos son momentos fundamentales para la realización de este objetivo, y el BSI y la secretaría tienen que reforzar aún más el papel activo desarrollado desde 1906. «Elemento de coordinación y de acción», tal como lo define la moción de Stuttgart, el BSI debe funcionar como una especie de Estado mayor del socialismo, naturalmente democrático. Se hace necesario, por lo tanto, cuando la coyuntura amenaza –y tal es la situación– reunir los partidos (julio de 1911), convocar al BSI (septiembre de 1911), instarlo a publicar manifiestos internacionales (octubre de 1911), anticipar la fecha del Congreso internacional (septiembre-octubre de 1912). Cada una de estas propuestas refuerza el acuerdo entre los socialistas franceses y los responsables del BSI. Estos últimos reciben la adhesión de los ingleses, de los socialistas de izquierda americanos y de las fuerzas radicales de las regiones interesadas en la crisis balcánica: el partido socialista «estricto» de Bulgaria, la federación de Salónica. Pero cualquier propuesta se encuentra con el veto o la fuerte oposición de los socialdemócratas de Europa central. Después de Ámsterdam, el partido alemán proclama con firmeza que toda sección de la Internacional debe conservar la máxima independencia, y el BSI, que goza frecuentemente de las simpatías de los pequeños partidos, provoca la ironía de Víctor Adler: «para mi gusto, las funciones del BSI, en cuanto instancia diplomática, no me son demasiado simpáticas: se tiene siempre la impresión (...) de utilizar una influencia de la que no se dispone».⁴⁵⁸ En caso de consultas internacionales, el prestigio de la socialdemocracia alemana conserva suficiente fuerza como para reunir a su alrededor, además de las organizaciones que la consideraran la custodia de la ortodoxia marxista –Holanda, España, Bohemia– a aquellas que confían en su prudencia política, y en especial a los partidos escandinavos.

Sin embargo, a pesar de los profundos desacuerdos, la Internacional toma, durante los años 1911 y 1912, posiciones vigorosas en contra de la guerra. Desde las manifestaciones de masas organizadas por el BSI en todas las capitales de Europa el 5 de noviembre de 1911, el mismo día en el que Italia

⁴⁵⁸ Adler a Bebel, 7 de agosto de 1911, en V. ADLER, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, 1954, pp. 537-538.

anunciaba la anexión de Trípoli,⁴⁵⁹ hasta el gran Congreso de Basilea, del 24-25 de noviembre de 1912, todos los partidos, o casi todos, participan activamente en los actos contra la guerra. Por otra parte, en Alemania, muchas organizaciones socialistas locales reaccionan rápidamente después de Agadir,⁴⁶⁰ a final de año la socialdemocracia alemana orienta su campaña electoral hacia las protestas contra la guerra. En Italia, si bien las reacciones socialistas fueron tardías y poco enérgicas en un principio,⁴⁶¹ el futuro director de «Avanti!», Benito Mussolini, organiza violentas manifestaciones contra la conquista de Libia. En septiembre y octubre de 1912, los socialdemócratas austríacos, en una serie de artículos de la «Arbeiter Zeitung» denuncian los sofismas nacionalistas que actúan en los Balcanes, e intentan circunscribir el conflicto. En este ambiente, en una atmósfera de emoción casi religiosa, el Congreso extraordinario de Basilea afirma solemnemente la capacidad de la Internacional –y sólo de ella– para combatir la guerra. «Destrozaré los rayos de la guerra que nos amenazan desde las nubes»: Jaurès, tomando la máxima de Schiller, la transforma en un juramento.⁴⁶² Menos lírico, pero no menos firme, el «Peuple», órgano casi oficial del BSI, escribe: «podemos repetirlo: tan sólo el socialismo ha trabajado para la paz en los Balcanes. Del mismo modo ha actuado durante la guerra italo-turca. Ha resultado ser el único factor de pacificación en el mundo capitalista. Se encontrará mañana en la misma situación si por desgracia no consigue localizar el incendio».⁴⁶³ La declaración votada declara con cierto énfasis: «gracias a la grandiosa cooperación de los obreros de todo el mundo», los partidos socialistas han resultado ser «auténticos actores de la historia».

⁴⁵⁹ Los "tripolistas", entre ellos Bissolati, fueron expulsados del PSI. Sobre la acción de la Internacional en esa época, cf. G. HAUPT, *L'Internazionale socialista e la conquista libica*, en "Movimento operaio e socialista", XIII, 1967, pp. 3 y ss.

⁴⁶⁰ Rosa Luxemburg insiste a Guesde y Vaillant para que asistan a la reunión de Leipzig del 20 de agosto, y Mehring, en un artículo de la "Neue Zeit", *Das Morokko Abenteuer*, realiza un primer balance.

⁴⁶¹ Cf. R. RAGIONERI, *La storia politica e sociale*, en *Storia d'Italia Einaudi*, vol. IV, t. III, pp. 1949 y ss.

⁴⁶² "Bulletin périodique du BSI", n. 10, p. 6.

⁴⁶³ "Le Peuple", Bruselas, 29 de octubre de 1912.

9. ¿Guerra o revolución?

En el mismo momento en que en Basilea el capitalismo era señalado como único responsable de cualquier guerra futura y en que el manifiesto lanzado en aquella ocasión denunciaba la agudización de los antagonismos de clase, se profundizaba el debate fundamental que conduciría a la mayoría de los socialistas a reconsiderar sus análisis acerca de las perspectivas abiertas por el imperialismo. La discusión durará hasta el estallido de la guerra y se difundirá extensamente en la base militante, hasta el punto de convertirse en objeto de muchos informes dirigidos al congreso internacional previsto para agosto de 1914 en Viena. Para intentar identificar los diversos sectores, cuyos contornos se dibujan con lentitud, podemos recurrir a una división tripartita, poniendo en claro, entre otras cosas, que ésta no reflejará automáticamente la tradicional división ideológica entre revisionistas, ortodoxos y revolucionarios.

En la extrema derecha de los partidos socialistas se reafirmaba una corriente que tendía a apropiarse del sistema de valores nacionalista y de los objetivos expansionistas de las clases dominantes. Todos aquellos que se adherían a ella, hacía tiempo que no creían ya en la posibilidad de la revolución y, en lo esencial, no contaban con la paz: aquellos que habían tenido una formación marxista deducían su certidumbre de que las necesidades económicas prevalecen sobre el humanismo soñador y llegaba a imaginar vastos imperios autárquicos, con la firme intención de impedir que las ventajas del progreso fueran monopolizadas por los poseedores de capitales.⁴⁶⁴ Por lo tanto, en estos ambientes se solía admitir la necesidad de una política colonial o paracolonia, considerándola como una cuestión de vida o muerte para la nación y para su clase obrera; se estaba dispuesto incluso a asumir los riesgos de un conflicto siempre que fuese para dar una posibilidad de este tipo al propio país, y, de todas formas, a votar los créditos solicitados en nombre de la defensa nacional. Alemania contaba con un buen número de aquellos que Kautsky definirá «realpolitischen Sozialisten»: David, Schipel, Vollmar, Noske, Maurenbrecher, Hildebrand (el único a quien el Congreso de Chemnitz, de 1912, decidirá expulsar del partido). Pero incluso en Italia, un marxista de la talla de Antonio Labriola, diez años antes que Bissolati, había apoyado calurosamente la conquista de Libia en nombre

⁴⁶⁴ E. PREISER, *Die Imperialismusdebatte; Rückschau und Bilanz*, en *Wirtschaft, Geschichte und Wirtschaftsgeschichte*, Stuttgart, 1966.

de una «política demográfica».⁴⁶⁵ Por otra parte, la derecha no reclutaba a sus partidarios sólo entre los colonialistas de fecha más o menos reciente: al expulsar por chovinismo, en 1913, a su presidente Hyndman, el British Socialist Party apartaba no sólo a uno de los pocos marxistas ingleses, sino a uno de los que desde hacía más tiempo denunciaba la política inglesa en la India. La SFIO –quizá por incapacidad teórica– no tenía en el amplio abanico de sus militantes ningún dirigente de este tipo. En varios países de Europa, la búsqueda de un socialismo nacional se hacía perentoria desde el final de la primera década del siglo, incluso entre los militantes ligados al sindicalismo revolucionario, a veces marxistas, no siempre miembros de partidos socialistas: así, Robert Michels, Arturo Labriola, Georges Sorel...

La izquierda marxista, si bien compartía algunas opciones fundamentales con estos personajes, los combatía a causa de las visiones diferentes acerca de numerosas cuestiones tácticas.⁴⁶⁶ En común con ellos tenía la confianza en la rápida aproximación de la revolución; en Lenin, esta confianza se nutría, por lo menos desde 1912, del nuevo desarrollo que estaba tomando el movimiento obrero ruso;⁴⁶⁷ en Liebknecht y Rosa Luxemburg, de

⁴⁶⁵ La entrevista de A. Labriola al "Giornale d'Italia" fue publicada el 13 de abril de 1902 (cf. A. LABRIOLA, *Scritti politici*, a cargo de V. Gerratana, Bari, 1970, pp. 491-499). "Sobre todo (...) hay que iniciar una obra continuada de política económica Y de política demográfica, a fin de que Italia, en lugar de ver dispersas sus energías demográficas por todo el mundo, lo que constituye el aspecto más triste de nuestra inferioridad en el mundo (...) pueda transferirlas de manera estable a una región no lejana como Tripolitania". En la "tribuna" del 21 de junio de 1901 (ibid., pp. 469-473), Labriola se había mostrado escéptico y en sustancia contrario a las propuestas de arbitrajes internacionales, que hubieran debido limitarse a juzgar los "litigios" entre Estados: "pero el litigio es a la postre y siempre el índice, o lo incidental, o lo accesorio, o el síntoma de la disputa, de la oposición, de la competencia entre los Estados. Es el fenómeno más o menos intenso de la lucha entre los diversos conjuntos económico-políticos que tienen o buscan un radio de acción o una esfera de influencia; y esta lucha se origina en la íntima estructura de los mismos Estados, y las más de las veces es la condición de su progreso y el modo de garantizar su consistencia".

⁴⁶⁶ Sobre las divergencias en la izquierda alemana, cf. U. RATZ, *Kautsky und die Abrüstungskontroverse 1911-1913 in der deutschen Sozial-demokratie*, en "International Review of social history", 1966, vol 2.

⁴⁶⁷ Lenin no fue a Basilea en 1912: cf. G. HAUPT, *Lénine, les bolcheviks et la IIe Internationale*, en "Cahiers du monde russe et soviétique", julio-septiembre de 1966.

su militancia antimilitarista,⁴⁶⁸ y en esta última, también del análisis teórico acerca del imperialismo, *La acumulación del capital*, publicado en 1913, con la esperanza –como se dice en la *Advertencia*– de que la obra tuviese «no sólo interés teórico, sino también cierta importancia para nuestra lucha práctica contra el imperialismo».⁴⁶⁹ Para Luxemburg, a diferencia de Hilferding, el imperialismo no está específicamente ligado al desarrollo del capital financiero; éste se limita a llevar al límite extremo las contradicciones que el capitalismo ha conocido siempre y que lo empujan a introducir en su propio sistema las últimas formaciones aún no capitalistas, con objeto de realizar la plusvalía necesaria para la acumulación.⁴⁷⁰ La lucha por el reparto de estas sociedades atrasadas es vital para el imperialismo, y el militarismo es su agente necesario. Por esto, la guerra entre los países imperialistas es inevitable, pero de ella saldrá la revolución. El pacifismo es, por consiguiente, un engaño, y el proletariado debe prepararse para la revolución mediante la lucha política de masas y, en particular, por medio de la lucha contra el militarismo, el cual constituye el elemento esencial.

En 1913, independientemente de las raíces económicas de esta conclusión, entre los marxistas revolucionarios las diferencias tienden sin embargo más a aumentar que a disminuir. A pesar de su habilidad táctica y de sus estrechas relaciones con la extrema izquierda holandesa, Lenin está aislado en la Internacional. En particular Rosa Luxemburg ha roto con él a causa de problemas relacionados con el partido socialdemócrata polaco. Incluso en Alemania quedan impresionados por la violencia de las discusiones que se llevan a cabo entre 1911 y 1913 a propósito de la interpretación del militarismo entre la extrema izquierda, llamada de Bremen –Pannekoek, Radek, Lensch– y Liebknecht y Luxemburg. Para Liebknecht, militante siempre en la brecha, el militarismo no ha dejado de ser sobre todo el enemigo interior, odiado por los jóvenes reclutas y por los obreros. Lensch, convencido de la imposibilidad de una salida pacífica de la crisis, se ve llevado, como Radek, a juzgar sin sentido la lucha por la

⁴⁶⁸ Cf. K. LIEBKNECHT, *Militarisme, guerre, révolution*, a cargo de C. Weill, París, 1970; NETTL, *Rosa Luxemburg*, op. cit., vol. 11, pp. 152 y ss.; G. BADIA, *Rosa Luxemburg, Journaliste, polémiste, révolutionnaire*, París, 1975.

⁴⁶⁹ R. LUXEBURG, *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomische Erklärung des Imperialismus*, Berlín, 1913.

⁴⁷⁰ Cf. el prólogo de I. Petit a la trad. franc. *L'accumulation du capital*, París, 1967, p. 15.

reducción de los armamentos,⁴⁷¹ mientras que, a diferencia de Radek, cree en las acciones por la reducción del servicio militar. Pannekoek intenta una difícil síntesis. En cambio, en los otros países de Europa no aparecen posiciones de este tipo.

De todas formas, éstas son posiciones de pequeñas minorías: los principales exponentes de la Internacional conservan hasta 1914 la esperanza de ver triunfar la paz. Lo que se transforma es, si acaso, su estrategia. Sus esperanzas son confortadas y aumentadas, en cierta medida, por los éxitos conseguidos durante 1911 y 1912 en la lucha contra la guerra. Los acontecimientos políticos ofrecen argumentos de hecho al nuevo análisis del imperialismo que los teóricos del marxismo ortodoxo empiezan a exponer desde 1911. El núcleo económico deriva de Hilferding, y Kautsky acaba por dar al nuevo fenómeno expresión y nombre: ultraimperialismo o superimperialismo. Se trata de la posibilidad que tiene el capital financiero de superar los antagonismos cuya exacerbación había señalado Kautsky en 1909, para orientarse hacia un proceso de explotación no conflictivo, hacia el inicio de una solidaridad. Las formulaciones extremas no serán publicadas hasta septiembre de 1914; en la «Neue Zeit», pero los razonamientos implícitos eran ya evidentes por lo menos a partir de 1911. Según esta óptica, la guerra aparece, si no imposible, al menos improbable; por otra parte, Bebel lo había afirmado con toda su autoridad en el momento de la crisis de Agadir. Según esta perspectiva es posible luchar contra el militarismo interior y dar prioridad a la propaganda.

El partido alemán no tiene la exclusividad de este análisis: los raros teóricos guesdistas franceses, en particular Bonnier, lo desarrollan en el órgano de su corriente, «Le socialisme», hasta el punto de llevar a Charles Rappoport a retirarse de éste y a fundar, a finales de noviembre de 1912, un periódico propio. «Contre la guerre». Lafargue, poco antes de su muerte en 1911, había añadido un nuevo argumento; la creación de armas cada vez más perfeccionadas hace imposible la guerra;⁴⁷² pero otros socialistas, que no pueden ser definidos como marxistas ortodoxos, utilizan estas ideas no para sacar de ellas seguridad o motivos para su pasividad, sino para alimentar sus

⁴⁷¹ En el Congreso de Copenhague, Radek llegó a oponerse una resolución de la socialdemocracia alemana en favor de la reducción de armamentos navales, juzgándola utópica: cf., R LUXEMBURG, *Lettere a Leo Jogiches*, a cargo de F. Tych y L. Basso, Milán, 1973, p. 261.

⁴⁷² En su informe para el Congreso de Viena, V. H. Vliegen vuelve sobre este argumento: cf. HAUPT, *Le congrès manqué*, op. cit., p. 210.

esperanzas y su mayor arrojo en la lucha contra la guerra. Así Jaurès, quien repite en la cámara, el 20 de diciembre de 1911, la tesis formulada por Bebel acerca de las tres fuerzas que trabajan por la paz: en el centro de ellas se encuentra el capitalismo financiero internacional en vías de organización.⁴⁷³

En realidad lo que Jaurès revela en común con Kautsky y Bebel en este momento es que —a diferencia de la izquierda— sin abandonar la hipótesis revolucionaria, la cree lejana. De ahí el interés de los informes redactados por Otto Bauer y Sidney Webb para el Congreso de Viena: sintetizando los más recientes trabajos de los economistas marxistas y polemizando, sin nombrarla, con Rosa Luxemburg, el exponente del austromarxismo sostiene que la sociedad capitalista no se encuentra amenazada por una crisis, mientras que Webb utiliza el ejemplo inglés para demostrar que la acción sindical es capaz de arrancar a los propietarios una nueva tajada de plusvalía. El crecimiento prodigioso de los sindicalismos alemán e inglés,⁴⁷⁴ el muy conocido influjo de los sindicatos alemanes sobre la socialdemocracia de aquel país y la estrecha relación existente entre el laborismo y los Trade Unions dan a esta tesis un aspecto de verosimilitud que supera las cifras económicas. De esta forma no sólo se frenaba el miedo a la guerra, sino también la exigencia de la lucha revolucionaria.

10. *El fracaso de la Internacional*

En este marco general se desarrollan las iniciativas contra el militarismo y se encienden las discusiones sobre las posibles acciones a realizar en caso de que la guerra amenazase. Batallas concretas que, a diferencia de lo ocurrido en otoño de 1912, implican más a los estados mayores socialistas que a sus tropas.

Las cosas no podían ir de otra forma para una de las recomendaciones de Stuttgart, la que se refería a la «seria práctica» del arbitraje internacional. En Copenhague, un jurista como Renner, portavoz del partido austríaco, pero exponente del ala derecha, lleva a cabo una campaña tenaz sobre este tema. La izquierda se muestra escéptica, mientras que los socialdemócratas alemanes no ponen en juego su ascendente sobre este punto. Jaurès se encuentra en la brecha, con extraordinaria pasión, por lo menos desde cuatro años antes: tiene el talento de dar cuerpo y alma al sueño de una sociedad de

⁴⁷³ JAURÈS, *Oeuvres*, op. cit., tomo IV, pp. 429-431. (Jaurès cita a Hilferding, no a Bebel).

⁴⁷⁴ Cf. el informe de G. Haupt al coloquio *Jaurès et la classe ouvrière*, París, 1979

naciones regulada armoniosamente, y su compromiso favoreció sin duda el encuentro entre parlamentarios franceses y alemanes que discutieron acerca de ella en Berna, en mayo de 1913. Los parlamentos, institución burguesa penetrada por la fuerza socialista, pueden constituir un lugar de encuentro y de trabajo, sobre todo en Francia,⁴⁷⁵ hasta el punto de que las conferencias bilaterales son objeto de un serio sondeo por parte de la Internacional en 1912.

Eran proyectos a largo plazo, en consonancia con las esperanzas en un largo período de paz. La lucha contra el militarismo, por el contrario, se hallaba relacionada con las acciones de masas y se desarrollaba con el calor de los comicios, de las manifestaciones callejeras, de los movimientos juveniles. Iba mucho más allá de la acción en los parlamentos y gozaba del favor de las izquierdas, por lo menos en líneas generales. El Partido socialista italiano llegó a Copenhague con un proyecto de convocatoria de una Conferencia de los Estados europeos para la reducción a la mitad de las fuerzas militares en armas;⁴⁷⁶ como observó Ledebour, no se trataba de una propuesta práctica; por otra parte ¿era necesario dar a estas iniciativas forma gubernamental? En realidad, éstas solamente alcanzarán mayor entidad entre 1913 y 1914. Entre marzo y junio de 1913, la SFIO lleva una verdadera campaña de masas, la primera de su historia, contra el proyecto de ley que ampliaba el tiempo de servicio militar de dos a tres años. Para asegurar la defensa nacional, Jaurès había presentado tres años antes, bajo la forma de proyecto de ley, la propuesta de organización del «nuevo ejército», que debería haber dado concreción al viejo proyecto socialista de las milicias, y que, en cambio, encontró escasas aprobaciones incluso en su partido. En Alemania, durante los primeros meses de 1914, Rosa Luxemburg realizó una ardiente propaganda, de comicio en comicio, contra el militarismo, «nervio vital del Estado», como dijo el fiscal que la hizo condenar.⁴⁷⁷

⁴⁷⁵ En la "Pravda" del 7 de mayo de 1913 Lenin evoca el encuentro de Berna como "una importante manifestación en favor de la paz"; pero invita a no tener demasiada confianza en los "señores diputados burgueses": "la única garantía de paz es el movimiento consciente y organizado de la clase obrera" (LENIN, *Obras completas*, vol. 19, pp. 279-280).

⁴⁷⁶ *Huultème Congrès tenu a Copenhague. Compte-rendu analytique*, pp. 178-179.

⁴⁷⁷ BADIA, *Rosa Luxemburg*, op. cit., p. 199. El discurso pronunciado por Rosa Luxemburg ante el tribunal al final del proceso está publicado en NETTL, *Rosa Luxemburg*, op. cit., vol. II, pp. 43-47.

Así, los socialistas franceses, por una vez unidos, a la izquierda alemana se encontraron en una campaña de agitación que, si bien podía mover a la opinión pública en contra del poder, no constituía un arma decisiva en caso de grave amenaza a la paz. En Stuttgart, Jaurès y Vaillant no habían conseguido que los marxistas ortodoxos aceptasen el arma suprema de la huelga general; este instrumento –«forjada por el genio obrero», como dijo Jaurès– es propuesto de nuevo en Copenhague por Keir Hardie, el minero pacifista, al cual se asoció en seguida Vaillant. De nuevo se produce el rechazo. Obstinadamente, Vaillant pide que a partir de entonces la Internacional someta a estudio la enmienda que lleva su nombre y el de Keir Hardie. El proyecto de la huelga contra la guerra cobra precisión poco a poco, según los esfuerzos de Jaurès y Vaillant para responder a las objeciones de los alemanes y para acercarlos en lo posible a sus propias posiciones. ¿Huelga militar? Nunca se habla de ella. ¿Huelga política de masas, en el sentido del largo proceso analizado por Rosa Luxemburg en Rusia durante la revolución de 1905? La SFIO no llega tan lejos. Se trata, sin embargo –declara Vaillant en el congreso que procede a la guerra– de una huelga «suscitada por el sentimiento de las masas».⁴⁷⁸ Jaurès añadirá por su parte: nosotros no proponemos una única solución, una garantía, sino que «señalamos una dirección (...). Es necesario prepararse para ser dignos del destino que se nos ha reservado».⁴⁷⁹ En su opinión, la «huelga general simultánea, organizada internacionalmente» –tal es la formulación que obtiene, el 16 de julio de 1914, la aprobación del congreso– constituye un instrumento de prevención que hay que unir al arbitraje internacional. Ni aquélla, ni el arbitraje se pondrán en práctica. En realidad, el mensaje de Jaurès de julio de 1914 tenía valor propedéutico.

Frente al estallido de la guerra, la Internacional se muestra impotente. El socialismo había fracasado en uno de los máximos objetivos del movimiento obrero: preservar la paz. La derrota viene de lejos y nuevas razones se añaden en el último momento de la crisis. La institución aparece como fundamentalmente ineficiente; aparecen oposiciones de carácter nacional, que se habían considerado sin razón superadas parcialmente.⁴⁸⁰ En nombre del mismo marxismo, se afirman interpretaciones contradictorias de la evolución de la sociedades capitalistas, y los partidos se encuentran

⁴⁷⁸ "L'Humanité", 16 de julio de 1914: acta de la primera jornada del congreso.

⁴⁷⁹ Ibid. (la moción obtuvo una exigua mayoría: 1.690 votos contra 1.174).

⁴⁸⁰ Continúa habiendo muchos puntos oscuros en las negociaciones secretas entre las SFIO y la socialdemocracia alemana en 1913.

muy integrados en las sociedades dominantes. Ciertamente, la guerra traería la revolución y no sería sólo motivo de muerte: históricamente han tenido razón los marxistas revolucionarios. Pero en julio de 1914 nadie formuló esta perspectiva: en la última reunión del BSI, el 29 de julio, las declaraciones oscilaron entre una relativa confianza en los gobiernos y la total desorientación. De la teoría a la práctica, la historia del marxismo en el siglo XX, y no sólo en aquel verano de 1914, es la de una larga, difícil adaptación.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.com

HISTORIA DEL MARXISMO una colección de 12 libros en la que se aborda de manera rigurosa y detallada el desarrollo del pensamiento marxista y sus diferentes corrientes. En su elaboración participaron Eric J. Hobsbawm, George Haupt, Franz Marek, Ernesto Ragioneri, Vittorio Strada y Corrado Vivanti, con la colaboración de más teóricos y académicos vinculados al marxismo.

Este sexto volumen, "El marxismo en la época de la II Internacional (IV) recoge textos sobre la relación entre marxismo y filosofía a través de autores como Kant, Plejánov, Sorel o Labriola, acerca de la cuestión agraria y campesina y cuál era su tratamiento por parte de la I y la II Internacional, un amplio estudio sobre la cuestión nacional y el nacionalismo en el movimiento obrero (a través de autores como Luxemburg, Bauer, Connolly), y dos textos sobre imperialismo y guerra, las cuestiones fundamentales que pondrían el último clavo en el ataúd de la II Internacional y de la socialdemocracia de los países occidentales.

Con este volumen se pone fin la parte sobre la II Internacional. Los siguientes tratarán ya sobre la III Internacional.

